

El Fantasma de la Ópera

Por

Gaston Leroux

PREFACIO

Donde el autor de esta obra singular cuenta al lector cómo se vio obligado a adquirir la certidumbre de que el fantasma de la Ópera existió realmente.

El fantasma de la ópera existió. No fue, como se creyó durante mucho tiempo, una inspiración de artistas, una superstición de directores, la grotesca creación de los cerebros excitados de esas damiselas del cuerpo de baile, de sus madres, de las acomodadoras, de los encargados del vestuario y de la portería.

Sí, existió, en carne y hueso, a pesar de que tomara toda la apariencia de un verdadero fantasma, es decir de una sombra.

Desde el momento en que comencé a compulsar los archivos de la Academia Nacional de Música, me sorprendió la asombrosa coincidencia de los fenómenos atribuidos al fantasma, y del más misterioso, el más fantástico de los dramas; y no tardé mucho en pensar que quizá se podría explicar racionalmente a éste mediante aquéllos. Los acontecimientos tan sólo distan unos treinta años, y no sería nada difícil encontrar aún hoy, en el foyer ancianos muy respetables, cuya palabra no podríamos poner en duda, que recuerdan, como si la cosa hubiera sido ayer, las condiciones misteriosas y trágicas que acompañaron el rapto de Christine Daaé, la desaparición del vizconde de Chagny y la muerte de su hermano mayor, el conde Philippe, cuyo cuerpo fue hallado a orillas del lago que se extiende bajo la ópera, del lado de la calle Scribe. Pero ninguno de estos testigos creía hasta ahora oportuno mezclar en esta horrible aventura al personaje más bien legendario del fantasma de la ópera.

La verdad tardó en penetrar mi cabeza, alterada por una investigación que a cada momento tropezaba con acontecimientos que, a primera vista, podían ser juzgados de extraterrestres, y más de una vez estuve a punto de abandonar una labor en la que me extenuaba persiguiendo, sin alcanzar jamás, una vana imagen. Por fin tuve la prueba de que mis presentimientos no me habían engañado, y fui recompensado de todos mis esfuerzos el día en que adquirí la certidumbre de que el fantasma de la ópera había sido algo más que una sombra.

Ese día, había pasado largas horas leyendo las Memorias de un director, obra ligera del excesivamente escéptico Moncharmin, que no comprendió nada, durante su paso por la ópera, de la conducta tenebrosa del fantasma, y que se burló de él todo lo que pudo, en 'el preciso momento en que era la primera víctima de la curiosa operación financiera que acontecía en el interior

del «sobre mágico».

Desesperado, acababa de abandonar la biblioteca cuando encontré al amable administrador de nuestra Academia Nacional que charlaba en un rellano con un viejecillo vivo y pulcro, a quien me presentó alegremente. El señor administrador estaba al corriente de mis investigaciones y sabía con qué impaciencia había intentado descubrir el paradero del juez de instrucción del famoso caso Chagny, el señor Faure. Se ignoraba qué había sido de él, vivo o muerto. Y he aquí que, a su vuelta del Canadá, donde había pasado quince años, su primera salida en París había sido para solicitar un pase de favor a la secretaría de la Ópera. Ese viejecillo era el señor Faure en persona.

Pasamos juntos buena parte de la tarde y me contó todo el caso Chagny tal como lo había entendido él anteriormente. Se había visto obligado a llegar a la conclusión, falto de pruebas, por la locura del vizconde y la muerte accidental del hermano mayor, pero seguía convencido de que un drama terrible se había producido a causa de Christine Daaé entre los dos hermanos. No supo decirme qué había sido de Christine ni del vizconde. Por descontento, cuando le hablé del fantasma, se limitó a reír. También él había estado al corriente de las curiosas manifestaciones que parecían entonces atestiguar la existencia de un ser excepcional que hubiera elegido por domicilio uno de los rincones más misteriosos de la ópera, y había conocido la historia del «sobre», pero no había visto en todo esto nada que mereciera la atención de un magistrado encargado de instruir el caso Chagny, y apenas escuchó unos instantes la declaración de un testigo, que se había presentado espontáneamente para afirmar que en una ocasión se encontró con el fantasma. Ese personaje —el testigo— no era otro que aquel al que todo París llamaba «el Persa», y que era bien conocido por todos los abonados a la Ópera. El juez lo había tomado por un iluminado.

Podéis imaginaros hasta qué punto me interesó historia del Persa. Quise encontrar, si aún había tiempo, a este precioso y original testigo. Llevado por mi buena fortuna, conseguí descubrirlo en su pequeño piso de la calle de Rivoli, al que no había abandonado desde aquella época y donde moriría cinco meses después de mi visita.

Al principio desconfié; pero cuando el Persa me hubo contado, con su candor de niño, todo lo que sabía personalmente del fantasma, y explicado con toda propiedad las pruebas de su existencia, y sobre todo la extraña correspondencia de Christine Daaé, correspondencia que aclaraba con luz deslumbrante su espantoso destino, ya no me fue posible dudar. ¡No, no! El fantasma no era un mito.

Sé muy bien que se me replicó que toda esta correspondencia podía no ser auténtica, y que muy posiblemente podía haber sido fabricada por un hombre cuya imaginación se había alimentado ciertamente de los cuentos más

seductores. Pero, por fortuna, me fue posible encontrar muestras de la letra de Christine fuera del famoso paquete de cartas y, como consecuencia, desarrollar un estudio comparativo que esfumó todas mis dudas.

Me documenté igualmente acerca del Persa y he podido apreciar que es un hombre honrado, incapaz de inventar una maquinación que hubiera podido confundir a la justicia.

Tal es la opinión de las más grandes personalidades que estuvieron mezcladas de cerca o de lejos en el caso Chagny, que fueron amigos de la familia, y a las cuales expuse todos mis documentos y desarrollé mis deducciones. Recibí de ellos los más nobles alientos, y al respecto me permitiré reproducir algunas líneas que me fueron dirigidas por el general D...

Señor:

No puedo sino incitarlo a publicar los resultados de su investigación. Me acuerdo perfectamente de que algunas semanas antes de la desaparición de la gran cantante Christine Daaé, y del drama que enlutó a todo el barrio de Saint-Germain, se hablaba mucho, en el foyer de la danza, del fantasma; y creo firmemente que no se dejó de hablar de él hasta después de cerrar ese caso que ocupó todos los espíritus. Pero si es posible, como pienso después de haberle oído a usted, explicar el drama mediante el fantasma, le ruego, señor, que volvamos a hablar del fantasma. Por misterioso que éste pueda parecer al principio, siempre será más explicable que esa historia oscura con la que gentes mal intencionadas quisieron ver destrozarse hasta la muerte a dos hermanos que se adoraron toda la vida...

Con mis mayores respetos, etcétera.

Por último, con mi dossier en mano, volví a recorrer el vasto dominio del fantasma, el formidable monumento del que había hecho su imperio, y todo lo que mis ojos habían visto, todo lo que mi espíritu había descubierto, corroboraba admirablemente los documentos del Persa, cuando un hallazgo maravilloso vino a coronar de forma definitiva mis trabajos.

Como se recordará, últimamente, excavando en el subsuelo de la Opera para enterrar allí las voces fonografiadas de los artistas, el pico de los obreros puso al desnudo un cadáver. Pues bien, ¡pude demostrar que era el cadáver del Fantasma de la Ópera! Hice tocar con la mano esta prueba al mismo administrador, y ahora me es indiferente que los periódicos cuenten que se ha encontrado allí una de las víctimas de la Comuna.

Los desventurados, que fueron aniquilados durante la Comuna en los sótanos de la ópera, no están enterrados por ese lado; yo diré dónde pueden encontrarse sus esqueletos, no muy lejos de la inmensa cripta en la que habían acumulado, durante el asedio, todo tipo de provisiones. Me puse sobre este

rastros precisamente buscando los restos del fantasma de la ópera, al que hubiera encontrado de no ser por la inaudita casualidad del enterramiento de las voces vivas.

Pero volveremos a hablar de este cadáver y de lo que conviene hacer con él; ahora me interesa terminar este prólogo, muy necesario, agradeciendo las comparsas excesivamente modestas que, como el comisario de policía Mifroid (en otro tiempo llamado para las primeras investigaciones después de la desaparición de Christine Daaé, como también el antiguo secretario señor Rémy, el antiguo administrador señor Mercier, el antiguo profesor de canto señor Gabriel y, más especialmente, la señora baronesa de Castelot-Barbezac, que fue en otro tiempo «la pequeña Meg» (de lo que no se avergüenza), la estrella más encantadora de nuestro admirable cuerpo de ballet, la hija mayor de la honorable señora Giry —antigua acomodadora, ya fallecida, del palco del fantasma—, me fueron de gran utilidad, y gracias a los cuales voy a poder revivir, junto con el lector, hasta en sus mínimos detalles, estas horas de puro amor y de espanto.

CAPÍTULO I

¿ES EL FANTASMA?

Aquella noche en la que los señores Debienne y Poligny, directores dimisionarios de la ópera, daban su última sesión de gala con ocasión de su marcha, el camerino de la Sorelli, una de las primeras figuras de la danza, se vio súbitamente invadido por media docena de damiselas del cuerpo de baile que subían de escena después de haber «danzado» el Poliuto. Se precipitaron al camerino con gran confusión, las unas haciendo oír risas excesivas y poco naturales, y las otras gritos de terror.

La Sorelli, que deseaba estar sola un instante para el discurso que debía pronunciar después, en el foyer, ante los señores Debienne y Poligny, había visto con malhumor lanzarse tras ella a todo este grupo alocado. Se volvió hacia sus compañeras y se inquietó al comprobar una emoción tan tumultuosa. Fue la pequeña Jammes —la nariz preferida de Grévin, con sus ojos de nomeolvides, sus mejillas de rosa, su cuello de lirio— quien explicó en tres palabras, con una voz temblorosa que la angustia ahogaba:

—¡Es el fantasma!

Y cerró la puerta con llave. El camerino de la Sorelli era de una elegancia oficial y banal. Una psique, un diván, un tocador y unos armarios formaban el necesario mobiliario. Algunos grabados en las paredes, recuerdos de la madre,

que había conocido los bellos días de la antigua ópera de la calle Le Peletier. Retratos de Vestris, Gardel, Dupont, Bigottini. Aquel camerino parecía un palacio a las chiquillas del cuerpo de baile, que ocupaban las habitaciones comunes donde pasaban el tiempo cantando, peleándose, pegando a los peluqueros y a las vestidoras, y bebiendo vasitos de casis o de cerveza, o incluso de ron, hasta el toque de campana del avisador.

La Sorelli era muy supersticiosa. Al oír hablar del fantasma a la pequeña Jammes, se estremeció y dijo:

—¡Qué tonta eres!

Como era la primera en creer en los fantasmas en general y en el de la ópera en particular, quiso ser informada inmediatamente.

—¿Lo has visto? —preguntó.

—Como la veo a usted —replicó gimiendo la pequeña Jammes, quien, sin poder aguantarse sobre sus piernas, se dejó caer en una silla.

De inmediato, la pequeña Giry ojos de ciruela, cabellos de tinta, tez color bistre, su pobre piel recubriendo apenas sus huesecitos, añadió:

—Sí, es él, y es muy feo.

—¡Oh, sí! —exclamó el coro de bailarinas.

Y se pusieron a hablar todas a la vez. El fantasma se les había aparecido bajó el aspecto de un señor de frac negro que se había alzado de repente ante ellas, en el pasillo, sin que pudiera saberse de dónde venía. Su aparición había sido tan súbita que podía creerse que salía del muro.

—¡Bah! —dijo una de ellas que más o menos había conservado la sangre fría—, vosotras veis fantasmas por todas partes.

La verdad es que, desde hacía algunos meses, no había otro tema en la ópera que el del fantasma de frac negro que se paseaba como una sombra de arriba a abajo del edificio, que no dirigía la palabra a nadie, a quien nadie osaba hablar y que, además, se desvanecía nada más ser visto, sin que pudiera saberse por dónde ni cómo. No hacía ruido al andar, como corresponde a un verdadero fantasma. Habían comenzado por reírse y burlarse de aquel aparecido vestido como un hombre de mundo o como un enterrador, pero la leyenda del fantasma en seguida había tomado proporciones colosales en el cuerpo de baile. Todas pretendían haber tropezado más o menos veces con este ser sobrenatural y haber sido víctima de sus maleficios. Y las que reían más fuerte no eran ni mucho menos las que estaban más tranquilas. Cuando no se dejaba ver, señalaba su presencia o su pasó acontecimientos chistosos o funestos de los que la superstición casi general le hacía responsable. ¿Había que lamentar un accidente? ¿Una compañera había gastado una broma a una

de las señoritas del cuerpo de baile? ¿Una cajita de polvos faciales se había perdido? ¡Todo era culpa del fantasma, del fantasma de la ópera!

En realidad, ¿quién lo había visto? La ópera está llena de fracs negros que no son de fantasmas... Pero éste tenía una particularidad que no todos los fracs tienen. Vestía a un esqueleto.

Al menos, así lo decían aquellas señoritas.

Y, naturalmente, tenía una calavera.

¿Era serió todo aquello? Lo cierto es que la imagen del esqueleto había nacido de la descripción que había hecho del fantasma Joseph Buquet, jefe de los tramoyistas, que decía haberlo visto. Había chocado, no podemos decir que «había dado de narices», ya que el fantasma no las tenía, con el misterioso personaje en la escalerilla que, cerca de la rampa, llevaba directamente a los «sótanos». Había tenido tiempo de contemplarlo sólo un segundo, ya que el fantasma había huido, pero conservaba un recuerdo imborrable de esa visión.

Y he aquí lo que Joseph Buquet dijo del fantasma a quien quiso oírle:

«Es de una delgadez extrema y sus vestiduras negras flotan sobre una armazón esquelética. Sus ojos son tan profundos que no se distinguen bien las pupilas inmóviles. En resumen, no se ven más que dos grandes huecos negros como en los cráneos de los muertos. Su piel, que está tensa sobre los huesos como una piel de tambor, no es blanca sino desagradablemente amarilla. Tiene tan poca nariz que es invisible de perfil, y la ausencia de nariz es algo terrible de ver. Tres o cuatro largas mechas oscuras le caen sobre la frente que, por detrás de las orejas, hacen de cabellera».

En vano Joseph Buquet había perseguido a esta aparición. Se esfumó como por arte de magia y él no pudo encontrar su rastro.

El jefe de los tramoyistas era un hombre serió, ordenado, de imaginación lenta, y en aquel momento se encontraba sobrio. Sus palabras fueron escuchadas con estupor e interés, y en seguida hubo gente explicando que también ellos se habían encontrado a un frac con una calavera.

Las personas sensatas que no hicieron caso de esta historia afirmaron, al principio, que Joseph Buquet había sido víctima de la broma de alguno de sus subordinados. Pero después, se produjeron, uno detrás de otro, incidentes tan extraños y tan inexplicables que hasta los más incrédulos comenzaron a preocuparse.

Sabido es que un teniente de bomberos es, desde luego, valiente. No teme a nada, y menos aún al fuego.

Pues bien, el teniente de bomberos en cuestión, que había ido a dar una vuelta de vigilancia por los sótanos y se había aventurado, parece ser, un poco

más lejos que de costumbre, había aparecido de repente en el escenario, pálido, asustado, tembloroso, con los ojos fuera de las órbitas, y casi se había desvanecido en los brazos de la noble madre de la pequeña Jammes. ¿Y por qué? Porque había visto avanzar hacia él, ¡a la altura de su mirada, pero sin cuerpo, a una cabeza de fuego! Y lo repito, un teniente de bomberos no teme al fuego.

El teniente de bomberos se llamaba Papin.

Los miembros del cuerpo de baile quedaron consternados. Primero, esa cabeza de fuego no respondía en lo más mínimo a la descripción del fantasma que había dado Joseph Buquet. Se interrogó a conciencia al bombero se interrogó de nuevo al jefe de los tramoyistas, después de lo cual las señoritas quedaron persuadidas de que el fantasma tenía varias cabezas que cambiaba según le convenía. Naturalmente, en seguida imaginaron que corrían el mayor de los peligros. Desde el momento en que un teniente de bomberos no vacilaba en desmayarse, corifeos y «ratas» podían invocar infinidad de excusas para disimular el terror les hacía huir a toda velocidad con sus patitas al pasar ante algún agujero oscuro de un corredor mal iluminado.

Hasta el extremo de que, para proteger en la medida de lo posible al monumento entregado a tan horribles maleficios, la Sorelli misma, rodeada de todas las bailarinas y seguida incluso por la chiquillería de las clases inferiores en maillot, había colocado, al día siguiente de la historia del teniente de bomberos, sobre la mesa que se encuentra en el vestíbulo del portero, del lado del patio de la administración, una herradura de caballo que cualquiera que entrara en la Opera, siempre que no fuera a título de espectador, debía tocar antes de poner el pie en el primer peldaño de la escalera. Y debía hacerlo bajo pena de convertirse en presa del poder oculto que se había adueñado del edificio, desde los sótanos hasta el desván.

La herradura de caballo, como toda esta historia por lo demás, no la he inventado yo, y hoy en día puede verse aún sobre la mesa del vestíbulo, al lado de la portería, al entrar en la Opera por el patio de la administración.

Todo esto nos da con suficiente rapidez una visión del estado de ánimo de tales señoritas, la tarde en la que entramos con ellas en el camerino de la Sorelli.

—¡Es el fantasma! —había gritado pues la pequeña Jammes.

La inquietud de las bailarinas no hizo más que aumentar. Ahora un silencio angustioso reinaba en el camerino. No se oía más que el ruido de las respiraciones jadeantes. Por fin, Jammes, arrojándose al rincón más apartado de la pared, con los síntomas de un verdadero temor, musitó esta sola palabra.

—¡Escuchad!

A todas les pareció, en efecto, oír un roce detrás de la puerta. Ningún ruido de pasos. Era como si una seda ligera se deslizara por el panel. Después, nada. La Sorelli intentó mostrarse menos pusilánime que sus compañeras. Se acercó a la puerta y preguntó con voz tenue:

—¿Quién está ahí?

Pero nadie le respondió.

Entonces, sintiendo fijos en ella todos los ojos, que espiaban hasta sus más mínimos gestos, se obligó a parecer valiente y dijo con voz muy fuerte:

—¿Hay alguien detrás de la puerta?

—¡Oh, sí! ¡Claro que sí! —repitió esa pequeña ciruela seca de Meg Giry, que retuvo heroicamente a la Sorelli por su falda de gasa—. ¡Sobre todo, no abra! ¡Por Dios, no abra!

Pero la Sorelli, armada con un estilete que no dejaba jamás, se atrevió a girar la llave en la cerradura y abrir la puerta, en tanto las bailarinas retrocedían hasta el tocador y Meg Giry suspiraba:

—¡Mamá, mamá!

Valientemente, la Sorelli miraba en el corredor. Estaba desierto; una mariposa de fuego, en su cárcel de cristal, arrojaba un resplandor rojo y turbio entre las tinieblas, sin llegar a disiparlas. Y la bailarina volvió a cerrar con rapidez la puerta, lanzando un profundo suspiro.

—¡No, no hay nadie! —dijo.

—Sin embargo, ¡nosotras lo hemos visto! —afirmó de nuevo Jammes volviendo a ocupar con pasitos asustadizos su sitio al lado de la Sorelli—. Debe estar por algún lado, por ahí, merodeando. Yo no vuelvo a vestirme. Deberíamos bajar todas juntas al foyer, en seguida, para el «saludo», y así, volveríamos a subir juntas.

En este punto, la niña se tocó piadosamente el dedito de coral que estaba destinado a conjurar la mala suerte. Y la Sorelli dibujó, furtivamente, con la rosada punta de la uña de su pulgar derecho, una cruz de San Andrés sobre el anillo de madera que llevaba en anular de su mano izquierda.

«La Sorelli —escribió un célebre cronista— es una bailarina alta, de rostro serio y voluptuoso, de cintura tan flexible como una rama de sauce. Se dice de ella que es “una hermosa criatura”. Sus cabellos rubios y puros como el oro coronan una frente mate bajo la cual se engastan unos ojos de esmeralda. Su cabeza se balancea blandamente como una joya en un cuello largo, elegante y orgulloso. Cuando baila tiene un indescriptible movimiento de caderas que da a todo su cuerpo un estremecimiento de inefable languidez. Cuando levanta

los brazos para iniciar una pirueta, marcando así todo el dibujo del vestido, la inclinación, del cuerpo hace resaltar la cadera de esta deliciosa mujer, que parece un cuadro como para saltarse la tapa de los sesos».

Hablando de cerebro, parece comprobado que la Sorelli no lo tuvo. Nadie se lo reprochaba.

Dijo entonces a las pequeñas bailarinas:

—Hijas mías, tenéis que reponeros... ¿El fantasma? ¡Lo más probable es que nadie lo haya visto nunca!

—¡Sí, sí! Nosotras lo hemos visto... Lo hemos visto antes —volvieron a decir las chiquillas—. Llevaba una calavera e iba vestido de frac, igual que la tarde en que se apareció a Joseph Buquet.

—¡Y Gabriel también lo vio! —continuó Jammes—, ayer mismo. Ayer por la tarde... en pleno día...

—¿Gabriel, el maestro de canto?

—Claro que sí. ¿No lo sabía usted?

—¿E iba vestido de frac en pleno día?

—¿Quién? ¿Gabriel?

—No, mujer. El fantasma.

—Claro que iba vestido de frac —afirmó Jammes—. El mismo Gabriel me lo dijo... Precisamente por eso lo reconoció. Ocurrió así: Gabriel estaba en el despacho del administrador. De repente se abrió la puerta. Era el Persa. Ya sabéis hasta qué punto el Persa es «gafe».

—¡Desde luego! —respondieron a coro las pequeñas bailarinas que, tan pronto como evocaron la imagen del Persa, hicieron los cuernos al Destino con el índice y auricular extendidos, mientras que el medio y el anular permanecían plegados sobre la palma y retenidos por el pulgar.

¡Y también sabéis que Gabriel es supersticioso! —continuó Jammes—. Sin embargo, es siempre educado y, cuando ve al Persa, se contenta con meter tranquilamente la mano en el bolsillo y tocarse las llaves... Pues bien, en el momento en que la puerta se abrió ante el Persa, Gabriel dio un salto desde el sillón donde se encontraba hasta la cerradura del armario, para tocar hierro. Al hacer este movimiento, se desgarró con un clavo todo un faldón de su abrigo. Al apresurarse para salir, fue a dar con la frente contra una percha y se hizo un chichón enorme; luego, retrocediendo bruscamente, se despellejó el brazo contra el biombo, al lado del piano; quiso apoyarse en el piano, pero con tan mala suerte que la tapa cayó sobre sus manos y le aplastó los dedos; salió como un loco del despacho y, finalmente, calculó tan mal al bajar la escalera,

que se cayó y cayó rodando todos los peldaños del primer piso. Precisamente en aquel momento pasaba yo por allí con mamá. Nos precipitamos a levantarlo: estaba completamente magullado y tenía tanta sangre en la cara que nos asustamos. Pero en seguida nos sonrió y exclamó: «¡Gracias, Dios mío, por haberme librado de ésta por tan poco!». Entonces le preguntamos qué le ocurría y nos explicó que el motivo de su temor era haber visto al fantasma a espaldas del Persa. ¡El fantasma con la calavera!, según lo describió Joseph Buquet.

Un murmullo apagado saludó el final de la historia, que Jammes contó muy sofocada por la precipitación de decirla de un tirón, tan aprisa como si la hubiera perseguido el fantasma. Después hubo otro silencio que interrumpió a media voz la pequeña Giry, mientras que, profundamente emocionada, la Sorelli se limaba las uñas.

—Joseph Buquet haría mejor callándose —afirmó la ciruela.

—¿Por qué tiene que callarse? —le preguntaron.

—Es lo que opina mamá —replicó Meg en voz muy baja y mirando a su alrededor como si tuviera miedo de ser escuchada por otros oídos que los que se hallaban allí presentes.

—¿Y por qué dice eso tu madre?

—¡Chis! ¡Mamá dice que al fantasma no le gusta que se le moleste!

—¿Y por qué dice esto tu madre?

—Porque... porque... por nada.

Esta voluntaria reticencia tuvo la virtud de exasperar la curiosidad de aquellas señoritas, que se apretujaron alrededor de la pequeña Giry y le suplicaron que se explicase. Se encontraban allí, codo con codo, inclinadas en un mismo movimiento de súplica y temor.

Se comunicaban el miedo, sintiendo con ello un placer agudo que las helaba.

—¡He jurado no decir nada! —dijo de nuevo Meg, en un suspiro.

Pero las otras la apremiaron insistentemente y tanto prometieron guardar el secreto que Meg, que ardía en deseos de contar lo que sabía, comenzó, con los ojos fijos en la puerta.

—Bueno... es por lo del palco.

—¿Qué palco?

—¡El palco del fantasma!

—¿El fantasma tiene un palco?

Ante la idea de que el fantasma tuviera un palco, las bailarinas no pudieron contener la alegría funesta de su asombro. Lanzaron pequeños suspiros y dijeron:

—¡Oh, Dios mío! Cuenta, cuenta.

—¡Más bajo! —ordenó Meg—. Es el palco del primer piso, el número 5, ya lo conocéis, el primero al lado del proscenio de la izquierda.

—¡No es posible!

—Tal como lo digo. Mamá es la acomodadora... ¿Pero me juráis de verdad que no contaréis nada?

—Sí, claro...

—Pues bien, se trata del palco del fantasma Nadie ha entrado en él desde hace más de un mes, excepto el fantasma, claro está. Y se ha ordenado a la administración que no lo alquile nunca a nadie...

—¿Es cierto que va el fantasma?

—Pues claro...

—¡Entonces, alguien va a este palco!

—No... El fantasma va y allí no hay nadie.

Las pequeñas bailarinas se miraron. Si el fantasma iba al palco, debía vérselo, porque llevaba un frac negro y una calavera. Es lo que le hicieron comprender a Meg, pero ésta les replicó:

—Precisamente. ¡No se ve al fantasma! Y no tiene ni frac negro ni cabeza... Todo lo que se ha contado acerca de su calavera y de su cabeza de fuego no son más que tonterías... No hay nada que sea cierto... Sólo se le oye cuando está en el palco. Mamá no lo ha visto nunca, pero lo ha oído. ¡Mamá lo sabe muy bien, ya que es ella quien le da el programa!

La Sorelli creyó su deber intervenir:

—Pequeña Giry, te burlas de nosotras.

Entonces la pequeña Giry se echó a llorar.

—Habría hecho mejor callándome... ¡Si mamá se entera!... Puedo aseguraros que Joseph Buquet hace mal en meterse en asuntos que no le incumben... eso le acarreará alguna desgracia... mamá lo decía precisamente ayer por la tarde.

En ese momento se oyeron pasos fuertes y apresurados en el corredor y

una voz sofocada que gritaba:

—¡Cécile, Cécile! ¿Estás ahí?

—Es la voz de mamá —dijo Jammes—. ¿Qué pasa?

Y abrió la puerta. Una honorable dama, vestida como un granadero de la Pomerania, se precipitó en el camerino y, gimiendo, se dejó caer en un sillón. Sus ojos giraban, enloquecidos, iluminando lúgubrementes su rostro de ladrillo cocido.

—¡Qué desgracia! —exclamó—. ¡Qué desgracia!

—¿Qué? ¿Qué ocurre?

—Joseph Buquet...

—¿Qué pasa con Joseph Buquet?

—¡Joseph Buquet ha muerto!

El camerino se llenó de exclamaciones, de palabras de extrañeza, de confusas preguntas llenas de miedo...

—Sí..., acaban de encontrarlo ahorcado en el tercer sótano... ¡Pero lo más terrible —continuó, jadeando, la pobre y honorable dama—, lo más terrible es que los tramoyistas que han encontrado su cuerpo, pretenden que se escuchaba alrededor del cadáver una especie de ruido que recordaba al de un canto fúnebre!

—¡Es el fantasma! —dejó escapar la pequeña Giry, pero se repuso inmediatamente llevándose los puños a la boca—: ¡No, no... no he dicho nada!

A su alrededor, todas las compañeras, aterrorizadas, repetían en voz baja:

—¡Seguro que es el fantasma!

La Sorelli estaba pálida.

—No podré hacer mi saludo —dijo.

La madre de Jammes dio su opinión mientras vaciaba un vasito de licor que descansaba en una mesa: el fantasma estaba metido en este asunto...

Lo cierto es que nunca se supo muy bien cómo murió Joseph Buquet. La sumaria investigación no dio ningún resultado, aparte del suicidio natural. En Memorias de un director, el señor Moncharmin, que era uno de los dos directores que sucedieron a los señores Debiegne y Poligny, explica así el incidente del ahorcado:

«Un enojoso incidente vino a turbar la pequeña fiesta que los señores

Debienne y Poligny daban para celebrar su despedida. Me encontraba en el despacho de la dirección cuando vi entrar de repente a Mercier, el administrador. Estaba excitadísimo mientras me contaba que acababan de descubrir, ahorcado en el tercer sótano del escenario, entre un portante y un decorado de El rey de Lahore, al cuerpo de un tramoyista. Yo exclamé: “¡Vamos a descolgarlo!”. ¡En el tiempo que tardé en bajar corriendo la escalera y hacer descender la escala del portante, la cuerda del ahorcado había desaparecido!».

He aquí un acontecimiento que el señor Moncharmin encuentra natural. Se encuentra a un hombre colgado de una cuerda, se le va a descolgar y la cuerda se esfuma. ¡Oh! El señor Moncharmin encontró una explicación muy simple. Escuchémosla: «Era la hora de la danza y los corifeos y las “ratas” habían tomado con presteza precauciones contra el mal de ojo». Punto, eso es todo. Os imagináis a los miembros del ballet bajando la escala del portante y repartiéndose la cuerda del ahorcado en menos tiempo que se tarda en decirlo. Eso no es serio. Por el contrario, cuando pienso en el lugar exacto donde fue encontrado el cuerpo, en el tercer sótano del escenario, imagino que en alguna parte alguien tenía interés en que la cuerda desapareciera una vez hecho el trabajo, y veremos más tarde que hacía bien en suponerlo así.

La siniestra nueva se había difundido en seguida de arriba a abajo de la ópera, en la que Joseph Buquet era muy querido. Los palcos se vaciaron y las pequeñas bailarinas, agrupadas alrededor de la Sorelli como corderos asustados alrededor del pastor, tomaron el camino del foyer a través de los corredores y de las escaleras mal alumbradas, trotando a toda la velocidad que les permitían sus piernecitas rosas.

CAPÍTULO II

LA NUEVA MARGARITA

En el primer rellano, la Sorelli se topó con el conde de Chagny, que subía. El conde, por lo general muy tranquilo, mostraba una gran excitación.

—Iba a buscarla —dijo el conde saludando a la joven con galantería—. ¡Ah, Sorelli! ¡Qué hermosa velada! ¡Y qué triunfo el de Christine Daaé!

—¡No es posible! —protestó Meg Giry—. ¡Si hace seis meses cantaba como un loro! Pero déjenos pasar, mi querido conde —dijo la chiquilla con una reverencia revoltosa—, vamos en busca de noticias de un pobre hombre al que han ahorcado.

En aquel momento pasaba muy excitado el administrador, que se detuvo

bruscamente al oír la conversación.

—¡Cómo! ¿Ya lo saben ustedes, señoritas? —dijo con tono bastante rudo—. Pues bien, no habléis de ello... y sobre todo que los señores Debiene y Poligny no se enteren. Les causaría demasiado trastorno en su último día.

Todo el mundo se encaminó hacia el foyer de la danza, que se encontraba ya invadido.

El conde de Chagny tenía razón: no hubo jamás gala comparable a aquella; los privilegiados que asistieron hablan aún a sus hijos y nietos con emocionado recuerdo. Pensad que Gounod, Reyer, Saint-Saens, Massenet, Guiraud y Delibes subieron por turno al atril del director de la orquesta y dirigieron ellos mismos la ejecución de sus obras. Tuvieron, entre otros intérpretes, a Faure y la Krauss, y es en esta velada cuando se reveló al estupefacto y embriagado público de París el arte de Christine Daaé, cuyo misterioso destino quiero dar a conocer en esta obra.

Gounod había dirigido *La marche fúnebre* de una marioneta; Reyer, su bella obertura de Sigurd; Saint-Saens, la *Danza macabra* y una *Ensoñación oriental*; Massenet, una *Marcha húngara inédita*; Giraud, su *Carnaval*; Delibes, el vals lento de *Sylvia* y los *pizzicati* de *Copelia*. Las señoritas Krauss y Denise Bloch habían cantado, la primera, el bolero *Vísperas sicilianas*; la segunda, el brindis de *Lucrecia Borgia*.

Pero el triunfo mayor recayó en Christine Daaé, que había comenzado con algunos pasajes de *Romeo y Julieta*. Era la primera vez que la joven artista cantaba esta obra de Gounod que, además, aún no se había llevado a la ópera y que la ópera *Cómica* acababa de reponer mucho después de haber sido estrenada en el antiguo Teatro Lírico por la señora Carvalho. ¡Ah! Hay que compadecer a aquellos que no oyeron a Christine Daaé en el papel de Julieta, que no conocieron su gracia ingenua, que no se estremecieron con los acentos de su voz seráfica, que no sintieron volar sus almas junto a la suya sobre las tumbas de los amantes de Verona: «¡Señor! ¡Señor! ¡Señor! ¡Perdónanos!».

Pues bien, todo esto no fue nada al lado de los acentos sobrehumanos que dejó oír en el acto de la prisión y en el trío, final de *Fausto*, que cantó en sustitución de la Carlotta que se hallaba indispuesta. ¡Jamás se había oído ni visto aquello!

Era «una Margarita nueva» lo que la Daaé interpretaba, una Margarita de un esplendor, de un fulgor aún insospechados.

La sala entera había estallado en miles de clamores de inenarrable emoción dirigidos a una Christine que sollozaba y desfallecía en los brazos de sus compañeros. Hubo que llevarla a su camerino. Parecía haber entregado su alma. El gran crítico P. De St.-V fijó el inolvidable recuerdo de este minuto

maravilloso en una crónica a la que tituló con justicia La nueva Margarita. Como gran artista que era, el crítico simplemente ponía al descubierto que esta bella y dulce niña había aportado aquella tarde algo más que su arte: su corazón. Ninguno de los amigos de la ópera ignoraba que el corazón de Christine permanecía tan puro como era a los quince años, y P de St.-V declaraba que «para comprender lo que acababa de suceder con Daaé, ¡era necesario imaginar que se había enamorado por primera vez! Quizá soy un poco indiscreto —añadía—, pero sólo el amor es capaz de realizar un milagro tal, una transformación tan fulgurante. Cuando oímos, hace dos años, a Christine Daaé en el recital del Conservatorio, nos dio grandes esperanzas... ¿Pero de dónde proviene la sublime actuación de hoy? ¡Si no desciende del cielo en alas del amor, tendré que pensar que asciende del infierno y que Christine, como el maestro cantor Offerdingen, hizo un pacto con el diablo! Quien no haya oído cantar a Christine Daaé el trío final de Fausto no conoce Fausto. ¡No podría superarse esta exaltación de la voz y esta sagrada embriaguez de un alma pura!».

Sin embargo, algunos abonados protestaban. ¿Cómo podía haberseles ocultado tanto tiempo semejante tesoro? Christine Daaé había sido hasta entonces un Siebel aceptable al lado de esa Margarita demasiado espléndidamente material que era la Carlotta. ¡Y había sido necesaria la ausencia incomprensible e inexplicable de la Carlotta, en esta velada de gala, para que a pie firme la pequeña Daaé pudiera dar muestra de lo que era capaz, en una parte del programa reservada a la diva española! ¿Y por qué, privados de Carlotta, los señores Debiegne y Poligny se habían dirigido a la Daaé? ¿Conocían acaso su genio oculto? Y si lo conocían, ¿por qué lo escondían? ¿Por qué, ella también, lo ocultaba? Cosa rara, no se le conocía en la actualidad ningún profesor. Y había declarado en vanas ocasiones que en lo sucesivo trabajaría completamente sola. Todo lo cual resultaba muy inexplicable.

El conde de Chagny había asistido, de pie en su palco, a este delirio y había compartido los estruendosos bravos.

El conde de Chagny (Philippe-Georges-Marie) tenía entonces exactamente cuarenta y un años. Era un gran señor y un hombre atractivo. De talla más que mediana, de rostro agradable a pesar de la frente dura y unos ojos un poco fríos, era de una educación refinada con las mujeres y un poco altanero con los hombres, que no siempre le perdonaban sus éxitos mundanos. Tenía un corazón excelente y una conciencia honrada. Tras la muerte del viejo conde Philibert, se había convertido en jefe de una de las más ilustres y antiguas familias de Francia, cuyos títulos de nobleza se remontaban a Luis el Testarudo. La fortuna de los Chagny era considerable y, cuando el viejo conde, que era viudo, murió, no fue tarea fácil para Philippe administrar un

patrimonio tan enorme. Sus dos hermanas y su hermano Raoul no quisieron saber nada de la herencia y ni quisieron oír hablar de reparto, encargando de todo a Philippe, como si el derecho de primogenitura no hubiera dejado de existir. Cuando se casaron las dos hermanas —el mismo día—, tomaron su parte de manos del hermano, no como algo que les perteneciera, sino como una dote, por la que le expresaron su reconocimiento.

La condesa de Chagny —de soltera Moerogis de la Martynière— había muerto al dar a luz a Raoul, nacido veinte años después que su hermano mayor. Cuando el viejo conde murió, Raoul tenía doce años. Philippe se ocupó activamente de la educación del niño. Fue auxiliado en esta labor, de forma admirable, por sus hermanas primero y luego por una anciana tía, viuda de marino, que vivía en Brest, y que inició al joven Raoul en el gusto por las cosas de la mar. El joven entró en la tripulación del Borda, salió entre los primeros números y realizó tranquilamente su vuelta al mundo. Gracias a poderosas influencias, acababa de ser designado para formar parte de la expedición oficial del Réquin, que tenía la misión de buscar en los hielos polares a los supervivientes de la expedición del Artois, del que no se tenían noticias desde hacía tres años. Mientras tanto, disfrutaba de un largo permiso de seis meses, y las viudas ricas del noble barrio, viendo a este hermoso joven, que parecía tan frágil, le compadecían ya de los rudos trabajos que le esperaban.

La timidez de este marino, casi estoy tentado de decir su inocencia, era notable. Parecía haber salido el día anterior de las faldas de sus hermanas. De hecho, mimado por ellas y por su anciana tía, había conservado de esta educación puramente femenina unos modales casi cándidos, huellas de un encanto que hasta entonces nada había podido empañar. En esa época tenía poco más de veintiún años y aparentaba dieciocho. Llevaba un bigotito rubio, tenía los ojos azules y una tez de niña.

Philippe consentía mucho a Raoul. En principio, se sentía muy orgulloso de él y preveía con gozo una carrera gloriosa para su hermano menor en la misma marina donde uno de sus antepasados, el famoso Chagny de la Roche, había ostentado el rango de almirante. Aprovechaba los permisos del joven para enseñarle París, al que éste casi desconocía en todo lo que esa ciudad puede ofrecer de alegría lujosa y placer artístico.

El conde consideraba que a la edad de Raoul una excesiva prudencia no es muy recomendable. Philippe tenía un carácter muy bien equilibrado, ponderado tanto en sus trabajos como en sus placeres, siempre de modales perfectos, y era incapaz de dar a su hermano un mal ejemplo. Lo llevó con él a todas partes. Le dio a conocer incluso el foyer de la danza. Sé de sobra que se decía que el conde tenía «buenísimas relaciones» con la Sorelli. Pero, ¿acaso podía considerarse un crimen que un joven, que se había mantenido soltero y

que por lo tanto disponía de mucho tiempo, especialmente desde que sus hermanas se habían establecido, viniera a pasar una o dos horas después de cenar en compañía de una bailarina que, evidentemente, no era excesivamente espiritual, pero que tenía los ojos más bellos del mundo? Además, hay sitios donde un verdadero parisino, cuando posee el título de conde de Chagny, debe hacerse ver, y en esta época, el foyer de la danza de la ópera era uno de estos sitios.

Además, quizá Philippe no hubiera llevado a su hermano a los bastidores de la Academia Nacional de música si éste no hubiera sido el primero en pedírselo en varias ocasiones, con una dulce obstinación de la que el conde debía acordarse más tarde.

Philippe, después de haber aplaudido aquella noche a la Daaé, se había vuelto hacia Raoul y lo había visto tan pálido que se había asustado.

—¿No ve usted que esta mujer se encuentra mal? —había dicho Raoul.

En efecto, en el escenario tuvieron que sostener a Christine Daaé.

—Eres tú el que va a desmayarse... —dijo el conde inclinándose hacia Raoul—. ¿Qué te pasa?

Pero Raoul ya se había puesto en pie.

—Vamos —dijo con voz temblorosa.

—¿Adónde quieres ir, Raoul? —preguntó el conde, asombrado del estado en que se encontraba su hermano menor.

—¡Vayamos a ver qué pasa! ¡Es la primera vez que canta así!

El conde observó con curiosidad a su hermano y una ligera sonrisa se dibujó en la comisura de sus labios.

—¡Bah! —y añadió enseguida—: ¡Vamos, vamos!

Parecía estar encantado.

En seguida se encontraron en la entrada de los abonados, que estaba abarrotada. A la espera de poder entrar en el escenario, Raoul desgarraba sus guantes con un gesto inconsciente. Philippe, que era comprensivo, no se burló de su impaciencia. Pero ya estaba resignado. Ahora sabía por qué Raoul estaba distraído cuando le hablaba y también por qué parecía sentir un vivo placer encauzando todas las conversaciones hacia la Ópera.

Penetraron en el escenario.

Una masa de fracs se dirigía apresuradamente hacia el foyer de la danza o hacia los camerinos de los artistas. A los gritos de tramoyistas se mezclaban las alocuciones vehementes de los jefes de servicio. Los figurantes del último

cuadro que abandonan el escenario, los «viejos verdes» que empujan, un bastidor que pasa, un decorado que baja del telar, un practicable que sujetan a martillazos, el eterno «sitio del teatro» que resuena en los oídos como la amenaza de alguna catástrofe nueva para vuestra chistera o de una sólida carga contra vuestros riñones: tal es el acontecimiento habitual de los entreactos y que nunca deja de turbar a un novato como el joven del bigotito rubio, de ojos azules y tez de niña que atravesaba, todo lo rápido que la aglomeración se lo permitía, el escenario en el que Christine Daaé acababa de triunfar y bajo el que Joseph Buquet acababa de morir.

La confusión no había sido nunca tan completa como en esta noche, pero Raoul no había sido nunca menos tímido. Apartaba con el hombro vigoroso todos los obstáculos, sin ocuparse de lo que se decía a su alrededor, sin intentar atender a las palabras asustadas de los tramoyistas. Tan sólo le preocupaba el deseo de ver a aquélla cuya voz mágica le había arrancado el corazón. Sí, sentía claramente que su pobre corazón aún nuevo ya no le pertenecía. Había intentado defenderlo desde el día en que Christine, a la que conocía de pequeña, había reaparecido ante él. Sintió en su presencia una emoción muy dulce a la que quiso rechazar mediante la reflexión, ya que se había hecho el juramento, tanto se respetaba a sí mismo y a su fe, de que no amaría más que a la que fuera su mujer, y ni por un momento podía imaginar en casarse con una cantante. Pero he aquí que a la dulce emoción había seguido una sensación atroz. ¿Sensación? ¿Sentimiento? Había en ello algo físico y algo moral. El pecho le dolía como si se lo hubieran abierto para arrancarle el corazón. ¡Sentía allí un hueco horrible, un vacío real que jamás podría ser rellenado más que por el corazón de ella! Estos son acontecimientos de una psicología particular que, parece ser, no pueden ser comprendidos más que por los que han sido heridos, en el amor, por un golpe extraño, llamado en el lenguaje común, «un flechazo».

El conde Philippe tenía dificultad en seguirlo. Y continuaba sonriendo.

Al fondo del escenario, pasada la puerta doble que se abre a los escalones que conducen al foyer y a los que conducen a los palcos de la izquierda de la planta baja, Raoul hubo de detenerse ante la pequeña tropa de «ratas» que, recién bajadas de su granero, obstruían el pasillo por el que pretendía introducirse. Más de un comentario burlón fue pronunciado por pequeños labios pintados, a los que él no respondió. Por fin consiguió pasar y se sumergió en la oscuridad de un corredor invadido por el estruendo de las exclamaciones que proferían los admiradores entusiastas. Un nombre ahogaba todos los rumores: ¡Daaé, Daaé! El conde, detrás de Raoul, se decía: «El muy bribón sabe el camino», y se preguntaba cómo lo había aprendido. Él nunca lo había llevado al camerino de Christine. Había que suponer por lo tanto que éste había ido solo mientras el conde se quedaba charlando en el foyer con la

Sorelli, ya que a menudo ella le rogaba que permaneciera a su lado hasta el momento de salir a escena, y quien a veces tenía la manía tiránica de dejarle al cuidado de las pequeñas polainas con que bajaba de su camerino y con las que garantizaba el lustre de sus zapatillas de raso y la limpieza del maillot color carne. La Sorelli tenía una excusa: había perdido a su madre.

El conde, retrasando la visita que debía hacer a la Sorelli, seguía pues la galería que conducía al camerino de la Daaé y comprobaba que aquel corredor nunca había sido tan frecuentado como aquella noche en la que todo el teatro parecía trastornado por el éxito de la artista, y también por su desvanecimiento. Pues la hermosa niña aún no se había recuperado y habían ido a buscar al médico del teatro, que llegó entretanto empujando a los grupos de gente y seguido por Raoul, que le pisaba los talones.

De este modo, el médico y el enamorado se encontraron al mismo tiempo al lado de Christine, que recibió del uno los primeros cuidados y abrió los ojos en brazos del otro. El conde se había quedado, con otros muchos, en el umbral de la puerta, ante la cual se ahogaba.

—¿No cree, doctor, que estos señores deberían «desalojar» el camerino?
—preguntó Raoul con audacia increíble—. No se puede respirar aquí dentro.

—Tiene usted toda la razón —afirmó el doctor, y despachó a todos, excepción hecha de Raoul y de la doncella.

Esta contemplaba a Raoul con los ojos agrandados por el más sincero de los asombros. Jamás lo había visto.

Sin embargo, no se atrevió a interrogarlo.

Y el doctor pensó que si el joven actuaba así era, evidentemente, porque tenía derecho a hacerlo. De tal forma que el vizconde permaneció en el camerino presenciando cómo la Daaé volvía a la vida, mientras los dos directores, Debieulle y Poligny, que habían acudido para expresar su admiración a su pupila, se veían rechazados al pasillo, con sus trajes oscuros. El conde de Chagny, echado al corredor como los demás, se reía a carcajadas.

—¡Ah, el muy bribón! ¡El muy bribón!

Y añadía para sí: «Para que te fíes de esos jovenzuelos que adoptan aires de niñitas».

Estaba radiante.

—Es un Chagny —concluyó, y se encaminó al camerino de la Sorelli; pero ésta bajaba hacia el foyer con su pequeño rebaño que temblaba de miedo, y el conde la encontró en el camino, como ya se ha dicho.

En el camerino, Christine Daaé había dejado escapar un profundo suspiro

al cual respondió un gemido. Volvió la cabeza, vio a Raoul y se estremeció. Miró al doctor, al que sonrió, después a su criada y por último a Raoul.

—¡Señor! —preguntó a este último con una voz que era tan sólo un suspiro—. ¿Quién es usted?

—Señorita —respondió el joven, al tiempo que se arrodillaba y depositaba un ardiente beso en la mano de la diva—, señorita, soy el niño que fue a recoger su chal del mar.

Christine volvió a mirar al doctor y a la doncella, y los tres se echaron a reír. Raoul se levantó muy sonrojado.

—Señorita, ya que le place no reconocirme, quisiera decirle algo en privado, algo muy importante.

—Cuando me encuentre mejor, ¿no le parece bien, señor?... —y su voz temblaba—. Es usted muy amable...

—Pero es necesario que se vaya... —añadió el doctor con su mejor sonrisa—. Déjeme usted atender a la señorita.

—¡No estoy enferma! —exclamó Christine de repente con una energía tan extraña como inesperada.

Y se levantó, pasándose una mano por los párpados con gesto rápido.

—¡Se lo agradezco mucho, doctor!... Necesito estar sola... Váyanse todos, por favor..., déjenme... Estoy muy nerviosa esta noche...

El médico quiso oponer algunos argumentos, pero ante la agitación de la joven estimó que el mejor remedio para su estado era no contradecirla. Y salió junto con Raoul, quien se encontró en el pasillo completamente desamparado. El doctor le dijo:

—No la reconozco esta noche... normalmente es tan dulce...

Y lo dejó allí.

Raoul le quedó solo. Toda aquella parte del teatro se encontraba ahora desierta. La ceremonia de despedida debía haber empezado en el foyer de la ópera. Raoul pensó que quizá la Daaé iría y esperó sumido en la soledad y el silencio. Incluso se escondió en la sombra propicia del quicio de una puerta. Seguía teniendo aquel horrible dolor en el corazón. Y era de eso de lo que quería hablarle a la Daaé sin demora. De repente, el camerino se abrió y vio a la criada que salía completamente sola, llevando unos paquetes. Se interpuso en su camino y le pidió noticias de su ama. Ella le contestó riendo que se encontraba bien, pero que no debía molestarla puesto que quería estar sola. Y se escapó. Una idea atravesó el cerebro abrasado de Raoul. ¡Evidentemente, la Daaé quería estar sola para él...! ¿Acaso no le había dicho que quería

conversar en privado? Esta era la razón por la que había despedido a los demás. Respirando con dificultad, se acercó al camerino y, con la oreja pegada a la puerta para escuchar lo que iban a contestarle, se dispuso a llamar. Pero su mano se detuvo. Acababa de percibir, en el camerino, una voz de hombre que decía con entonación particularmente autoritaria:

—¡Christine, es preciso que me ames!

Y la voz de Christine, dolorida, que se adivinaba entrecortada por las lágrimas, una voz temblorosa, respondía:

—¿Cómo puede decirme esto? ¡A mí, que no canto más que para usted!

Raoul se apoyó en un panel, tal fue su sufrimiento. El corazón, al que creía haber perdido para siempre, había vuelto a su pecho y latía con estruendo. El corredor entero retumbaba y los oídos de Raoul estaban como aturridos. Seguramente, si su corazón seguía haciendo tanto ruido, iban a oírlo, iban a abrir la puerta y el joven sería vergonzosamente expulsado. ¡Qué papel para un Chagny! ¡Escuchar detrás de una puerta! Se apretó el corazón con ambas manos para hacerlo callar. Pero un corazón no es el hocico de un perro e, incluso sujetándolo el morro a un perro que ladra sin parar, siempre se le oye gruñir.

La voz del hombre prosiguió:

—Debes estar muy cansada.

—Oh! Esta noche le he entregado mi alma y estoy muerta.

—Tu alma es extraordinariamente bella, hija mía —siguió diciendo la voz grave del hombre—, y te lo agradezco. No hubo emperador que recibiera un regalo como éste. ¡Esta noche han llorado los ángeles!

Después de estas palabras, esta noche han llorado los ángeles, el conde ya no oyó más.

Sin embargo, no se fue. Como temía ser sorprendido, se ocultó en un rincón sombrío decidido a esperar a que el hombre abandonase el camerino. En un mismo instante acababa de conocer el amor y el odio. Sabía a quién amaba. Quería saber a quién odiaba. Ante su gran estupor de su parte, la puerta se abrió y Christine Daaé, envuelta en pieles y escondido el rostro bajo un encaje, salió sola. Cerró la puerta, pero Raoul observó que no la cerraba con llave. Pasó ante él, quien ni siquiera la siguió con los ojos puesto que los tenía fijos en la puerta, que no se volvía a abrir. Entonces, al ver que el corredor estaba de nuevo desierto, lo cruzó. Abrió la puerta del camerino y la cerró inmediatamente detrás de él. Se encontraba en la más absoluta oscuridad. Habían apagado el gas.

—¿Hay alguien aquí? —dijo Raoul con voz vibrante—. ¿Por qué se

esconde?

Y al decir esto, seguía apoyado en la puerta cerrada.

Oscuridad y silencio. Raoul no oía más que el ruido de su propia respiración. Seguramente no se daba cuenta de que la indiscreción de su conducta sobrepasaba todo lo imaginable.

—¡Sólo saldrá usted de aquí cuando yo lo permita! —exclamó el joven—. ¡Si no me contesta, es usted un cobarde! ¡Pero yo sabré dar con usted!

Y encendió una cerilla. La llama iluminó el lugar. ¡No había nadie en el camerino! Raoul, después de cerrar cuidadosamente la puerta con llave, encendió los globos y las lámparas. Penetró en el tocador, abrió los armarios, buscó, tanteó con sus manos húmedas las paredes. ¡Nada!

—¡Ah! ¿Es que me estoy volviendo loco? —dijo en voz alta.

Permaneció así diez minutos escuchando el silbido del gas en medio de la paz del camerino abandonado: enamorado como estaba, ni siquiera pensó en llevarse una cinta que le hubiera reconfortado con el perfume de su amada. Salió sin saber qué hacía ni adónde iba. En un momento de su incoherente deambular, un aire frío le golpeó en la cara. Se encontraba al final de una estrecha escalera por la que bajaba detrás de él un cortejo de obreros inclinados sobre una especie de camilla que recubría un paño blanco.

—¿La salida, por favor? —preguntó a uno de ellos.

—¡La está viendo! Delante de usted —le contestaron—. La puerta está abierta, pero déjenos pasar.

Preguntó maquinalmente, señalando la camilla.

—¿Qué es eso?

El obrero respondió:

—Esto es Joseph Buquet, al que se ha encontrado ahorcado en el tercer sótano, entre un bastidor y un decorado de El rey de Labore.

Se hizo a un lado ante el cortejo, saludó y salió.

CAPÍTULO III

DONDE, POR PRIMERA VEZ, LOS SEÑORES DEBIENNE Y POLIGNY DAN EN SECRETO A LOS NUEVOS DIRECTORES DE LA ÓPERA, LOS SEÑORES ARMAND MONCHARMIN Y FIRMIN RICHARD, LA VERDADERA Y MISTERIOSA RAZÓN DE SU MARCHA DE LA ACADEMIA NACIONAL DE MÚSICA

Mientras tanto proseguía la ceremonia de la despedida.

Ya he dicho anteriormente que esta magnífica fiesta se daba, con ocasión de su marcha de la ópera, en honor a los señores Debienne y Poligny, que habían querido morir, como decimos hoy, a lo grande.

Habían sido ayudados en la realización de este programa ideal y fúnebre por todos aquellos que, por aquel entonces, desempeñaban un papel en la sociedad y las artes de París.

Toda esta gente se había reunido en el foyer de la ópera donde la Sorelli esperaba, con una copa de champán en la mano y un breve discurso preparado en la punta de la lengua, a los directores dimisionarios. Tras ella, sus jóvenes y viejas compañeras del cuerpo de ballet se apretujaban, conversando en voz baja de los acontecimientos del día, y otras haciendo discretas señales de complicidad a sus amigos que en tropel parlanchín rodeaban ya el bufé que había sido levantado sobre el suelo en pendiente, entre la danza guerrera y la danza campestre del señor Boulenger.

Algunas bailarinas se habían vestido ya con sus ropas de calle; la mayoría llevaba aún sus faldas de gasa ligera; pero todas habían creído su deber adoptar un tono de circunstancia. Tan sólo la pequeña Jammes, cuyas quince primaveras parecían haber olvidado, en su despreocupación —feliz edad— al fantasma y la muerte de Joseph Buquet, no cesaba de cacarear, de cuchichear, de saltar, de hacer diabluras, hasta el punto de que, al aparecer los señores Debienne y Poligny en las escalinatas del salón, fue severamente llamada al orden por la Sorelli, que estaba impaciente.

Todo el mundo comprobó que los directores dimisionarios parecían alegres, lo que en provincias no hubiera parecido natural a nadie, pero que en París se consideró de muy buen gusto. Aquel que no haya aprendido a ocultar su tristeza bajo una máscara de alegría y a simular algo de tristeza, aburrimiento o indiferencia ante su íntima alegría, no será nunca un parisino. Si sabéis que uno de vuestros amigos está preocupado, no intentéis consolarle; os dirá que ya lo está. Pero, sí le ha sucedido algo agradable, guardaos de felicitarle por ello; encuentra tan natural su buena suerte que se extrañaría de que se hable de ella. En París se vive siempre en un baile de máscaras, y no es en el foyer de la Opera, donde personajes tan «enterados» como los señores Debienne y Poligny hubieran cometido el error de mostrar su tristeza, que era real. Comenzaban ya a sonreír a la Sorelli, que empezaba a despachar su discurso de compromiso, cuando una exclamación de aquella loquilla de Jammes vino a truncar la sonrisa de los señores directores de una forma tan brutal que la expresión de desolación y de espanto que se escondía en ellos apareció ante los ojos de todos:

—¡El fantasma de la ópera!

Jammes había soltado esta frase con un tono de indecible terror y su dedo señalaba entre la muchedumbre de fracs a un rostro tan pálido, tan lúgubre y tan espantoso, con los tres agujeros negros de los arcos superficiales tan profundos, que aquella calavera así señalada obtuvo de inmediato un éxito loco.

—¡El fantasma de la Opera! ¡El fantasma de la Opera!

La gente reía, se empujaba y quería ofrecer de beber al fantasma de la Ópera; ¡pero había desaparecido! Se había deslizado entre los asistentes y lo buscaron en vano, mientras dos ancianos señores intentaban calmar a la pequeña Jammes y la pequeña Giry lanzaba gritos de pavo real.

La Sorelli estaba furiosa: no había podido terminar su discurso. Los señores Debienne y Poligny la habían abrazado, agradecido y habían escapado tan aprisa como el mismo fantasma. Nadie se extrañó, puesto que se sabía que debían asistir a una ceremonia similar en el piso superior, en el foyer del canto, y que finalmente sus amigos íntimos serían recibidos por última vez en el gran vestíbulo del despacho de dirección, en donde les aguardaba una cena.

Aquí es donde volvemos a encontrarlos, junto con los nuevos directores, los señores Armand Moncharmin y Firmin Richard. Los primeros apenas conocían a los segundos, pero se presentaron con grandes demostraciones de amistad, y éstos les respondieron con mil cumplidos. De tal manera que aquellos invitados que habían temido una velada más aburrida se mostraron en seguida muy risueños. La cena fue casi alegre y, llegado el momento de los brindis, el señor comisario del gobierno fue tan extraordinariamente hábil, mezclando la gloria del pasado con los éxitos del futuro, que la mayor cordialidad reinó en seguida entre los convidados. La transmisión de los poderes de dirección se habían efectuado la víspera de la forma más simple posible, y los asuntos que quedaban por arreglar entre la antigua y la nueva dirección habían sido solucionados bajo la presidencia del comisario del gobierno con tal deseo de entendimiento por ambas partes que realmente no podía resultar extraño, en esta velada memorable, encontrar cuatro caras de directores tan sonrientes.

Los señores Debienne y Poligny habían entregado ya las dos llaves minúsculas, las llaves maestras que franqueaban las múltiples puertas de la Academia Nacional de Música —varios miles de puertas—, a los señores Armand Moncharmin y Firmin Richard. Las llavecitas, objeto de la curiosidad general, pasaban con presteza de mano en mano, cuando la atención de algunos fue atraída al descubrir de pronto, en el extremo de la mesa, aquella extraña, pálida y cadavérica figura de ojos hundidos que ya había aparecido en el foyer de la danza y que había sido interpelada por la pequeña Jammes como

«¡El fantasma de la ópera!».

Se encontraba allí como el más normal de los convidados, salvo que no comía ni bebía.

Los que habían comenzado a mirarlo sonriendo, habían acabado por volver la cabeza, hasta tal punto la visión de aquel individuo llenaba inmediatamente el espíritu de los pensamientos más fúnebres. Ninguno volvió a hacer las bromas del foyer, ninguno gritó: «¡El fantasma de la ópera!».

Él no había pronunciado una sola palabra y ni sus mismos vecinos hubieran podido decir el momento preciso en que había venido a sentarse allí, pero cada uno pensó que los muertos, que vienen a veces a sentarse a la mesa de los vivos, no podían tener un aspecto más macabro. Los amigos de los señores Firmin Richard y Armand Moncharmin creyeron que este invitado descarnado era un íntimo de los señores Debiegne y Poligny, mientras que los amigos de Debiegne y Poligny pensaron que aquel cadáver pertenecía a la clientela de los señores Richard y Moncharmin. De tal modo que ningún requerimiento de explicación, ninguna reflexión desagradable, ningún comentario de mal gusto amenazó ofender a aquel huésped de ultratumba. Algunos invitados, que estaban al corriente de la leyenda del fantasma y que conocían la descripción que había dado el jefe de los tramoyistas —ignoraban la muerte de Joseph Buquet—, creían en el fondo que el hombre que estaba en el extremo de la mesa habría podido pasar perfectamente por la viva imagen del personaje creado, según ellos, por la incorregible superstición del personal de la Ópera. Sin embargo, según la leyenda, el fantasma carecía de nariz, y este personaje la tenía; pero el señor Moncharmin afirma en sus Memorias que la nariz del convidado era transparente. «Su nariz —dice— era larga, fina y transparente», y yo añadiría que podía tratarse de una nariz postiza. El señor Moncharmin pudo tomar por transparencia lo que no era más que brillo. Todo el mundo sabe que la ciencia fabrica falsas admirables narices postizas para aquellos que se han visto privados de ella por la naturaleza o por alguna operación. ¿Habría venido, de hecho, el fantasma a sentarse aquella noche en el banquete de los directores sin haber sido invitado? ¿Podemos asegurar que esta presencia era la del fantasma de la Ópera mismo? ¿Quién se atrevería a decirlo? Si hablo aquí de este incidente, no es porque pretenda ni por un segundo hacer creer o intentar hacer creer al lector que el fantasma hubiera sido capaz de audacia tan soberbia, sino porque, en definitiva, la cosa es muy posible.

Y esta es, al parecer, razón suficiente. El señor Armand Moncharmin, siempre en sus Memorias, dice textualmente: Capítulo XI: «Cuando pienso en aquella primera velada, me es imposible deslindar la confianza que nos hicieron los señores Debiegne y Poligny en su despacho de la presencia en la cena de aquel fantasmático personaje al que ninguno de nosotros conocía».

Esto es lo que pasó exactamente:

Los señores Debienne y Poligny, situados en el centro de la mesa, no habían visto aún al hombre de la calavera, cuando de repente éste comenzó a hablar.

—Las «ratas» tienen razón —dijo—. La muerte del pobre Buquet no es quizá tan natural como parece.

Debienne y Poligny se sobresaltaron.

—¿Buquet ha muerto? —exclamaron.

—Sí —respondió tranquilamente el hombre o la sombra de hombre—. Le han encontrado ahorcado esta noche en el tercer sótano, entre un portante y un decorado de El rey de Lahore.

Los dos directores, o mejor ex-directores, se levantaron instantáneamente mirando fijamente a su interlocutor. Estaban más alterados de lo que cabía, es decir más de lo que cabe estarlo por la noticia del ahorcamiento de un jefe de tramoyistas. Se miraron entre sí. Se habían puesto más blancos que el mantel. Finalmente, Debienne hizo una señal a los señores Richard y Moncharmin: Poligny pronunció algunas palabras de excusa dirigidas a los invitados, y los cuatro pasaron al despacho de los directores. Cedo la palabra al señor Moncharmin.

«Los señores Debienne y Poligny parecían agitarse cada vez más por momentos —cuenta en sus Memorias—, y nos pareció que tenían que decirnos algo que les preocupaba mucho. Primero nos preguntaron si conocíamos al individuo que, sentado en el extremo de la mesa, les había dado a conocer la muerte de Joseph Buquet, y ante nuestra respuesta negativa, se mostraron aún más turbados. Tomaron de nuestras manos las llaves maestras, las observaron un instante, movieron la cabeza y después nos aconsejaron hacer cerraduras nuevas, en el mayor secreto, para los pisos, despachos y objetos que quisiéramos tener herméticamente cerrados. Resultaban tan ridículos al decirnos esto, que rompimos a reír preguntándoles si es que había ladrones en la Ópera. Nos respondieron que había algo peor, el fantasma. Nos echamos a reír de nuevo, persuadidos de que estaban gastándonos una broma como culminación de esta fiesta íntima. Pero, a petición suya, recuperamos nuestro “aire serio”, decididos a complacerles en aquella especie de juego. Nos dijeron que jamás nos hubieran hablado del fantasma de no haber recibido la orden formal del mismo fantasma de aconsejarnos que nos mostráramos amables con él y que le acordáramos todo aquello que nos pidiera. Sin embargo, demasiado contentos de abandonar un lugar donde reinaba como amo y señor aquella sombra tiránica y de verse de pronto libres de ella, habían esperado el último momento para explicarnos tan extraña aventura, ya que con seguridad nuestros

espíritus escépticos no estarían preparados para semejante revelación. Pero el anuncio de la muerte de Joseph Buquet les había recordado brutalmente que, siempre que habían desobedecido a los deseos del fantasma, algún hecho fantástico o funesto se había encargado de recordarles rápidamente el sentimiento de su dependencia».

Durante estas inesperadas palabras, pronunciadas en el tono de la más secreta e importante confidencia, yo miraba a Richard. En sus tiempos de estudiante, Richard era conocido por su reputación de bromista, es decir que no ignoraba ninguna de las mil y una maneras de burlarse de los demás, y los porteros del bulevar Saint-Michel podrían contar muchas anécdotas suyas. Así pues, parecía disfrutar enormemente de la ocasión que le brindaban. No se perdía ni un detalle, a pesar de que el conjunto resultara algo macabro a causa de la muerte de Buquet. Movía la cabeza con ademán de tristeza y su aspecto, a medida que hablaban los demás, se volvía compungido como el de un hombre que lamenta amargamente todo este asunto de la Ópera, ahora que se enteraba de que había un fantasma dentro. Yo no podía hacer otra cosa que copiar servilmente esa actitud desesperada; sin embargo, a pesar de todos nuestros esfuerzos, no pudimos al fin evitar una carcajada ante las mismas narices de los señores Debienne y Poligny, quienes, al vernos pasar sin transición del estado de ánimo más sombrío a la alegría más insolente, reaccionaron como si creyeran que nos habíamos vuelto locos.

Dado que la farsa se prolongaba en exceso, Richard preguntó medio en serio medio en broma:

—Pero, en resumidas cuentas, ¿qué es lo que quiere ese fantasma?

El señor Poligny se dirigió hacia su despacho y volvió con una copia del pliego de condiciones.

El pliego de condiciones comenzaba con estas palabras:

«La dirección de la ópera estará obligada a dar a las representaciones de la Academia Nacional de música el esplendor que conviene a la primera escena lírica francesa», y terminaba en el artículo 98, en los siguientes términos:

«El presente privilegio podrá ser retirado:

»1º Si el director contraviene a las disposiciones estipuladas en el pliego de condiciones».

Siguen las disposiciones.

—Aquella copia —dijo el señor Moncharmin— estaba escrita en tinta negra y enteramente conforme a la que nosotros poseíamos.

Sin embargo, vimos que el pliego de condiciones que nos sometía el señor Poligny comportaba in fine un párrafo añadido, escrito en tinta roja con una

letra insólita y atormentada, como si hubiera sido trazada a golpes de cabezas de cerillas, la letra de un niño que aún no ha cesado de hacer palotes y todavía no sabe ligar las letras. Este añadido, que alargaba de forma tan extraña el artículo 98, decía textualmente:

«5° Si el director retrasa por más de quince días la mensualidad que debe al fantasma de la Ópera, mensualidad fijada hasta nueva orden en 20.000 francos, o sea, 240.000 francos al año».

El señor de Poligny, con gesto dudoso, nos mostró esta cláusula suprema, que en verdad no esperábamos.

—¿Eso es todo? ¿Él no quiere nada más? —preguntó Richard con la mayor sangre fría.

—Sí —replicó Poligny.

Volvió a hojear el pliego de condiciones y leyó:

«Art. 63. El gran proscenio, a la derecha de los primeros palcos, será reservado en todas las representaciones para el jefe del Estado.

»La platea n° 20, los lunes, y el palco n° 30 del primer piso, los miércoles y viernes, estarán puestos a la disposición del ministro.

»El palco número 27 del segundo piso estará reservado cada día para uso de los prefectos del Sena y de policía».

Al final de este artículo, el señor Poligny nos enseñó una línea trazada con tinta roja, que había sido añadida:

«El palco n° 5 del primer piso será puesto en todas las representaciones a disposición del fantasma de la Opera».

Ante esta última jugada no nos quedó más remedio que levantarnos y apretar calurosamente las manos de nuestros dos predecesores, a la vez que los felicitábamos por haber ideado aquella encantadora broma que demostraba que la vieja alegría francesa seguía conservándose. Richard creyó incluso su deber añadir que ahora comprendía por qué los señores Debienne y Poligny abandonaban la dirección de la Academia Nacional de Música. No se podía trabajar con un fantasma tan exigente.

—Evidentemente —replicó sin pestañear el señor Poligny—, 240.000 francos no se encuentran debajo de la herradura de un caballo. ¿Y han considerado lo que cuesta no alquilar el palco n° 5 del primer piso, reservado para el fantasma en todas las representaciones? Sin tener en cuenta que nos hemos visto obligados a reembolsar el abono. ¡Es horrible! ¡Realmente no trabajamos para mantener fantasmas!... ¡Preferimos irnos!

—Sí —repitió el señor Debienne—, preferimos irnos. ¡Vámonos!

Y se puso en pie.

Richard dijo:

—Pero, en fin, me parece que han sido ustedes demasiado condescendientes con ese fantasma. Si tuviera un fantasma tan molesto como ése, no dudaría en hacerlo detener.

—Pero, ¿dónde? ¿Cómo? —exclamaron los dos en voz alta—. Jamás lo hemos visto.

—¿Ni siquiera cuando va a su palco?

—Jamás lo hemos visto en su palco.

—Entonces, alquílenlo.

—¡Alquilar el palco del fantasma de la Opera! Bien, señores, inténtenlo ustedes.

Después de lo cual salimos los cuatro del despacho de dirección. Richard y yo jamás nos habíamos «reído tanto».

CAPÍTULO IV

EL PALCO N° 5

Armand Moncharmin escribió unas memorias tan voluminosas que, en lo que se refiere particularmente al largo período de su codirección, habría para preguntarse si en algún momento encontró tiempo para ocuparse de la ópera de otra forma que no fuera la de contar lo que en ella ocurría. El señor Moncharmin no sabía ni una nota de música, pero tuteaba al ministro de Instrucción Pública y de Bellas Artes, había hecho un poco de periodismo de calle y gozaba de una fortuna considerable. Por último, era un hombre encantador y que no carecía de inteligencia, puesto que, decidido a regir la Opera, había sabido escoger a un director útil y no había dudado en designar a Firmin Richard.

Firmin Richard era un músico distinguido y un hombre de mundo. He aquí el retrato que nos da, en el momento de su toma de posesión, la Revue des théâtres:

«El señor Firmin Richard tiene aproximadamente unos cincuenta años, es de alta estatura, de constitución robusta, sin ser gordo. Posee prestancia y distinción, subido de color, el pelo abundante, un poco corto y cortado a cepillo, la barba acorde con el pelo; su fisionomía tiene algo un poco triste que

templa una mirada franca y directa y una sonrisa encantadora.

»El señor Firmin Richard es un músico muy distinguido. Hábil armonista, sabio contrapuntista, la grandeza es la característica principal de su composición. Ha publicado música de cámara muy apreciada por los aficionados, música para piano, sonatas o fugas llenas de originalidad, además de un volumen de melodías. Finalmente, La muerte de Hércules, ejecutada en los conciertos del Conservatorio, arroja un soplo épico que hace pensar en Gluck, uno de los maestros venerados por el señor Firmin Richard. De todas maneras, aunque admire a Gluck, no admira menos a Piccini. El señor Richard le agrada todo lo que encuentra. Lleno de admiración por Piccini, se inclina ante Meyerbeer, se deleita con Cimarosa y nadie aprecia mejor que él, el inimitable genio de Weber. Por último, en lo que concierne a Wagner, el señor Richard, no está lejos de pretender que es él, Richard, el primero y quizás el único en comprenderlo en Francia».

Aquí detengo mi cita, de la que creo se desprende con suficiente claridad que, si al señor Firmin Richard amaba casi toda la música y a todos los músicos, el deber de todos los músicos era amar al señor Firmin Richard. Digamos para concluir este rápido retrato, que el señor Richard era lo que se ha dado en llamar un ser autoritario, es decir que tenía un carácter difícil.

Los primeros días de los dos directores en la Ópera transcurrieron dominados por la alegría de sentirse los amos de una empresa tan amplia y hermosa. Habían sin duda olvidado ya la curiosa y extraña historia del fantasma, cuando se produjo un incidente que les probó que, si se trataba de una farsa, la farsa aún no había terminado.

El señor Firmin Richard llegó aquella mañana a su despacho a las once. Su secretario, el señor Rémy, le mostró una media docena de cartas que no había abierto porque llevaban la mención de «personal». Una de las cartas atrajo en seguida la atención del señor Richard, no sólo porque lo escrito en el sobre estaba en tinta roja, sino también porque le pareció haber visto ya en alguna parte aquella letra. No tuvo que pensar demasiado: se trataba de la letra con la que habían completado tan extrañamente el pliego de condiciones.

Reconoció en seguida su aspecto tosco y casi infantil. La abrió y leyó:

Mi querido director, le pido perdón por venir a molestarle en estos momentos tan preciosos en los que decide la suerte de los mejores artistas de la ópera, en los que renueva importantes contratos y en los que concluye otros nuevos. Todo ello con una visión tan segura, una comprensión del teatro, una ciencia del público y de sus gustos, una autoridad que ha estado muy cerca de pasmar a mi vieja experiencia. Estoy al corriente de lo que acaba de hacer con la Carlotta, la Sorelli y la pequeña Jammes, como por algunas otras en las que ha adivinado admirables cualidades, talento, o genio. (Sabe usted muy bien a

quién me refiero cuando escribo estas palabras. No se trata evidentemente de la Carlotta, que canta como una jeringa y que nunca debió haber abandonado los Ambassadeurs ni el café Jacquin; ni de la Sorelli, cuyo éxito se debe sólo a la carrocería; ni de la pequeña Jammes, que baila como una vaca en un prado. Y tampoco me refiero a Christine Daaé, cuyo genio es evidente, pero a la que deja usted con celo envidioso al margen de todo estreno importante). En fin, es usted libre de administrar su pequeño negocio como le plazca, ¿no es cierto? De todas formas, desearía aprovechar el hecho de que aún no haya puesto a Christine Daaé de patitas en la calle para oírla esta noche en el papel de Siebel, ya que el de Margarita, después del triunfo del otro día, le está prohibido. Le ruego-también que no disponga de mi palco ni hoy ni los días siguientes, ya que no terminaré mi carta sin confesarle hasta qué punto me he visto desagradablemente sorprendido al llegar a la Ópera en estos últimos tiempos, al enterarme de que mi palco había sido alquilado en la taquilla, por órdenes de usted.

En un principio no he protestado porque soy enemigo del escándalo, después porque imaginé que sus predecesores, los señores Debienne y Poligny, que siempre se comportaron de forma encantadora conmigo, habían descuidado antes de su marcha de hablarle de mis pequeñas manías. Pero acabo de recibir la respuesta de los señores Debienne y Poligny a mi petición de explicaciones, respuesta que me prueba que están ustedes al corriente de mi pliego de condiciones y que, por consiguiente, se burlan de mí de forma ofensiva. ¡Si quieren que vivamos en paz, el camino más apropiado no es el de empezar por quitarme el palco! Con ayuda de estas pequeñas observaciones, le ruego me considere, señor director, como a su más humilde y obediente servidor.

Firmado: F. de la ópera.

Esta carta iba acompañada de un extracto de la sección de correspondencia de la Revue Théâtrale, en la que se leía lo siguiente:

«F. de la Ó.: R. y M. no tienen excusa. Les hemos advertido y entregado su pliego de condiciones. Saludos».

En cuanto al señor Firmin Richard terminó de leer, la puerta del despacho se abrió y el señor Moncharmin se encaminó hacia él, llevando en la mano una carta idéntica a la que había recibido su colega. Se miraron, echándose a reír a carcajadas.

—La broma continúa —dijo el señor Richard—. ¡Pero ya no tiene gracia!

—¿Qué significa esto? —preguntó el señor Moncharmin—. ¿Acaso creen que porque han sido directores de la ópera vamos a concederles un palco a perpetuidad?

Pues tanto para el primero como para el segundo, la doble carta era sin duda el fruto de la colaboración bromista de sus predecesores.

—¡No estoy de humor para dejarme tomar el pelo por mucho tiempo! — declaró Firmin Richard.

—¡Son inofensivos! —observó Armand Moncharmin.

—¿Qué querrán en realidad? ¿Un palco para esta noche?

El señor Firmin Richard dio la orden a su secretario de enviar el palco número 5 del primer piso a los señores Debienne y Poligny, si no se había ya vendido.

No lo estaba. La reserva les fue inmediatamente enviada. Los señores Debienne y Poligny vivían, el primero en el final de la calle Scribe y del bulevar de los Capucines; el segundo en la calle Auber. Las dos cartas del fantasma de la Ópera habían sido echadas al buzón del bulevar de los Capucines. Fue Moncharmin quien primero lo notó al mirar los sobres.

—¡Ya lo ves! —dijo Richard.

Se encogieron de hombros y lamentaron que gentes de esta edad se divirtieran aún con juegos tan inocentes.

—¡Por lo menos podían haber sido educados! —observó Moncharmin—. ¿Has visto cómo nos tratan acerca la Carlotta, de la Sorelli y de la pequeña Jammes?

—Mira, querido amigo, esas gentes están enfermas de envidia... Cuando pienso que han llegado incluso a pagar un espacio en la sección de correspondencia de la Revue Théâtrale... ¿Es que no tienen otra cosa que hacer?

—¡A propósito! —añadió Moncharmin—, parecen interesarse mucho por la pequeña Christine Daaé...

—¡Sabes tan bien como yo que esa muchacha tiene fama de prudente! — respondió Richard.

—¡Se ha ganado tan rápidamente la fama! —replicó Moncharmin—. ¿Acaso no tengo yo fama de ser entendido en música? Pues no conozco la diferencia entre la clave de sol y la de fa.

—Tranquilízate. Nunca has tenido esa fama —declaró Richard.

En este punto, Firmin Richard dio al ujier la orden de hacer pasar a los artistas que, desde hacía dos horas, se paseaban por el gran corredor de la administración esperando que la puerta de la dirección se abriera, puerta tras la cual les esperaba la gloria, el dinero..., o el despido.

El día transcurrió entre discusiones, conversaciones, firmas o rupturas de contratos; por eso les ruego que crean que aquella noche, la del 25 de enero, nuestros dos directores, cansados por una dura jornada de iras, intrigas, recomendaciones, amenazas y manifestaciones de amor o de odio, se acostaron temprano sin tener siquiera la curiosidad de ir a echar una ojeada al palco n° 5 para saber si los señores Debiegne y Poligny encontraban de su gusto el espectáculo. La ópera no se había cerrado desde la marcha de la antigua dirección, y el señor Richard había continuado con las pocas obras necesarias en curso sin interrumpir las representaciones.

A la mañana siguiente, los señores Richard y Moncharmin encontraron en su correo, por un lado, una carta de agradecimiento del fantasma, que decía así:

Mi querido Director:

Gracias. Encantadora velada. Daaé exquisita. Cuiden los coros. La Carlotta, magnífico y banal instrumento. Le escribiré pronto acerca de los 240.000 francos, exactamente 233.424 francos con 70 céntimos, teniendo en cuenta que los señores Debiegne y Poligny me han hecho llegar los 6.575 francos con 30 céntimos que representan los diez primeros días de mi pensión de este año, dado que sus privilegios finalizaron el 10 por la noche.

Su servidor,

E de la O.

Y, por otro lado, una carta de los señores Debiegne y Poligny:

Señores.

Les agradecemos su amable atención, pero comprenderán fácilmente que la perspectiva de volver a oír Fausto, por muy agradable que sea para los antiguos directores de la ópera, no puede hacernos olvidar que no tenemos ningún derecho a ocupar el palco n° 5 del primer piso, que pertenece exclusivamente a aquel del que tuvimos ocasión de hablarle al releer con ustedes, por última vez, el pliego de condiciones, último párrafo del artículo 63.

Rogamos acepten nuestro agradecimiento, señores, etcétera.

—¡Bueno, estos tipos ya empiezan a fastidiarme! —declaró violentamente Firmin Richard, rompiendo la carta de los señores Debiegne y Poligny.

Aquella noche, el palco n° 5 fue vendido.

A la mañana siguiente, al llegar a su despacho, los señores Richard y Moncharmin encontraban un informe del inspector sobre lo ocurrido la noche anterior en el palco n° 5 del primer piso. He aquí el pasaje esencial del

informe, que es breve:

«Me he visto en la necesidad —escribe el inspector—, de recurrir esta noche —el inspector había escrito su declaración la víspera por la noche— a un guardia municipal para hacer evacuar por dos veces, al principio y a la mitad del segundo acto, el palco nº 5. Los ocupantes, que habían llegado al comienzo del segundo acto, provocaban un verdadero escándalo con sus risas y comentarios ridículos. A su alrededor se oían reclamaciones y en la sala la gente empezaba a protestar, cuando la acomodadora vino en mi busca. Entré en el palco y expresé las correspondientes advertencias. Aquellas personas no parecían estar en su sano juicio y me dieron excusas estúpidas. Les advertí que, si se repetía el escándalo, me vería obligado a hacer evacuar el palco. Aún no había terminado de salir, cuando volví a oír sus risas y las protestas de la sala. Regresé en compañía de un guardia municipal, que les hizo salir. Reclamaron, siempre entre risas, y declararon que no se irían si no se les devolvía el dinero. Finalmente se calmaron y los dejé volver al palco; al momento, las risas volvieron a empezar, y esta vez los expulsé definitivamente».

—¡Que traigan al inspector! —gritó Richard a su secretario, que ya había leído el informe y lo había subrayado con un lápiz azul.

El secretario, señor Rémy —veinticuatro años, bigote fino, elegante, distinguido, muy buena presencia, que llevaba una levita entallada, obligatoria de trabajo en aquella época, era un hombre inteligente pero tímido ante su jefe, ganaba 2.400 francos de sueldo anual, pagados por el director. Su trabajo consistía en revisar los periódicos, contestar las cartas, distribuir los palcos y pases de favor, concertar las citas, conversar con los que hacen antesala, visitar a las artistas enfermas, buscar las suplentes, coordinar a los jefes de personal, ante todo, era el cerrojo del despacho del director, aunque no recibiera por ello ningún tipo de compensación y pudiera ser despedido de la noche a la mañana, ya que, su puesto no está reconocido por la administración—, el secretario, pues, que ya había mandado a buscar al inspector, dio la orden de hacerlo pasar.

El inspector entró un poco inquieto.

—Explíquenos qué ha pasado —dijo Richard con brusquedad.

El inspector farfulló inmediatamente e hizo alusión al informe.

—Pero bueno, esas personas, ¿de qué se reían? —preguntó Moncharmin.

—Señor director, parecían haber cenado bien y más predispuestos a reír que a escuchar buena música. Nada más llegar y entrar en el palco llamaron a la acomodadora, que les preguntó qué ocurría. Entonces le dijeron:

»—Mire usted en el palco, ¿no hay nadie, no es cierto?...

»—No —respondió la acomodadora.

»—Pues bien —afirmaron—, cuando entramos oímos una voz que decía que había alguien».

El señor Moncharmin no pudo dejar de mirar a Richard sin sonreírse, pero éste no sonreía en lo más mínimo. Había ya recibido tantas veces este tipo de bromas que no le fue difícil reconocer en el relato que, de la manera más ingenua del mundo, le hacía el inspector, todas las características de una de esas bromas crueles que divierten al principio a aquellos a quienes van dirigidas, pero que luego terminan por enfurecerlos.

El señor inspector, para ganarse la simpatía de Moncharmin, que sonreía, había creído que su obligación era sonreír también. Desgraciada sonrisa. La mirada de Richard fulminó al empleado, quien adoptó de inmediato una expresión compungida.

—Pero, bueno, cuando llegó esa gente —preguntó rugiendo el terrible Richard—, ¿no había nadie en el palco?

—Nadie, señor director, ¡nadie! Ni en el palco de la derecha, ni en el de la izquierda. Se lo juro. Pongo las manos en el fuego. Esto demuestra que se trata de una broma.

—¿Y qué dijo la acomodadora?

—¡Oh! Para la acomodadora todo es muy sencillo, dice que es el fantasma de la ópera. ¡Vaya!

Y el inspector rio burlón. Pero se dio cuenta de que había vuelto a equivocarse, puesto que apenas acababa de pronunciar estas palabras, la expresión de Richard pasó de sombría a furiosa.

—¡Que busquen a la acomodadora! —ordenó—. ¡Inmediatamente! ¡Y que me la traigan! ¡Y que despidan a toda esa gente!

El inspector quiso protestar, pero Richard le cerró la boca con un temible: «¡Cállese!». Después, cuando los labios del desgraciado inspector parecieron cerrarse para siempre, el director le ordenó que volviera a abrirlos.

—¿Qué es eso del «fantasma de la Ópera»? —se decidió a preguntar con un gruñido.

Pero el inspector, era ahora incapaz de pronunciar una palabra. Dio a entender mediante una mímica desesperada que no sabía nada, o más bien que no quería saber nada.

—¿Ha visto usted al fantasma de la Opera?

Con un enérgico movimiento de cabeza, el inspector negó haberlo visto jamás.

—¡Peor para usted! —declaró fríamente Richard.

El inspector abrió unos ojos enormes, unos ojos que se salían de las órbitas, para preguntar por qué el director había pronunciado aquel siniestro «¡Peor para usted!».

—¡Porque voy a ajustarles las cuentas a todos aquellos que no le hayan visto! —explicó el director—. Dado que está en todas partes, no es admisible que no se le vea en ninguna. ¡Me gusta que la gente cumpla con su obligación!

CAPÍTULO V

CONTINUACIÓN DE «EL PALCO N° 5»

Dicho esto, el señor Richard dejó de ocuparse del inspector y trató diversos asuntos con su administrador, que acababa de entrar. El inspector pensó que ya podía irse y, con sumo cuidado, de espaldas, se acercaba ya a la puerta cuando el señor Richard, al darse cuenta de la maniobra, paralizó al desgraciado mediante un estruendo: «¡No se mueva!».

Gracias a las diligencias de Rémy, habían ido a buscar a la acomodadora, que era portera en la calle de Provence, a dos pasos de la Ópera. No tardó en entrar.

—¿Cómo se llama usted?

—Mamá Giry Me conoce bien, señor director. Soy la madre de la pequeña Giry, es decir, la pequeña Meg.

Lo dijo con un tono rudo y solemne que por un momento impresionó al señor Richard. Miró a mamá Giry (chal suelto, zapatos gastados, viejo vestido de tafetán, sombrero color hollín). Era evidente, por la actitud del director, que éste no conocía en absoluto o no recordaba haber conocido a mamá Giry, «ni siquiera a la pequeña Meg». Pero el orgullo de mamá Giry era tal que esta célebre acomodadora (mucho me temo que su nombre dio lugar a la palabra «giry», bien conocida en la jerga de entre bastidores. Por ejemplo: si una artista reprocha a una compañera sus chismes, sus cotilleos. Le dirá: «Eso es propio de giry») imaginaba ser conocida por todo el mundo.

—¡No la conozco! —terminó por decir el director—, pero señora Giry, esto no impide que quiera saber qué sucedió ayer noche para que usted y el inspector se vieran obligados a recurrir a un guardia municipal...

—Precisamente quería yo verlo, señor director, y hablarle para que no le ocurran a usted las mismas desgracias que a los señores Debienne y Poligny... Tampoco ellos, al principio, querían escucharme...

—No le pregunto nada de todo eso. ¡Le pregunto qué ocurrió anoche!

Mamá Giry enrojeció de indignación. Jamás le habían hablado en semejante tono. Se levantó como para marcharse, recogiendo ya los pliegues de su falda y agitando con dignidad las plumas de su sombrero color hollín; pero, cambiando de parecer, volvió a sentarse y dijo con voz altiva:

—¡Ocurrió que están molestando al fantasma!

En este punto, en vista de que Richard iba a estallar, Moncharmin intervino y dirigió el interrogatorio, del que resultó que mamá Giry encontraba perfectamente natural que se oyera una voz diciendo que había gente en un palco donde no había nadie. No podía explicarse este fenómeno, que no era nuevo para ella, más que por la intervención del fantasma. Al fantasma nadie podía verlo en el palco pero todo el mundo podía oírlo. Ella, sí, lo había oído a menudo, y podía creérsela puesto que no mentía jamás. Podían preguntar a los señores Debienne y Poligny y a todos los que la conocían, y también al señor Isidore Saack, a quien el fantasma había roto una pierna.

—¿Ah, sí? —interrumpió Moncharmin—. ¿El fantasma le ha roto la pierna al pobre Isidore Saack?

Mamá Giry abrió de par en par unos ojos en los que se leía su extrañeza ante tamaña ignorancia. Finalmente, consintió en informar a aquellos dos pobres inocentes. La cosa había ocurrido en tiempos de los señores Debienne y Poligny, siempre en el palco n° 5, y también durante una representación del Fausto.

Mamá Giry tose, aclara su voz... empieza..., se diría que se prepara para cantar toda la partitura de Gounod.

—Ocurrió así, señor. Aquella noche se encontraban en primera fila el señor Maniera y su esposa, los lapidarios de la calle Mogador; y, detrás de la señora Maniera, su amigo íntimo, el señor Isidore Saack. Cantaba Mefistófeles (mamá Giry canta): «Vos que os hacéis la dormida», y entonces el señor Maniera oye en su oído derecho (su mujer se encontraba a su izquierda) una voz que le dice: «¡ja, ja! ¡No es Julie la que se hace la dormida!» (su esposa se llama precisamente Julie). El señor Maniera se vuelve hacia la derecha para ver quién es el que le habla así. ¡Nadie! Se frota las orejas y se dice a sí mismo: «¿Estaré soñando?». En aquel momento, Mefistófeles continuaba con su canto... Pero, ¿estaré quizás aburriendo a los señores directores?

—¡No, no! Continúe...

—Son ustedes muy amables. (Una mueca de mamá Girya). Pues bien, Mefistófeles continuaba su canción (mamá Girya canta): «Catalina a la que adoro/ ¿por qué negar/ al amante que os implora/ un beso tan dulce?»; e inmediatamente el señor Maniera oye, siempre en su oído derecho, la voz que le dice: «¡Ja, ja! No sería Julie la que negase un beso a Isidore». Se vuelve bruscamente, pero, esta vez, hacia el lado de su esposa e Isidore, ¿y qué es lo que ve? A Isidore que había tomado por detrás la mano de su esposa y que llenaba de besos el pequeño hueco de su guante... Tal como les cuento, mis señores (Mamá Girya cubre de besos el trozo de carne que deja al desnudo su guante de seda). Entonces, como pueden suponer, las cosas no quedaron así. ¡Zas! ¡Zas! El señor Maniera, que era alto y fuerte como usted, señor Richard, soltó un par de bofetadas al señor Isidore Saack, que era delgado y débil como el señor Moncharmin, y espero no faltar al respeto que le debo. Fue un escándalo. En la sala gritaban: «¡Basta! ¡Basta!... ¡Va a matarlo!». Finalmente, el señor Saack pudo escapar...

—Así que el fantasma no le rompió la pierna —comentó Moncharmin, un poco ofendido de que su físico le causara a mamá Girya tan mediocre impresión.

—Se la rompió, señor —replicó mamá Girya con voz dura (ya que había entendido muy bien el tono hiriente)—. Se la rompió en la escalinata grande que él bajaba demasiado aprisa, señor. ¡Y tan bien que tardará en subirla, ya lo creo!

—¿Fue el fantasma quien le contó las frases que pronunció en el oído derecho del señor Maniera? —pregunta, siempre con una seriedad a la que encuentra de lo más cómica, el juez de instrucción Moncharmin.

—No, señor. Me lo contó el mismo señor Maniera. Así...

—¿Pero ha hablado usted con el fantasma, mi querida señora?

—Como hablo ahora con usted, mi querido señor...

—Y cuando le habla el fantasma, ¿qué le dice?

—¡Pues bien, me dice que le lleve una silla!

Con estas palabras, pronunciadas solemnemente, el rostro de mamá Girya se volvió de mármol, de mármol amarillo, vetado por estrías rojas, como el de las columnas que sostienen la escalinata principal y al que se llama mármol sarrancolin.

Esta vez, Richard se echó a reír coreado por Moncharmin y por el secretario Rémy; pero, escarmentado por la experiencia, el inspector no reía. Apoyado en la pared, se preguntaba, manoseando febrilmente sus llaves en el bolsillo, cómo iba a terminar aquella historia. Y, cuanto más «altanero» era el

tono de mamá Giry, más temía la cólera del director. Pero ante la hilaridad de los directores, la señora se atrevía a volverse amenazadora, ¡amenazadora de verdad!

—¡En lugar de reírse del fantasma —exclamó indignada—, harían ustedes mejor haciendo como el señor Poligny, quien se dio cuenta por sí mismo...!

—¿Se dio cuenta de qué? —pregunta Moncharmin, que nunca se había divertido tanto.

—¡Del fantasma!... ¿De quién va a ser?... ¡Miren ustedes!...

(Se calma de repente ya que juzga que el momento es grave). ¡Miren ustedes!... Me acuerdo como si fuera ayer. En aquella ocasión tocaban La judía. El señor Poligny había querido asistir él solo a la representación, en el palco del fantasma. La señora Krauss había conseguido un éxito loco. Acababa de cantar, como ustedes saben, la parte del segundo acto (mamá Giry canta a media voz):

Cerca a aquel que amo
quiero vivir y morir,
y la misma muerte,
no nos puede desunir.

—¡Bien, bien! Me acuerdo —reconoce con una sonrisa desalentadora el señor Moncharmin.

Pero mamá Giry continúa a media voz, haciendo balancear la pluma de su sombrero color hollín:

¡Marchemos! Aquí, en los cielos,
la misma suerte ahora nos espera a los dos.

—¡Sí, sí! Lo sabemos... —repite Richard, impaciente de nuevo—. ¿Y entonces? ¿Qué más?

—Y entonces, sigue el momento en que Leopoldo exclama: «¡Huyamos!», ¿no es cierto?, y cuando Eleazar los detiene preguntándoles: «¿A dónde corréis?». Pues bien, precisamente en ese momento, el señor Poligny, al que observaba desde el fondo de un palco de al lado, que se había quedado libre, se levantó de golpe y salió rígido como una estatua. No tuve tiempo más que para preguntarle, como Eleazar: «¿Adónde va usted?». Pero no me contestó y estaba más pálido que un muerto. Lo miré bajar la acera, pero no fue él quien se rompió la pierna... Sin embargo, caminaba como en un sueño, como en un mal sueño, y ni siquiera encontraba el camino, él que alardeaba de conocer bien la Opera.

Así habló mamá Girý, y calló para comprobar el efecto que había producido. La historia de Poligny había hecho bajar la cabeza a Moncharmin.

—Nada de todo esto me explica en qué circunstancias y cómo el fantasma de la ópera le pidió a usted una silla —insistió mirando fijamente a mamá Girý.

—Pues bien, a partir de aquella noche..., ya que a partir de aquella noche dejaron por fin tranquilo al fantasma... ya no intentaron sacarle su palco, los señores Debienne y Poligny dieron órdenes para que se lo reservasen en todas las funciones. Entonces, cuando llegaba, me pedía su silla...

—¡Uy, uy, uy! ¿Un fantasma que pide una silla? ¿Es acaso una mujer su fantasma? —preguntó Moncharmin.

—No, el fantasma es un hombre.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Tiene voz de hombre. ¡Oh!, una voz de hombre muy suave. Le diré cómo ocurren las cosas. Cuando viene a la Ópera, suele llegar hacia la mitad del primer acto, da tres golpecitos secos en la puerta del palco n° 5. ¡Imagínense ustedes lo intrigada que estuve la primera vez que oí esos tres golpes, pues sabía perfectamente que aún no había nadie en el palco! Abro la puerta. Escucho. Miro. ¡Nadie!

Y después, oigo de pronto una voz que me dice: «Señora Jules —ése era el apellido de mi difundo marido—, una silla, por favor». Con su permiso señor director, me quedé como un tomate... Pero la voz continuó: «¡No se asuste, señora Jules, soy yo, el fantasma de la Ópera!». Miré hacia donde venía la voz que, por otra parte, era tan amable y tan «acogedora» que casi no me daba miedo. La voz, señor director, estaba sentada en el primer sillón de la primera fila a la derecha.

Aunque no viera a nadie en el sillón, habría podido jurar que había alguien allí, y que hablaba, y le aseguro, alguien muy bien educado.

—¿Estaba ocupado el palco a la derecha del palco n° 5? —preguntó Moncharmin.

—No. El palco n° 7, al igual que el palco n° 3 a la izquierda, no estaban aún ocupados. El espectáculo acababa de empezar.

—¿Y qué hizo usted?

—Pues bien, le traje la banqueta. Evidentemente, no era para él para quien pedía una silla, era para su dama. Pero a ella no la he oído ni visto jamás...

¿Qué? ¿Cómo? ¡Ahora resulta que el fantasma tenía esposa! La doble mirada de los señores Moncharmin y Richard pasó de mamá Girý al inspector

que, detrás de la acomodadora, agitaba los brazos con el deseo de hacer recaer sobre él la atención de sus jefes. Con aire desolado se golpeaba la frente con el índice, para dar a entender a los directores que mamá Jules estaba completamente loca, pantomima que convenció definitivamente a Richard a prescindir de un inspector que mantenía a su servicio a una alucinada. La buena mujer continuaba, dedicada por entero a su fantasma, alabando ahora su generosidad.

—Al final del espectáculo me da siempre una moneda de cuarenta sous, a veces incluso cien sous, y otras hasta diez francos, cuando ha pasado varios días sin venir. Desgraciadamente, desde que han empezado a importunarlo, no me da absolutamente nada...

—Perdón, mi querida señora... (nuevo aleteo de la pluma del sombrero color hollín ante tan persistente familiaridad), perdón... Pero ¿cómo se las arregla el fantasma para darle sus cuarenta sous? —interroga Moncharmin, que había nacido curioso.

—¡Bah! Los deja sobre la mesita del palco. Los encuentro allí junto con el programa que siempre le traigo. Hay tardes en las que encuentro incluso flores en mi palco, una rosa que habrá caído del escote de su dama... Estoy segura de que viene alguna vez con una señora porque un día olvidaron un abanico.

—¡Ajá! ¿Conque el fantasma olvidó un abanico? Y, ¿qué hizo usted con él?

—Pues bien, se lo devolví a la primera oportunidad.

Aquí se dejó oír la voz del inspector:

—No ha seguido usted el reglamento, señora Giry. Le pondré una multa.

—¡Cállese usted, imbécil! (voz de bajo de Firmin Richard).

—¡Le llevó usted el abanico! ¿Y entonces?

—Y entonces, se lo llevaron, señor director; no volví a encontrarlo al final del espectáculo. La prueba está en que dejaron en su lugar una caja de bombones ingleses, de esos que me gustan tanto, señor director. Es una de las amabilidades del fantasma...

—Está bien, señora Giry... Puede usted retirarse.

Después de que mamá Giry hubo saludado respetuosamente, no sin cierta dignidad, que jamás la abandonaba, a los dos directores, éstos comunicaron al inspector que estaban decididos a prescindir de los servicios de esa vieja loca... Y despidieron al señor inspector.

Cuando el señor inspector se hubo retirado, tras conversar acerca de su dedicación a la empresa, los directores advirtieron al administrador que

preparara la cuenta del señor inspector. Cuando se encontraron solos, los directores se transmitieron simultáneamente el mismo pensamiento, el de ir a dar una vuelta por el palco n° 5.

Y hasta allí los seguiremos.

CAPÍTULO VI

EL VIOLÍN ENCANTADO

Christine Daaé, víctima de intrigas sobre las que nos referiremos más tarde, no volvió por un tiempo a tener otro triunfo como el de la famosa velada de gala. Sin embargo, a partir de ésta, había tenido la ocasión de hacerse oír en la ciudad, en casa de la duquesa de Zúrich, donde cantó los más bellos fragmentos de su repertorio. Así es cómo el gran crítico, X. Y. Z., que se encontraba entre los invitados notables, se expresa al respecto.

«Cuando se la oye en Hamlet, uno se pregunta si Shakespeare ha venido de los Campos Elíseos para hacerle ensayar Ofelia... También es cierto que, cuando ciñe la diadema de estrellas de la reina de la noche, Mozart, por su parte, debe abandonar las moradas eternas para venir a escucharla. Pero no, no tiene por qué molestarse, ya que la voz aguda y vibrante de la mágica intérprete de su Flauta mágica sube al Cielo, el cual escala con soltura, al igual que ha sabido, sin esfuerzo, ascender de su choza en la aldea de Skotelof al palacio de oro y mármol construido por Garnier».

Pero, después de la velada de la duquesa de Zúrich, Christine ya no vuelve a cantar en público. El hecho es que por esta época rechaza cualquier invitación, cualquier mensaje. Sin dar pretexto plausible alguno, renuncia a aparecer en una fiesta de caridad a la que anteriormente había prometido su ayuda. Actúa como si no fuera ya dueña de su destino, como si tuviera miedo de un nuevo triunfo.

Supo que el conde de Chagny, para complacer a su hermano, había realizado gestiones muy activas en su favor con el señor Richard. Ella le escribió para darle las gracias y para rogarle que no volviera a hablar de ella a sus directores. ¿Cuáles podían ser las razones de una actitud tan extraña? Unos pretendían que todo ello ocultaba un inconmensurable orgullo, otros vieron en ello una divina modestia. No se es tan modesto cuando se está en el teatro. En realidad, no sé si debería escribir simplemente esta palabra: terror. Sí, creo que Christine Daaé tenía por aquel entonces miedo de lo que acababa de ocurrirle y que estaba tan perpleja como todo el mundo a su alrededor. ¿Estupefacta? ¡Vamos! Tengo aquí una carta de Christine (colección del Persa) que se refiere

a los acontecimientos de esta época. Pues bien, después de haberla releído, no escribiré nunca que Christine estaba estupefacta, ni siquiera asustada por su triunfo, sino horrorizada. Sí, sí..., horrorizada. «¡Ya no me reconozco a mí misma!», dice.

¡La pobre, pura y dulce niña!

No se dejaba ver en ninguna parte, y el vizconde de Chagny intentó en vano cruzarse en su camino. Le escribió para pedirle permiso para visitarla en su casa, y ya había perdido la esperanza de recibir una respuesta, cuando una mañana ella le hizo llegar la siguiente nota:

«Señor, no he olvidado al niño que fue a buscar mi chal al mar. No puedo evitar escribirle esto, hoy que parto para Perros, llevada por un deber sagrado. Mañana es el aniversario de la muerte de' mi pobre papá, a quien usted conoció y que le apreciaba. Está enterrado allí, con su violín, en el cementerio que rodea la pequeña iglesia, al pie de la ladera donde, siendo aún muy niños, tanto jugamos; al borde de aquella carretera donde, ya un poco más crecidos, nos dijimos adiós por última vez».

En cuanto recibió esta nota de Christine Daaé, el vizconde de Chagny se precipitó sobre una guía de ferrocarriles, se vistió a toda prisa, escribió algunas líneas que el mayordomo entregaría a su hermano y se precipitó en un coche que, por cierto, lo dejó demasiado tarde en el andén de la estación de Montparnasse para coger el tren de la mañana con el que contaba.

Raoul pasó un día angustioso y no recuperó el gusto por la vida hasta la tarde, cuando se vio instalado en su vagón. A lo largo de todo el viaje releyó la nota de Christine, aspiró su perfume; resucitó la imagen de sus años jóvenes. Pasó toda la noche en el tren sumido en un sueño febril que tenía como principio y fin a Christine Daaé. Comenzaba a despuntar el día cuando se apeó en Lannion. Corrió hacia la diligencia de Perros-Guirec. Era el único viajero. Interrogó al conductor. Supo que la víspera por la noche una joven, que parecía parisina, se había hecho conducir a Perros y se había apeado en la posada del Sol Poniente. No podía tratarse más que de Christine. Había venido sola. Raoul dejó escapar un profundo suspiro. En aquella soledad iba a poder hablar con Christine en plena tranquilidad. La amaba tanto que no podía ni respirar sin ella. Este joven que había dado la vuelta al mundo era como una virgen que no hubiera dejado jamás la casa de su madre.

Conforme se iba acercando a ella, recordaba con devoción la historia de la pequeña cantante sueca. Muchos de esos detalles son aún ignorados por el gran público.

Había una vez, en una pequeña aldea de los alrededores de Upsala, un campesino que vivía allí con su familia, cultivando la tierra durante la semana

y cantando en el coro los domingos. Este campesino tenía una hija pequeña a la que enseñó a descifrar el alfabeto musical mucho antes de que aprendiera a leer. Papá Daaé era, sin darse quizá muy bien cuenta, un gran músico. Tocaba el violín y estaba considerado como el mejor músico de pueblo de toda Escandinavia. Su reputación se extendía por los alrededores y la gente se dirigía siempre a él para hacer bailar a las parejas en las bodas y las fiestas. La señora Daaé, paralítica, murió cuando Christine tenía seis años. Inmediatamente, el padre, que no quería más que a su hija y a su música, vendió las pocas tierras que tenía y se marchó a Upsala en busca de gloria y fama. No encontró más que miseria.

Entonces, volvió al campo, yendo de feria en feria, tocando sus melodías escandinavas, mientras su hija, que no le abandonaba jamás, le escuchaba con éxtasis o le acompañaba cantando. Un día, en la feria de Limby, el profesor Valérius los oyó y se los llevó a Gotemburgo. Pretendía que el padre era el mejor violinista del mundo, y que la hija tenía pasta de gran artista. Se procedió a la educación y a la instrucción de la niña. En todas partes deslumbraba a todos por su belleza, su gracia y su afán de esmero y de bien hacer. Su evolución era rápida. Entre tanto, el profesor Valérius y su mujer se vieron obligados a venir a instalarse en Francia. Trajeron con ellos a Daaé y a Christine. La señora Valérius trataba a Christine como a su hija. En cuanto al buen hombre, comenzaba ya a languidecer añorando su tierra. En París, no salía jamás. Vivía en una especie de sueño que entretenía con su violín. Durante horas enteras se encerraba en su habitación con su hija y se les oía tocar el violín y cantar con mucha dulzura, con mucha dulzura. A veces, la señora Valérius venía a escucharlos detrás de la puerta, dejaba escapar un profundo suspiro, se enjugaba una lágrima y volvía a marcharse de puntillas. También ella sentía la nostalgia de su cielo escandinavo.

El señor Daaé parecía recuperar las fuerzas tan sólo en verano, cuando toda la familia iba a pasar las vacaciones a Perros-Guirec, en un rincón de Bretaña que por aquel entonces era prácticamente desconocido por los parisinos. Le gustaba mucho el mar de esta comarca, en el que reencontraba, decía, el mismo color de su tierra; y, a menudo, en la playa, tocaba sus baladas más dolientes, pretendiendo que el mar callaba para escucharlas. Además, tanto había suplicado a la señora Valérius, que ésta había cedido a otro capricho del viejo violinista de pueblo.

En la época de las fiestas del pueblo y de los bailes, partió como antaño con su violín y con derecho a llevar a su hija durante ocho días. Nadie se cansaba de escucharlos. Derramaban armonía pata todo el año en las más pequeñas aldeas y dormían por las noches en granjas, rehusando la cama del albergue, apretándose en la paja uno contra otro, como en los tiempos de su miseria en Suecia.

Sin embargo, bastante bien vestidos, rehusaban los sous que les ofrecían y no pedían nada, y las gentes, a su alrededor, no entendían nada de la conducta de aquel violinista que recorría los caminos con aquella hermosa niña que cantaba tan bien que uno creía escuchar a un ángel de paraíso. Los seguía de pueblo en pueblo.

Un día, un muchacho de la ciudad, que se encontraba en la región con su institutriz, obligó a ésta a recorrer un largo camino porque no se decidía a abandonar a aquella niña cuya voz tan dulce y tan pura parecía haberlo encadenado. Llegaron de este modo al borde de una cala a la que aún se llama Trestaou. Por aquellos tiempos no había en aquel lugar más que el cielo, el mar y la playa dorada. Y sobre todo había un fuerte viento que arrastró el chal de Christine al mar. Christine lanzó un grito y estiró los brazos, pero el chal se encontraba ya lejos, sobre las olas. Entonces oyó una voz que le decía:

—No se preocupe, señorita, yo iré a buscar su chal al mar.

Y vio a un niño que corría, que corría, pese a las protestas indignadas de una buena mujer toda vestida de negro. El niño penetró en el mar vestido y le trajo su chal. ¡Tanto el niño como el chal se encontraban en lamentable estado! La mujer de negro no podía calmarse, pero Christine reía con ganas y besó al pequeño. Era el vizconde Raoul de Chagny. Vivía entonces con su tía en Lannion. Durante el verano, volvieron a verse casi todos los días y jugaron juntos. Debido a la solicitud de la tía y a la intervención del profesor Valérius, el bueno de Daaé accedió a dar clases de violín al joven vizconde. De este modo, Raoul aprendió a apreciar las mismas melodías que habían encantado la infancia de Christine.

Tenían aproximadamente el mismo tipo de alma soñadora y tranquila. No gustaban más que de los cuentos de viejos condes bretones, y su juego preferido consistía en ir a buscarlos en los umbrales de las puertas como si fueran mendigos. «Señora, o querido señor, ¿no sabe usted alguna historia para contarnos, por favor?». Y rara vez no se les «daba» algo. ¿Qué vieja bretona no ha visto, aunque sólo sea una vez en su vida, bailar a las korrigans sobre los brezos, al claro de luna?

Pero su gran fiesta era cuando, hacia el crepúsculo, en la inmensa paz de la tarde, después de la puesta del sol en el mar, el padre Daaé venía a sentarse a su lado al borde del camino y les contaba en voz baja, como si temiera asustar a los fantasmas que invocaba, las hermosas, dulces o terribles leyendas de los países del Norte. Unas veces eran bellas como los cuentos de Andersen, otras tristes como los cantos del gran poeta Runeberg. Cuando él callaba, los dos muchachos decían: «¡Otra!».

Había una historia que comenzaba así:

«Un rey estaba sentado en una barquita, sobre una de esas aguas tranquilas y profundas que se abren al igual que un ojo brillante, en medio de los montes de Noruega...».

Y otra decía:

«La pequeña Lotte pensaba al tiempo en todo y en nada. Pájaro de estío, planeaba entre los dorados rayos del sol, llevando en sus rubios rizos su corona primaveral. Su alma era tan clara, tan azul, como su mirada. Mimaba a su madre y era fiel a su muñeca. Cuidaba enormemente su vestido, sus zapatos rojos y su violín, pero sobre todas las cosas le agradaba escuchar, adormeciéndose, al Ángel de la música».

Mientras el buen hombre decía estas cosas, Raoul miraba los ojos azules y la cabellera dorada de Christine. Y Christine pensaba que la pequeña Lotte era muy feliz de poder escuchar, al dormirse, al Ángel de la música. No había cuentos narrados por Daaé en los que no interviniese el Ángel de la música, y los niños no le pedían explicaciones interminables acerca de él. Daaé pretendía que todos los grandes músicos, todos los grandes artistas, recibían, por lo menos una vez en su vida, la visita del Ángel de la música. Alguna vez el Ángel se había inclinado sobre sus cunas, como le sucedió a la pequeña Lotte; por eso existen pequeños prodigios que tocan el violín a los seis años mejor que hombres de cincuenta, lo cual, me diréis, es algo absolutamente extraordinario. A veces el Ángel viene mucho más tarde porque los niños no son buenos y no quieren aprender el método y descuidan las escalas. Otras veces el Ángel no acude nunca, porque no se tiene el corazón puro ni la conciencia tranquila. Jamás se ve al Ángel, pero se deja oír por las almas predestinadas. Con frecuencia llega cuando menos lo esperan, cuando están tristes y desanimadas. Entonces, el oído distingue de pronto armonías celestes, una voz divina, y se recuerdan de ella toda la vida. Aquellas personas que han sido visitadas por el Ángel quedan como inflamadas. Vibran con un temblor que el resto de los mortales ignora. Gozan del privilegio de no poder tocar un instrumento o a abrir la boca para cantar sin producir sonidos que, dada su belleza, llenan de vergüenza a todos los demás sonidos humanos. Las gentes que no saben que el Ángel ha visitado a estas personas, dicen que son geniales.

La pequeña Christine preguntaba a su padre si él había oído al Ángel. Pero el señor Daaé movía la cabeza tristemente, luego brillaba su mirada mirando a la niña y le decía:

—¡Tú, hija mía, tú le oirás un día! Cuando esté en el cielo, te lo enviaré un día, te lo prometo.

El señor Daaé empezaba por aquella época a toser.

Llegó el otoño, que separó a Raoul de Christine.

Volvieron a verse tres años más tarde: eran ya adolescentes. Esto ocurrió también en Perros, y Raoul conservó una impresión tal que le acompañó toda su vida. El profesor Valérius había muerto, pero la señora Valérius se había quedado en Francia, donde sus intereses la retenían, con el buen Daaé y su hija, que continuaban cantando y tocando el violín, arrastrando en su sueño a su querida protectora, que parecía no vivir más que de música. El joven había ido a Perros por casualidad y también por casualidad entró en la casa antaño habitada por su amiguita. Vio al principio al viejo Daaé, que se levantó de la silla con lágrimas en los ojos y lo abrazó, diciéndole que habían guardado de él un fiel recuerdo. De hecho, no había pasado un día sin que Christine hablara de Raoul. El viejo continuaba hablando cuando la puerta se abrió y, encantadora y presurosa, la joven entró llevando en una bandeja el té humeante. Reconoció a Raoul y dejó la bandeja. Una ligera llama se extendió sobre su rostro encantador. Se mantenía vacilante, callada. El padre les miraba a los dos. Raoul se acercó a la joven y la abrazó al tiempo que le daba un beso que ella no evitó. Le hizo algunas preguntas, cumplió muy bien su papel de anfitriona, volvió a coger la bandeja y abandonó la habitación. Después fue a refugiarse en un banco, en la soledad del jardín. Experimentaba sentimientos que agitaban su corazón adolescente por primera vez. Raoul vino a su encuentro y charlaron con cierto pudor hasta la noche. Habían cambiado completamente, ya no reconocían a sus personajes, que parecían haber adquirido una importancia considerable. Eran tan prudentes como diplomáticos y se contaban cosas que no tenían nada que ver con sus nacientes sentimientos. Cuando se separaron, al lado de la carretera, Raoul dijo a Christine, al tiempo que depositaba un correctísimo beso en su mano temblorosa:

—¡Señorita, no la olvidaré nunca! —y se marchó lamentando estas palabras, consciente de que Christine Daaé no podría ser la esposa del vizconde de Chagny.

En cuanto a Christine, fue a buscar a su padre y le dijo:

—¿No te parece que Raoul ya no es tan amable como antes? ¡Ya no le quiero!

E intentó no pensar más en él. Lo lograba con bastante dificultad y se volcó en su arte, que le ocupaba todo su tiempo. Sus progresos eran maravillosos. Los que la escuchaban le predecían que sería la artista más importante del mundo. Pero entre tanto murió su padre, y de golpe, ella pareció perder con él su voz, su alma y su genio. Le quedaba aún talento suficiente para ingresar en el Conservatorio, pero sólo suficiente. No destacó jamás, siguió las clases sin entusiasmo y obtuvo un premio simplemente para complacer a la anciana señora Valérius, con la que continuaba viviendo. La primera vez que Raoul había visto a Christine en la ópera, había quedado

prendado por la belleza de la joven y por la evocación de las dulces imágenes de antaño, pero sorprendido de su falta de genio. Parecía ajena a todo. Volvió para escucharla. La seguía por los corredores. La esperó detrás de un montante. Intentó llamar su atención. Más de una vez la acompañó hasta la puerta de su camerino. Pero ella no lo veía. Parecía, por lo demás, no ver a nadie. Era la viva imagen de la indiferencia. Raoul sufrió por ello, porque era bella; él era tímido y no se atrevía a confesarse a sí mismo que la amaba. Además, ocurrió el imprevisto de la velada de gala: los cielos desgarrados, una voz de ángel que se dejaba oír en la tierra para el placer de los hombres y su corazón consumido...

Además, además... estaba aquella voz de hombre detrás de la puerta: «¡Es preciso que me ames!». Y nadie en el camerino...

¿Por qué se había reído cuando, en el momento en que ella abría los ojos, él había dicho: «Soy el niño que fue a recoger su chal del mar»? ¿Por qué no lo había reconocido? ¿Y por qué le había escrito?

¡Oh, qué larga es esta costa... qué larga! Aquí está el cruce de tres caminos... Y la colina desierta, los brezales helados, el paisaje inmóvil bajo el cielo blanco. Los cristales tintinean, se rompen en los oídos... ¡Qué ruido hace esta diligencia que va tan despacio! Reconoce las casuchas..., las cercas, las landas, los árboles del camino... Esta es la última curva de la carretera, después bajarán bruscamente y llegarán al mar..., a la gran bahía de Perros...

Así que ella se había apeado en la posada de Sol Poniente. ¡Bueno! No hay otra. Y además se está muy bien. Recuerda que en otros tiempos se contaban allí historias maravillosas. ¡Cómo late su corazón! ¿Qué le dirá al verlo?

La tía Trilard es la primera persona a quien ve al entrar en la vieja sala de ahumada de la posada. Lo reconoce. Lo saluda. Lo pregunta qué lo ha traído hasta allí. Él se ruboriza, y le dice que, al ir a Lannion por negocios, decidió «llegarse hasta allí para saludarla». Ella insiste en servirle el desayuno, pero él dice: «Dentro de un rato». Parece esperar algo o a alguien. La puerta se abre. Él se pone en pie. No se ha equivocado: ¡ella! Él quiere decir algo, pero se contiene. Ella permanece ante él, sonriendo, nada sorprendida. Su rostro está fresco y rosado como una fresa silvestre. Sin duda, está excitada por haber caminado al aire libre. Su seno, en el que late un corazón sincero, se agita suavemente. Sus ojos, claros espejos de pálido azul, color de los lagos que sueñan, inmóviles, allá en el norte del mundo, sus ojos le traen tranquilamente el reflejo de su alma cándida. El abrigo de pieles está entreabierto, descubriendo una cintura estilizada, la armoniosa línea de su joven cuerpo lleno de gracia., Raoul y Christine se miran largamente. La vieja Trilard sonríe y, discreta, se retira. Finalmente, Christine habla:

—Ha venido usted y no me extraña en lo más mínimo. Tenía el

presentimiento de que le encontraría aquí, en este albergue, al volver de misa. Alguien me lo dijo allá. Sí, me habían anunciado su llegada.

—¿Quién? —pregunta Raoul, cogiendo entre sus manos la pequeña mano de Christine, que ésta no retira.

—Pues mi pobre padre, que está muerto.

Hubo un largo silencio entre los dos jóvenes.

Luego Raoul reanudó la conversación:

—¿Acaso su padre le ha dicho que la amo, Christine, y que no puedo vivir sin usted?

Christine se ruboriza profundamente y aparta la cabeza. Dice con voz temblorosa:

—¿A mí? ¡Está usted loco, amigo mío!

Y se echa a reír para darse, como suele decirse, un respiro.

—No se ría, Christine, esto es muy serio. Ella replica, con gravedad:

—No le he hecho venir para que me dijera estas cosas.

—Usted me ha «hecho venir», Christine. ¿Adivinó pues que su carta no me dejaría indiferente y que yo acudiría a Perros? ¿Cómo pudo pensar eso si no sabía que la amo?

—Pensé que se acordaría de los juegos de nuestra infancia, a los que se sumaba mi padre tan a menudo. En realidad, no sé muy bien qué es lo que pensé... Tal vez hice mal en escribirle... Su aparición, tan súbita, el otro día en el camerino me había llevado lejos, muy lejos en el pasado, y le escribí como la niña que yo era entonces, y que hubiera sido feliz de volver a ver, en un momento de tristeza y de soledad, a su pequeño camarada...

Por un momento guardaron silencio. Hay en la actitud de Christine algo que Raoul no encuentra natural, a pesar de que no le es posible precisarlo. Sin embargo, no la siente hostil. Por el contrario..., la ternura desolada de sus ojos lo confirma de sobras. Pero, ¿por qué esta ternura va acompañada de desolación?... Eso es lo que necesita saber y lo que ya irrita al joven...

—¿El día en que me vio en su camerino, fue la primera vez que se fijó en mí, Christine?

Ésta no sabe mentir, y dice:

—¡No! Le había visto ya varias veces en el palco de su hermano. —Y, luego, también en el escenario.

—¡Lo sospechaba! —dijo Raoul mordiéndose los labios—. Pero entonces,

¿por qué, cuando me vio en su camerino, arrodillado, haciéndole recordar que había recogido su chal del mar, por qué me contestó como si no me conociera y se echó a reír?

El tono de estas preguntas es tan brusco, que Christine mira a Raoul asombrada y no le contesta. El mismo joven queda sorprendido de la situación que acaba de provocar en el mismo instante en que había decidido hacer oír a Christine palabras de ternura, amor y sumisión. Un marido, un amante que tiene todos los derechos, no hablaría de distinta manera a su mujer o a su querida si le hubiera ofendido. Pero, irritado de su propia torpeza y encontrándose estúpido, no ve más salida a esta ridícula situación que adopta de mostrarse odioso.

—¡No me contesta, usted! —exclama, rencoroso y desdichado—. Pues bien, voy a contestar yo por usted. Había en el camerino alguien que le estorbaba, Christine. ¡Alguien en cuya presencia no quería revelar que podía usted interesarse en una persona que no fuera él!...

—Si alguien me molestaba, amigo mío —lo interrumpió Christine con acento glacial—, si alguien me estorbaba aquella noche, debía de ser usted, pues es a usted a quien rechacé.

—Sí... para quedarse con el otro...

—¿Qué dice usted, señor?... —exclama la joven estremeciéndose—. ¿Y de qué otro se trata?

—De aquél a quien usted dijo: «¡Yo no canto más que para usted! ¡Esta noche le he entregado mi alma y estoy muerta!».

Christine ha cogido el brazo de Raoul: lo aprieta con una fuerza insospechada en una criatura tan frágil.

—¿Entonces escuchaba detrás de la puerta?

—¡Sí! Porque la amo... Y lo oí todo...

—¿Oyó qué?

Y la joven, que extrañamente ha vuelto a calmarse, soltó el brazo de Raoul.

—Él le dijo: «Es preciso que me ames».

Al oír estas palabras, una palidez cadavérica se extiende por el rostro de Christine, sus ojos se oscurecen... Vacila, está a punto de caer. Raoul se precipita hacia ella, le tiende los brazos, pero ya Christine ha vencido este desfallecimiento pasajero y susurra en voz baja, apenas perceptible:

—¡Diga! ¡Diga todo! ¡Diga todo lo que oyó!

Raoul la mira, vacila, no comprende nada de lo que pasa.

—¡Hable ya! ¿No ve que me está haciendo sufrir?

—Oí también lo que él le contestó después de que usted le confesara que le había entregado su alma: «Tu alma es extraordinariamente bella, hija mía, y te lo agradezco. No hubo emperador que recibiese un regalo como éste. ¡Esta noche han llorado los ángeles!».

Christine se ha llevado una mano al corazón. Clava la mirada en Raoul con emoción indescriptible. Es una mirada tan aguda, tan fija, que parece la de alguien que ha perdido el juicio. Raoul está asustado. Pero de pronto los ojos de Christine se humedecen y por sus mejillas de marfil se deslizan dos perlas, dos pesadas lágrimas...

—¡Christine!...

—¡Raoul!...

El joven quiere tomarla en sus brazos, pero ella se desprende de sus manos y huye en la confusión.

Mientras Christine permanecía encerrada en su habitación Raoul se hacía mil reproches por su brutalidad; pero, por otra parte, los celos le recorrían las venas encendidas. ¿Por qué había mostrado la joven semejante emoción al saber que habían descubierto su secreto? ¡Tenía que ser muy importante! A pesar de lo que había oído, Raoul no dudaba de la pureza de Christine. Sabía que su conducta era intachable, y no era tan novato como para no comprender que una artista está a veces obligada a oír proposiciones amorosas. Lo cierto es que Christine había contestado que le había entregado su alma, pero era evidente que se refería tan sólo al canto y la música. ¿Evidente? ¿Entonces, por qué esa turbación hacía un momento? ¡Dios mío, qué desgraciado era Raoul! Si hubiera podido atrapar al hombre, la voz de hombre, le hubiera pedido explicaciones concretas.

¿Por qué había huido Christine? ¿Por qué no bajaba?

Rechazó el desayuno. Estaba abatido y su dolor era grande al ver desvanecerse, lejos de la joven sueca, aquellas horas que había imaginado tan dulces. ¿Por qué no venía a recorrer con él la región que encerraba tantos recuerdos comunes? ¿Por qué, ya que parecía no tener nada que hacer en Perros y de hecho no hacía nada, no volvía inmediatamente a París? Se había enterado de que por la mañana había hecho celebrar una misa por el descanso del alma de su padre y que había pasado largas horas rezando en la pequeña iglesia y en la tumba del músico.

Triste, desalentado, Raoul se dirigió hacia el cementerio que rodeaba la iglesia. Empujó la puerta. Vagó solitario entre las tumbas, descifrando las inscripciones, pero al llegar detrás del ábside vio inmediatamente un

esplendoroso ramo de flores que descansaba sobre una lápida de granito y que, desbordándola, caían en la tierra blanca. Llenaban de perfume aquel helado rincón del invierno bretón. Eran milagrosas rosas rojas que parecían brotadas de la nieve, aquella misma mañana. Era un poco de vida entre los muertos, ya que la muerte estaba presente por todas partes. También la vida se desprendía de la tierra que había arrojado su exceso de cadáveres. Esqueletos y calaveras se amontonaban a centenares contra el muro de la iglesia, retenidos únicamente por una fina alambrada que dejaba al descubierto todo el macabro edificio. Las calaveras, apiladas, alineadas como ladrillos, sujetas en los intervalos por huesos fuertes y limpiamente blanqueados, parecían formar el primer asentamiento sobre el que se habían levantado las paredes de la sacristía. La puerta de la sacristía se abría en medio de aquel osario, al igual que en muchas viejas iglesias bretonas.

Raoul rezó por el alma de Daaé, luego, tristemente impresionado por esas sonrisas eternas que tienen las bocas de las calaveras, salió del cementerio, subió la colina y se sentó al borde de la landa que domina el mar. El viento se agitaba malignamente por los arenales, aullando bajo la pobre y tímida luz del día. Ésta fue cediendo, desapareció y se convirtió tan sólo en una raya lívida en el horizonte. Entonces, el viento calló. Había llegado la noche. Raoul se encontraba cercado por sombras heladas, pero no sentía el frío. Todo su pensamiento vagaba por la colina desierta y desolada, toda recuerdos. Allí, en aquel lugar, había venido a menudo a la caída de la tarde con la pequeña Christine para ver danzar a las korrigans en el momento preciso en que salía la luna. Por lo que a él se refiere, jamás las había visto, sin embargo tenía buena vista. Pero Christine, aún siendo un poco miope, pretendía haber visto a muchas. Sonrió a este recuerdo y, luego, de repente, se estremeció. Una silueta, una silueta muy concreta, pero que había llegado hasta allí sin que ningún ruido la anunciara, una silueta de pie, a su lado, decía:

—¿Cree que las korrigans vendrán esta noche?

Era Christine. Él quiso hablar. Ella le tapó la boca con su mano enguantada.

—¡Escúcheme, Raoul, estoy decidida a decirle algo grave, muy grave!

Su voz temblaba. Él esperó.

Ella volvió a hablar, con algo de ahogo.

—¿Se acuerda, Raoul, de la leyenda del Ángel de la música?

—¡Claro que me acuerdo! —dijo él—; me parece incluso que fue aquí donde su padre nos la contó por primera vez.

—Fue también aquí donde me dijo: «Cuando esté en el cielo, te lo

enviaré». Pues bien, Raoul, mi padre está en el cielo y yo he recibido la visita del Ángel de la música.

—No lo dudo —contestó el joven con gravedad. Creía que su amiga, en un arrebato piadoso, mezclaba el recuerdo de su padre con el resplandor de su último triunfo.

Christine pareció ligeramente extrañada de la sangre fría con la que el vizconde de Chagny se enteraba de que había recibido la visita del Ángel de la música.

—¿Cómo se lo explica, Raoul? —dijo, inclinando su pálido rostro tan cerca del joven que éste pudo pensar que Christine iba a darle un beso, aunque ella sólo quería leer, a pesar de la oscuridad, en sus ojos.

—Creo —le respondió él— que una criatura humana no canta como cantó usted la otra noche sin que se dé un milagro, sin que el Cielo no haya intervenido. No existe en la tierra maestro alguno que pueda enseñar semejantes tonalidades. Usted ha oído al Ángel de la música, Christine.

—Sí —dijo ella solamente—, en mi camerino. Es allí donde me da sus lecciones diarias.

El tono con el que dijo esto era tan penetrante y tan particular, que Raoul la miró inquieto, como se mira a una persona que dice una monstruosidad o que se aferra a alguna loca visión en la que cree con todas las fuerzas de su pobre cerebro enfermo. Ahora se había echado hacia atrás e, inmóvil, no era más que un poco de sombra en la noche.

—¿En su camerino? —repitió él como un estúpido eco.

—Sí, es allí donde lo oigo, y no he sido la única en oírlo.

—¿Quién más lo ha oído entonces, Christine?

—Usted, amigo mío.

—¿Yo? ¿Yo he oído al Ángel de la música?

—Sí, la otra noche. Era él el que hablaba cuando usted escuchó detrás la puerta de mi camerino. Fue él quien me dijo: «Es preciso que me ames». Pero yo creía ser la única en escuchar su voz.

Imagine pues, mi sorpresa, cuando esta mañana me he enterado de que usted también podía oírlo...

Raoul se echó a reír a carcajadas. Y, en seguida, la noche se disipó en la colina desierta y los primeros rayos de luna envolvieron a los jóvenes. Christine se había vuelto hacia Raoul con aire hostil. Sus ojos, por lo general tan dulces, relampagueaban.

—¿De qué se ríe tanto? ¿Cree acaso haber oído una voz de hombre?

—¡Exacto! —exclamó el joven, cuyas ideas comenzaban a confundirse ante la actitud agresiva de Christine.

—¡Usted, Raoul! ¡Usted es quien me dice esto! ¡Un amigo de la infancia! ¡Un amigo de mi padre! No lo reconozco. Pero, ¿qué se ha creído usted? Soy una joven honesta, señor vizconde de Chagny, y no me encierro con voces de hombre en mi camerino. ¡Si hubiera abierto la puerta, habría visto que allí no había nadie!

—¡Es cierto! Cuando usted salió, abrí la puerta y no encontré a nadie en el camerino...

—Ya lo ve... ¿Entonces?

El conde hizo acopio de todo su valor.

—¡Entonces, Christine, creo que alguien se burla de usted!

Ella lanzó un grito y huyó. Él corrió tras ella, pero la muchacha, llena de una irritación feroz, lo detuvo con un enérgico:

—¡Déjeme! ¡Déjeme!

Y desapareció. Raoul volvió al albergue muy abatido, muy descorazonado y muy triste.

Se enteró de que Christine acababa de subir a su habitación y que había anunciado que no bajaría a cenar. El joven preguntó si se encontraba enferma. La buena posadera le contestó de forma ambigua que, de encontrarse mal, no era nada grave y, como creía en los enfados de los enamorados, se alejó encogiéndose de hombros y diciendo en voz baja que era una lástima ver a dos jóvenes desperdiciando en vanas discusiones las pocas horas de felicidad que el buen Dios les ha permitido pasar en la tierra. Raoul cenó solo en un rincón del atrio y, como podéis imaginar, de una forma bien triste. Más tarde, en su habitación, intentó leer y, luego, en la cama, intentó dormir. En la habitación de al lado no salía ningún ruido. ¿Qué hacía Christine? ¿Dormía? Y si no dormía, ¿en qué pensaba? Y él, ¿en qué pensaba? ¿Acaso era capaz de decirlo? La extraña conversación que había tenido con Christine lo habrá turbado por completo... Pensaba menos en Christine que alrededor de Christine, y ese «alrededor» era tan difuso, tan nebuloso, tan incomprensible, que sentía un singular y angustioso malestar.

De este modo las horas pasaban muy lentas. Serían más o menos las once y media de la noche cuando oyó, con claridad, pasos en la habitación de al lado. Eran pasos ligeros, furtivos. ¿Entonces Christine no se había acostado? Sin pensar en lo que hacía, el joven se vistió a tientas, cuidando de no hacer el menor ruido. Y esperó, dispuesto a todo. ¿Dispuesto a qué? ¿Lo sabía acaso?

El corazón le saltó en el pecho cuando oyó que la puerta de Christine giraba lentamente sobre sus goznes. ¿Adónde iba a estas horas en las que todo dormía en Perros? Entreabrió cuidadosamente la puerta y pudo ver, al claro de luna, la silueta blanca de Christine que se deslizaba con precaución por el corredor. Alcanzó la escalera, bajó, y él, por encima de ella, se inclinó sobre la barandilla. De repente, oyó dos voces que hablaban rápidamente. Le llegó una frase: «No pierda la llave». Era la voz de la posadera. Abajo abrieron la puerta que daba a la rada. La volvieron a cerrar y todo quedó en calma. Raoul se dirigió inmediatamente a su habitación y corrió hacia la ventana, que abrió. La blanca silueta de Christine se destacaba en el muelle desierto.

El primer piso de la posada del Sol Poniente no era muy alto, y un árbol que tendía sus ramas a los brazos impacientes de Raoul le permitió llegar afuera sin que la posadera pudiera sospechar su ausencia. Así pues, ¿cuál no fue el estupor de la buena mujer, a la mañana siguiente, cuando le trajeron al joven casi helado, más muerto que vivo, y cuando se enteró de que le habían encontrado tendido en las escaleras del altar de la pequeña iglesia de Perros? Corrió a dar la noticia a Christine, que bajó al instante y prodigó al joven, ayudada por la posadera, sus cuidados inquietos. Éste no tardó en abrir los ojos y volvió completamente a la vida al ver a su lado el encantador rostro de su amiga.

¿Qué había sucedido? El comisario Mifroid tuvo ocasión, unas semanas más tarde, cuando el drama de la ópera exigió la intervención de la policía, de interrogar al vizconde de Chagny acerca de los sucesos de la noche de Perros, y he aquí de qué forma fueron transcritos en las hojas del sumario (Signatura 150).

Pregunta. —¿La señorita Daaé lo vio bajar de su habitación por el curioso camino que usted eligió?

Respuesta. —No, señor, no. Sin embargo, la alcancé sin cuidar de ahogar el ruido de mis pasos. No quería entonces más que una cosa, que se volviera, me viera y me reconociera. Me decía que mi persecución era absolutamente incorrecta y que aquel tipo de espionaje era indigno de mí. Pero ella no pareció oírme y, de hecho, actuó como si yo no estuviera allí. Abandonó con tranquilidad el muelle y después, de repente, subió rápidamente por el camino. El reloj de la iglesia acababa de dar las doce menos cuarto y me pareció que el sonido de la hora le hacían forzar la marcha, ya que empezó casi a correr. Llegó así a la puerta del cementerio.

P. —¿Estaba abierta la puerta del cementerio?

R. —Sí, señor. Eso me sorprendió, pero no pareció extrañar en lo más mínimo a la señorita Daaé.

P. —¿No había nadie en el cementerio?

R. —No había nadie. Si hubiera habido alguien, le habría visto. La luz de la luna deslumbraba y la nieve que recubría la tierra, al reflejar sus rayos, hacía aún más clara la noche.

P. —¿No era posible que hubiera alguien escondido detrás de las tumbas?

R. —No, señor. Son unas lápidas miserables que desaparecen bajo la nieve y cuyas cruces se alzan a ras del suelo. Las únicas sombras eran las de las cruces y las dos nuestras. La iglesia resplandecía de luz. Jamás he visto semejante luz nocturna. Era muy hermoso, muy transparente y muy frío. Jamás había ido de noche a un cementerio e ignoraba que fuera posible una luz semejante, «una luz que no pesa nada».

P. —¿Es usted supersticioso?

R. —No, señor. Soy creyente.

P. —¿En qué estado de ánimo se encontraba?

R. —Muy sereno y tranquilo, se lo aseguro. En verdad, la insólita salida de la señorita Daaé me había turbado en un principio profundamente. Pero, en cuanto vi que la joven penetraba en el cementerio, pensé que iba a cumplir alguna promesa sobre la tumba de su padre, y encontré la cosa tan natural que recobré toda mi calma. Sólo me extrañaba aún el que no hubiera oído mis pasos, ya que la nieve crujía bajo mis pies. Pero debía estar, sin duda, absorta por su devoción. Decidí, pues, no molestarla y, cuando llegó a la tumba de su padre, me quedé detrás algunos pasos. Se arrodilló en la nieve, hizo la señal de la cruz y empezó a rezar. En aquel momento dieron las doce de la noche. Aún resonaba la última campanada en mis oídos, cuando vi a la joven alzar la cabeza. Su mirada se clavó en la bóveda celeste, sus brazos se tendieron hacia el astro de la noche. Me pareció como si estuviera en éxtasis y aún me preguntaba cuál había sido la causa súbita y determinante de este éxtasis, cuando yo mismo levanté la cabeza, lancé a mi alrededor una mirada perdida y todo mi ser se tendió hacia el Invisible, el invisible que nos tocaba música. ¡Y qué música! ¡Ya la conocíamos! Christine y yo la habíamos oído en nuestra juventud. Pero jamás del violín del señor Daaé había surgido un arte tan divino. En aquel instante no pude dejar de recordar todo lo que Christine me había explicado acerca del Ángel de la música, y no supe qué pensar de aquellos sonidos inolvidables que, si no bajaban del cielo, no permitían adivinar su origen en la tierra. Allí no había instrumento alguno ni mano alguna para guiar el arco. ¡Recordaba esa admirable melodía! Se trataba de La resurrección de Lázaro, que el viejo Daaé nos tocaba en sus horas de tristeza y devoción. Si el Ángel de Christine hubiera existido, no lo hubiera hecho mejor aquella noche con el violín del viejo músico de pueblo. La invocación de Jesús

nos arrebatada de la tierra y, en verdad, esperaba incluso ver levantarse la piedra de la tumba del padre de Christine. Tuve también la idea de que Daaé había sido enterrado con su violín y, sinceramente, no sé hasta dónde, en aquellos momentos fúnebres y esplendorosos, en el fondo de aquel perdido cementerio de provincia, al lado de las calaveras de los muertos que nos sonreían con sus mandíbulas inmóviles... no, no sé hasta dónde llegó mi imaginación ni dónde se detuvo. Pero la música se extinguió y volví a recobrar mis sentidos. Me pareció oír un ruido del lugar donde estaban las calaveras del osario.

P. —¡Ajá! ¿Oyó un ruido procedente del osario?

R. —Sí. Me pareció que las calaveras reían con sarcasmo y no pude evitar un escalofrío.

P. —¿Acaso no pensó que, detrás del osario, podía esconderse precisamente el músico celeste, que acababa de embelesarle?

R. —Pensé tanto en eso que no pude pensar en otra cosa, señor comisario, hasta el punto que olvidé seguir a la señorita Daaé, que se había levantado y se acercaba tranquilamente a la puerta del cementerio. Ella, por su parte, estaba tan absorta que no me sorprende que no me viera. Permanecí sin moverme, con los ojos fijos en el osario, decidido a llegar hasta el final de esta increíble aventura y aclararlo todo hasta el último detalle.

P. —¿Y qué ocurrió entonces para que lo encontrarán, por la mañana, medio muerto, en los escalones del altar mayor?

R. —¡Oh! Ocurrió todo muy rápido... Una calavera rodó hasta mis pies..., luego otra..., y otra... Era como si yo fuera el centro de aquel fúnebre juego de bolos. Pensé que un falso movimiento había destruido la armonía del montón de huesos tras el cual se ocultaba nuestro músico. Esta hipótesis me pareció del todo razonable, cuando vi a una sombra deslizarse de repente por la pared resplandeciente de la sacristía. Me lancé tras ella. La sombra, empujando la puerta, había entrado ya en la iglesia. Yo llevaba alas, la sombra una capa. Fui lo bastante rápido como para coger una punta de la capa de la sombra. En aquel momento, la sombra y yo estábamos justo ante el altar mayor y los rayos de la luna, a través de la gran vidriera del ábside, caían a pico delante de nosotros. Como yo no la soltaba, la sombra se volvió hacia mí y la capa con la que se envolvía se entreabrió. Vi, señor juez, como le veo a usted, una espantosa calavera que clavaba en mí una mirada en la que ardían los fuegos del infierno. Creí vérmelas con el propio Satán y, ante esa aparición de ultratumba, mi corazón, pese a todo su valor, desfalleció, y ya no recuerdo nada hasta el momento en que me desperté en mi pequeña habitación de la posada del Sol Poniente.

CAPÍTULO VII

UNA VISITA AL PALCO N° 5

Abandonamos a los señores Firmin Richard y Armand Moncharmin en el momento en que se decidían a visitar el palco n° 5 del primer piso.

Dejaron atrás la larga escalera que va desde el vestíbulo de la administración hasta el escenario y sus dependencias. Atravesaron el escenario, entraron en el teatro por la puerta de los abonados, después en la sala por el primer pasillo a la izquierda. Se deslizaron a través de las primeras filas de las butacas de la orquesta y contemplaron el palco n° 5 del primer piso. Se veía mal porque estaba sumido en una semioscuridad y porque enormes fundas colgaban del terciopelo rojo de los pasamanos.

En aquel momento estaban prácticamente solos en el inmenso agujero tenebroso y un profundo silencio los rodeaba. Era la hora tranquila en la que los tramoyistas van a tomar una copa.

El equipo había abandonado por un tiempo el escenario, dejando un decorado a medio instalar. Algunos rayos de luz (una luz pálida, siniestra, que parecía robada a un astro moribundo) se insinuaba a través de una abertura hasta una vieja torre que alzaba sus almenas de cartón sobre el escenario. Las cosas, en aquella noche ficticia, o mejor dicho en aquel día engañoso, adoptaban formas extrañas. Encima de los sillones de la orquesta, la tela que los recubría parecía un mar enfurecido cuyas olas glaucas hubieran sido inmovilizadas instantáneamente por orden secreta del gigante de las tormentas que, como todos sabemos, se llama Adamástor. Los señores Moncharmin y Richard eran los náufragos en esta agitación inmóvil de un mar de tela pintada. Avanzaban hacia los palcos de la izquierda a grandes brazadas, como marineros que han abandonado su barco e intentan ganar la orilla. Las ocho grandes columnas de cartón pulido se alzaban en la sombra como otros tantos prodigiosos pilares destinados a sostener el acantilado amenazador, crujiente y ventruado, cuyos soportes estaban representados por las líneas circulares, paralelas y oscilantes de los palcos de los pisos primeros, segundos y terceros. En lo alto, en lo más alto del acantilado, perdidas en el cielo de cobre, obra de Lenepveu, unas figuras hacían muecas, reían sarcásticamente, se burlaban de la inquietud de los señores Moncharmin y Richard. Eran, sin embargo, figuras que suelen ser muy serias. Se llamaban Isis, Amfitrite, Hebe, Flora, Pandora, Psique, Tetis, Pomona, Dafne, Clitia, Galatea, Aretusa. Sí, la propia Aretusa y Pandora, a la que todo el mundo conoce a causa de su caja, miraban a los dos nuevos directores de la Ópera que habían conseguido aferrarse a una ruina y que, desde allí, contemplaban en silencio el primer palco n° 5. He dicho ya que estaban inquietos. Al menos, me lo imagino. El mismo señor Moncharmin confiesa que se encontraba impresionado. Dice textualmente: «Aquel

“columpio” (¡vaya estilo!) del fantasma de la ópera, al que nos habían hecho subir tan amablemente desde que sucedimos a los señores Poligny y Debienne, había terminado sin duda alguna por turbar mis facultades imaginativas, y me parece que también las visuales, porque (¿acaso era el escenario ideal en el que nos movíamos en medio de un increíble silencio lo que nos impresionó hasta aquel punto?... ¿Fuimos acaso juguetes de una especie de alucinación hecha posible por la semioscuridad de la sala y la que inundaba el palco n° 5?), porque que vi, y también Richard vio, al mismo tiempo, una silueta en el palco n° 5. Richard no dijo nada; tampoco yo. Pero nos cogimos de la mano con un mismo gesto. Después, esperamos así vanos minutos, sin movernos, con los ojos siempre fijos en el mismo punto; pero la silueta había desaparecido. Entonces salimos y, en el corredor, intercambiamos nuestras impresiones y hablamos de la silueta. Lo peor fue que mi imagen de la silueta no se parecía en lo más mínimo a la de Richard. Yo había visto algo parecido a una calavera inclinada sobre la barandilla del palco, mientras que Richard observó a una silueta de mujer vieja que recordaba a la de mamá Giry. De tal modo comprendimos que habíamos sido víctimas de una ilusión y, sin dudar más, corrimos sin tardanza y riendo como locos, al primer palco n° 5, en el que entramos y en el que ya no encontramos silueta alguna».

Ahora estamos en el palco n° 5.

Es, un palco como todos los demás palcos del primer piso. En realidad, nada diferencia a este palco de los vecinos.

Moncharmin y Richard, burlándose ostensiblemente y riéndose el uno del otro, movían los muebles del palco, levantaban las fundas y los sillones, y examinaban en particular aquél en el que la voz tenía costumbre de sentarse. Pero comprobaron que se trataba de un simple sillón que no tenía nada de mágico. En resumen, el palco era uno de los palcos más normales, con su tapicería roja, sus sillones, su alfombra y su pasamanos de terciopelo rojo. Después de haber examinado, de la forma más seria del mundo, la alfombra y de no haber encontrado allí ni en ninguna otra parte nada especial, bajaron a la platea, al palco debajo del palco n° 5. En el palco de platea n° 5, que está justo en el rincón de la primera salida a la izquierda de las butacas de la orquesta, no encontraron tampoco algo que mereciese ser señalado.

—Toda esa gente se burla de nosotros —terminó exclamando Firmin Richard—. El sábado se representa Fausto, ¡y nosotros dos asistiremos a la representación en el palco n° 5!

CAPÍTULO VIII

DONDE LOS SEÑORES FIRMIN RICHARD Y ARMAND

MONCHARMIN TIENEN LA AUDACIA DE REPRESENTAR «FAUSTO» EN UNA SALA «MALDITA» Y DEL ESPANTOSO ESPECTÁCULO QUE TUVO LUGAR EN LA ÓPERA

El sábado por la mañana, al llegar a su despacho, los directores encontraron una doble carta del F. de la Ó. que rezaba así:

Estimados directores.

¿Me han declarado acaso la guerra?

Si quieren reencontrar la paz, éste es mi ultimátum.

Contiene de las cuatro siguientes condiciones.

1º Devolverme mi palco, y quiero que sea puesto a mi libre disposición a partir de este momento.

2º El papel de «Margarita» lo cantará esta noche Christine Daaé. No se preocupen de la Carlotta, que estará enferma.

3º Exijo los buenos y leales servicios de la señora Giry, mi acomodadora, a la que reintegrarán inmediatamente a sus funciones.

4º Espero me comuniquen, mediante una carta entregada a la señora Giry, quien me la hará llegar, si aceptan ustedes, como sus predecesores, el pliego de condiciones referente a mi pago mensual. Les informaré más adelante de cómo habrá de efectuarse.

De lo contrario, esta noche representarán Fausto en una sala maldita. A buen entendedor... ¡Saludos!

F de la Ó.

—¡Empieza a fastidiarme este tipo, a fastidiarme en serio! —gritó Richard, mientras levantaba los puños en señal de venganza y los dejaba caer con estruendo sobre la mesa de su despacho.

Entre tanto, entró Mercier, el administrador.

—Lachenal querría ver a uno de los señores —dijo—. Parece que el asunto es urgente; el buen hombre parece muy alterado.

—¿Quién es ese Lachenal? —preguntó Richard.

—Es al jefe de sus caballerizos.

—¿Cómo que el jefe de mis caballerizos?

—Claro, señor —explicó Mercier—... en la Opera hay varios caballerizos, y el señor Lachenal es su jefe.

—¿Y qué hace?

—Se encarga de la dirección de las cuadras.

—¿Qué cuadras?

—Pues las suyas, señor. Las cuadras de la Ópera.

—¿Pero es que hay cuadras en la ópera? ¡La verdad es no sabía nada! ¿Y dónde están?

—En los bajos, del lado de la Rotonda. Es un servicio muy importante, tenemos doce caballos.

—¡Doce caballos! ¿Y para qué, Dios mío?

—Pues, para los desfiles de La judía, de El Profeta, etc... Se necesitan caballos amaestrados y «que sepan de tablas». Los caballerizos se encargan de amaestrarlos. El señor Lachenal es muy hábil. Es el antiguo director de las cuadras de Franconi.

—Muy bien... ¿Pero qué quiere?

—No lo sé... Jamás lo había visto en semejante estado.

—¡Hágalo pasar!

El señor Lachenal entra. Lleva una fusta en la mano y se golpea nerviosamente una de sus botas.

—Buenos días, señor Lachenal —dijo Richard impresionado. ¿A qué debemos el honor de su visita?

—Señor director, vengo a pedirle que ponga en la calle a toda la cuadra.

—Pero, ¿cómo? ¿Quiere que ponga en la calle a nuestros queridos caballos?

—No se trata de los caballos, sino de los palafreneros.

—¿Cuántos palafreneros tiene usted, señor Lachenal?

—¡Seis!

—¡Seis palafreneros! Bastaría con dos.

—Se trata de «plazas» —lo interrumpió Mercier— que fueron creadas e impuestas por el subsecretario de Bellas Artes. Los ocupan hombres protegidos por el gobierno, y me atrevo a sugerir...

—¡El gobierno no me importa!... —afirmó Richard con una gran energía—. No necesitamos a más de cuatro palafreneros para doce caballos.

—¡Once! —rectificó el jefe de caballerizos.

—¡Doce! —repitió Richard.

—¡Once! —repitió Lachenal.

—¡Ah! El señor administrador me había informado de que tenía usted doce caballos.

¡Tenía doce, pero no me quedan más que once desde que nos han robado a César!

Y el señor Lachenal se da un fuerte fustazo en la bota.

—¡Nos han robado a César! —exclamó el administrador—. ¡A César, el caballo blanco de El Profeta!

—No hay más que un César —declaró en tono seco el jefe de caballerizos—. Estuve diez años con Franconi y he visto muchos caballos en mi vida. ¡Pues bien, como César no hay más que uno! Y nos lo han robado.

—¿Cómo ha sido?

—¡No lo sé! ¡Nadie sabe nada! Esta es la causa de mi visita. Por eso vengo a pedirle que ponga en la calle a todos los de la cuadra.

—¿Y qué dicen sus palafreneros?

—Tonterías... Unos acusan a los figurantes... otros pretenden que es el portero de la administración.

—¿El portero de la administración? ¡Respondo de él como de mí mismo! —protestó Mercier.

—¡Pero, bueno, señor jefe de caballerizos! —exclamó Richard—, ¡debe tener usted alguna idea!...

—Sí, señor. ¿Si tengo una? ¡Tengo una! —declaró de pronto Lachenal—, y voy a decírsela. No tengo la menor duda.

El señor jefe de caballerizos se acercó a los directores y les susurró en la oreja:

—¡Ha sido el fantasma quien ha dado el golpe!

Richard se sobresaltó.

—¡Ah! ¡Con que usted también! ¡Usted también!

—¿Cómo, yo también? Es lo más natural...

—Pero ¡qué dice usted, señor Lachenal! ¡Pero qué dice usted, señor jefe de caballerizos!...

—Digo lo que pienso, después de lo que he visto...

—¿Y qué ha visto, señor Lachenal?

—Vi, como le estoy viendo a usted, a una sombra negra que montaba un caballo blanco que se parecía a César como dos gotas de agua.

—¿Y no corrió tras ese caballo blanco y esa sombra negra?

—Corrí y llamé, señor director, pero desaparecieron con una rapidez desconcertante y se perdieron en la oscuridad de la galería...

El señor Richard se levantó.

—Está bien, señor Lachenal. Puede usted retirarse... presentaremos una denuncia contra el fantasma...

—¿Y despedirá a mis palafreneros?

—¡Desde luego! ¡Adiós, señor!

El señor Lachenal saludó y salió.

Richard echaba chispas.

—¡Prepare la cuenta de ese imbécil!

—¡Es un amigo del señor comisario del gobierno! —se atrevió a decir Mercier...

—Y toma el aperitivo en el Tortonni con Lagréné, Scholl y Pertuiset, el matador de leones —añadió Moncharmin—. ¡Nos vamos a poner a toda la prensa en contra! Explicará la historia del fantasma y todo el mundo se divertirá a costa nuestra. ¡Si hacemos en ridículo, podemos considerarnos muertos!

—Está bien. No hablemos más... —concedió Richard, que ya estaba pensando en otra cosa.

En aquel momento se abrió la puerta, que sin duda no estaba vigilada entonces por su cancerbero, ya que vieron entrar en tromba a mamá Giry con una carta en la mano, y decir precipitadamente:

—Perdón, mil excusas, señores, pero esta mañana he recibido una carta del fantasma de la Ópera. Me dice que me presente a ustedes, que sin duda tienen algo que...

No acabó de decir la frase. Vio el rostro de Firmin Richard, y era terrible. El honorable director de la ópera estaba a punto de explotar. El furor que lo agitaba sólo se traducía de momento por el color escarlata de su rostro furibundo y por el brillo de sus ojos relampagueantes. No dijo nada. No podía hablar. Pero, de pronto, inició un gesto. Primero fue el brazo izquierdo, con el que cogió a mamá Giry y le hizo describir una media vuelta tan inesperada,

una pirueta tan rápida, que ésta lanzó un grito desesperado; después, fue el pie derecho, el pie derecho del mismo honorable director el que imprimió su huella en el tafetán negro de una falda que jamás en aquel lugar había sufrido ultraje parecido.

El hecho se había producido de forma tan inesperada que mamá Giry, cuando se encontró en la galería, estaba aún medio aturdida, y parecía no entender nada. Pero, de pronto, comprendió y la Ópera resonó con sus gritos indignados, con sus enfurecidas frases, con sus amenazas de muerte. Fueron necesarios tres mozos para hacerla bajar hasta el patio de la administración y dos guardias para llevarla a la calle.

Aproximadamente a la misma hora, la Carlotta, que vivía en una pequeña mansión del faubourg Saint-Honoré, llamaba a su camarera y se hacía traer el correo a la cama. Entre las cartas encontró una que decía así:

«Si canta esta noche, tenga cuidado de que no le ocurra una gran desgracia en el momento mismo en que empiece a cantar... una desgracia peor que la muerte».

Esta amenaza estaba escrita en tinta roja, con una letra de palotes y trazo vacilante.

Después de leer la carta, la Carlotta ya no tuvo apetito para desayunar. Rechazó la bandeja en la que la camarera le ofrecía el chocolate humeante. Se sentó en la cama y se puso a pensar profundamente. No era la primera carta de este tipo que recibía, pero jamás había leído una tan amenazadora.

En aquel momento se creía el blanco de mil intrigas y contaba habitualmente que tenía un enemigo secreto que había jurado su desgracia.

Pretendía que se tramaba contra ella un malvado complot, una desgracia que se produciría el día menos pensado; pero ella no era una mujer fácil de intimidar, añadía.

Lo cierto es que si había algún tipo de complot, era el que la Carlotta montaba contra la pobre Christine, que no se enteraba de nada. La Carlotta no había perdonado a Christine el triunfo que ésta había obtenido al sustituirla de improviso.

Cuando se enteró de la extraordinaria acogida que había tenido su suplente, la Carlotta se sintió instantáneamente curada de un principio de bronquitis y de un acceso de rabia contra la administración, y abandonó todo proyecto de dejar su puesto. Desde entonces, se había dedicado a trabajar con todas sus fuerzas para «ahogar» a su rival, obligando a influyentes amigos a presionar a los directores para que no volviesen a dar a Christine la ocasión de obtener un nuevo triunfo. Aquellos periódicos que habían comenzado a alabar el talento

de Christine, no se ocuparon más que de ensalzar la gloria de la Carlotta. Por último, incluso en el teatro mismo, la célebre diva pronunciaba las frases más ultrajantes acerca de Christine e intentaba causarle miles de pequeños disgustos.

La Carlotta no tenía ni corazón ni alma. ¡No era más que un instrumento! Aunque, hay que decirlo, un maravilloso instrumento. Su repertorio abarcaba todo lo que puede tentar la ambición de una gran artista, tanto en lo que respecta a los maestros alemanes como a los italianos o franceses. Nunca jamás, hasta este día, se había oído desafinar a la Carlotta, ni carecer del volumen de voz necesario para traducir algún pasaje de su inmenso repertorio. En resumen, el instrumento se hallaba siempre tenso, poderoso y admirablemente afinado. Pero nadie habría podido decir a la Carlotta lo que Rossini le dijo a la Kraus, después de haber cantado para él en alemán «Sombríos bosques»...: «Canta usted con el alma, hija mía, y qué hermosa es su alma».

¿Dónde estaba tu alma, Carlotta, cuando bailabas en los tugurios de Barcelona? ¿Dónde cuando, más tarde, cantabas en aquellos tristes tablados tus coplillas cínicas de vacante del music-hall?

¿Dónde cuando ante los maestros reunidos en casa de alguno de tus amantes, hacías resonar ese instrumento dócil cuya única virtud consistía en cantar con la misma indiferente perfección el sublime amor y la más baja orgía? ¡Carlotta, si alguna vez tuviste un alma y la perdiste entonces, la habrías recobrado al convertirte en Julieta, cuando fuiste Elvira, Ofelia, y Margarita! Otras antes que tú ascendieron desde más abajo que tú, pero el arte, respaldado por el amor, las purificó.

En realidad, cuando pienso en todas las pequeñeces y villanías que Christine Daaé tuvo que soportar en aquella época por culpa de la Carlotta, no puedo contener mi cólera, y no me extraña que mi indignación se traduzca en opiniones un tanto abstractas sobre el arte en general, y el canto en particular, que los admiradores de la Carlotta no encontrarán ciertamente de su agrado.

Cuando la Carlotta terminó de pensar en la amenaza que encerraba la carta que acababa de recibir, se levantó.

—¡Ya veremos! —dijo, y pronunció en español unos cuantos improperios.

Lo primero que vio al acercarse a la ventana fue un coche fúnebre. El coche fúnebre y la carta la persuadieron de que aquella noche corría un gran peligro. Reunió en casa a algunos de sus amigos, les informó de que en la representación de la noche sería víctima de un complot organizado por Christine Daaé, y declaró que había que parar los pies a la pequeña llenando la sala con sus admiradores, los de la Carlotta. Eran muchos, ¿no? Contaba con

ellos para que estuvieran preparados para cualquier eventualidad y para hacer callar a los perturbadores en el caso de que, como ella temía, organizaran un escándalo.

El secretario particular del señor Richard, que había ido a informarse de la salud de la diva, volvió con la seguridad de que se encontraba mejor que nunca y de que, «aunque estuviera agonizando», cantaría aquella misma noche el papel de Margarita. Como el secretario, de parte de su jefe, había recomendado a la diva que no cometiera ninguna imprudencia, que no saliera de casa y se guardase de las corrientes de aire, la Carlotta no pudo evitar asociar estas recomendaciones excepcionales e inesperadas con las amenazas escritas en la carta.

Eran las cinco cuando recibió otra carta anónima con la misma letra que la primera. Era breve. Decía simplemente: «Está usted constipada. Si es razonable, comprendería que es una locura querer cantar esta noche».

La Carlotta soltó una carcajada, se encogió de hombros, que eran magníficos, y lanzó dos o tres notas que le devolvieron la confianza.

Sus amigos fueron fieles a la promesa que le habían hecho. Aquella noche se encontraban todos en la Ópera, pero buscaron en vano a los feroces conspiradores que debían de estar a su alrededor, y a los que debían oponerse. Con excepción de algunos profanos, algunos honrados burgueses cuya plácida figura no reflejaba otro deseo que el de volver a escuchar una música que desde hacía tiempo les había conquistado su aprobación, no había allí más que los habituales, cuyos elegantes modales, pacíficos y correctos, alejaban toda idea acerca de una manifestación. Lo único anormal era la presencia de los señores Richard y Moncharmin en el palco n° 5. Los amigos de la Carlotta creyeron que quizá, por su parte, los directores habían sospechado el proyectado escándalo y habían decidido acudir a la sala para paralizarlo en el momento mismo en que estallase. Pero, como ya saben ustedes, se trataba de una hipótesis injustificada: los señores Richard y Moncharmin no pensaban más que en su fantasma.

¿Nada?... En vano interrogó en ardiente espera

a la Naturaleza y al Creador.

¡Ninguna voz en mi oído desliza

una palabra de consuelo!...

El célebre barítono Carolus Fonta apenas había terminado de lanzar la primera llamada del doctor Fausto a las potencias del infierno, cuando el señor Firmin Richard, que se había sentado en la misma silla que el fantasma —la silla de la derecha, en la primera fila— se inclinaba con el mejor humor del

mundo hacia su socio y le decía:

—¿Y tú? ¿Alguna voz ya te ha dicho al oído alguna palabra?

—¡Esperemos! No nos precipitemos —contestó con el mismo tono de broma Armand Moncharmin—. La representación acaba de empezar y sabes muy bien que el fantasma no llega habitualmente hasta la mitad del primer acto.

El primer acto transcurrió sin incidentes, lo que no extrañó en lo más mínimo a los amigos de la Carlotta, ya que Margarita no canta en este acto. En cuanto a los dos directores, se miraron sonriendo cuando bajó el telón.

—¡El primero ha terminado! —dijo Moncharmin.

—Sí. El fantasma se retrasa —declaró Firmin Richard.

Siempre bromeando, Moncharmin insistió:

—En realidad, la sala no está demasiado mal esta noche para ser una sala maldita.

Richard se dignó a sonreír. Señaló a su colaborador una señora gorda, bastante vulgar, vestida de negro, que estaba sentada en una butaca en el centro de la sala, entre dos hombres de aspecto tosco con sus levitas de paño de frac.

—¿Quién es esa gente? —preguntó Moncharmin.

—Esa gente, mi querido amigo, es mi portera, su hermano y su marido.

—¿Les has dado entradas?

—¡Claro! Mi portera no había venido nunca a la Ópera..., está es la primera vez. Y como a partir de ahora ha de venir todas las noches, he querido que estuviera bien situada antes de pasarse el rato acomodando a los demás.

Moncharmin pidió explicaciones y Richard le informó que había convencido a su portera, en la que tenía mucha confianza, para que ocupara por algún tiempo el puesto de la señora Giry.

—Hablando de mamá Giry —dijo Moncharmin—, ¿ya sabes que va a presentar una denuncia contra ti?

—¿A quién? ¿Al fantasma?

¡El fantasma! Moncharmin casi lo había olvidado.

Además, el misterioso personaje no hacía nada para que los directores volvieran a recordarlo.

De repente, la puerta de su palco se abrió bruscamente y dejó paso al

aterrorizado regidor.

—¿Qué sucede? —preguntaron los dos a la vez estupefactos de verlo en semejante lugar y en aquel momento.

—Sucede —dijo el regidor— que los amigos de Christine Daaé han montado un complot contra la Carlotta. Y ésta se ha puesto hecha una furia.

—¿Qué historia es ésta? —dijo Richard frunciendo el ceño. Pero el telón se alzaba y el director hizo un gesto al regidor para que se retirara.

Cuando el administrador hubo abandonado el palco, Moncharmin se inclinó hacia Richard.

—¿Tiene, pues, amigos la Daaé? —preguntó.

—Sí —dijo Richard—. Los tiene.

—¿Quiénes?

Richard indicó con la mirada un primer palco en el que no había más que dos hombres.

—¿El conde de Chagny?

—Sí, él me la recomendó..., tan calurosamente que, si no supiera que es amigo de la Sorelli...

—¡Vaya, vaya!... —murmuró Moncharmin—. ¿Y quién es ese joven tan pálido sentado a su lado?

—Es su hermano, el vizconde.

—Estaría mejor en la cama. Tiene aspecto de estar enfermo. Alegres cantos resonaban en escena. La embriaguez en música. El triunfo de la bebida.

Vino o cerveza

cerveza o vino,

¡si lleno está mi vaso,

tanto mejor!

Estudiantes, burgueses, soldados, muchachas y matronas con el corazón alegre, se agitaban ante la taberna con efigie del dios Baco. Siebel hizo su entrada.

Christine Daaé estaba encantadora disfrazada de hombre.' Su fresca juventud, su gracia melancólica, seducían a primera vista. Inmediatamente, los partidarios de la Carlotta se imaginaron que iba a ser recibida con una ovación que les confirmaría las intenciones de sus amigos. Esta ovación indiscreta, hubiera sido, por otra parte, de una torpeza insigne. No se produjo.

Por el contrario, cuando Margarita atravesó la escena y hubo cantado los dos únicos versos de su papel en este segundo acto:

¡No señores, no soy doncella ni hermosa,
y no necesito que se me dé la mano!

Estruendosos bravos acogieron a la Carlotta. Eran tan imprevistos y tan inútiles, que los que no estaban al corriente de nada se miraban preguntándose qué pasaba. Y el acto terminó sin ningún incidente. Todo el mundo se decía entonces: «Evidentemente, será en el próximo acto». Algunos que, al parecer, estaban mejor informados que los demás afirmaban que el escándalo iba a iniciarse en «La copa del rey de Thule», y se precipitaron hacia la entrada de los abonados para avisar a la Carlotta.

Los directores abandonaron el palco durante este entreacto para informarse del complot del que les había hablado el administrador, pero volvieron en seguida a su sitio, encogiéndose de hombros y considerando todo ese asunto era una tontería. Lo primero que vieron al entrar fue una caja de bombones ingleses encima del tablero del pasamanos. ¿Quién la había traído? Preguntaron a las acomodadoras. Pero nadie pudo decirles nada. Pero, volviéndose de nuevo hacia el pasamanos, vieron esta vez, al lado de la caja de bombones ingleses, unos gemelos. Se miraron. No tenían ganas de reír. Todo lo que la señora Giry les había dicho les volvía a la memoria..., y además..., les parecía que había a su alrededor una extraña corriente de aire... Se sentaron en silencio, realmente impresionados.

La escena representaba el jardín de Margarita...

Proclamadle mi amor,
llevadle mis votos...

Mientras cantaba estos dos primeros versos, con su ramo de rosas y lilas en la mano, Christine, al levantar la cabeza, vio en su palco al vizconde de Chagny y, a partir de aquel instante, a todos les pareció que su voz era menos segura, menos pura, menos cristalina que de costumbre. Algo que no se sabía, ensordecía, dificultaba su canto... Había en ella temblor y miedo.

—Extraña muchacha... —hizo notar casi en voz alta un amigo de la Carlotta, situado en la platea—. La noche pasada estaba divina y hoy aquí la tienes, le tiembla la voz. ¡Falta de experiencia! ¡Falta de método!

Es en vos en quien tengo fe,
hablad vos por mí.

El vizconde escondió la cabeza entre las manos. Lloraba. Detrás de él, el conde se mordía con violencia la punta del bigote, alzaba los hombros y

fruncía las cejas. Para traducir mediante tantos signos exteriores sus sentimientos íntimos, el conde, siempre tan correcto y tan frío, debía estar furioso. Lo estaba. Había visto regresar a su hermano de un rápido y misterioso viaje en un estado de salud alarmante. Las explicaciones que habían seguido tuvieron sin duda la virtud de tranquilizar al conde quien, deseoso de saber a qué atenerse, había pedido una entrevista a Christine. Daaé. Ésta había tenido la audacia de contestarle que no podía recibirle, ni a él ni a su hermano. Creyó que se trataba de una abominable maquinación. No perdonaba a Christine que hiciera sufrir a Raoul, pero, sobre todo, no perdonaba a Raoul que sufriera por Christine. ¡Ah! Había sido un tonto de preocuparse durante un tiempo por aquella joven, cuyo triunfo de una noche seguía siendo incomprensible para todos.

Que sobre su boca la flor
pueda al menos depositar
un dulce beso.

—¡Pequeña zorra, bah! —gruñó el conde.

Se preguntó qué se proponía aquella mujer... qué podía esperar... Era pura, decían que no tenía amigo ni protector de ningún tipo... ¡aquel Ángel del Norte debía ser una buena bribona!

Por su parte Raoul, detrás de las manos, cortina que ocultaba sus lágrimas de niño, sólo pensaba en la carta que había recibido a su llegada a París, adonde Christine había llegado antes que él, huyendo de Perros como un maleante: «Mi querido amiguito de antaño, es preciso que tenga el valor de no volver a verme, de no volver a hablarme... Si me ama un poco, haga esto por mí, por mí, que no lo olvidaré jamás..., mi querido Raoul. Sobre todo, no entre nunca en mi camerino. De ello depende mi vida. Depende la suya. Su pequeña Christine».

Un estruendoso aplauso... La Carlotta hace su entrada.

El acto del jardín se desarrollaba con sus habituales peripecias.

Cuando Margarita terminó de cantar el aria del Rey de Thule, fue aclamada. También lo fue cuando terminó la canción de las joyas.

¡Ah! cuanto río de verme
tan bella en este espejo...

Entonces, segura de sí misma, segura de sus amigos que estaban en la sala, segura de su voz y de su éxito, no temiendo a nada, Carlotta se entregó por entero, con ardor, con entusiasmo, con embriaguez. Su actuación no tuvo ya contención ni pudor... Ya no era Margarita, era Carmen. Se la aplaudió más

aún y su dúo con Fausto parecía reservarle un nuevo éxito, cuando de pronto ocurrió... algo espantoso.

Fausto se habla arrodillado:

Déjame, déjame contemplar tu rostro

bajo la pálida claridad

con la que el astro de la noche, como en una nube,

acaricia tu belleza.

Y Margarita contestaba:

¡Oh silencio! ¡Oh dicha! ¡Inefable misterio!

¡Embriagadora languidez!

¡Escucho!... ¡Y comprendo a esta voz solitaria

que canta en mi corazón!

En aquel instante..., justo en aquel instante..., se produce algo... se produce algo..., lo he dicho ya, algo espantoso...

... La sala entera se pone en pie en un único movimiento... En su palco, los dos directores no pudieron contener una exclamación de horror... Espectadores y espectadoras se miran como para preguntarse los unos a los otros la explicación de un fenómeno tan inesperado... El rostro de la Carlotta refleja el dolor más atroz, sus ojos parecen presos por la locura. La pobre mujer se ha levantado, con la boca aún entreabierta, tras pronunciar «esta voz solitaria que canta en mi corazón...». Pero aquella boca ya no canta..., no se atreve a pronunciar una sola palabra, un solo sonido...

Aquella boca creada para la armonía, aquel instrumento ágil que jamás había fallado, órgano magnífico, generador de los más bellos sonidos, de los acordes más difíciles, de las modulaciones más suaves, de los ritmos más ardientes, sublime mecánica humana a la que no faltaba para ser divina más que el fuego del cielo, el único capaz de otorgar la verdadera emoción y elevar las almas... aquella boca había dejado escapar...

De aquella boca se había escapado...

¡Un gallo!

¡Ah! ¡Un horrible, repugnante, plumoso, venenoso, espigado, espumeante y chillón gallo!

¿Por dónde había entrado? ¿Cómo se había agazapado en su lengua? Con las patas encogidas para saltar más alto y más lejos, subrepticamente había salido de su laringe y... ¡cuac!

¡Cuac, cuac!... ¡Qué terrible cuac!

Me refiero, como os podéis imaginar, a un sapo en sentido figurado. No se lo veía, pero se lo oía. ¡Cuac!

La sala quedó anonadada. Nunca un ave, de los más ruidosos corrales, había desgarrado la noche con un cuac tan asqueroso, y lo peor era que nadie lo esperaba. La Carlotta no daba crédito a su garganta ni a sus oídos. Un rayo cayendo a sus pies le hubiera extrañado menos que aquel gallo chillón que acababa de salir de su garganta.

Y no la hubiera deshonrado. Mientras que, sabido es que un gallo escondido en la lengua deshonra siempre a una cantante. Las hay que incluso mueren de la impresión.

¡Dios mío! ¡Quién lo hubiera creído!... Cantaba tan tranquila: «Y comprendo esta voz solitaria que canta en mi corazón», sin esfuerzo, como siempre, con la misma facilidad con que se dice: «Buenos días, señora, ¿cómo está?». Cómo negar que ciertas cantantes presuntuosas no saben medir sus fuerzas y que, en su orgullo, quieren alcanzar con la débil voz que el cielo les ha deparado efectos excepcionales y notas que les están prohibidas desde que vinieron al mundo. Es cuando el cielo las castiga, sin que ellas lo sepan, poniéndoles un gallo en la boca, un gallo que hace ¡cuac! Todo el mundo sabe esto. Pero nadie hubiera admitido que una Carlotta, que tenía por lo menos dos octavas en la voz, soltara un gallo a estas alturas.

No podían olvidarse sus estridentes sobreagudos, sus staccati inauditos en la Flauta mágica. Se acordaban de Don Giovanni, en la que ella era Elvira, y en la que alcanzó el más estrepitoso triunfo una noche, al dar el si bemol que no podía dar su compañera doña Ana. Entonces, ¿qué significaba en realidad este cuac, al final de aquella tranquila, apacible y pequeña «voz solitaria que canta en mi corazón»?

No era natural. Tenía que haber un sortilegio. Aquel gallo olía a quemado. ¡Pobre, miserable, desesperada, aniquilada Carlotta!...

En la sala, el rumor iba en aumento. Si semejante aventura le hubiera ocurrido a otra cantante, ¡se la habría silbado! Pero con la Carlotta, cuyo perfecto instrumento era conocido de todos, no había irritación, sino consternación y espanto. ¡Lo mismo debieron sentir los hombres que asistieron a la catástrofe que rompió los brazos a la Venus de Milo!... Por lo menos aquéllos pudieron ver el golpe que rompía la estatua..., y comprender.

Pero, ¿aquí? ¡Aquél gallo era incomprensible!

De tal modo que, tras unos segundos durante los que el público se preguntaba si realmente la Carlotta había oído salir de su propia boca aquella

nota. ¿Era, en, realidad, una nota aquel sonido? ¿Podía llamarse aquello un sonido? Un sonido aún es música; pero ella intentó persuadirse de que aquel ruido infernal no había existido; que, simplemente, había sufrido por un instante una ilusión de su oído y no una criminal traición de su órgano vocal...

Buscó, con una mirada perdida, algo a su alrededor, como para encontrar un refugio, una protección, o más bien la seguridad espontánea de la inocencia de su voz. Se había llevado a la garganta los dedos crispados en un gesto de defensa y de protesta. ¡No, no! ¡Aquel cuac no era suyo! El mismo Carolus Fonta parecía de la misma opinión, ya que la contemplaba con una expresión inenarrable de estupefacción infantil y gigantesca. En última instancia, él estaba junto a ella. No la había abandonado un momento. Quizá pudiera decirle cómo había ocurrido aquello... ¡No, tampoco él podía! Sus' ojos se clavaban estúpidamente en la boca de la Carlotta como los ojos de los niños en el inagotable sombrero del prestidigitador. ¿Cómo cabía en una boca tan pequeña un cuac tan grande?

Todo ello, gallo, cuac, emoción, rumor aterrado de la sala, confusión del escenario, de bastidores —en los corredores algunos comparsas mostraban rostros desencajados—, todo lo que describo al detalle no duró más de unos segundos.

Unos segundos horribles que parecieron interminables en particular a los dos directores, allá arriba, en el palco n° 5. Moncharmin y Richard estaban muy pálidos. Este episodio inaudito, que seguía siendo inexplicable, los llenaba de una angustia tanto más misteriosa cuanto que, desde hacía un instante, se hallaban bajo la influencia directa del fantasma.

Habían sentido su aliento. Algunos pelos de la cabeza de Moncharmin se habían erizado bajo aquel soplo... Y Richard se pasaba el pañuelo por la frente sudorosa... Sí, estaba allí..., a su alrededor..., detrás de ellos, al lado de ellos, lo sentían sin verlo... Oían su respiración... ¡y tan cerca de ellos..., tan cerca! Se sabe cuando alguien está presente... Pues bien, ¡ahora lo sabían!... Estaban seguros de ser tres en el palco... Temblaban... Pensaban en huir... No se atrevían... No se atrevían a hacer el más mínimo movimiento, ni intercambiar una palabra que dieran a entender al fantasma que sabían que se encontraba allí... ¿Qué iba a pasar? ¿Qué iba a ocurrir?

¡Se produjo el cuac! Por encima de los rumores de la sala se oyó su doble exclamación de horror. Se sentían bajo la influencia del fantasma. Inclínados hacia el escenario, miraban a la Carlotta como si no la reconocieran. Aquella mujer del infierno debía de haber dado con su cuac la señal de alguna catástrofe. La esperaban en un estado exaltado de tensión. El fantasma lo había prometido. ¡La sala estaba maldita! Sus pechos se agitaban ya bajo el peso de la catástrofe. Se oyó la voz estrangulada de Richard que gritaba a la Carlotta:

—¡Siga! ¡Siga!

¡No! La Carlotta no continuó... Volvió a empezar valientemente, heroicamente, el verso fatal en cuyo final había aparecido el gallo.

Un silencio espantoso reemplaza al alboroto general. Tan sólo la voz de la Carlotta llena de nuevo el navío sonoro.

¡Escucho!...

El público también escucha.

... Y comprendo esta voz solitaria (¡cuac!)

(¡Cuac!...) que canta en mí... ¡cuac!)

El gallo también ha vuelto a empezar.

La sala estalla en un prodigioso tumulto. Derrumbados en sus sillones, los dos directores no se atreven siquiera a volverse. No tienen fuerza suficiente. ¡El fantasma se ríe de ellos en sus mismas narices! Y, por fin, oyen en el oído derecho su voz, la imposible voz, la voz sin boca, la voz que dice:

¡Esta noche está cantando como para hacer caer la araña central!

En un mismo movimiento, ambos levantaron la cabeza hacia el techo y lanzaron un grito terrible. La araña, la inmensa masa de la araña se deslizaba, iba hacia ellos ante la llamada de aquella voz satánica. Descolgada, la araña caía de las alturas de la sala y se hundía en la platea, entre mil clamores. Aquello fue una avalancha, el sálvese quien pueda general. Mi deseo no es hacer revivir aquí una hora histórica. Los curiosos no tienen más que leer los periódicos de la época. Hubo muchos heridos y una muerta.

La araña se había estrellado en la cabeza de la desgraciada que había ido aquella noche por primera vez en su vida a la Ópera, aquella a la que Richard había designado para reemplazar en sus funciones de acomodadora a la señora Giry, la acomodadora del fantasma. Murió en el acto, y al día siguiente un periódico publicaba estos titulares: ¡Doscientos mil kilos sobre la cabeza de una portera! Esta fue toda su oración fúnebre.

CAPÍTULO IX

EL CUPÉ MISTERIOSO

Aquella trágica noche resultó fatídica para todo el mundo. La Carlotta había caído enferma. En cuanto a Christine Daaé, había desaparecido después de la función. Habían transcurrido quince días sin que se la hubiera vuelto a

ver en el teatro, sin que se hubiera dejado ver fuera del teatro.

No hay que confundir esta primera desaparición, que ocurrió sin escándalo, con el famoso rapto que poco después debía producirse en unas condiciones tan inexplicables y tan trágicas.

Naturalmente, Raoul fue el primero en no entender los motivos que causaban la ausencia de la diva. Le había escrito a la dirección de la señora Valérius y no había recibido respuesta. Al principio no se había extrañado demasiado al saber en qué estado de ánimo se encontraba y su resolución de romper todo tipo de relación con él, sin que, por otra parte, tampoco Raoul pudiera adivinar el motivo.

Su dolor no había hecho más que aumentar, y terminó por inquietarse al no ver a la cantante en ningún programa. Se representó Fausto sin ella. Una tarde, alrededor de las cinco, se dirigió a la dirección para conocer las causas de la desaparición de Christine Daaé. Encontró a los directores muy preocupados. Ni sus propios amigos los reconocían: habían perdido toda su alegría y entusiasmo. Se los veía atravesar el teatro con la cabeza gacha, el ceño fruncido y las mejillas pálidas, como si se vieran perseguidos por algún abominable pensamiento, o fueran presa de alguna mala jugada del destino que elige a su víctima y ya no la suelta.

La caída de la araña había acarreado considerables responsabilidades, pero resultaba difícil hacer que los directores se explicaran a este respecto.

La investigación había concluido, declarándolo un accidente provocado por el mal estado de los medios de suspensión; el deber de los antiguos directores, así como el de los nuevos, habría sido el de comprobar este mal estado y remediarlo antes de que causara la catástrofe.

Debo aclarar que, por aquella época, los señores directores Moncharmin y Richard se mostraron tan cambiados, tan lejanos... tan misteriosos..., tan incomprensibles que muchos abonados acabaron creyendo que algo más horrible aún que la caída de la lámpara había modificado el estado de ánimo de éstos.

En sus relaciones cotidianas se mostraban muy impacientes, excepto precisamente con la señora Giry, que había sido reintegrada a sus funciones. Es fácil adivinar la forma en que recibieron al vizconde de Chagny cuando éste fue a pedirles noticias de Christine. Se limitaron a decirle que estaba de vacaciones. Preguntó cuánto tiempo estaría ausente; se le respondió, con cierta sequedad, que sus vacaciones eran ilimitadas, ya que Christine Daaé las había solicitado por motivos de salud.

—¡Entonces está enferma! —exclamó—. ¿Qué tiene?

—¡No sabemos nada!

—¿Le han enviado ustedes el médico del teatro?

—¡No! Ella no lo reclamó, y puesto que merece nuestra máxima confianza, hemos creído en su palabra.

El asunto no pareció tan claro a Raoul, que abandonó la ópera presa de los más sombríos pensamientos. Decidió que, pasara lo que pasara, ir en busca de noticias a casa de la señora Valérius. Recordaba, sin duda, los términos enérgicos con que Christine Daaé, en su carta, le prohibía intentar cualquier cosa para verla. Pero lo que había visto en Perros, lo que había oído detrás de la puerta del camerino, la conversación que había sostenido con Christine en la colina, le hacía presentir alguna maquinación que, por poco diabólica que fuera, tampoco era humana. La imaginación exaltada de la joven, su alma tierna y crédula, la educación primitiva que había llenado sus primeros años de un cúmulo de leyendas, el continuo pensamiento en su padre muerto por encima de todo, el estado de éxtasis sublime en el que la música la sumergía en el momento en que este arte se manifestaba en ciertas condiciones excepcionales —¿no debía juzgarse así después de la escena del cementerio? —, todo aquello parecía conformar un terreno espiritual propicio a los maléficos designios de algún personaje misterioso y sin escrúpulos. ¿De quién era víctima Christine Daaé? Esta es la pregunta que Raoul se hacía a sí mismo mientras se apresuraba a ir al encuentro de la señora Valérius.

El vizconde tenía un espíritu de los más sanos. Era, sin duda, poeta y le agradaba la música, en lo que tiene de más etéreo, y era un gran entusiasta de las viejas leyendas bretonas donde danzan las korrigans; y, por encima de todo, estaba enamorado de aquella pequeña hada del Norte que era Christine Daaé. Pero todo esto no impedía que sólo creyera en lo sobrenatural en materia de religión y que la historia más fantástica del mundo no fuera capaz de hacerle olvidar que dos y dos son cuatro.

¿Qué le diría la señora Valérius? Temblaba mientras llamaba a la puerta de un pequeño piso de la calle Notre-Dame-des-Victoires.

La doncella que una noche le había precedido al salir del camerino de Christine, vino a abrirle. Le preguntó si era posible ver a la señora Valérius. La doncella le contestó que se encontraba enferma en su lecho y que no estaba en condiciones de «recibir».

—Hágale llegar mi tarjeta —dijo.

No tuvo que esperar mucho. La doncella volvió y lo introdujo en un saloncito bastante oscuro y sobriamente amueblado, donde los dos retratos, el del profesor Valérius y el del viejo Daaé, se encontraban frente a frente.

—La señora le ruega que la disculpe —dijo la doncella—. No podrá recibirle más que en su habitación, porque sus pobres piernas ya no la sostienen.

Cinco minutos después, Raoul era introducido en una habitación a oscuras, donde descubrió inmediatamente, en la penumbra de una alcoba, a la bondadosa figura de la bienhechora de Christine. Ahora los cabellos de la señora Valérius eran completamente blancos, pero sus ojos no habían envejecido. Por el contrario, su mirada nunca había sido tan clara, ni tan pura, ni tan infantil.

—¡Señor de Chagny! —exclamó alegremente, mientras tendía ambas manos al visitante—. ¡Ah!, ¡el Cielo es quien le envía!... Vamos a poder hablar de ella.

Esta última frase sonó lúgubre en los oídos del joven. Preguntó en seguida:

—Señora... ¿dónde está Christine?

Y la anciana señora le contestó con toda tranquilidad:

—¡Pues está con su «genio bienhechor»!

—¿Qué genio bienhechor? —exclamó el pobre Raoul.

—¡Pues el Ángel de la música!

Consternado, el vizconde de Chagny se dejó caer en una silla. Christine estaba de verdad con el Ángel de la música. Y mamá Valérius, en su lecho, le sonreía poniéndole un dedo en la boca para recomendarle silencio. Añadió:

—¡No debe decirlo a nadie!

—Puede usted confiar en mí... —contestó Raoul sin saber muy bien qué decía, ya que sus ideas acerca de Christine, ya muy confusas, se enturbiaban cada vez más y parecía que todo comenzaba a girar a su alrededor, alrededor de la habitación, alrededor de aquella extraordinaria mujer de cabellos blancos, de ojos de cielo azul pálido, con sus ojos de cielo vacío—. Puede usted confiar en mí...

—¡Lo sé, lo sé! —dijo la mujer con una risa alegre—. Pero, acérquese a mí como cuando era pequeño. Deme las manos como cuando me contaba la historia de la pequeña Lotte que le había contado el señor Daaé. Ya sabe que le quiero mucho, Raoul, ¡y Christine también le quiere mucho!

—Me quiere mucho... —suspiró el joven que ordenaba con dificultad sus pensamientos en torno al genio de la señora Valérius, al Ángel del que tan extrañamente le había hablado Christine, a la calavera que había vislumbrado, como en una especie de pesadilla, en las escaleras del altar mayor de Perros, y también al fantasma de la Ópera, cuyo renombre había alcanzado sus oídos un

día en que se había detenido en el escenario a unos pocos pasos de un grupo de tramoyistas que reconstruían la descripción cadavérica que había hecho antes de su misterioso fin el ahorcado Joseph Buquet...

Preguntó en voz baja:

—¿Señora, qué le hace pensar que Christine me quiere mucho?

—¡Ella me hablaba de usted cada día!

—¿De veras?... ¿Y qué le decía?

—Me dijo que usted le había declarado su amor...

Y la anciana comenzó a reír a carcajadas, enseñando todos los dientes, que había conservado celosamente. Raoul se levantó, con la frente enrojecida y sufriendo atrozmente.

—¿Adónde va?... ¿Quiere hacer el favor de sentarse?... ¿Cree que puede dejarme como si nada?... Está usted molesto porque me he reído. Le pido perdón... Después de todo, no es culpa suya lo que ha ocurrido... Usted no sabía... Es joven... y creía que Christine era libre.

—¿Christine está comprometida? —preguntó con voz ahogada el desgraciado Raoul.

—¡No, claro que no! ¡Claro que no!... sabe muy bien, que Christine, aunque lo quisiera, no puede casarse...

—¿Qué? No sé nada de eso... ¿Por qué Christine no puede casarse?

—¡Pues por el genio de la música!...

—¿Cómo?

—¡Sí, él se lo prohíbe!

—¿Se lo prohíbe?... ¿El gran genio de la música le prohíbe casarse?

Raoul se inclinaba hacia la señora Valérius con la mandíbula en alto, como para morderla. No la hubiera mirado con ojos más feroces si hubiera tenido deseos de devorarla. Hay momentos en los que la excesiva inocencia parece tan monstruosa que se vuelve odiosa. Raoul veía la señora Valérius como una persona demasiado inocente.

Ella no se inmutó pese a la dura mirada que caía sobre ella.

Volvió a empezar de la forma más natural:

—¡Oh! Se lo prohíbe... sin prohibírselo... Simplemente le dice que, si se casara, no volvería a oírlo. ¡Eso es todo!... ¡Y que él se marcharía para siempre!... Entonces, como puede comprender perfectamente, ella no quiere

dejar que el genio de la música se marche. ¡Es lo más natural!

—¡Sí, sí! —asintió Raoul débilmente—. ¡Es lo más natural!

—Además, creía que Christine le había hablado de todo esto cuando se encontró con usted en Perros, adonde había ido con su «genio bienhechor».

—¡Ah!, ¿conque había ido a Perros con el «genio bienhechor»?

—Quiero decir que él había concertado con ella una cita en el cementerio de Perros, sobre la tumba del señor Daaé. Le había prometido tocarle la Resurrección de Lázaro en el violín de su padre.

Raoul de Chagny se levantó y pronunció estas palabras decisivas con gran autoridad:

—Señora, ¡va a decirme ahora mismo dónde vive ese genio!

La buena mujer no pareció sorprenderse en lo más mínimo de esta pregunta indiscreta. Alzó los ojos y contestó:

—¡En el cielo!

Semejante candor lo confundió. La simple y completa fe en un genio que bajaba del cielo todas las noches para frecuentar los camerinos de las artistas en la Opera, lo dejó perplejo.

Se daba cuenta ahora del estado en el que podía encontrarse una joven educada por un músico de pueblo supersticioso y una buena mujer «iluminada», y gimió al pensar en todo aquello.

—¿Christine sigue siendo una mujer honesta? —preguntó de pronto, sin poder impedir que brotara de su boca.

—¡Puedo jurarlo por la gloria de mí alma!... —exclamó la vieja que, esta vez, pareció ofenderse—, y si duda de ello, señor, no sé qué ha venido a hacer aquí.

Raoul manoseaba nerviosamente sus guantes.

—¿Cuánto hace que conoce a ese «genio»?

—¡Hace unos tres meses!... Sí, hace ya tres meses que empezó a darle lecciones.

El vizconde extendió los brazos con gesto amplio y desesperado, y luego los dejó caer con abatimiento.

—¿El genio le da lecciones? ¿Dónde?

—Ahora que se ha marchado con él, no sabría decírselo, pero hace quince días era en el camerino de Christine. Aquí sería imposible. Es un piso

demasiado pequeño. La casa entera les oiría. Mientras que en la ópera, a las ocho de la mañana, no hay nadie. ¡No molestan! ¿Comprende?...

—Comprendo, comprendo —exclamó el vizconde, abandonando tan de improviso a la anciana, que ésta se preguntó a sí misma si el vizconde no estaría un poco chiflado.

Al atravesar el salón, Raoul se encontró frente a la doncella y, por un instante, tuvo la intención de interrogarla, pero creyó sorprender una ligera sonrisa en sus labios. Pensó que se burlaba de él. Huyó. ¿Acaso no sabía ya suficiente?... Había querido informarse. ¿Qué más podía desear?... Alcanzó el domicilio de su hermano a pie, en un estado lamentable...

Hubiera querido castigarse, golpearse la frente contra las paredes. ¡Haber creído en tanta inocencia, en tanta pureza! ¡Haber intentado, por un momento, explicarlo todo con ingenuidad, con sencillez de espíritu, con immaculado candor! ¡El genio de la música! ¡Ahora ya lo conocía! ¡Lo veía! ¡Debía tratarse, sin duda alguna, de algún tenorcillo buen mozo que cantaba con sentimiento! ¡Ah, qué miserable, pequeño, insignificante y necio joven es el vizconde de Chagny!, pensaba enfurecido Raoul. Y ella, ¡qué criatura tan audaz y satánicamente astuta!

De todas formas, esta carrera por las calles le había hecho bien, refrescado un poco las ideas alocadas que le rondaban por la cabeza. Cuando entró en su habitación, pensaba tan sólo en tumbarse en la cama para ahogar sus sollozos. Pero su hermano estaba allí y Raoul se dejó en sus brazos como un bebé. Paternalmente, el conde lo consoló sin pedirle explicaciones. Por otra parte, Raoul hubiera dudado en contarle la historia del genio de la música. Si hay cosas de las que uno no se vanagloria, hay otras en las que se sufre demasiada humillación al ser compadecido.

El conde llevó a su hermano a cenar a un cabaret. Sumido en un estado tal de desesperación, es probable que Raoul hubiera declinado toda invitación, si el conde, para decidirle, no le hubiera informado que la noche anterior, en el camino del Bois, la dama de su pensamiento había sido vista en galante compañía. En un principio, el vizconde se negó a creerlo, pero luego los detalles fueron tan concretos que ya no protestó. A fin de cuentas, ¿no se trataba de la aventura más trivial del mundo? Se la había visto en un cupé con los cristales bajados. Ella parecía aspirar profundamente el aire helado de la noche. Había un maravilloso claro de luna. La habían reconocido perfectamente. En cuanto a su acompañante, tan sólo habían distinguido una vaga silueta en la sombra. El carruaje iba al paso por un camino desierto detrás de las tribunas de Longchamp.

Raoul se vistió con frenesí, dispuesto ya, para olvidar su tristeza, a lanzarse, como vulgarmente se dice, en los «torbellinos del placer». Pero, ¡ay!,

fue más bien un triste comensal y, tras dejar en cuanto pudo al conde, se encontró hacia las diez de la noche en un coche de alquiler detrás de las tribunas de Longchamp.

Hacía un frío de perros. La carretera parecía desierta y muy iluminada bajo la luna. Dio al cochero la orden de esperarle pacientemente en un rincón de una pequeña avenida adyacente y lo más disimuladamente posible comenzó a caminar.

No hacía aún media hora que estaba dedicándose a este sano ejercicio, cuando un carruaje, que venía de París, giró al final de la carretera y, tranquilamente, al paso de su caballo se dirigió hacia donde Raoul estaba.

Pensó inmediatamente: ¡es ella! Y su corazón comenzó a latir con golpes sordos, como los que ya había en su pecho cuando oyó la voz de hombre detrás de la puerta del camerino... ¡Dios mío, cuánto la amaba!

El carruaje seguía avanzando. Él permanecía inmóvil. ¡Esperaba!... ¡Si se trataba de ella, estaba decidido a saltar a la cabeza de los caballos! Costara lo que costara, quería tener una conversación con el Ángel de la música...

Algunos pasos más y el cupé iba a pasar frente a él. No dudaba en absoluto de que fuera ella... Una mujer, en efecto, asomaba su cabeza por la ventanilla.

Y, de repente, la luna la iluminó con una pálida aureola.

—¡Christine!

El sagrado nombre de su amor le brotó de los labios y del corazón. ¡No pudo retenerlo!... Dio un salto para retenerlo, ya que aquel nombre, arrojado a la cara de la noche había sido como la señal esperada de una embestida furiosa del carruaje, que pasó ante él sin que tuviera para poner en ejecución su proyecto. El cristal de la puerta había vuelto a cerrarse. La silueta de la joven había desaparecido. Y el cupé, tras el que corría, no era ya más que un punto negro sobre la carretera blanca.

Siguió llamándola: Christine: ¡Christine!... Nadie le contestó. Se detuvo en medio del silencio.

Lanzó una mirada desesperada al cielo, a las estrellas; golpeó con el puño su pecho inflamado. ¡La amaba y no era correspondido!

Con la vista nublada observó aquella carretera desolada y fría, la noche pálida y muerta. No había nada más frío, nada más muerto que su corazón. ¡Había amado a un ángel y despreciaba a una mujer!

¡Cómo se ha reído de ti, Raoul, la pequeña hada del Norte! ¿No ves que resulta inútil tener una mejilla tan fresca, una frente tan tímida y dispuesta siempre a cubrirse de un velo rosa de pudor, si luego se pasea en la noche

solitaria, en el interior de un cupé de lujo, en compañía de un misterioso amante? ¿No tendrían que haber límites sagrados para la hipocresía y la mentira? ¿Acaso deben tenerse los ojos claros de la infancia cuando se tiene el alma de una cortesana?

... Ella había pasado de largo sin contestar a su llamada...

Pero también, ¿por qué había tenido él que cruzarse en su camino?

¿Con qué derecho había alzado de repente el reproche de su presencia ante ella, que no le pedía nada más que el olvido?

—¡Vete!... ¡Desaparece!... ¡No cuentas!...

¡Pensaba en morir y tenía veinte años!... Su criado le sorprendió por la mañana sentado en la cama. No se había desnudado y el criado temió alguna desgracia al verlo, tal era la desolación de su rostro. Raoul le arrancó de las manos el correo que le traía. Había reconocido una carta, un papel, una letra. Christine le decía:

Amigo mío, no falte pasado mañana a media noche al baile de máscaras de la ópera, a medianoche, al saloncito que está detrás de la chimenea del gran foyer; espéreme de pie cerca de la puerta que conduce a la Rotonda. No hable de esta cita con nadie. Póngase un dominó blanco, bien enmascarado. Si alguien lo reconoce, puede costarme la vida. Christine.

CAPÍTULO X

EN EL BAILE DE MASCARAS

El sobre, lleno de manchas de barro, no llevaba sello. «Para entregar al señor vizconde Raoul de Chagny», y la dirección a lápiz. Había sido seguramente tirado con la esperanza de que alguien que pasara recogiera el billete y lo llevara al domicilio indicado. Y era lo que había sucedido. El billete sido encontrado en una acera de la plaza de la ópera. Raoul lo releyó febrilmente.

No necesitaba más para que su esperanza renaciera. La sombría imagen, que por un momento se había hecho una Christine olvidada de sus obligaciones con ella misma, dejó paso a la primera idea que había tenido de una desgraciada niña inocente, víctima de una imprudencia, y de su sensibilidad excesiva. ¿Hasta qué punto, ahora ya, seguía siendo víctima? ¿De quién se encontraba prisionera? ¿A qué abismos la habían arrastrado? Se preguntaba todo esto con angustia muy cruel. Pero este mismo dolor le parecía soportable comparado con el delirio en el que le sumía la idea de una Christine

hipócrita y mentirosa. ¿Qué había sucedido? ¿Qué influencia había sufrido? ¿Qué monstruo la había hechizado, y con qué armas?...

... ¿Con qué armas podía ser a no ser las de la música?... ¡Sí, sí! Cuanto más pensaba, más se persuadía de que sería por este lado donde descubriría la verdad. ¿Había olvidado acaso el tono con el que ella le había dicho, en Perros, que había recibido la visita del enviado celeste? ¿Y la misma historia de Christine, en aquellos últimos tiempos, acaso no debía ayudarle a aclarar las tinieblas en las que se debatía? ¿Había ignorado la esperanza que se había apoderado de Christine después de la muerte de su padre y el desprecio que había sentido por todas las cosas de la vida, incluso por su arte?

Había pasado por el conservatorio como una maquina cantante, carente de alma. Y, de repente, había despertado como bajo el influjo de una intervención divina. ¡El Ángel de la música había llegado! ¡Canta la Margarita del Fausto y triunfa!... ¡El Ángel de la música!... ¿Quién, quién, pues, se hace pasar a sus ojos como ese maravilloso genio?... ¿Quién, pues, concedor de la leyenda amada del viejo Daaé, la utiliza hasta el punto de que la joven no es entre sus manos más que un instrumento sin defensa al que hace vibrar a capricho?

Raoul pensaba que una tal circunstancia no era excepcional.

Recordaba lo que le había sucedido a la princesa Belmonte, que acababa de perder a su marido, y cuya angustia se había convertido en estupor... Hacía un mes que la princesa no podía hablar ni llorar. Esta inercia física y moral iba agravándose día a día y la debilidad de la razón acarreaba poco a poco la aniquilación de la vida. Cada tarde llevaban a la enferma a los jardines, pero ella no parecía comprender siquiera dónde se hallaba. Raff, el mayor cantante de Alemania, que pasaba por Nápoles, quiso visitar estos jardines atraído el renombre de su belleza. Una de las damas de la princesa rogó al gran artista que cantara, sin dejarse ver, cerca del bosquecillo en el que ella se encontraba tumbada. Raff consintió y cantó una sencilla melodía que la princesa había oído en boca de su marido durante los primeros días de su himeneo. La tonada era expresiva y sugerente. La melodía, las palabras, la admirable voz del artista, todo se unió para remover profundamente el alma de la princesa. Las lágrimas brotaron de sus ojos..., lloró, se encontró liberada y quedó convencida de que su esposo, aquella tarde, había bajado del cielo, para cantarle la tonada de antaño.

¡Sí!... ¡aquella tarde!... Una tarde, pensaba ahora Raoul, una única tarde... Pero aquel hermoso engaño no habría resistido a una experiencia repetida...

Aquella ideal princesa de Belmonte hubiera terminado por descubrir a Raff detrás del bosquecillo, si hubiera venido todas las noches durante tres meses... El Ángel de la música había dado clases a Christine durante tres meses... ¡Qué profesor tan puntual!... ¡Y ahora, por si fuera poco, la paseaba por el Bois!...

Con los dedos crispados sobre el pecho, donde latía su corazón celoso, Raoul se desgarraba la carne. Inexperto, se preguntaba ahora con terror a qué juego lo invitaba la señorita para la próxima mascarada. ¿Hasta qué punto una chica de la ópera puede burlarse de un joven que lo ignora todo del amor? ¡Qué mujer mezquina!

De este modo el pensamiento de Raoul iba de un extremo a otro. No sabía ya si debía compadecerse de Christine o maldecirla, y la maldecía y compadecía simultáneamente. Sin embargo, por si acaso, consiguió un traje de dominó blanco.

Por fin llegó la hora de la cita. Con el rostro oculto tras un antifaz provisto de largo y espeso encaje, completamente de blanco, el vizconde se encontró muy ridículo con aquel traje de mascaradas románticas. Un hombre de mundo no se disfrazaba para ir al baile de la ópera. Hubiera hecho reír. Una idea consolaba al vizconde: ¡nadie le reconocería! Además, aquel traje y aquel antifaz tenían una ventaja: Raoul iba a poder pasearse por los salones «como por su casa», solo con el malestar de su alma y a la tristeza de su corazón. No le sería necesario fingir. Era superfluo componer una expresión acorde con el disfraz: ¡la tenía!

Este baile excepcional, antes del martes de carnaval, se organizaba en memoria del aniversario del nacimiento de un ilustre dibujante de las alegrías de antaño, un émulo de Gavarni, cuyo lápiz había inmortalizado a las «mascaradas» y el descenso de la Courtile. Se suponía que debía ser más alegre, más ruidoso, más bohemio que la mayoría los bailes de carnaval. Muchos artistas se habían dado cita seguidos de todo un séquito de modelos y pintores que, hacia media noche, comenzarían a armar un gran bullicio.

Raoul subió la gran escalinata a las doce menos cinco. No se detuvo a observar cómo se distribuían a su alrededor los trajes multicolores por los peldaños de mármol, en uno de los decorados más suntuosos del mundo; no se dejó abordar por ninguna máscara alegre, no contestó a ninguna broma y esquivó la familiaridad acaparadora de varias parejas que estaban ya demasiado alegres. Tras atravesar el gran foyer y escapar de una farándula que lo había aprisionado por un momento, penetró por fin en el salón indicado en el billete de Christine. Allí, en tan poco espacio, había una multitud de gente, ya que se trataba del punto de reunión en el que se encontraban todos los que iban a cenar a la Rotonda o que volvían de tomar una copa de champán. El tumulto era despreocupado y alegre. Raoul pensó que Christine había preferido, para la misteriosa cita, aquella muchedumbre a un lugar aislado. Aquí, bajo la máscara, se encontraban más escondidos.

Se aproximó a la puerta y esperó. No tuvo que esperar mucho. Pasó un dominó negro que rápidamente le apretó la punta de los dedos. Comprendió

que era ella.

La siguió.

—¿Es usted Christine? —preguntó entre dientes.

El dominó se volvió con presteza y se llevó el dedo a los labios para recomendarle sin duda que no repitiera su nombre. Raoul la siguió en silencio.

Temía perderla después de haberla encontrado de nuevo en aquellas extrañas circunstancias. Ya no sentía ningún tipo de odio contra ella. No dudaba siquiera de que ella «no tenía nada que reprocharse», por muy extraña e inexplicable que pareciera su conducta. Estaba dispuesto a todas las renunciaciones, a todos los perdones, a todas las cobardías. La amaba. Y seguramente conocería dentro de poco la razón de aquella ausencia tan singular...

De tanto en tanto, el dominó negro se volvía para asegurarse de que el dominó blanco lo seguía.

Mientras Raoul volvía a atravesar de esta manera el gran foyer, no pudo por menos que fijarse, entre la muchedumbre, en un grupo, en medio de los otros que se dedicaban a las más locas extravagancias, que rodeaba a un personaje cuyo aspecto extraño y macabro causaba sensación...

Este personaje iba totalmente de escarlata con un inmenso sombrero de plumas encima de una calavera. ¡Qué espléndida imitación de una calavera! Los diletantes que se apiñaban a su alrededor lo admiraban, lo felicitaban... le preguntaban qué maestro, en qué estudio, frecuentado por Plutón, le habían hecho, dibujado, maquillado, una calavera tan hermosa. ¡La Camarde misma debió posar como modelo!

El hombre de la calavera, de sombrero de plumas y traje escarlata arrastraba tras él un amplio manto de terciopelo rojo cuya cola se deslizaba majestuosamente por el parqué. En el manto habían bordado con letras de oro una frase que cada uno leía y releía en voz alta: «No me toquéis! ¡Yo soy la Muerte roja que pasa!».

Alguien intentó tocarlo..., pero una mano de esqueleto, que salía de una manga púrpura, agarró brutalmente la muñeca del imprudente y éste, sintiendo el crujido de los huesos, el apretón arrebatado de la Muerte que parecía no iba a soltarlo jamás, lanzó un grito de dolor y de espanto. Por fin la Muerte roja lo dejó en libertad y huyó como un loco entre una nube de comentarios. En aquel mismo instante, Raoul se cruzó con el fúnebre personaje, que precisamente acababa de volverse hacia él. Estuvo a punto de dejar escapar un grito: ¡La calavera de Perros-Guirec! ¡La había reconocido!... Quiso precipitarse sobre ella olvidando a Christine, pero el dominó negro, que parecía también presa de

una extraña conmoción, lo había cogido del brazo y lo arrastraba... lo arrastraba lejos del salón, fuera de aquella masa demoníaca donde paseaba la Muerte roja...

A cada momento, el dominó negro se volvía, y al blanco le pareció por dos veces advertir algo que la aterraba, ya que aceleró el paso, como si fueran perseguidos.

Así subieron dos pisos. Allí, las escaleras, los corredores, estaban prácticamente desiertos. El dominó negro empujó la puerta de un camerino e hizo señas al blanco de que entrara. Christine (ya que en realidad se trataba de ella, pudo reconocerla por la voz), Christine cerró inmediatamente la puerta mientras le recomendaba que permaneciera en la parte trasera del camerino y que no se dejara ver. Raoul se quitó la máscara. Cuando el joven iba a rogar a la cantante que se la quitara, quedó sorprendido de ver que de repente apoyaba un oído en el tabique y escuchaba atentamente lo que ocurría al otro lado. Después, entreabrió la puerta y miró en el corredor, diciendo en voz baja:

—Debe haber subido al «camerino de los Ciegos»... —de pronto exclamó—: ¡Vuelve a bajar!

Quiso cerrar la puerta, pero Raoul se opuso, porque había visto en el peldaño más alto de la escalera un pie rojo que subía al piso superior... y lenta, majestuosamente, la capa escarlata de la Muerte roja se deslizó por los escalones. Y volvió a ver la calavera de Perros-Guirec.

—¡Es él! —exclamó—. ¡Esta vez no se me escapará!

Pero Christine había vuelto a cerrar la puerta en el momento en que Raoul se precipitaba. Quiso apartarla de su camino.

—¿Quién? —preguntó ella con voz completamente cambiada—. ¿Quién es el que no se le escapará?

Brutalmente, Raoul intentó vencer la resistencia de la joven, pero ella lo rechazaba con una fuerza inesperada... Él comprendió, o creyó comprender, y se enfureció.

—¿Quién? —dijo con rabia—. ¡Pues, él! ¡El hombre que se oculta tras esa horrible máscara mortuoria..., el genio malo del cementerio de Perros!,... ¡la muerte roja!... En fin, su amigo, señora... ¡Su Ángel de la música! Pero le arrancaré la máscara, al igual que arrancaré la mía, y esta vez nos veremos cara a cara, sin velos y sin mentiras, y sabré a quién ama usted y quién la ama.

Se echó a reír como un loco, mientras que Christine, detrás de su antifaz, dejaba escapar un doloroso gemido.

Extendió con gesto trágico sus dos brazos, que interpusieron una barrera de carne blanca ante la puerta.

—¡En nombre de nuestro amor, Raoul, usted no pasará!...

Él se detuvo. ¿Qué es lo que había dicho? ¿En nombre de su amor?... Pero ella jamás le había dicho, jamás, que lo amaba. Sin embargo, ¡no le habían faltado ocasiones!... Lo había visto muy desdichado, llorando ante ella, implorando una sola palabra de esperanza que no había llegado... ¿Acaso no lo había visto enfermo, medio muerto de frío y de terror después de la noche en el cementerio de Perros? ¿Acaso se había quedado a su lado en el momento en que más necesitaba sus cuidados? No. ¡Había huido!... ¡Y ahora decía que lo amaba! Hablaba «en nombre de su amor». ¡Vamos! No tenía —otra intención que la de hacerle perder algunos segundos... Era necesario dar tiempo a que la Muerte roja escapase... ¿Su amor? ¡Mentira!

Y se lo dijo, en tono de odio infantil.

—¡Miente, señora! ¡Porque no me quiere ni me ha querido nunca! Hay que ser un desgraciado como yo para dejarse manejar, para dejarse burlar como yo lo he hecho. ¿Por qué su actitud, la alegría de su mirada, su mismo silencio me permitieron, a partir de nuestro primer encuentro en Perros, todo tipo de esperanzas? Todo tipo de esperanzas honradas, señora, ya que soy un hombre honesto y la creía a usted una mujer honesta, cuando no tenía más intención que la de reírse de mí. ¡Se ha burlado de todo el mundo! Ha abusado incluso del alma cándida de su bienhechora, que sigue creyendo en su sinceridad mientras usted se pasea por el baile de la Opera con la Muerte roja... ¡La desprecio!...

Y se echó a llorar. Ella se dejaba insultar. No tenía más que un sólo pensamiento: el de retenerlo.

—Un día me pedirá perdón por todas esas viles palabras, Raoul, ¡y yo lo perdonaré!...

Él movió la cabeza.

—¡No, no! ¡Me he vuelto loco!... ¡Cuando pienso que yo no tenía otro objetivo en la vida que el dar mi nombre a una vulgar cantante de Ópera!...

—¡Raoul!... ¡No diga eso!

—¡Moriré de vergüenza!

—Viva, amigo mío... —pronunció la voz grave y alterada Christine—, ¡y adiós!

—¡Adiós, Christine!

—¡Adiós Raoul!

El joven se acercó con paso vacilante. Se atrevió a pronunciar otro sarcasmo:

—¡Oh!, supongo que permitirá, sin embargo, que venga a aplaudirle de tanto en tanto.

—¡Ya no volveré a cantar, Raoul!

—Realmente... —añadió él con más ironía aún—. ¡Le preparan otras agradables distracciones! ¡La felicito!... Pero, volveremos a vernos en el Bois algún día de éstos.

—Ni en el Bois, ni en ninguna otra parte, Raoul. No volverá a verme.

—Al menos, ¿será posible saber a qué tinieblas desea volver?... ¿Hacia qué infierno sale de viaje, misteriosa señora?... ¿O a qué paraíso?...

—Había venido para decírselo, Raoul, pero ya no puedo decirle nada... ¡No lo creería! Usted ha perdido la fe en mí, Raoul. ¡Todo ha terminado!...

Dijo aquel «Todo ha terminado» en un tono de tal desesperación, que el joven se estremeció y el remordimiento de su crueldad comenzó a turbarle el alma...

—¡Pero bueno! —exclamó—. ¡Ya me explicará qué significa todo esto!... Es usted libre, sin trabas... Pasea por la ciudad... se cubre con un dominó para venir al baile... ¿Por qué no vuelve a su casa?... ¿Qué ha hecho durante estos quince últimos días?... ¿Qué historia es esa del Ángel de la música que me ha contado la señora Valérius? Alguien ha podido engañarla, abusar de su credulidad... Yo mismo fui testigo de ello en Perros... pero ahora ya sabe a qué atenerse... Me parece muy sensata, Christine... ¡Sabes usted lo que hace! ... Sin embargo, la señora Valérius continúa esperándola, invocando a su «genio bienhechor»... ¡Explíquese, Christine, se lo ruego!... ¡Se han engañado los otros!... ¿Qué comedia es ésta?...

Christine apartó simplemente su máscara y dijo:

—¡Es una tragedia, amigo mío!...

Raoul vio entonces su rostro y no pudo contener una exclamación de sorpresa y de horror. Los frescos colores de antaño habían desaparecido. Una palidez mortal invadía aquellos rasgos que había conocido tan encantadores y tan suaves, fieles reflejos de la gracia apacible y de la conciencia sin remordimientos. ¡Ahora estaba visiblemente atormentada por algo! El surco del dolor la había marcado sin piedad y sus hermosos ojos claros, en otro tiempo lípidos como lagos que servían a la pequeña Lotte, aparecían esta noche de una profundidad oscura, misteriosa e insondable, cercados por una sombra espantosamente triste.

—¡Amiga mía... amiga mía!... —gimió él, a la vez que le tendía los brazos—. Ha prometido usted perdonarme...

—Quizá... tal vez un día... —dijo ella, mientras volvía a colocarse la máscara, y se marchó impidiéndole seguirla con un gesto que lo rechazaba...

Quiso lanzarse tras ella, pero ella se volvió y repitió con tal soberana autoridad su gesto de adiós que no se atrevió a dar un solo paso más.

La miró alejarse... Después, bajó a su vez hacia donde se hallaba la muchedumbre, sin saber muy bien qué hacía, con las sienes palpitantes, el corazón desgarrado; y preguntó en la sala que atravesaba si no habían visto pasar a la Muerte roja. Le decían: «¿Quién es esa Muerte roja?». Él contestaba: «Es un señor disfrazado con una calavera y una gran capa roja». Por todas partes le decían que la Muerte roja acababa de pasar, arrastrando su regia capa, pero no lo encontró por ningún lado y volvió, hacia los dos de la mañana, al corredor que por detrás del escenario conducía al camerino de Christine Daaé.

Sus pasos le habían conducido al lugar en que había empezado su tortura. Llamó a la puerta. No le contestaron. Entró como cuando lo hizo para buscar por todas partes la voz de hombre. El camerino estaba vacío. Un mechero de gas ardía agonizante. Encima de un pequeño escritorio había papeles y sobres. Pensó en escribir a Christine, pero oyó de pronto unos pasos en el corredor... No tuvo tiempo más que para esconderse en el tocador, que estaba separado del camerino por una simple cortina. Una mano empujaba la puerta del camerino. ¡Era Christine!

Contuvo la respiración. ¡Quería ver, quería saber!... Algo le decía que iba a asistir a una parte del misterio y que quizás iba a empezar a comprender...

Christine entró, se quitó la máscara con gesto cansado y la arrojó sobre la mesa. Suspiró. Dejó caer su hermosa cabeza entre las manos... ¿En qué pensaba?... ¿En Raoul?... ¡No! ya que Raoul la oyó murmurar:

—¡Pobre Erik!

En un principio creyó haber oído mal. Además estaba convencido de que, si había alguien de quien compadecerse, ése era él, Raoul. Sería más lógico, después de lo que acababa de pasar entre ellos que dijera en un suspiro: «¡Pobre Raoul!». Pero ella repitió moviendo la cabeza: «¡Pobre Erik!».

¿Qué pintaba el tal Erik en los suspiros de Christine y por qué la pequeña hada del Norte se apiadaba de Erik cuando Raoul era tan desgraciado?

Christine se puso a escribir despacio, con tranquilidad, tan pacíficamente que Raoul, que aún temblaba por el drama que los separaba, se sintió rabiosamente impresionado. «¡Qué sangre fría!», se dijo. Ella siguió escribiendo, llenando dos, tres, cuatro hojas. De repente, alzó la cabeza y ocultó los papeles en su pecho... Parecía escuchar... Raoul también

escuchó... ¿De dónde venía aquel ruido extraño, aquel ritmo lejano?... Un canto sordo que parecía salir de las paredes... ¡Sí, se diría que los muros cantaban!... El canto se hacía más claro..., las palabras eran inteligibles..., se distinguió una voz... una voz muy bella, muy dulce y muy atractiva..., pero tanta dulzura seguía siendo, sin embargo, masculina: era evidente que aquella voz no pertenecía a una mujer... La voz seguía acercándose... atravesó la pared... llegó..., y, de pronto, la voz estaba en la habitación delante de Christine. Christine se levantó y habló a la voz como si hablara a alguien que se encontraba a su lado.

—Aquí estoy, Erik —dijo—, ya estoy lista. Es usted quien llega tarde, amigo mío.

Raoul, que miraba con cautela a través de la cortina, no daba crédito a sus ojos, que nada veían.

La fisonomía de Christine se aclaró. Una hermosa sonrisa vino a posarse en sus labios exangües, una sonrisa como la que tienen los convalecientes cuando empiezan a creer que el mal que les ha herido no se los llevará.

Una voz sin cuerpo reanudó su canto y lo cierto es que Raoul jamás había oído nada en el mundo —una voz que une, al mismo tiempo y con el mismo aliento, los extremos— tan amplio y hermosamente suave, tan victoriosamente insidioso, tan delicado en la fuerza, tan fuerte en la delicadeza, en suma, tan irresistiblemente triunfante. Contenía acentos definitivos dignos de un maestro y que debían seguramente, por la sola virtud de su audición, crear acentos sublimes en los mortales que sienten, aman y traducen la música. Contenía una fuente tranquila y pura de armonía de la que los fieles podrían, con toda seguridad, beber con devoción, convencidos de beber la gracia de la música. Y su arte, de repente, al contacto con lo divino, se veía transfigurado. Raoul escuchaba febrilmente aquella voz y empezaba a entender cómo Christine Daaé pudo una noche, ante el público estupefacto, cantar con aquellos acentos de una belleza desconocida, de una exaltación sobrehumana, sin duda bajo la influencia del misterioso e invisible maestro. Y ahora entendía más aún este fenómeno al comprobar que aquella voz excepcional no contaba precisamente nada excepcional: con el amarillo había hecho azul. La trivialidad del verso y la casi vulgaridad popular de la melodía parecían transformados en belleza por un soplo que los elevaba y llevaba hasta el cielo en alas de la pasión, ya que aquella voz angélica glorificaba un himno pagano.

Esta voz cantaba «la noche del himeneo» de Romeo y Julieta.

Raoul vio a Christine extender los brazos hacia la voz, como lo había hecho en el cementerio de Perros hacia el violín invisible que tocaba la Resurrección de Lázaro...

Nada podría explicar la pasión con la que la voz dijo.

¡El destino te encadena a mí sin retorno!

Raoul sintió traspasado el corazón y, luchando contra el encanto que parecía arrebatarse toda voluntad y toda energía, y casi toda lucidez en el momento en que más la necesitaba, consiguió apartar la cortina que lo ocultaba y avanzó hacia Christine. Ésta, que se acercaba hacia el fondo del camerino cuyo panel estaba ocupado por un gran espejo que le devolvía su imagen, no podía verlo puesto que estaba detrás de ella y enteramente tapado por ella.

¡El destino te encadena a mí sin retorno!

Christine seguía avanzando hacia su imagen y su imagen bajaba hacia ella. Las dos Christine —el cuerpo y la imagen— terminaron por tocarse, por confundirse, y Raoul extendió los brazos para retenerlas a las dos a un tiempo.

Pero, por una especie de deslumbrante milagro que le hizo tambalear, Raoul fue repentinamente lanzado hacia atrás, mientras un viento helado le azotaba el rostro. Y no vio a dos, sino a cuatro, ocho, veinte Christine, que giraban a su alrededor con una ligereza tal que parecían burlarse de él y que huían con tanta rapidez que su mano no podía tocar a ninguna. Finalmente todo volvió a quedar inmóvil y se vio a sí mismo en el espejo. Pero Christine había desaparecido.

Se precipitó hacia el espejo. Choco contra las paredes. ¡Nadie! Sin embargo, el camerino retumbaba aún con un ritmo lejano, apasionado:

¡El destino te encadena a mí sin retorno!

Sus manos enjugaron su frente sudorosa, pellizcaron su carne despierta, tantearon la penumbra, devolvieron a la llama de la lamparilla de gas toda su fuerza. Estaba seguro de que no soñaba. Se encontraba en el centro de un juego formidable, físico y moral, cuya clave desconocía y que quizás acabaría con él. Se sentía vagamente como un príncipe aventurero que ha franqueado la línea prohibida de un cuento de hadas y que no debe extrañarse de ser presa de los fenómenos mágicos que inconscientemente ha afrontado y desencadenado por amor.

¿Por dónde, por dónde había salido Christine? ¿Por dónde volvería?

¿Volvería?... ¡Ay! ¿No le había asegurado que todo había terminado?... ¿Y la pared no le repetía acaso: el destino te encadena a mí sin retorno? ¿A mí? ¿A quién?

Entonces, extenuado, vencido, con el cerebro confuso, se sentó en el mismo sitio que hacía un momento ocupaba Christine. Como ella, dejó caer la cabeza entre las manos. Cuando la levantó, abundantes lágrimas corrían a lo

largo de su joven rostro, verdaderas y pesadas lágrimas, como las que tienen los niños celosos, lágrimas que lloraban por un mal en absoluto fantástico, pero común a todos los amantes de la tierra. En voz alta no pudo más que preguntarse:

—¿Quién es ese Erik?

CAPÍTULO XI

HAY QUE OLVIDAR EL NOMBRE DE «LA VOZ DE HOMBRE»

A la mañana siguiente en que Christine desapareció ante sus ojos en una especie de deslumbramiento que aún le hacía dudar de sus sentidos, el vizconde de Chagny fue en busca de noticias a casa de la señora Valérius. Se encontró ante un cuadro conmovedor.

A la cabecera de la anciana, que tejía sentada en su lecho, Christine hacía encaje. Jamás un óvalo tan bello, una frente más pura, una mirada tan dulce se inclinaron sobre una labor de virgen. Las mejillas de la joven habían recuperado los frescos colores. El cerco azul de sus ojos claros había desaparecido. Raoul no reconoció ya el rostro trágico de la víspera. Si un velo de melancolía no ensombreciera sus rasgos como un último vestigio del inaudito drama en el que se debatía aquella misteriosa mujer, Raoul habría podido pensar que Christine no era su incomprendible heroína.

Se levantó al verlo acercarse y, sin emoción aparente, le tendió la mano. Pero el estupor de Raoul era tal que permaneció allí, anonadado, sin un gesto, sin una palabra.

—¡Vaya, señor de Chagny! —exclamó la señora Valérius—. ¿No conoce ya a nuestra Christine? ¡Su «genio bienhechor» nos la ha devuelto!

—¡Mamá! —interrumpió la joven en tono seco, al tiempo que se sonrojaba hasta los ojos—. Mamá, creía que ya no volveríamos a hablar de eso... ¡Sabe usted muy bien que no hay tal genio de la música!

—¡Hija mía, sin embargo te ha dado clases durante tres meses!

—Mamá, le he prometido explicárselo todo un día no muy lejano, al menos eso espero... pero hasta entonces, usted me ha prometido el silencio y no hacerme jamás preguntas.

—¡Si me aseguraras no volver a dejarme! Pero, ¿me has prometido eso, Christine?

—Mamá, todo eso no interesa para nada al señor de Chagny...

—Se equivoca, Christine —interrumpió el joven con una voz que pretendía ser firme y valiente pero que, sin embargo era tan sólo temblorosa—; todo lo que le atañe me interesa hasta un punto que no podría usted comprender. No le ocultaré que me extraña y me alegro a la vez de encontrarla junto a su madre adoptiva y que lo que pasó ayer entre nosotros, lo que pudo usted decirme, lo que pude adivinar, nada me hacía prever un retorno tan rápido. Sería el primero en alegrarme si no se obstinara en conservar acerca de todo esto un secreto que puede serle fatal... y hace demasiado tiempo que soy amigo suyo para no inquietarme, al igual que la señora Valérius, por esa funesta aventura que seguirá siendo peligrosa en tanto no la desentrañemos, y de la que terminará por ser víctima, Christine.

Al oír estas palabras, la señora Valérius se agitó en su lecho.

—¿Qué quiere decir todo eso? —exclamó—. ¿Christine está en peligro?

—Sí, señora... —declaró valientemente Raoul, a pesar de las señas que le hacía Christine.

—¡Dios mío! —exclamó jadeante la buena e ingenua anciana—. ¡Tienes que decírmelo todo, Christine! ¿Por qué me tranquilizas? ¿Y de qué peligro se trata, señor de Chagny?

—¡Un impostor está abusando de su buena fe!

—¿El Ángel de la música es un impostor?

—¡Ella misma le ha dicho que no hay tal Ángel de la música!

—¿Y qué hay entonces? Dígamelo, en nombre del Cielo —suplicó impotente la señora Valérius—. ¡Me va usted a matar!

—Lo que hay, señora, a nuestro alrededor, a su alrededor, alrededor de Christine, es un misterio terrestre mucho más terrible que todos los fantasmas y todos los genios.

La señora Valérius volvió hacia Christine un rostro aterrorizado, pero ésta se había precipitado ya hacia su madre adoptiva y la apretaba entre sus brazos:

—¡No le creas, mamá querida!... ¡No le creas! —repetía, e intentaba consolarla con sus caricias, ya que la anciana dejaba escapar suspiros que desgarraban el corazón.

—¡Entonces, dime que ya no me abandonarás! —imploró la viuda del profesor.

Christine calló y Raoul volvió a empezar:

—Es lo que debe usted prometer, Christine... ¡Es lo único que puede tranquilizarnos, a su madre y a mí! Nos comprometemos a no hacerle más

preguntas sobre el pasado, si nos promete permanecer bajo nuestra protección en el futuro...

—¡Es un compromiso que yo no le pido y una promesa que yo no les haré! —dijo la muchacha con orgullo—. Soy libre de mis actos, señor de Chagny, no tiene el menor derecho a controlarlos y le agradecería se abstuviera de hacerlo a partir de este momento. En cuanto a lo que hago desde hace quince días, no hay más que un hombre en el mundo que tendría derecho a exigir que se lo explicara: ¡mi marido! ¡Pero no tengo marido ni me casare jamás!

Mientras decía esto con fuerza, extendió la mano en dirección a Raoul, como para hacer más solemnes sus palabras, Raoul palideció, no sólo por las palabras que acababa de oír, sino porque estaba viendo en el dedo de Christine un anillo de oro.

—No tiene usted marido y sin embargo lleva una alianza.

Intentó cogerle la mano, pero Christine la había retirado rápidamente.

—¡Es un regalo! —exclamó sonrojándose más aún y esforzándose en vano por ocultar su turbación.

—¡Christine! Ya que no tiene un marido, este anillo sólo puede ser del que espera serlo. ¿Por qué engañarnos aún más? ¿Por qué seguir torturándome? ¡Ese anillo es una promesa! ¡Y esa promesa ha sido aceptada!

—¡Es lo que yo le he dicho! —dijo la anciana.

—¿Y qué le ha contestado, señora?

—¡Lo que me vino en gana! —gritó Christine exasperada—. ¿No encuentra señor, que este interrogatorio ha durado ya demasiado? En cuanto a mí...

Raoul, muy emocionado, temía obligarla a pronunciar palabras que significaran una ruptura definitiva. La interrumpió:

—Perdón por haberle hablado así, señorita... ¡Sabe usted bien cuál es el noble sentimiento que hace que me inmescuya en este momento en asuntos que, sin duda, no me incumben! Pero déjeme decirle lo que he visto..., y he visto más de lo que cree, Christine, o lo que creí ver, ya que, en realidad, lo mínimo que puede hacerse en esta aventura es dudar de los propios ojos...

—¿Qué ha visto, señor, o que ha creído ver?

—Vi su éxtasis ante el sonido de la voz, Christine, de la voz que surgía de la pared, o del camerino, o del apartamento de al lado... ¡sí, su éxtasis!... ¡Y es esto lo que me llena de pánico por usted!... ¡Está aprisionada en el más peligroso de los hechizos!... Sin embargo, parece haberse dado cuenta de la impostura, ya que hoy dice que no hay un Ángel de la música... Entonces,

Christine, ¿por qué lo siguió una vez más? ¿Por qué se levantó con el rostro resplandeciente como si realmente estuviera oyendo a los ángeles?... ¡Esa voz es muy peligrosa, Christine, puesto que yo mismo, mientras la oía, me encontraba tan embelesado que usted desapareció de mi vista sin que pudiera decir por dónde!... ¡Christine, Christine! En el nombre del cielo, en el de su padre que está en el cielo y que tanto quiso usted, y que me quiso, Christine, ¿va a decirnos, a su bienhechora y a mí, de quién es esa voz? ¡Aún en contra de su voluntad la salvaremos!... ¡Vamos! ¡Díganos el nombre de ese hombre, Christine..., de ese hombre que ha tenido la audacia de poner un anillo de oro en su dedo!

—Señor de Chagny —declaró fríamente la joven—, ¡no lo sabrá jamás!

En este punto se oyó la agria voz de la señora Valérius que, de repente, tomaba el partido de Christine, al ver la hostilidad con la que su pupila acababa de dirigirse al vizconde.

—¡Y si ella lo ama, señor vizconde, eso no es asunto suyo!

—¡Ay, señora! —volvió a decir humildemente Raoul, que no pudo contener las lágrimas—. ¡Ay! Creo que, efectivamente, Christine lo ama... Todo me lo demuestra, pero no sólo esto me desespera, ¡sino el que no estoy en absoluto seguro de que aquél al que quiere Christine sea digno de su amor!

—¡La única que debe juzgarlo soy yo, señor! —dijo Christine mirando fijamente a Raoul con una expresión de soberana irritación.

—Cuando se emplean, para seducir a una joven, medios tan románticos... —dijo Raoul que sentía que sus fuerzas le abandonaban...

—¿Es preciso, no es cierto, que el hombre sea un miserable, o que la joven sea una tonta?

—¡Christine!

—¿Raoul, por qué condena de este modo a un hombre al que no ha visto jamás, al que nadie conoce y del que usted mismo no sabe nada?

—Sí, Christine... Sí... Al menos sé ese nombre que usted pretende seguir ocultándome... ¡Su Ángel de la música, Christine, se llama Erik!...

Inmediatamente Christine se traicionó a sí misma. Esta vez se puso pálida como un mantel de altar. Balbuceó:

—¿Quién se lo ha dicho?

—¡Usted misma!

—¿Cómo?

—La otra noche, la noche del baile de máscaras. ¿Acaso no dijo, al llegar a

su camerino: «¡Pobre Erik!»? Pues bien, Christine, se encontraba allí, en alguna parte, un pobre Raoul que la oyó.

—¡Es la segunda vez que escucha usted detrás de las puertas, señor de Chagny!

—No estaba detrás de la puerta... ¡Estaba en el camerino!...

¡En su tocador, señorita!

—¡Desgraciado!... —gimió la joven, que mostró todos los síntomas de un indecible horror—. ¡Desgraciado! ¿Quiere que lo maten?

—¡Quizá!

Raoul pronunció este «quizá» con tanto amor y desesperación que Christine no pudo contener un sollozo.

Entonces le tomó ambas manos y lo miró con toda la pura ternura de la que era capaz, y, el joven, ante aquella mirada, sintió que su dolor ya se había esfumado.

—Raoul —dijo—, es preciso que olvide la voz de hombre, que no recuerde siquiera su nombre... y que jamás intente averiguar el misterio de la voz de hombre.

—¿Tan terrible es ese misterio?

—¡No hay otro más terrible en la tierra!

Se hizo un silencio que separó a los jóvenes. Raoul estaba destrozado.

—Júreme que no hará nada por «saber» —insistió ella—. Júreme que no volverá a entrar en mi camerino si yo no lo llamo.

—¿Me promete llamarme alguna vez, Christine?

—Se lo prometo.

—¿Cuándo?

—Mañana.

—¡Entonces, se lo juro!

Fueron sus últimas palabras ese día.

Él le besó las manos y se fue maldiciendo a Erik e intentando armarse de paciencia.

CAPÍTULO XII

ARRIBA DE LAS TRAMPILLAS

Al día siguiente, volvió a verla en la ópera. Seguía llevando en el dedo el anillo de oro. Ella fue dulce y buena. Le informó acerca de los proyectos que tenía, de su futuro, de su carrera.

Él le comunicó que la salida de la expedición polar se había adelantado y que, dentro de tres semanas, de un mes a lo sumo, abandonaría Francia.

Ella le animó, casi con alegría, a pensar en el viaje con entusiasmo, como en una etapa más de su gloria futura. Y, al contestar le él que la gloria sin amor no ofrecía a sus ojos el menor encanto, ella lo trató como a un niño cuyas tristezas deben ser pasajeras. Él le dijo:

—¿Cómo puede hablar con tanta ligereza de cosas tan graves, Christine? ¡Puede que no volvamos a vernos jamás!... ¡Puedo morir durante esa expedición!

—Y yo también —se limitó a decir ella...

Ya no sonreía, ya no bromeaba. Parecía pensar en algo nuevo que le venía por primera vez a la mente. Su mirada brillaba.

—¿En qué piensa, Christine?

—Pienso en que ya no volveremos a vernos...

—¿Y eso es lo que la pone tan radiante?

—¡Y que dentro de un mes tendremos que decirnos adiós... para siempre!

—A menos que, Christine, nos casáramos y nos esperáramos para siempre.

Ella le tapó la boca con la mano:

—¡Calle, Raoul!... ¡No se trata de eso, ya lo sabe de sobra!... ¡Y jamás nos casaremos! ¿De acuerdo?

Parecía no poder resistir una dicha desbordante que la había asaltado de repente. Empezó a dar palmadas con alegría infantil... Raoul la miraba inquieto, sin comprender.

—Pero, pero... —dijo ella de nuevo, tendiendo las manos al joven, o mejor dicho, dándoselas, como si súbitamente hubiera decidido hacerle un regalo—. Pero, aunque no podamos casarnos, sí podemos..., podemos prometernos... ¡No lo sabrá nadie más que nosotros, Raoul!... ¡Ha habido casamientos secretos!... ¡Raoul, podemos prometernos por un mes!... ¡Dentro de un mes, usted se irá y yo podré ser feliz con el recuerdo de este mes durante toda la vida!

Estaba entusiasmada con su idea... Y volvió a ponerse seria.

—Esta —dijo— es una felicidad que no hará daño a nadie.

Raoul había comprendido. Se aferró a aquella inspiración. Quiso que inmediatamente se hiciera realidad. Se inclinó ante Christine con humildad sin par y dijo:

—¡Señorita, tengo el honor de pedir su mano!

—¡Pero si ya tiene las dos, mi querido prometido...! ¡Oh, Raoul, qué felices vamos a ser!... ¡Vamos a jugar al futuro maridito y a la futura mujercita...!

Raoul se decía: ¡Imprudente! De aquí a un mes habré tenido tiempo de hacérselo olvidar o de penetrar y destruir «el misterio de la voz de hombre», y dentro de un mes Christine consentirá en ser mi mujer. ¡Mientras tanto, juguemos!

Fue el juego más bonito del mundo y al que se entregaron como los dos niños que eran. ¡Ah, qué cosas maravillosas se dijeron! ¡Y qué juramentos eternos intercambiaron! La idea de que, al cumplir un mes, no habría nadie para poder mantener estas promesas les sumía en una turbación que saboreaban con contradictorias emociones, entre risas y lágrimas. Jugaban «al corazón» igual que otros juegan «a la pelota». La diferencia radicaba en el hecho de que al ser sus propios corazones los que lanzaban, éstos debían ser muy hábiles para recibir sin hacerse daño. Un día —era el octavo de juego—, el corazón de Raoul se hizo mucho daño y el joven detuvo la partida con estas extravagantes palabras: «Ya no me marcharé al polo norte».

Christine, que en su inocencia no había pensado en esta posibilidad, descubrió de repente el peligro del juego y se lo reprochó amargamente. No contestó a Raoul ni una sola palabra y se marchó a su casa.

Esto ocurría por la tarde, en el camerino de la cantante, donde acostumbraban a citarse y donde se divertían con meriendascenas de tres galletas y dos vasos de Oporto ante un ramo de violetas.

Por la noche, ella no cantaba. Y él no recibió la carta acostumbrada, pese a que se hubieran dado permiso para escribirse todos los días durante ese mes. Al día siguiente, corrió a casa de la señora Valérius, que le informó de que Christine se había ausentado por dos días. Se había ido la víspera por la tarde, a las cinco, diciendo que no estaría de vuelta hasta pasado mañana. Raoul estaba destrozado. Detestaba a la señora Valérius por haberle comunicado aquella noticia con una tranquilidad que lo dejaba perplejo. Intentó sonsacarle algo, pero era evidente que la buena mujer no sabía nada. Se limitó a contestar a las preguntas desordenadas del joven:

—¡Es el secreto de Christine!

Y, al decirlo, levantó el dedo con una unción especial que recomendaba discreción y que, al mismo tiempo, pretendía tranquilizar.

—¡Bien, muy bien! —exclamaba Raoul con enfado mientras bajaba las escaleras corriendo como un loco—. ¡Estupendo, veo que las jóvenes están perfectamente protegidas por señoras como la Valérius!

¿Dónde podía encontrarse Christine?... Dos días... ¡Dos días menos para su felicidad tan breve! ¡Y, para colmo, por culpa suya!... ¿Acaso no habían acordado que él debía partir?... Y si su firme intención era la de quedarse, ¿por qué había hablado tan pronto? Se reprochaba su torpeza y fue el más desgraciado de los hombres durante cuarenta y ocho horas, al cabo de las cuales Christine reapareció.

Reapareció triunfalmente. Volvió por fin, a obtener el mismo éxito que en la velada de gala. A partir de la aventura del «gallo», la Carlotta no había podido salir a escena. El terror de un nuevo «cuac» la poseía y le quitaba todos sus recursos; y los lugares que habían sido testigos de su incomprensible derrota se le habían hecho odiosos. Encontró la manera de romper su contrato. Se le rogó a la Daaé que temporalmente ocupara el puesto vacante. Un verdadero delirio la acogió en La judía.

El vizconde, presente durante aquella velada, fue el único en sufrir escuchando los mil ecos de este nuevo triunfo, ya que vio que Christine seguía conservando su anillo de oro. Una voz lejana murmuraba al oído del joven: «Está noche sigue llevando el anillo de oro, y tú no has sido quien se lo ha dado. Está noche ha seguido entregando su alma, y no ha sido a ti».

Y la voz continuaba aún: «¡Si ella no quiere decirte lo que ha hecho desde hace dos días..., si te esconde su paradero, es preciso que vayas a preguntárselo a Erik!».

Corrió hacia el escenario. Le interrumpió el paso. Ella lo vio, ya que sus ojos lo buscaban. Le dijo:

—¡Deprisa, deprisa! ¡Venga!

Y lo arrastró hasta su camerino sin preocuparse de todos los que celebraban su reciente gloria y que murmuraban ante la puerta cerrada:

—¡Esto es un escándalo!

Inmediatamente Raoul se arrodilló ante ella. Le juró que se marcharía a la expedición y le suplicó que nunca más le privara de una sola hora de la dicha que le había prometido. Christine dejó correr sus lágrimas. Se besaban como un hermano y una hermana desesperados que acaban de verse amenazados por un dolor común y que vuelven a encontrarse para llorar a un muerto.

Súbitamente, se deshizo del dulce y tímido abrazo del joven, pareció escuchar algo que no sabía qué era... y, con un gesto seco, señaló la puerta a Raoul. Cuando estuvieron en el umbral, le dijo tan bajo que el vizconde apenas adivinó sus palabras:

—¡Mañana, mi querido prometido! ¡Y alégrese, Raoul..., esta noche he cantado para usted!

Él no contestó.

Pero, ¡ay! aquellos dos días de ausencia habían roto el encanto de su dulce mentiría. Se miraron en el camerino sin decirse nada, con los ojos tristes. Raoul debía dominarse para no gritar: «¡Tengo celos! ¡Tengo celos!». Pero ella lo oía de todos modos.

Entonces, le dijo:

—Vamos a pasear, Raoul. El aire nos hará muy bien.

Raoul creyó que iba a proponerle una excursión por el campo, lejos de aquel monumento al que detestaba como si se tratara de una cárcel y a cuyo carcelero sentía pasearse a través de las paredes..., el carcelero Erik... Pero ella lo condujo al escenario y lo hizo sentar sobre el brocal de madera de una fuente, en la paz y el frescor dudosos de un primer decorado montado para el próximo espectáculo. Otro día paseó con él, cogiéndolo de la mano, por los caminos abandonados de un jardín cuyas plantas trepadoras habían sido cortadas por las manos hábiles de un decorador, como si los verdaderos cielos, las verdaderas flores, la verdadera tierra le estuvieran prohibidos para siempre y estuviera condenada a no respirar otra atmósfera que la del teatro. El joven vacilaba en formularle la menor pregunta porque, al saber que ella no podía contestarle, temía hacerla sufrir inútilmente. De tanto en tanto pasaba un bombero, que vigilaba desde lejos su idilio melancólico. A veces, ella intentaba engañarse y engañarlo acerca de la belleza ficticia de aquel cuadro inventado por la fantasía de los hombres. Su imaginación siempre viva le señalaba colores siempre más deslumbrantes, hasta el punto de que la naturaleza, decía, no podía compararlos. Se exaltaba, mientras Raoul apretaba su mano febril. Ella decía:

—¡Mire, Raoul, esas murallas, esos bosques, esas glorietas, esas imágenes de tela pintada, todo esto ha visto los amores más sublimes, ya que aquí han sido creados por los poetas, que superan en cien codos a los hombres vulgares! ¡Dígame, pues, que nuestro amor está bien aquí, Raoul, porque también él ha sido creado, y no es más, él también, que una ilusión!

Él, desconsolado, no contestaba.

—¡Nuestro amor es demasiado triste en la tierra, vayamos por el cielo!...

¡Ya ve qué fácil es aquí!

Y lo arrastraba más alto que las nubes, a través del magnífico desorden del telar, y se divertía dándole vértigo al correr delante suyo sobre los frágiles puentes metálicos, entre los miles de cuerdas que se unían a las poleas, a los tornos, a los cilindros, en medio de una verdadera selva aérea de vergas y de mástiles. Cuando él vacilaba, ella le decía con un mohín adorable:

—¿Tú, un marino?

Después, volvían a bajar a tierra firme, es decir a un corredor real que les conducía hasta risas, bailes y voces jóvenes amonestadas por otra voz severa: «Espacio, señoritas... ¡Vigilen las puntas!»... Era la clase de baile de las niñas de seis a nueve o diez años... con su corsé escotado, el tutú ligero, el pantaloncito blanco y las medias de color rosa, y trabajan, trabajan aplicadamente con todos sus piecillos doloridos con la esperanza de convertirse en alumnas de las cuadrillas, corifeos, meritorias, primeras bailarinas envueltas en relucientes diamantes... Mientras, Christine reparte caramelos entre ellas.

Otro día le hacía entrar a una amplia sala de su palacio, abarrotada de oropeles, despojos de caballeros, de lanzas, de escudos y penachos, y pasaba revista a los fantasmas de los guerreros inmóviles y cubiertos de polvo. Les arengaba con palabras de consuelo y les prometía que volverían a ver las tardes resplandecientes de luz y los desfiles con música ante las tribunas que los aclamarían.

Así lo paseó por todo su imperio, que era ficticio pero inmenso, ya que se extendía a lo largo y ancho de diecisiete pisos, desde la planta baja hasta el tejado, y estaba habitado por un ejército de extraños personajes. Pasaba entre ellos como una reina popular, animando a los trabajos; sentándose en los talleres, dando sus consejos a las modistas cuyas manos vacilaban al cortar las ricas telas que vestirían a los héroes. Los habitantes de este país realizaban todos los oficios. Había zapateros y orfebres. Todos habían aprendido a quererla, porque Christine se interesaba por las preocupaciones y las pequeñas manías de cada uno. Sabía de rincones desconocidos en los que habitaban en secreto viejos matrimonios.

Llamaba a su puerta y les presentaba a Raoul como a un príncipe encantador que había pedido su mano y, sentados los dos en algún baúl carcomido, escuchaban las viejas leyendas de la ópera como antaño, en la infancia, habían escuchado los viejos cuentos bretones. Aquellos viejos no se acordaban más que de la Opera. Vivían allí desde hacía muchos años. Las administraciones desaparecidas los habían olvidado; las revoluciones de palacio los habían ignorado. Allí afuera había pasado la historia de Francia sin que ellos se enteraran, y nadie se acordaba de ellos.

Así transcurrían aquellos preciosos días, y Raoul y Christine, con el excesivo interés que simulaban por las cosas exteriores, se esforzaban torpemente en ocultarse el único pensamiento de su corazón. Lo cierto era que Christine, que hasta entonces se había mostrado la más fuerte, repentinamente pasó a un estado de extremo nerviosismo, que no podía expresar. En sus expediciones, se ponía a correr sin razón, o bien se detenía bruscamente, y su mano, convertida en un trozo de hielo, apretaba la del joven. A veces sus ojos parecían perseguir sombras imaginarias. Gritaba: «¡Por aquí!» y después: «¡Por allí!», riendo con una risa temblorosa que terminaba en lágrimas. Entonces Raoul quería hablar, hacerle preguntas a pesar de sus promesas y sus pactos. Pero, antes de que pudiera formular una pregunta, ella contestaba febrilmente:

—¡Nada!... Le aseguro que-no me pasa nada.

Una vez que pasaban ante una trampilla entreabierta en el escenario, Raoul se inclinó sobre el oscuro hueco y dijo:

—Christine, me ha enseñado la parte alta de su imperio..., pero he oído extrañas historias acerca de los sótanos... ¿Quiere que bajemos?

Al oír esto, lo tomó en sus brazos como si temiera verlo desaparecer por el agujero negro, y le dijo temblando en voz muy baja:

—¡Jamás, jamás! Le prohíbo bajar ahí... Además esa parte del reino no me pertenece... ¡Todo lo que está bajo tierra le pertenece!

Raoul clavó sus ojos en los de ella y le dijo en tono duro:

—¿Entonces, él vive ahí abajo?

—¡No he dicho eso!... ¿Quién le ha dicho eso? ¡Vamos, venga! A veces, Raoul, me pregunto si usted no está loco... ¡Usted siempre oye cosas imposibles!... ¡Venga, venga!

Y lo arrastraba literalmente, ya que él se obstinaba en quedarse cerca de la trampilla y de aquel agujero que le atraía.

La trampilla se cerró de golpe, tan de repente que ni siquiera vieron la mano que la movía, dejándolos allí, completamente aturdidos.

—¿Quizás era él quien estaba allí? —terminó por decir Raoul.

Ella se encogió de hombros pero no parecía nada tranquila.

—¡No, no! Son los «cerradores de trampillas». Algo tienen que hacer los «cerradores de trampillas»... Abren y cierran las trampillas sin razón alguna... Es como «los cerradores de puertas». De alguna manera tienen que «pasar el tiempo».

—¿Y si fuera él, Christine?

—¡Imposible! No, él se ha encerrado para trabajar.

—¡Vaya! ¿Conque él trabaja?

—Sí. Él no puede abrir y cerrar las trampillas y trabajar al mismo tiempo. Podemos estar tranquilos.

Al decir esto, se estremeció.

—¿En qué trabaja?

—¡Oh, en algo terrible!... Por eso podemos estar tranquilos. Cuando él trabaja en lo suyo, no ve nada, no come ni bebe, ni respira..., durante días y noches. ¡Es un muerto viviente! ¡No tiene tiempo para entretenerse con las trampillas!

Volvió a estremecerse, se inclinó hacía la trampilla... Raoul la dejaba hacer y decir. Se calló. Temía que el sonido de su voz la hiciera reflexionar y detener el curso, tan frágil aún, de sus confidencias.

Ella no lo había soltado... seguía encogida entre sus brazos... y suspiró:

—¡Si fuera él!

Tímidamente, Raoul preguntó:

—¿Le tiene miedo?

Ella suspiró:

—¡No, claro que no!

El joven adoptó involuntariamente una actitud de compasión, como se suele adoptar con un ser impresionable que aún es presa de un sueño reciente. Parecía querer decir: «No se preocupe, aquí estoy». Y su gesto fue, casi sin querer, amenazador. Entonces, Christine lo miró con extrañeza, como se mira a un fenómeno de valor y virtud, y parecía valorar en su justa medida tanta audacia a inútil. Abrazó al pobre Raoul como para recompensarlo, con un arrebató de ternura, por mostrar su deseo de defenderla contra los peligros siempre posibles que encierra la vida.

Raoul comprendió y se puso rojo de vergüenza. Se sentía tan débil como ella. Se decía: «Pretende que no tiene miedo, pero nos aleja de la trampilla temblando». Estaba en lo cierto. El día siguiente, y los demás días fueron dedicados a recorrerlo todo, casi hasta los tejados, lo más lejos posible de las trampillas. La agitación de Christine no hacía más que aumentar conforme iban pasando las horas. Por fin, una tarde llegó como mucho retraso, con el rostro pálido y los ojos enrojecidos y desesperados. Raoul se decidió a recurrir a los grandes medios; por ejemplo, le aseguró de buenas a primeras «que sólo

partiría al polo norte si ella le revelaba el secreto de la Voz de hombre».

—¡Calle! ¡En nombre del Cielo, calle! ¡Si él le oyese, pobre de usted, Raoul!

Y los ojos perdidos de la joven miraban inquietamente a su alrededor.

—¡Christine, yo la arrancaré de su poder, lo juro! Ya no pensará jamás en él. Es absolutamente necesario.

—¿Cree que es posible?

Ella se permitió esta duda que significaba para él un estímulo, al tiempo que lo arrastraba hasta el último piso del teatro, a lo más «alto», allí donde se está lejos, muy lejos de las trampillas.

—La esconderé en algún rincón desconocido del mundo adonde él no vendrá a buscarla. Estará a salvo. Entonces, me marcharé, ya que ha jurado no casarse jamás.

Christine se arrojó sobre las manos de Raoul y las estrechó con un arrebato poco frecuente en ella. Pero, de nuevo inquieta, volvía la cabeza a todas partes.

—¡Más arriba! —dijo tan sólo—. ¡Aún más arriba! —y le arrastró hasta la cumbre.

Le costaba seguirla. Pronto se encontraron debajo del tejado, en un laberinto de vigas. Se deslizaban a través de los arbotantes, los cabrios, las jambas de fuerza, los tabiques, los entrantes y las rampas; corrían de viga en viga como en un bosque hubieran corrido de árbol en árbol, árboles de troncos colosales...

A pesar del cuidado que ella ponía en mirar cada rincón, no vio una sombra que se detenía a la vez que ella, que volvía a avanzar cuando ella avanzaba y que no hacía más ruido que el que debe hacer una sombra. Raoul no se dio cuenta de nada puesto que, al tener a Christine delante, no le interesaba nada de lo que pudiera ocurrir detrás.

CAPÍTULO XIII

LA LIRA DE APOLO

De este modo llegaron a los tejados. Ella se deslizaba por ellos tan ligera como una golondrina. Su mirada recorrió el espacio desierto entre las tres cúpulas y el frontón triangular. Respiró profundamente por encima de París,

que parecía un valle entregado al trabajo. Miró a Raoul con confianza. Se le acercó, y caminaron uno al lado del otro, allá en lo alto, por las calles de zinc, por las avenidas de fundición. Contemplaron su sombra gemela en los amplios estanques llenos de agua inmóvil, en los que en verano los más pequeños de la escuela de danza, unos veinte críos, se zambullen y aprenden a nadar. La sombra que les seguía, siempre fiel a sus pasos, había surgido extendiéndose por los tejados, alargándose con movimientos de águila negra por las encrucijadas de las callejuelas de hierro, girando alrededor de los pilones, rodeando silenciosa las cúpulas. Los desventurados jóvenes no sospechaban en lo más mínimo su presencia cuando se sentaron por fin, confiados, bajo la alta protección de Apolo que, con gesto de bronce, alzaba su lira prodigiosa en el corazón de un cielo encendido.

Una esplendorosa tarde de primavera les rodeaba. Algunas nubes, que acababan de recibir de poniente una suave tonalidad oro y púrpura, pasaban lentamente, arrastrándose sobre los jóvenes. Christine le dijo a Raoul:

—Pronto iremos más lejos y más de prisa que las nubes, hasta el confín del mundo, y después me abandonará, Raoul. Pero si, llegado para usted el momento de raptarme, yo me negara a seguirlo, entonces, Raoul, usted deberá raptarme.

Con qué fuerza, que parecía dirigida contra ella misma, pronunció estas palabras, mientras se apretaba nerviosamente a él. El joven quedó sorprendido.

—¿Teme, pues, cambiar de opinión, Christine?

—¡No sé! —dijo moviendo extrañamente la cabeza—. ¡Es un demonio!

Y se estremeció. Se acurrucó entre los brazos de Raoul, con un gemido.

—¡Ahora me da miedo volver a vivir con él...! ¡bajo tierra!

—¿Y quién la obliga a volver, Christine?

—¡Si no vuelvo a su lado pueden suceder grandes desgracias!... ¡Pero ya no puedo más! ¡No puedo más!... Ya sé que hay que compadecer a las personas que viven «bajo tierra». ¡Pero esto es demasiado horrible! Y, sin embargo, se acerca el momento. Ya no me queda más que un día. Si no voy, él vendrá a buscarme con su voz. Me arrastrará con él a su casa, bajo tierra, y se arrodillará ante mí, ¡con su calavera! ¡Me dirá que me ama! ¡Y llorará! ¡Oh, Raoul, si viera sus lágrimas en los dos huecos oscuros de su calavera! ¡No puedo volver a ver esas lágrimas!

Se retorció de una forma horrible las manos, mientras Raoul, presa también de aquel horror contagioso, la apretaba contra su pecho.

—¡No, no! ¡No volverá a oírle decir que la anca! ¡No volverá a ver sus lágrimas! ¡Huyamos!... ¡Ahora mismo, Christine, huyamos! —y quería

arrastrarla ya.

Pero ella le detuvo.

—¡No, no! —dijo inclinando dolorosamente la cabeza—. ¡Ahora no!... Sería demasiado cruel... Déjelo oírme cantar una vez más, mañana por la noche... y después nos iremos. A medianoche ira usted a buscarme a mi camerino, a las doce en punto. En ese momento me estará esperando en el comedor del lago... ¡pero nosotros seremos libres y usted me llevará consigo! ... Incluso si me niego... debe jurármelo, Raoul... Sé perfectamente que esta vez, si vuelvo, tal vez no regrese jamás... —y añadió—: ¡No puede usted comprender!...

Lanzó un suspiro al que pareció contestar otro suspiro detrás de ella.

—¿No ha oído?

Le castañeteaban los dientes.

—No —aseguró Raoul—, no he oído nada.

—Es horroroso —afirmó ella— estar temblando así constantemente... Sin embargo, aquí no corremos ningún peligro. Estamos en nuestra casa, en mi casa, en el cielo, al aire libre, en pleno día. El sol está ardiendo, ¡y a los pájaros nocturnos no les gusta contemplar el sol! Jamás lo he visto a la luz del día... ¡Debe ser horrible!... —balbuceó mirando a Raoul con ojos perdidos—. ¡Ah, la primera vez que le vi creía que él iba a morirse!

—¿Por qué?... —preguntó Raoul realmente asustado del tono que tomaba aquella extraña y formidable confidencia—. ¿Por qué creyó que iba a morir?

—¡¡¡PORQUE YO LO HABÍA VISTO!!!

Esta vez Raoul y Christine se volvieron a un tiempo.

—Por aquí hay alguien que sufre... —dijo Raoul—, tal vez un herido... ¿No ha oído?

—No podría decirlo —declaró Christine—, incluso cuando no está, mis oídos están llenos de sus suspiros... Pero si usted lo ha oído...

Se levantaron y miraron alrededor de sí... Se encontraban absolutamente solos en el inmenso tejado de plomo. Volvieron a sentarse. Raoul preguntó:

—¿Cómo lo vio por primera vez?

—Hacía tres meses que lo oía sin verlo. La primera vez creí, como usted, que aquella voz adorable, que de repente se había puesto a cantar a mi lado, cantaba en el camerino de al lado. Salí y la busqué por todas partes. Pero mi camerino está muy aislado, como ya sabe, no, pude encontrar la voz en otro lugar. En realidad, seguía allí, en mi camerino. Además, no se limitaba a

cantar, sino que me hablaba, contestaba a mis preguntas como una auténtica voz de hombre, con la diferencia de que era bella como la voz de un ángel. ¿Cómo explicar un fenómeno tan increíble? Yo nunca había dejado de pensar en el «Ángel de la música» que mi pobre padre había prometido enviarme apenas muriese. Me atreví a hablarle de esta chiquillada, Raoul, porque usted conoció a mi padre, porque él le quiso y porque usted creyó, igual que yo, cuando éramos niños, en el «Ángel de la música». Por eso estoy segura de que no se sonreirá ni se burlará. Yo conservaba el alma tierna y crédula de la pequeña Lotte y no fue precisamente la compañía de la señora Valérius la que me la hizo perder. Llevé aquella alma inmaculada en mis manos ingenuas e, ingenuamente, la tendí, la ofrecí a la voz de hombre, creyendo ofrecerla al ángel. En cierta manera, la culpa fue también de mi madre adoptiva, a la que no ocultaba yo nada del inexplicable fenómeno. Se apresuró en decirme: «Debe ser el Ángel. En todo caso, siempre puedes preguntárselo». Lo hice, y la voz de hombre me contestó que era en efecto la voz de ángel que esperaba y que mi padre me había prometido al morir. A partir de aquel momento, se estableció una gran intimidad entre la Voz y yo, y tuve confianza absoluta en ella. Me dijo que había bajado a la tierra para hacerme experimentar la felicidad suprema del arte eterno, y me pidió permiso para darme clases de música todos los días. Acepté con gran ardor y no faltaba a ninguna de las citas que me daba, a primera hora, en mi camerino, cuando ese rincón de la Opera está totalmente desierto. ¿Cómo explicarle cómo fueron aquellas clases? Ni usted mismo, aunque haya oído la voz, puede hacerse una idea.

—Lo cierto es que no puedo hacerme una idea —afirmó el joven—. ¿Con qué se acompañaba?

—Con una música que ignoro, que estaba detrás de la pared y era de una precisión incomparable. Además, era como si la Voz supiera con exactitud en qué punto de mis clases mi padre me había dejado al morir, y también el simple método que había usado. Y así, recordando, o mejor dicho, al acordarse mi voz de todas las lecciones anteriores y beneficiándome de repente de las que recibía, evolucioné prodigiosamente, ¡y de tal modo que en otras condiciones habría tardado años! Piense que mi salud es bastante delicada, y que mi voz tenía en principio poco carácter. Naturalmente, las cuerdas bajas estaban poco desarrolladas, los tonos agudos eran demasiado duros y los medios confusos. Era a aquellos defectos a los que mi padre había combatido y vencido por un instante. Fue a estos defectos a los que la Voz venció definitivamente. Poco a poco aumentaba el volumen de los sonidos en proporciones que mi debilidad pasada no me habría permitido esperar: aprendí a dar el máximo posible de alcance a mi respiración. Pero la Voz me confió el secreto de desarrollar los sonidos de pecho en una voz de soprano. Sobre todo recubrió todo esto con el fuego sagrado de la inspiración, despertó en mí una vida ardiente, devoradora, sublime. La Voz tenía la virtud de, al hacerse oír,

elevarme hasta ella. Me ponía a la altura de su vuelo maravilloso. ¡El alma de la Voz habitaba en mi boca y la llenaba de armonía!

»En pocas semanas, ya no me reconocía al cantar... Estaba incluso asustada... por un momento temí que hubiera en todo eso una especie de sortilegio. Pero la señora Valérius me tranquilizó. Me consideraba una joven demasiado simple como para interesar al demonio.

»Mi cambio era un secreto que tan sólo sabíamos la Voz, la señora Valérius y yo, ya que la misma Voz lo había ordenado así. Cosa curiosa, fuera del camerino cantaba con mi voz de cada día y nadie se enteraba de nada. Yo hacía todo lo que quería la Voz. Me decía: “Hay que esperar... ¡Ya lo verás! ¡Sorprenderemos a todo París!”. Y yo esperaba. Vivía una especie de sueño de éxtasis que la Voz controlaba. En estas circunstancias, Raoul, le vi una noche en la sala. Mi alegría fue tan grande que ni siquiera pensé en ocultarla al entrar en mi camerino. Para desgracia nuestra, la Voz se encontraba ya allí y pudo ver, por mi actitud, que sucedía algo nuevo. Me preguntó “qué me pasaba”, y no tuve reparos en contarle nuestra historia, ni le disimulé el lugar que usted ocupa en mi corazón. Entonces la Voz calló. La llamé pero no me contestó, le supliqué, pero fue en vano. ¡Tuve un miedo horrible a que se hubiera marchado para siempre! ¡Ojalá lo hubiera hecho así, amigo mío!... Aquella noche volví a casa en un estado de absoluta desesperación. Me abracé a la señora Valérius diciéndole: “¿Sabes? La Voz se ha ido. ¡Tal vez no vuelva nunca más!”. Y ella se asustó tanto como yo y me pidió explicaciones. Se lo conté todo. Ella me dijo: “¡Por Dios, la Voz está celosa!”. Esto me hizo pensar que yo estaba enamorada de usted...».

Aquí Christine se detuvo por un momento. Apoyó la cabeza en el pecho de Raoul y ambos permanecieron silenciosos, abrazados el uno al otro. Era tal su emoción que no vieron, o mejor dicho, que no sintieron desplazarse, a algunos pasos de ellos, a la sombra reptante de dos grandes alas negras que se les acercaba, pegada a los tejados, tan cerca, tan cerca que hubiera podido, sólo con cerrarse sobre ellos, ahogarlos...

—Al día siguiente —continuó Christine con un profundo suspiro—, volví a mi camerino muy pensativa. La Voz estaba allí. ¡Oh, amigo mío! Me habló con una gran tristeza. Me declaró categóricamente que si yo debía otorgar mi corazón en la tierra, ella no podía hacer otra cosa que subir al cielo. Y me dijo esto con tal acento de dolor humano que habría tenido que desconfiar a partir de aquel día y empezar a comprender que había sido víctima del desequilibrio de mis sentidos. Pero mi fe en aquella aparición de la Voz, a la que tan íntimamente se mezclaba el recuerdo de mi padre, seguía siendo absoluta. No temía nada tanto como el hecho de no volver a oírla. Por otra parte, había reflexionado sobre los sentimientos que sentía por usted; había medido todo el riesgo inútil; ignoraba incluso si se acordaba de mí. Pero, pasara lo que pasara,

su posición en la sociedad me prohibía para siempre pensar en un enlace feliz. Juré a la Voz que usted no era para mí más que un hermano y que nunca sería otra cosa, y que mi corazón estaba vacío de amores terrenos... Esta es la razón, amigo mío, por la que apartaba los ojos en el escenario o en los pasillos cuando usted intentaba llamar mi atención; ¡la razón por la cual no lo reconocía..., por la cual no lo veía! Por aquel tiempo, las horas de clase entre la Voz y yo transcurrían en un divino delirio. Jamás la belleza de los sonidos me había poseído hasta aquel punto, y un día la Voz me dijo:

«—¡Bueno, ahora, Christine Daaé, ya puedes aportar a los hombres un poco de la música del cielo!

»¿Por qué aquella noche, que era la velada de gala, la Carlotta no vino al teatro? ¿Por qué se me llamó para reemplazarla? No lo sé. Pero canté..., canté con un ardor desconocido. Me sentía ligera como si tuviera alas. ¡Por un momento creí que mi alma encendida había abandonado mi cuerpo!».

—¡Oh, Christine! —dijo Raoul, cuyos ojos se humedecían al recordar aquel episodio—, esa noche mi corazón vibró a cada acento de su voz. Vi correr las lágrimas por sus pálidas mejillas, y lloré con usted. ¿Cómo podía cantar mientras lloraba?

—Me abandonaron las fuerzas —dijo Christine—. Cerré los ojos... Y cuando los abrí, ¡usted se encontraba a mi lado! ¡Pero la Voz también estaba, Raoul!... Tuve miedo por usted y tampoco quise reconocerlo esa vez, no quise reconocerlo en absoluto y me eché a reír cuando me recordó que había recogido mi chal en el mar...

»Pero, ¡ay!, ¡por desgracia no pude engañar a la Voz!... Le había reconocido perfectamente... ¡Y la Voz estaba celosa!... Los dos días que siguieron me hizo escenas atroces. Me decía:

«—¡Tú lo amas! ¡Si no lo amases, no lo rechazarías! Es un antiguo amigo al que puedes estrechar la mano como a todos los demás... ¡Si no lo amases, no temerías encontrarte a solas con él y conmigo en el camerino!... ¡Si no lo amases, no lo echarías!

»—¡Basta! —grité irritada a la Voz. Mañana debo ir a Perros, a la tumba de mi padre. Rogaré al señor de Chagny que me acompañe.

«—Como quieras —respondió, pero debes saber que también yo iré a Perros, ya que siempre estoy donde tú estés, Christine, y si sigues siendo digna de mí, si no me has mentado, te interpretaré, cuando suenen las doce, en la tumba de tu padre, la Resurrección de Lázaro, con el violín del muerto.

»De este modo, me vi obligada a escribirle la carta que le condujo a Perros. ¿Cómo pude dejarme engañar hasta ese extremo? ¿Cómo es posible que, ante

las preocupaciones tan terrenales de la Voz, no haya sospechado alguna impostura? ¡Pero, por desgracia, ya no era dueña de mí misma! ¡Era algo suyo!... Y los recursos que poseía la Voz eran suficientes para engañar a una niña como yo.

—Pero, ¡bueno! —exclamó Raoul en este punto del relato de Christine donde ésta parecía deplorar con lágrimas la excesiva inocencia de un espíritu poco «listo»... ¡Pero supo usted la verdad!... ¿Cómo no escapó inmediatamente de aquella horrible pesadilla?

—¿Saber la verdad?... ¡Raoul!... ¿Escapar de aquella pesadilla?... ¡Pero si, por desgracia, sólo entré en aquella pesadilla hasta el día en que precisamente supe la verdad!... ¡Calle, calle! No le he dicho nada... Y ahora que vamos a bajar del cielo a la tierra, compadézcame, Raoul... ¡Compadézcame! Una noche fatal..., aquélla en la que ocurrieron tantas desgracias..., la noche en la que la Carlotta creyó ser un asqueroso gallo y en la que se puso a lanzar gritos como si hubiera pasado toda la vida en un corral... la noche en que de repente la sala se vio sumergida en la oscuridad tras la caída de la lámpara que se desplomó sobre la platea... Aquella noche hubo muertos y heridos, y todo el teatro se llenó con los más tristes gemidos.

»Mi primer pensamiento, Raoul, en plena catástrofe, fue al mismo tiempo para usted y para la Voz, ya que por aquel entonces ambos ocupaban por igual mi corazón. Enseguida me tranquilicé con respecto a usted, al verlo en el palco de su hermano y sabía que no corría ningún peligro. En cuanto a la Voz, me había anunciado que asistiría a la representación y temí por ella; sí, realmente tuve miedo, como si se tratara de «alguien de carne y hueso, capaz de morir». Me decía a mí misma: «¡Dios mío, quizá la lámpara haya aplastado a la Voz!». Me encontraba entonces en el escenario y, asustada hasta el punto de que me disponía a correr a la sala para buscar a la Voz entre los muertos y los heridos, cuando se me ocurrió la idea de que si no le había pasado nada, debía estar ya en mi camerino deseosa de tranquilizarme. De un salto me planté en el camerino. La Voz no estaba. Me encerré allí y le supliqué que, si aún estaba con vida, se me manifestara. La Voz no me contestaba, pero de repente oí un largo, un admirable gemido que conocía perfectamente. Se trataba del lamento de Lázaro cuando, a la voz de Jesús, comienza a abrir los párpados y a volver a ver la luz del día. Eran los llantos del violín de mi padre. Reconocía la forma de tocar el arco de Daaé, el mismo, Raoul, que nos inmovilizaba en los caminos de Perros, el mismo que nos «encantó» la noche del cementerio. Después, por encima del instrumento invisible y triunfante, oí el grito de alegría de la Vida, y la Voz, manifestándose al fin, se puso a cantar, dominante y soberana:

»—¡Ven y cree en mí! ¡Los que crean en mí, resucitarán! ¡Camina! ¡Los que han creído en mí no podrán morir!

»—Me es difícil explicarle la impresión que sentí al oír aquella música que cantaba a la vida eterna en el momento en que, a nuestro lado, unos pobres desgraciados, aplastados por la aquella lámpara fatal, exhalaban el último suspiro... Me pareció que me ordenaba que me levantara, que me fuera hacia ella. Se alejaba. La seguí. “Ven y cree en mí”. Creía en ella. Iba... y, cosa extraordinaria, mi camerino parecía alargarse ante mis pasos..., alargarse... Evidentemente debía de tratarse de un efecto, causado por los espejos, ya que el espejo se encontraba frente a mí... y, de repente, me encontré fuera de mi camerino, sin saber cómo».

Aquí, Raoul interrumpió bruscamente a la joven.

—¿Cómo? ¡Christine, Christine!, ¿por qué no deja de soñar?

¡No soñaba, mi pobre amigo! ¡Me encontré fuera de mi camerino sin saber cómo! Usted, que me vio desaparecer una noche, quizá pueda explicarlo. ¡Pero yo no puedo!... Sólo puedo decirle una cosa, y es que, al encontrarme frente a mi espejo, no lo vi y giré para ver si lo tenía detrás..., pero ya no había espejo ni camerino... Me encontraba en un corredor oscuro. ¡Tuve miedo y grité!

»Todo estaba en tinieblas a mi alrededor. A lo lejos, una tenue claridad rojiza alumbraba un ángulo de la pared, una esquina de la encrucijada. Grité. Sólo mi voz llenaba las paredes ya que el canto y los violines habían enmudecido. De repente, en medio de la oscuridad, una mano cogía la mía..., o mejor dicho algo huesudo y helado que me aprisionó la muñeca sin soltarla. Grité. Un brazo me cogió por la cintura y me levantó... Me debatí un instante horrorizada; mis dedos se deslizaron a lo largo de las piedras húmedas, a las que no pudieron cogerse. Después, ya no me moví más, pensé que iba a morir de terror. Me llevaban hacia la pequeña claridad rojiza; entramos en aquel resplandor y entonces vi que estaba en brazos de un hombre envuelto en una gran capa negra que llevaba una máscara que le ocultaba toda la cara... Intenté un esfuerzo supremo: mis miembros se tensaron, mi boca se abrió una vez más para gritar mi terror, pero una mano la cerró, una mano que sentí sobre mis labios, sobre mi carne, y que olían a muerte. Y me desmayé.

»¿Cuánto tiempo permanecí inconsciente? No sabría decirlo. Cuando volví a abrir los ojos, el hombre de negro y yo seguíamos sumidos en las tinieblas. Una linterna sorda, colocada en el suelo, alumbraba el chorro de una fuente. El agua, que salía de la pared, desaparecía casi de inmediato a través del suelo en el que yo me encontraba tendida; mi cabeza descansaba sobre las rodillas del hombre de la capa y la máscara negra, y mi misterioso compañero me refrescaba las sienes con una suavidad, una atención y una delicadeza que me parecieron más difíciles de soportar que la brutalidad del rapto. Sus manos, pese a ser muy ligeras, no dejaban de oler a muerte. Las rechacé, pero sin fuerza. Pregunté en un suspiro:

»—¿Quién es usted? ¿Dónde está la Voz?

»Me respondió un suspiro. De repente un soplo de aire cálido me azotó el rostro y, vagamente, en medio de las tinieblas, al lado de la forma negra del hombre, distinguí una forma blanca. La forma negra me alzó y me depositó sobre la forma blanca. Inmediatamente un alegre relincho llegó hasta mis oídos estupefactos, y murmuré:

»—¡César!

»El animal se agitó. Amigo mío, me encontraba recostada a medias en una silla de montar y había reconocido al caballo blanco de El Profeta, al que muy a menudo había acariciado dándole golosinas. Pero un día corrieron rumores por el teatro de que el animal había desaparecido y de que había sido robado por el fantasma de la Opera. En cuanto a mí, yo creía en la Voz y no había visto nunca al fantasma, pero de pronto me pregunté, estremeciéndome, si no sería la prisionera del fantasma. En el fondo del corazón llamaba a la Voz en mi ayuda, ya que jamás hubiera imaginado que la Voz y el fantasma fueran uno. ¿Ha oído usted hablar del fantasma de la Opera, Raoul?».

—Sí —respondió el joven—, pero dígame, Christine, ¿qué ocurrió cuando se encontró a lomos del caballo blanco de El Profeta?

—No hice el menor movimiento y me dejé llevar... Poco a poco, un estado de laxitud sucedía a la angustia y al terror en los que me había sumergido la extraña aventura. La silueta negra me sostenía y yo no hacía nada para desprenderme de ella. Una paz extraordinaria me invadía y pensaba encontrarme bajo la benigna influencia de algún elixir. Me sentía en plenitud de fuerzas. Mis ojos se iban acostumbrando ya a las tinieblas que, por otra parte, se aclaraban en algunos lugares gracias a breves fulgores... Juzgué que nos encontrábamos ahora en una estrecha galería circular y pensé en que aquella galería que rodeaba la ópera, bajo tierra, era inmensa. Una vez, tan sólo una vez había bajado a los subterráneos de la Opera que son prodigiosos, pero me había detenido en el tercer sótano sin atreverme a adentrarme más bajo tierra. Sin embargo, dos pisos más, en los que se habría podido asentar una ciudad, se abrían ante mis pies. Pero las sombras que se me habían aparecido me hicieron huir. Hay allí demonios, completamente negros, ante calderas, y que agitan palas y tenedores, animan los braseros, encienden llamas, te amenazan si te acercas abriendo de repente sobre uno la boca roja de los hornos... Pero, mientras César me llevaba tranquilamente sobre su lomo en medio de aquella noche de pesadilla, vi de repente, muy lejos y muy pequeños, como si estuvieran en el extremo de un antejo puesto al revés, a los demonios negros ante los braseros rojos de sus calderas... Aparecían... desaparecían... Volvían a aparecer, siguiendo nuestra extraña marcha... Por último, desaparecieron definitivamente. La forma de hombre continuaba

sosteniéndome y César caminaba sin guía y con pie firme... No podría decirle, ni siquiera aproximadamente, cuánto duró aquel viaje a través de la noche. Simplemente sentía que girábamos, que girábamos, que bajábamos siguiendo una inflexible espiral hacia el corazón mismo de los abismos de la tierra. Pero ¿no sería mi cabeza la que giraba?... De todas formas, no lo creo. No, estaba en un increíble estado de lucidez. César olfateó un momento, notó la atmósfera y aceleró el paso. Sentí el aire húmedo y después César se detuvo. La noche se había aclarado. Un resplandor azulado nos rodeaba. Miré dónde nos encontrábamos. Estábamos al borde de un lago cuyas aguas de plomo se perdían a lo lejos, en la oscuridad..., pero la luz azul iluminaba aquella orilla y vi una barquilla atada a una argolla de hierro, en el muelle.

»Yo sabía que todo aquello existía, y la visión de aquel lago y de aquella barca bajo tierra no tenía nada de sobrenatural. Pero, piense en las condiciones en las que llegaba a aquella ribera. Las almas de los muertos no debían sentir menos inquietud al abordar el Éstige. Caronte no era sin duda más lúgubre ni más mudo que la forma de hombre que me transportó a la barca. ¿Acaso el elixir había dejado de hacer efecto? ¿Acaso la frescura de aquellos parajes bastaba para hacerme volver en mí misma? Pero mi sopor desaparecía e hice algunos movimientos que denotaban que el terror volvía a empezar. Mi siniestro compañero debió darse cuenta, ya que, con un gesto rápido, despidió a César, que huyó por las tinieblas de la galería y oí el galope de sus cascos en los peldaños de una escalera; después, el hombre saltó a la barca y liberó su atadura de hierro; cogió los remos y remó con firmeza y rapidez. Bajo la máscara, sus ojos no me perdían de vista; sentía clavado en mí el peso de sus pupilas inmóviles. A nuestro alrededor, el agua no hacía el menor ruido. Nos deslizábamos en medio de aquel resplandor azulado del que le he hablado; más adelante, volvimos a sumergirnos en la noche más completa, y por fin atracamos. La barca chocó contra un cuerpo duro. Y de nuevo volvió a llevarme en brazos. Pero yo había recobrado fuerzas para gritar. Y grité. Pero, súbitamente, me callé, deslumbrada por la luz. Sí, una luz brillante, en el centro de la cual me habían depositado. Me levanté de un salto. Me sentía en la plenitud de mis fuerzas. En medio de un salón que me pareció ordenado, amueblado y adornado de flores, de flores a la vez preciosas y estúpidas a causa de las cintas de seda que las ataban a las canastas, igual que las que venden en las tiendas de los bulevares, demasiado civilizadas, como las que estaba acostumbrada encontrar en mi camerino después de cada estreno; y en medio de aquel perfume tan parisino, la silueta negra del hombre de la máscara estaba de pie con los brazos cruzados..., y habló:

»—Tranquilízate, Christine —dijo—, no corres el menor de los peligros.

»¡Era la Voz!

»Mi furia igualó a mi sorpresa. Me precipité sobre aquella máscara y quise

arrancarla para conocer el rostro de la Voz. La forma de hombre me dijo:

»—No correrás ningún peligro si “no tocas la máscara”.

»Y, aprisionándome suavemente las muñecas, me hizo sentar.

»¡Luego se arrodilló ante mí y no dijo nada más!

»La humildad de este gesto me hizo recobrar algo de valor. La luz, al precisar todas las cosas a mi alrededor, me devolvió a la realidad de la vida. Por muy extraordinaria que pareciera, la aventura estaba ahora rodeada de objetos mortales a los que podía ver y tocar.

Los tapices de las paredes, los muebles, las antorchas, los jarrones e incluso las flores, cuyo origen y precio hubiera podido decir, por sus canastillas doradas, encerraban fatalmente mi imaginación en los límites de un salón tan trivial como otro cualquiera que, por lo menos, tenía la excusa de no estar situado en los sótanos de la ópera. Sin duda tenía que vérmelas con algún ser atrozmente original que habitaba misteriosamente en los sótanos por necesidad, igual que otros, y que con la muda aprobación de la administración había encontrado un abrigo definitivo en los confines de aquella Torre de Babel moderna en la que se intrigaba, se cantaba en todas las lenguas y se amaba en todas las jergas.

»Y entonces, la Voz, la Voz a la que había reconocido, a pesar de su máscara, que no había podido ocultármela, era aquello que estaba arrodillado ante mí: ¡un hombre!

»No pensé en la horrible situación en la que me encontraba, ni siquiera me preguntaba qué iba a ocurrirme y cuál era el designio oscuro y fríamente tiránico que me había conducido hasta aquel salón, de la misma manera que se encierra a un prisionero en una mazmorra, o a una esclava en un harén. ¡No, no, no!, me decía: ¡La Voz es esto: un hombre! Y me eché a llorar.

»El hombre, siempre arrodillado ante mí, comprendió sin duda el motivo de mis lágrimas, porque dijo:

»—¡Es cierto, Christine!... No soy ni ángel, ni genio, ni fantasma... ¡Soy Erik!».

Aquí volvió a interrumpirse el relato de Christine. A los dos jóvenes les pareció que el eco había repetido detrás de ellos: ¡Erik!... ¿Qué eco?... Se volvieron y sólo vieron que había llegado la noche. Raoul hizo ademán de levantarse, pero Christine le retuvo a su lado:

—¡Quédese! ¡Ahora tiene que saberlo todo aquí!

—¿Por qué aquí, Christine? Temo por usted del fresco de la noche.

—No debemos temer más que a las trampillas, amigo mío, y aquí nos

encontramos en el confín del mundo de las trampillas... Además, no puedo verlo fuera del teatro... No es éste el momento de contrariarlo... No despertemos sus sospechas...

—¡Christine, Christine! Algo me dice que hacemos mal en esperar hasta mañana por la noche y que deberíamos huir ahora mismo.

—Le digo que, si no me oye cantar mañana por la noche, tendrá un gran disgusto.

—Es muy difícil no hacer sufrir a Erik y a la vez huir para siempre...

—En esto tiene razón, Raoul..., ya que lo más probable es que él se muera si me voy... —y la joven añadió con voz sorda—: Pero eso no impide que debamos irnos, ya que, de lo contrario, nos arriesgamos a que él nos mate.

—¿La ama entonces?

—¡Hasta el crimen!

—Pero su escondrijo no puede ser imposible de encontrar...

Podemos ir a buscarlo allí. Si Erik no es un fantasma, se le puede hablar e incluso obligarlo a responder. Christine negó con la cabeza.

—¡No, no! No puede intentarse nada contra Erik... Lo único posible es huir.

—¿Y cómo, teniendo la oportunidad de huir, volvió usted a él?

—Porque era necesario... Y lo entenderá cuando le explique cómo pude salir de su casa...

—¡Oh, cuanto lo odio!... —exclamó Raoul—. Y usted, Christine, dígame..., debe decirme algo para que yo pueda escuchar con calma el resto de esta extraordinaria historia de amor... ¿Y usted, le odia?

—¡No! —dijo tan sólo Christine.

—Entonces, ¿para qué hablar?... ¡Usted lo ama! ¡Su miedo, sus terrores, todo no es más que amor, y del más apasionado! De los que no se confiesan —explicó Raoul con amargura—. De los que estremecen cuando se piensa en él... ¡Piense, un hombre que vive en un palacio bajo tierra!

Y soltó una carcajada.

—¿Usted qué quiere? ¿Que vuelva? —le interrumpió brutalmente la joven... Tenga cuidado, Raoul, se lo he advertido: ¡ya no saldría jamás!

Y se hizo un espantoso silencio entre ellos tres..., ellos dos que hablaban y la sombra que escuchaba detrás...

—Antes de responderle quisiera saber qué sentimientos le inspira a usted él, sino lo odia.

—¡Horror! —le contestó ella..., y pronunció estas palabras con tal fuerza que cubrieron los suspiros de la noche—. ¡Eso es lo terrible!... —siguió diciendo febrilmente—. Le tengo horror y no lo detesto. ¿Cómo podría odiarlo, Raoul? Contemplé a Erik a mis pies, en la mansión del lago, bajo tierra. Él mismo se acusa, se maldice, ¡implora mi perdón!...

»Reconoce su impostura. ¡Me ama! ¡Despliega ante mí un intenso y trágico amor!... ¡Me ha raptado por amor!... Me ha encerrado con él en la tierra por amor..., pero me respeta, se arrastra, gime, llora... Y cuando me levanto, Raoul, cuando le digo que sólo puedo despreciarle si no me devuelve inmediatamente la libertad que me ha quitado, cosa extraña..., me la ofrece... No tengo más que irme... Está dispuesto a enseñarme el misterioso camino... Lo que ocurre es que él también se ha levantado y me veo obligada a recordar que, si no es fantasma ni ángel ni genio, sigue siendo la Voz, ¡ya que canta!...

»¡Y yo lo escucho... y me quedo!

»Aquella noche no intercambiamos ni una palabra más... ¡Cogió un arpa y se puso a cantarme, con voz de hombre, voz de ángel, la romanza de Desdémona! El recuerdo de que yo tenía de haberla cantado me avergonzaba. Hay una virtud en la música que hace que no exista nada en el mundo exterior fuera de esos sonidos que invaden el corazón. Olvidé mi extravagante aventura. Sólo revivía la voz, y la seguía embriagada en su viaje armonioso. Formaba parte del rebaño de Orfeo. Me paseó por el dolor y la alegría, el martirio y la desesperación, la dicha, la muerte y los himeneos triunfantes... Yo escuchaba... Aquella voz cantaba... Me cantó fragmentos desconocidos..., y me hizo escuchar una música nueva que me causó una extraña impresión de dulzura, languidez y reposo... Una música que, después de haber elevado mi alma, la apaciguó poco a poco y la condujo hasta el umbral del sueño. Me quedé dormida.

»Cuando desperté me encontraba sola en un sofá, en una pequeña habitación muy sencilla, amueblada de una vulgar cama de caoba y paredes cubiertas de tela de Jouy, iluminada por una lámpara que descansaba sobre el mármol de una vieja cómoda estilo Luis Felipe. ¿Qué era aquel nuevo decorado?... Me pasé la mano por la frente como para rechazar un mal sueño... Pero ¡ay!, por desgracia no tardé mucho en darme cuenta de que no había soñado... ¡Estaba prisionera y no podía salir de mi habitación más que para entrar en un cuarto de baño muy bien acondicionado! Agua caliente y agua fría a voluntad. Al volver a mi habitación, vi sobre la cómoda una nota escrita en tinta roja que exponía exactamente cuál era mi triste situación y que, si aún no lo había entendido, me quitaba todas las dudas acerca de la realidad

de los acontecimientos: “Mi querida Christine, decía la nota, no tengas miedo respecto a tu destino. No tienes en el mundo un amigo más fiel y respetuoso que yo. Cuando leas esta nota, estarás sola en esta morada, que te pertenece. Salgo para dar una vuelta por las tiendas y traerte toda la ropa que puedes necesitar”.

»—Decididamente —exclamé—, ¡he caído en manos de un loco! ¿Qué va a ser de mí? ¿Cuánto tiempo piensa ese miserable tenerme encerrada en su prisión subterránea?

»Como una enajenada, recorrí mi pequeño apartamento, buscando siempre una salida que no encontré. Me acusé amargamente de mí estúpida superstición y sentí un placer enorme en burlarme de la perfecta inocencia con la que había acogido, a través de las paredes, a la Voz del genio de la música... ¡Cuando una es tan tonta, se está a merced de las más inauditas catástrofes! ¡Me lo había merecido! Tenía ganas de golpearme y me puse a reír y a llorar a la vez. En este estado me encontró Erik.

»Después de dar tres golpecitos secos en la pared, entró tranquilamente por una puerta que yo no había sabido descubrir y que dejó abierta. Venía cargado de cajas y paquetes que dejó inmediatamente encima de mi cama, mientras yo lo insultaba y lo desafiaba a quitarse la máscara si es que tenía la pretensión de ocultar un rostro de hombre honrado.

»—Nunca verás el rostro de Erik —me contestó con gran serenidad:

»Y me reprochó por no haberme aseado aún a aquellas horas.

Se dignó explicarme que eran las dos de la tarde. Me dejaba media hora de tiempo. Mientras hablaba, ponía mi reloj en hora, tras lo cual me invitó a pasar al comedor donde nos esperaba, anunció, un excelente desayuno. Yo tenía mucha hambre, le cerré la puerta en sus narices y entré en el cuarto de baño. Me bañé, después de dejar a mi lado un magnífico par de tijeras con las que estaba decidida a darme muerte si Erik, después de haberse comportado como un loco, dejaba de comportarse como un hombre honrado... El baño me hizo un gran bien y cuando reaparecí ante Erik, había tomado la sabia decisión de no insultarlo ni herirlo y, por el contrario, de halagarlo para obtener una rápida libertad. Habló él primero acerca de los proyectos que tenía sobre mí, precisándomelos para tranquilizarme. Le gustaba demasiado mi compañía para verse privado de ella inmediatamente, como por un momento había consentido el día anterior. Ante la expresión indignada de mi horror, yo debía entender que no había motivo para asustarme de tenerlo a mi lado; me amaba, pero ya no volvería a decírmelo si yo no se lo autorizaba, y el resto del tiempo lo pasaríamos con la música.

»—¿Qué entiende usted por el resto del tiempo?... —le pregunté.

»—Cinco días —me contestó con firmeza.

»—¿Y después seré libre?

»—Serás libre, Christine, ya que, transcurridos esos cinco días, habrás aprendido a no temerme. Entonces volverás para ver, de cuando en cuando, al pobre Erik...

»El tono en el que pronunció estas últimas palabras me conmovió profundamente. Me pareció reconocer una angustia tan real, tan digna de piedad, que alcé hacia la máscara un rostro enternecido. No podía ver los ojos detrás de la máscara, y esto no ayudaba a disminuir el desagradable sentimiento de malestar que sentía al interrogar a aquel misterioso trozo de tela negra. Pero, por debajo de la tela, en la punta de la barbilla de la máscara, aparecieron una, dos, tres, cuatro lágrimas.

»Me señaló en silencio un asiento frente a él, al lado de un pequeño velador que ocupaba el centro de la estancia donde, el día anterior, había tocado el arpa para mí, y me senté muy turbada. Sin embargo, comí con apetito algunos cangrejos y un ala de pollo regada con un poco de vino de Tokay que él mismo había traído, decía, de las bodegas de Koenigsberg, antaño frecuentadas en otro tiempo por Falstaff. Él no comía ni bebía. Le pregunté cuál era su nacionalidad y si aquel nombre de Erik no era de origen escandinavo. Me contestó que no tenía nombre ni patria y que había elegido el de Erik por casualidad. Le pregunté por qué, ya que me quería, no había encontrado un medio mejor de decírmelo que el de arrastrarme con él y encerrarme bajo tierra.

»—Es muy difícil hacerse amar en una tumba —le dije.

»—Uno tiene las “citas” que puede —respondió en un tono muy especial.

»Luego se levantó y me tendió la mano, porque quería hacerme los honores de su vivienda, pero yo retiré con brusquedad mi mano de la suya lanzando un grito. Lo que acababa de tocar era a la vez húmedo y óseo, y recordé que sus manos olían a muerte.

»—¡Oh, perdón! —gimió. Y abrió una puerta ante mí—. Esta es mi habitación —dijo—. Es bastante extraña... ¿Quieres visitarla?

»No titubeé. Sus modales, sus palabras, todo su aspecto me hacían tener confianza y, además, sentía que no debía tener miedo.

»Entré. Me pareció que entraba en una cámara mortuoria. Las paredes estaban totalmente tapizadas de negro, pero, en lugar de las lágrimas blancas que de ordinario completan este fúnebre ornamento, se veía, encima de una enorme partitura de música, las notas repetidas del Dies irae. En medio de la habitación había un dosel, del que colgaban unas cortinas de paño rojo y, bajo

el dosel, un ataúd abierto.

»Al verlo, retrocedí.

»—Ahí es donde duermo —dijo Erik—. En la vida hay que acostumbrarse a todo, incluso a la eternidad.

»Volví la cabeza, impresionada por aquel siniestro espectáculo. Mis ojos se posaron entonces en el teclado de un órgano que ocupaba toda una pared. Encima del pupitre se encontraba un cuaderno todo garrapateado de notas en rojo. Pedí permiso para mirarlo y leí en la primera página: Don Juan triunfante.

»—Sí —me dijo—, algunas veces compongo. Hace ya veinte años que empecé este trabajo. Cuando esté acabado, lo llevaré conmigo a ese ataúd y ya no me despertaré.

»—Debe trabajar en él lo menos posible —exclamé.

»—A veces trabajo quince días y quince noches seguidos, durante las cuales vivo tan sólo de música. Después, descanso durante años.

»—¿Quiere interpretarme algo de su Don Juan Triunfante? —le pregunté, pensando que le gustaría y sobreponiéndome a la repugnancia que me causaba estar en aquella cámara de la muerte.

»—Jamás me pidas eso —contestó con voz sombría—. Este Don Juan no ha sido escrito según la letra de un Lorenzo da Ponte, inspirado por el vino, los pequeños amores y el vicio, castigado finalmente por Dios. Si quieres, interpretaré a Mozart, que hará correr tus bellas lágrimas y te inspirará honestos pensamientos. ¡Pero mi Don Juan, el mío, arde, Christine, y sin embargo no lo fulmina el fuego del cielo!...

»En este punto, volvimos a entrar al salón que habíamos abandonado. Me fijé que en ninguna parte de aquella estancia había espejos. Iba a decirlo, pero Erik se había sentado al piano, diciéndome:

»—Mira, Christine, hay una música tan terrible que consume a todos los que se le acercan. Felizmente aún no has llegado a ella, pues perderías tus frescos colores y ya no te reconocerían a tu regreso a París. Cantemos ópera, Christine Daaé.

»Me dijo: “Cantemos ópera, Christine Daaé”, como si se tratara de un insulto.

»Pero no tuve tiempo para detenerme a pensar en el tono que había dado a sus palabras. Inmediatamente comenzamos el dúo de Otelo, y ya la catástrofe se cernía sobre nuestras cabezas. Esta vez me había dejado el papel de Desdémona, que canté con una desesperación y un espanto que no había

alcanzado hasta aquel día. En lugar de paralizarme, la proximidad de semejante compañero me inspiraba un espléndido terror. Los hechos de los que era víctima me acercaban extraordinariamente al pensamiento del poeta y encontré tonalidades que hubieran maravillado al músico. Él cantaba con voz de trueno y su alma vengativa se volcaba sobre cada sonido, aumentando terriblemente su potencia. El amor, los celos y el odio brotaban en torno a nuestros gritos desgarradores. La máscara negra de Erik me recordaba el rostro del Moro de Venecia. Era la viva imagen de Otelo. Creí que me iba a golpear, que me haría caer con sus golpes... y, sin embargo, no hacía el menor movimiento para huir de él y evitar su furor como la tímida Desdémona. Por el contrario, me acercaba a él, atraída, fascinada, encontrando el encanto de la muerte en semejante pasión. Pero antes de morir, quise conocer, para conservar la imagen en mi última mirada, aquellos rasgos desconocidos a los que debía haber transformado el fuego del arte eterno. Quise ver el rostro de la Voz, e instintivamente, mediante un gesto que no pude contener, ya que no era dueña de mí, mis dedos ágiles arrancaron la máscara...

»¡Oh!, ¡horror!, ¡horror!... ¡Horror!«.

Christine se detuvo ante aquella visión a la que aún parecía querer apartar con sus manos temblorosas, mientras que los ecos de la noche, al igual que habían repetido el nombre de Erik, repetían tres veces: «¡Horror, horror, horror!». Raoul y Christine, siempre estrechamente abrazados, sobrecogidos por el relato, alzaron sus ojos hacia las estrellas que brillaban en un cielo tranquilo y puro.

—Es extraño, Christine —dijo Raoul—, lo llena de gemidos que está una noche tan dulce y apacible. Se diría que se lamenta junto con nosotros.

—Ahora que va a conocer el secreto —contestó ella—, sus oídos, al igual que los míos, se van a llenar de lamentos.

Apretó las manos protectoras de Raoul entre las suyas y, sacudida por un largo estremecimiento, continuó:

—Aunque viviese cien años, siempre oiría el aullido sobrehumano que lanzó, el grito de su dolor y de su rabia infernales, mientras aquella cosa aparecía ante mis ojos dilatados por el espanto, tan abiertos como mi boca, que no se había cerrado y que sin embargo no gritaba ya.

»¡Oh, Raoul, aquella cosa! ¿Cómo dejar de verla? Si mis oídos están llenos de sus gritos, mis ojos están hechizados por su rostro. ¡Qué imagen! ¿Cómo dejar de verla y cómo hacer que la vea?... Raoul, usted ha visto las calaveras cuando están secas por el paso de los siglos y si no fue víctima de una horrible pesadilla, vio también su calavera la noche de Perros. También ha visto pasarse durante el último baile de disfraces a la «Muerte roja». Pero todas

esas calaveras permanecían inmóviles y su mudo horror ya no vivía. Pero imagine, si es capaz, la máscara de la Muerte reviviendo de repente para expresar, por los agujeros negros de sus ojos, su nariz y su boca, la ira desatada, el furor soberano de un demonio: imagine la ausencia de mirada en los agujeros de los ojos, ya que, como supe más tarde, no pueden verse sus ojos de brasa más que en la noche profunda... Yo debía ser, pegada a la pared, la viva imagen del Espanto, como él era la de la Repulsión.

»Entonces, acercó a mí el rechinar horrible de sus dientes sin labios y, mientras yo caía de rodillas, me susurró lleno de odio cosas insensatas, palabras interrumpidas, maldiciones, delirio... ¡Y no sé cuántas cosas más!...

«—¡Mira! —gritaba inclinado sobre mí—, ¡has querido ver, ve, pues! ¡Impregna tus ojos, embriaga tu alma con mi maldita fealdad! ¡Mira el rostro de Erik! ¡Ahora conoces el rostro de la Voz! ¿No te bastaba, dime, con escucharme? Has querido saber cómo estaba hecho. ¿Por qué sois tan curiosas las mujeres?

»Y se echaba a reír mientras repetía: “¡Sois tan curiosas las mujeres!”... con una risa atronadora, ronca, espumeante, terrible... Decía también cosas como éstas:

«—¿Estás contenta? Soy hermoso, ¿no?... Cuando una mujer me ha visto, como lo acabas de hacer tú, es mía ¡Me ama para siempre! Soy un tipo sólo comparable a Don Juan.

»Y alzándose con los puños en las caderas, balanceándose sobre los hombros aquella cosa repulsiva que le servía de cabeza, tronaba:

«—¡Mírame! Soy Don Juan triunfante.

»Al verme girar la cabeza pidiendo piedad, me cogió brutalmente por el pelo y me obligó a mirarlo. Sus dedos de muerte se enlazaron a mis cabellos».

—¡Basta, basta! —interrumpió Raoul—. ¡Lo mataré, lo mataré! ¡En el nombre del cielo, Christine, dime dónde está el comedor del lago! ¡Lo mataré!

—Calle Raoul, si quiere usted saberlo todo.

—¡Ah, sí! Quiero saber cómo y por qué volvió usted. Ese es el secreto, Christine, en realidad no hay otro. ¡Pero de todas formas, lo mataré!

—¡Oh Raoul mío, si quiere saber, escuche! Me arrastraba por el pelo y entonces..., y entonces... ¡Oh, esto es aún más horrible!

—Dilo ahora... —exclamó Raoul con aire amenazador—. ¡Dilo pronto!

—Entonces dijo entre silbidos:

«—¿Qué? ¿Te doy miedo? ¿Es posible?... Crees quizá que llevo aún una

máscara, ¿no? ¿Y que esto... esto, mi cabeza, es una máscara? Pues bien, ¡arráncala como la otra! ¡Vamos! ¡Vamos! ¡Otra vez! ¡Quiero que lo hagas! ¡Tus manos! ¡Tus manos!... Dame tus manos...

Si no te bastan, te prestaré las mías... y entre los dos arrancaremos la máscara.

»Me arrojé a sus pies, pero él me cogió las manos, Raoul, y las hundió en el horror de su cara... Con mis uñas se arrancó la carne, su horrible carne muerta.

»—¡Mira, mira!... —exclamaba desde el fondo de su garganta que bramaba como una fragua—. ¡Entérate de una vez de que estoy hecho con materia de muerte!... ¡De la cabeza a los pies!... ¡Y que es un cadáver el que te ama, te adora y no te dejará nunca, nunca!... Haré ensanchar el ataúd, Christine, para más tarde, cuando hayamos acabado nuestros amores... ¿Ves?, ya no río, lloro..., lloro por ti que me has arrancado la máscara y que por ella no podrás abandonarme jamás... Mientras podías creerme hermoso, Christine, podías volver... Sé que hubieras vuelto..., pero ahora que conoces mi monstruosidad huirás para siempre... ¡¡No te soltaré!!! ¿Por qué has querido verme? ¡Insensata, loca Christine, por qué has querido verme!... ¡Si mi padre no me ha visto jamás y mi madre, para no verme, me regaló llorando mi primera máscara!

»Por fin me había soltado, y yo me arrastraba por el parqué entre sollozos. Después, como un reptil, se arrastró, salió de la habitación y entró en la suya, cuya puerta se volvió a cerrar, y yo me quedé sola, entregada a mi horror y a mis pensamientos, libre de la visión de la cosa. Un inmenso silencio sepulcral había sucedido a aquella tormenta y pude reflexionar acerca de las terribles consecuencias del gesto que había hecho al arrancarle la máscara. Las últimas palabras del monstruo me habían informado de sobra. Yo misma me había aprisionado para siempre y mi curiosidad iba a ser la causa de todas mis desgracias. Me lo había advertido con frecuencia... Me había repetido que no correría ningún peligro mientras no tocara la máscara, y yo la había tocado. Maldije mi imprudencia, pero me di cuenta temblando de que el razonamiento del monstruo era lógico. Sí, habría vuelto si no le hubiera visto el rostro... Ya me había conmovido lo suficiente, interesado, incluso apiadado, mediante sus lágrimas enmascaradas, para que permaneciera impasible ante su ruego. Por último, yo no era una ingrata y su defecto no iba a hacerme olvidar que era la Voz y que me había reconfortado con su genio. ¡Habría vuelto! ¡Pero ahora, de encontrarme lejos de aquellas catacumbas, no volvería! ¡No se vuelve para encerrarse en una tumba con un cadáver que te ama!

»Por su manera excitada de actuar durante la escena, y de mirarme, o mejor dicho, de acercarse a mí los dos agujeros negros de su mirada invisible,

había podido darme cuenta de que su pasión 'no tenía límites. Para que no me tomara en sus brazos, en un momento en que no podía ofrecerle la menor resistencia, era preciso que aquel monstruo fuera a la vez un ángel y, quizás, a pesar de todo, lo era un poco: el Ángel de la música, y puede que lo hubiera sido del todo si Dios le hubiera dado otro físico en lugar de vestirlo de podredumbre.

»Extraviada ante la idea del destino que me estaba reservado, presa del terror de ver volverse a abrir la puerta de la habitación del ataúd y de volver a ver el rostro del monstruo sin máscara, me había deslizado hasta mi propio cuarto y me había apoderado de las tijeras que podían poner término a mi espantoso destino..., cuando en ese momento oí las notas de un órgano...

»Entonces fue cuando empecé a entender las palabras de Erik acerca de lo que llamaba, con un desprecio que me había dejado estupefacta, la música de ópera, ya que lo que oía no tenía nada que ver con lo que me había fascinado hasta entonces. Su Don Juan Triunfante (ya que no me cabía la menor duda de que se había volcado en su obra maestra para olvidar el horror de lo que acababa de ocurrir), su Don Juan Triunfante no me pareció al principio más que un largo, horrible y magnífico sollozo en el que el pobre Erik había vertido toda su miseria maldita.

»Volvía a ver el cuaderno de notas rojas e imaginaba fácilmente que aquella música había sido escrita con sangre. Me paseaba con todo detalle a través del martirio; me hacía entrar en todos los rincones del abismo habitado por la fealdad humana; me mostraba a Erik golpeando atrozmente a su pobre cabeza repulsiva contra las paredes fúnebres de aquel infierno y rehuyendo, para no asustarlos, la mirada de los hombres. Asistía anonadada, jadeante, desesperada y vencida, a la eclosión de aquellos acordes maravillosos en los que se divinizaba el Dolor, después, los sonidos que subían del abismo se agruparon de repente en un vuelo prodigioso y amenazante; su tropa tornasolada pareció escalar el cielo al igual que el águila cuando sube hacia el sol; aquella sinfonía pareció abrazar el mundo y comprendí que la obra se había realizado por fin y que la Fealdad, elevada en alas del Amor, se había atrevido a mirar cara a cara a la Belleza. Me sentía como ebria; la puerta que me separaba de Erik cedió ante mis esfuerzos. Se había levantado al oírme, pero no se atrevió a volverse.

»—¡Erik! —exclamé—, enséñeme el rostro sin terror. Le juro que es usted el más desgraciado y sublime de los hombres y, si a partir de ahora Christine Daaé tiembla al mirarle, ¡es porque piensa en la grandeza de su genio!

»Entonces Erik se volvió. Había creído en mí y yo también, por desgracia... ¡y yo, ay, ay..., yo tenía fe en mí!... Elevó hacia el Destino sus manos descarnadas y se arrodilló ante mí con palabras de amor...

»... Con palabras de amor en su boca de muerte..., la música se había callado...

»Besaba el borde de mi falda, y no vio que yo cerraba los ojos.

»¿Qué más puedo decirle, Raoul? Ahora, ya conoce el drama... Durante quince días se repitió..., quince días durante los cuales le mentí. Mi mentira fue tan horrible como el monstruo al que iba dirigida; y a ese precio fue como pude conseguir la libertad. Quemé su máscara. Desempeñé tan bien mi papel que, cuando no cantaba, se atrevía a mendigar alguna de mis miradas, como un perro tímido que da vueltas alrededor de su amo. Se convirtió así como en un esclavo fiel y me rodeaba de mil cuidados. Poco a poco llegué a inspirarle tanta confianza que se atrevió a llevarme a las orillas del Lago Averno y a pasearme en barca por sus aguas de plomo; en los últimos días de mi cautiverio, por la noche, me hacía atravesar las verjas que encierran los subterráneos de la calle Scribe. Allí nos esperaba un carruaje que nos llevaba hasta la soledad del Bois.

»La noche en la que nos encontramos estuvo a punto de resultarme trágica, ya que siente hacia usted unos celos horribles; a los que no he podido combatir más que afirmando su próxima partida... Por fin, después de quince días de aquel abominable cautiverio, en el que me sentí unas veces transportada de piedad, otras de entusiasmo, de angustia y de horror, me creyó cuando le dije: ¡Volveré!».

—Y ha vuelto, Christine —gimió Raoul.

—Es cierto, Raoul, y debo decir que no fueron las espantosas amenazas con las que acompañó mi libertad las que me ayudaron a mantener mi palabra, sino el sollozo desesperado que lanzó en el umbral de su tumba.

»Sí, ese sollozo —repitió Christine moviendo dolorosamente la cabeza— me encadenó al desventurado monstruo más de lo que yo misma suponía en el momento de decirnos adiós. ¡Pobre Erik, pobre Erik!».

—Christine —dijo Raoul poniéndose de pie—, dice usted que me ama, pero pocas horas han transcurrido desde que ha recuperado recobrado su libertad que ya vuelve al lado de Erik... ¡Recuerde el baile de disfraces!

—Las cosas habían sido acordadas así... recuerde también que aquellas horas las pasé con usted, Raoul..., con peligro para los ambos...

—Durante aquellas horas dudé de que me amase.

—¿Aún lo duda, Raoul?... Sepa entonces que cada uno de mis viajes al lado de Erik ha aumentado mi horror hacia él, ya que cada uno de estos viajes, en lugar de calmarlo como yo esperaba, le vuelven aún más loco de amor... ¡y tengo miedo! ¡Tengo miedo! ¡Tengo miedo!

—Tiene miedo... Pero, ¿me ama?... Si Erik no fuera como es, ¿me amaría, Christine?

—¡Desventurado! ¿Por qué tentar al destino? ¿Para qué preguntarme cosas que he ocultado en el fondo de mi conciencia como un pecado?

Se levantó a su vez, rodeó la cabeza del joven con sus bellos brazos y le dijo:

—¡Oh, mi prometido de un día! Si no le amase no le ofrecería mis labios, por primera y última vez.

Él los tomó, pero la oscuridad que les rodeaba se desgarró de tal manera que huyeron como si se acercara una tormenta, y sus ojos, en los que habitaba el temor de Erik, les reveló, antes de desaparecer en el fondo de los tejados, allá arriba, por encima de ellos, ¡un inmenso pájaro nocturno que les miraba con sus ojos de brasa, y que parecía aferrado a las cuerdas de la lira de Apolo!

CAPÍTULO XIV

UN GOLPE GENIAL DEL MAESTRO EN TRAMPILLAS

Raoul y Christine corrieron, corrieron. Ahora huían del tejado donde se encontraban los ojos de brasa, que sólo se ven en lo más profundo de la noche; y no se detuvieron hasta llegar al octavo piso.

Aquella noche no había función y los pasillos de la ópera estaban desiertos.

De pronto, una extraña silueta surgió ante los jóvenes, cortándoles el paso.

—¡No! ¡Por aquí no!

Y la silueta les indicó otro pasillo por el cual podían llegar entre los bastidores.

Raoul quería detenerse, pedir explicaciones.

—¡Vamos, vamos, aprisa! —ordenó aquella sombra vaga oculta en una especie de capa y cubierta con un bonete puntiagudo.

Pero ya Christine arrastraba a Raoul y le obligaba a seguir corriendo:

—¿Pero quién es? ¿Quién es ése? —preguntaba el joven.

—¡Es el Persa!... —contestaba Christine.

—¿Qué hace aquí?

—Nadie sabe nada de él... ¡Está siempre en la ópera!

—Lo que usted me obliga a hacer, Christine, es una cobardía —dijo Raoul, que estaba muy alterado—. Me hace huir. Es la primera vez en mi vida.

—¡Bah! —contestó Christine que empezaba a calmarse—. Creo que hemos huido de la sombra de nuestra imaginación.

—Si de verdad hemos visto a Erik, debería haberlo clavado a la lira de Apolo, como se clava a la lechuza en las tapias de nuestras granjas bretonas, y ya no hubiéramos tenido que ocuparnos de él.

—Mi buen Raoul, primero habría tenido que subir a la lira de Apolo, y no es cosa fácil.

—Sin embargo, los ojos de brasa estaban allí.

—¡Bueno! Ya está usted como yo, dispuesto a verlo en todas partes, pero si se reflexiona, uno se dice: lo que he tomado por ojos de brasa no eran más que los clavos de oro de dos estrellas que contemplaban la ciudad a través de las cuerdas de la lira.

Y Christine bajó un piso más, seguida por Raoul.

—Ya que está decidida del todo a partir, Christine —dijo el joven—, vuelvo a insistir que valdría más huir ahora mismo. ¿Por qué esperar a mañana? ¡Quizá nos haya oído esta noche!...

—¡Imposible, imposible! Trabaja, repito, en su Don Juan Triunfante, y no se ocupa de nosotros.

—Está usted tan poco convencida que no deja de mirar hacia atrás.

—Vamos a mi camerino.

—Vámonos mejor fuera de la ópera.

—¡Jamás hasta el momento de huir! Nos expondríamos a alguna desgracia si no cumplo mi palabra. Le prometí no vernos más que aquí.

—Es un consuelo para mí que le permita esto. ¿Sabe —dijo Raoul con amargura— que has sido usted pero que muy audaz permitiéndome el juego del noviazgo?

—Pero, querido, él está al corriente. Me dijo: «Confío en ti, Christine. El señor de Chagny está enamorado de ti y debe irse. Antes de que se vaya, ¡que sea tan desventurado como yo!...».

—¿Y qué significa eso, por favor?

—Soy yo la que debería preguntárselo, Raoul. ¿Se es desgraciado cuando se ama?

—Sí, Christine. Cuando se ama y no se sabe si se es amado. —¿Dices eso

por Erik?

—Por mí y por Erik —dijo el joven meneando al cabeza con aire pensativo y desolado.

Llegaron al camerino de Christine.

—¿Por qué se cree más segura en este camerino que en el teatro? —preguntó Raoul—. Si le oye usted a través de los muros, también él puede oírnos.

—¡No! Me ha dado su palabra de no ponerse tras las paredes de mi camerino, y yo creo en la palabra de Erik. Mi camerino y mi habitación, en la mansión del lago, son míos, exclusivamente míos, y sagrados para él.

—¿Cómo pudo abandonar usted este camerino para ir a parar a un corredor oscuro, Christine? ¿Quiere que intentemos repetir sus pasos?

—Es peligroso, amigo mío, porque el espejo podría llevarme otra vez y, en lugar de huir, me vería obligada a ir hasta el final del pasadizo secreto que conduce a las orillas del lago y desde allí llamar a Erik.

—¿La oiría?

—Por donde quiera que llame a Erik, Erik me oirá... Él fue quien me lo dijo. Es un genio muy especial. No hay que creer, Raoul, que se trata simplemente de un hombre que le divierte vivir bajo tierra. Hace cosas que ningún otro hombre podría hacer. Sabe cosas que el mundo viviente ignora.

—Tenga cuidado, Christine, está construyendo usted a un fantasma.

—No, no es un fantasma. Es un hombre del cielo y de la tierra. Eso es todo.

—¡Un hombre del cielo y de la tierra... eso es todo!... ¡Qué forma de hablar!... ¿Sigue decidida a huir de él?

—Sí, mañana.

—¿Quiere que le diga por qué querría que huyamos esta noche?

—Dígame, Raoul. ¡Porque mañana ya no estará decidida a nada!

—En ese caso, Raoul, me llevará usted a pesar mío... ¿Queda claro?

—Aquí, pues, mañana por la noche. A las doce estaré en su camerino. Pase lo que pase, yo cumpliré mi promesa —dijo el joven con aire sombrío—. ¿Ha dicho usted que después de la representación debe ir a esperarla en el comedor del lago?

—En efecto, es allí donde me ha citado.

—¿Y cómo podrá llegar hasta él, si no sabe salir del camerino «por el espejo»?

—Pues, encaminándome directamente hacia la orilla del lago.

—¿A través de todos los subterráneos? ¿Por las escaleras y los corredores en los que están los tramoyistas y las gentes de, servicio? ¿Cómo se las arreglaría para conservar el secreto de semejante viaje? Todo el mundo seguiría a Christine Daaé y llegaría al lago acompañada de una multitud.

Christine sacó de un cofrecillo una enorme llave y se la enseñó a Raoul.

—¿Qué es? —preguntó él.

—Es la llave de la verja del subterráneo de la calle Scribe.

—Entiendo, Christine, conduce directamente al lago. Por favor, deme esa nave.

—¡Jamás! —contestó ella con energía—. ¡Sería una traición! De repente, Raoul vio cómo Christine cambiaba de color. Una palidez mortal cubrió sus rasgos.

—¡Oh, Dios mío!... —exclamó—. ¡Erik, Erik!, tenga piedad de mí.

—¡Calle! —ordenó Raoul—. ¿No me ha dicho usted que podía oírla?

Pero la cantante se retorció los dedos, mientras repetía en tono cada vez más extraviado:

—¡Oh, Dios mío! ¡Dios mío!

—Pero, ¿qué pasa? ¿Qué ocurre? —imploró el joven.

—El anillo.

—¿Qué anillo? Por favor, Christine, tranquilícese.

—El anillo de oro que me dio.

—¿Ah, es Erik quien le dio el anillo de oro?

—¡Lo sabe usted de sobras, Raoul! Pero lo que no sabe es lo que me dijo al dármele: «Te devuelvo la libertad, Christine, pero a condición de que este anillo esté siempre en tu dedo. Mientras lo conserve, estarás a salvo de todo peligro, y Erik será tu amigo. Pero si te separas de él, será tu desgracia, Christine, ya que Erik se vengará»... ¡Amigo mío, el anillo no está ya en mi dedo!... ¡La desgracia ha caído sobre nosotros!

Buscaron en vano el anillo de oro. No lo encontraron. La joven no se calmaba.

—Fue mientras le he dado ese beso, bajo la lira de Apolo —intentó

explicar temblando—; el anillo se habrá deslizado de mi dedo y caído a la ciudad. ¿Cómo encontrarlo ahora? ¿Qué desgracia nos amenaza ahora, Raoul? ¡Ah, huyamos!

—¡Huyamos en seguida! —volvió a insistir Raoul.

Ella dudó. Él creyó por un momento que iba a decir que sí... Pero después sus claras pupilas se turbaron y dijo:

—¡No, mañana!

Y se alejó precipitadamente, mientras continuaba retorciéndose los dedos como si de aquella manera el anillo fuera a aparecer.

En cuanto a Raoul, volvió a su casa muy preocupado por todo lo que había oído.

—¡Si no la salvo de las manos de ese charlatán está perdida! ¡Pero la salvaré! —dijo en voz alta en su cuarto, mientras se acostaba.

Apagó la lámpara y sintió en la oscuridad la necesidad de insultar a Erik.

—¡Farsante!... ¡Farsante!... ¡Farsante!... —gritó tres veces en voz alta.

Pero, de repente, se incorporó apoyándose en los codos. Un sudor frío se le pegó a las sienes. Dos ojos, ardientes como brasas, acababan de encenderse al pie de su cama. Le miraban fija, terriblemente, en la noche oscura.

Raoul era valiente, sin embargo temblaba. Estiró la mano tanteando, temblorosa, incierta, hacia la mesilla de noche. Al encontrar una caja de cerillas, encendió una. Los ojos desaparecieron.

Pensó, sin tranquilizarse en lo más mínimo.

«Ella me dijo que sus ojos sólo se veían en la oscuridad. Han desaparecido con la luz, pero él quizás esté aún ahí».

Y se levantó, buscó, pasó prudentemente revista a todas las cosas. Miró debajo de la cama como un niño. Entonces se encontró ridículo. Dijo en voz alta:

—¿Qué debo creer? ¿Qué no debo creer, con semejante cuento de hadas? ¿Dónde termina lo real y dónde empieza lo fantástico? ¿Qué habrá visto Christine? ¿Qué habrá creído ver?

Y añadió estremeciéndose:

—Y yo, ¿qué he visto? ¿Habré visto en realidad los ojos de brasa hace un momento? ¿Habrán brillado tan sólo en mi imaginación? ¡No estoy seguro de nada! ¡Mejor no pensar en esos ojos!

Se acostó. Volvió a quedar todo oscuro.

Los ojos reaparecieron.

—¡Oh! —suspiró Raoul.

Incorporándose en la cama los miraba también fijamente, con todo el valor de que era capaz. Después de un silencio en el que intentó recuperar toda su serenidad, gritó de repente:

—¿Eres tú, Erik? ¡Hombre, genio o fantasma! ¿Eres tú?

«Si es él... está en el balcón», pensó.

Entonces corrió en pijama hasta un mueblecito y tanteando cogió un revólver. Ya armado, abrió la ventana. La noche era muy fría. Raoul echó una ojeada al balcón desierto y volvió a entrar cerrando la puerta. Se acostó temblando, con el revólver sobre la mesita de noche, al alcance de su mano.

Una vez más, apagó la lámpara.

Los ojos seguían allí, al pie de la cama. ¿Estaban entre la cama y el cristal de la ventana, o detrás de la ventana, afuera, en el balcón?

Eso era todo lo que Raoul quería saber. Quería saber también si aquellos ojos pertenecían a un ser humano... Quería saberlo todo...

Entonces, tranquilamente y con frialdad, sin turbar a la noche que le rodeaba, el joven tomó su revólver y apuntó.

Apuntó a las dos estrellas de oro que le miraban con aquel curioso resplandor inmóvil.

Apuntó un poco más arriba que las dos estrellas. Si aquellas estrellas eran ojos, y si encima de aquellos ojos había una frente, y si Raoul no era demasiado torpe...

La detonación rodó con horrible estruendo en la paz de la casa dormida... Y mientras multitud de pasos se afanaban en los pasillos, Raoul, incorporándose en la cama con el brazo tendido, dispuesto a volver a disparar, miraba...

Esta vez las dos estrellas habían desaparecido.

Luz, criados, el conde Philippe terriblemente inquieto.

—¿Qué sucede, Raoul?

—Me parece que he soñado —contestó el joven—. He disparado a dos estrellas que me impedían dormir.

—¿Divagas?... ¡Te encuentras bien!... Por favor, Raoul, ¿qué ha pasado? ... —y el conde se apoderó del revólver.

—¡No, no! No divago... Además, ahora mismo lo sabemos...

Se levantó, se puso una bata y las pantuflas, cogió la luz que un criado le alcanzaba y, abriendo la puerta, salió al balcón.

El conde había visto que el cristal de la ventana estaba atravesado por una bala a la altura de un hombre. Raoul se asomaba por el balcón con la lámpara en la mano.

—¡Ajá! —exclamó—. ¡Sangre, sangre!... Aquí... Allí... Más sangre. ¡Mejor, un fantasma que sangra... es menos peligroso! —susurró mientras reía sarcásticamente.

—¡Raoul, Raoul, Raoul!

El conde le zarandeaba como si intentara sacar a un sonámbulo de su peligroso sueño.

—¡Pero, hermano, no estoy dormido! —protestó Raoul impacientado—. Puedes ver esa sangre. Creía que estaba soñando y que había disparado sobre dos estrellas. Eran los ojos de Erik, y ésta es su sangre... —súbitamente inquieto, añadió—: ¡Después de todo, quizá he hecho mal en disparar, y Christine es capaz de no perdonármelo!... Nada hubiera ocurrido si hubiera tomado la precaución de correr las cortinas de la ventana en el momento de acostarme.

—¡Raoul! ¿Es que te has vuelto loco de repente? ¡Despierta!

—¡Otra vez! Harías mejor, hermano mío, ayudándome a encontrar a Erik..., ya que, a fin de cuentas, un fantasma que sangra se puede encontrar...

El mayordomo del conde dijo:

—Es cierto, señor, que hay sangre en el balcón.

Un criado trajo una lámpara a cuya luz pudieron examinar todo. El rastro de sangre seguía la rampa del balcón y llegaba hasta un canalón, a lo largo del cual subía.

—Amigo mío —dijo el conde—, has disparado a un gato.

—Lo malo —exclamó Raoul con una nueva carcajada burlona que sonó dolorosamente en los oídos del conde— es que es muy posible. Con Erik nunca se sabe. ¿Es Erik? ¿Es un gato? ¿Es el fantasma? ¿Es de carne y hueso o sólo una sombra? ¡No, no! ¡Con Erik nunca se sabe!

Raoul se aferraba a aquellas frases extrañas que respondían tan íntima y lógicamente a las preocupaciones de su espíritu y que se identificaban a las confidencias, a la vez reales y con apariencia sobrenatural, de Christine Daaé. Y sus frases no contribuyeron poco en persuadir a muchos de que el cerebro

del joven no funcionaba bien. El mismo conde lo creyó y, más tarde, el juez de instrucción, ante el informe del comisario de policía, no tuvo la menor duda en llegar a la misma conclusión.

—¿Quién es Erik? —preguntó el conde apretando la mano de su hermano.

—¡Es mi rival! ¡Y si no está muerto, lo mismo me da!

Con un gesto, despidió a los criados.

La puerta de la habitación volvió a cerrarse dejando solos a los dos Chagny. Pero los criados no se alejaron tan rápidamente como para no permitir que el mayordomo del conde oyera cómo Raoul pronunciaba fuerte y claramente:

—¡Esta noche raptaré a Christine Daaé!

Esta frase fue repetida más tarde ante el juez de instrucción Faure. Pero nunca se supo exactamente qué se dijeron los dos hermanos durante esa entrevista.

Los criados contaron que aquella noche no era la primera vez que discutían.

Si, a través de unas paredes se oían gritos, y siempre se mencionaba a una artista llamada Christine Daaé.

A la hora del almuerzo —el almuerzo matutino, que el conde tomaba en su gabinete de trabajo—, Philippe ordenó que fueran a decir a su hermano que deseaba verlo. Raoul llegó, sombrío y mudo. La escena fue muy breve.

El conde. —¡Lee esto!

Philippe entrega a su hermano un periódico: L'Épóque. Con el dedo, señala la siguiente crónica.

El vizconde lee con desdén:

«Una gran noticia en el barrio: la señorita Christine Daaé, artista lírica, y el señor vizconde Raoul de Chagny se han comprometido. Si se da crédito a los rumores de entre bastidores, el conde Philippe se habría negado, afirmando que, por primera vez, los Chagny no cumplirían su promesa. Dado que el amor, en la ópera más aún que en otras partes, es todopoderoso, nos preguntamos de qué medios puede valerse el conde Philippe para impedir que su hermano el vizconde lleve al altar a la nueva Margarita. Se dice que los dos hermanos se adoran, pero el conde se engaña extrañamente si espera que el amor fraternal ceda al amor a secas».

El conde (triste). —Ya lo ves, Raoul, nos pones en ridículo... Esa chica te ha sorbido el seso con sus cuentos de fantasmas.

(El vizconde había pues explicado a su hermano el relato de Christine Daaé).

El vizconde. —¡Adiós, hermano!

El conde. —¿Estás decidido? ¿Te marchas esta noche? (El vizconde no contesta)... ¿Con ella?... ¿Serás capaz de semejante tontería? (Silencio del vizconde). ¡Yo sabré impedirte!

El vizconde. —¡Adiós, hermano!

(Se marcha).

Esta escena fue explicada al juez de instrucción por mismo hermano, que no debía volver a ver a Raoul más que aquella noche, en la ópera, algunos minutos antes de la desaparición de Christine.

En efecto, Raoul dedicó todo aquel día a los preparativos del rapto.

Los caballos, el carruaje, el cochero, las provisiones, las maletas, el dinero necesario, el itinerario —era preciso no tomar el tren para poder despistar al fantasma—, todo esto le ocupó hasta las nueve de la noche.

A las nueve, una especie de berlina, con las cortinas echadas y las puertas herméticamente cerradas, ocupó un sitio en la fila junto a la Rotonda. Iba tirada por dos vigorosos caballos y conducida por un cochero cuyo rostro era difícil distinguir, tan envuelto estaba entre los pliegues de una bufanda. Delante de esta berlina había tres coches. Más tarde, la instrucción estableció que se trataba de los de la Carlotta, llegada repentinamente a París, de la Sorelli y, delante de todos, el del conde de Chagny. De la berlina no bajó nadie. El cochero permaneció en su asiento. Los otros tres cocheros habían permanecido igualmente en el suyo.

Una sombra, envuelta en una gran capa negra con un sombrero de fieltro, también negro, pasó por la acera, entre la Rotonda y los vehículos. Parecía mirar atentamente la berlina. Se acercó a los caballos, después al cochero, antes de alejarse sin haber pronunciado una sola palabra. La instrucción creyó más tarde que aquella sombra era la del vizconde Raoul de Chagny. En lo que a mí se refiere, no lo creo así, teniendo en cuenta que el vizconde de Chagny llevaba un sombrero de copa, igual que las otras noches, y que además el sombrero fue encontrado más tarde. Más bien creo que aquella sombra era la del fantasma, que estaba al corriente de todo como ahora mismo veremos.

Por casualidad, se representaba Fausto. La concurrencia era de las más brillantes. El público de la ópera estaba maravillosamente representado. Por aquella época, los abonados no cedían, no alquilaban ni subalquilaban ni se compartían los palcos con financistas, comerciantes o extranjeros. Hoy en día podemos ver en el palco del marqués de cual, ya que sigue conservando su

título, pues el marqués es por contrato su titular, pero en ese palco, decíamos, descansa Cómodamente un vendedor de tocino y su familia, y está en su derecho ya que paga el palco del marqués. Antaño, estas costumbres eran Prácticamente desconocidas. Los palcos de la ópera eran salones en los que se reunían los hombres de mundo quienes, a veces, les gustaba la música.

Toda esa concurrencia se conocía, sin que por ello se frecuentara Necesariamente. Pero llevaban los nombres en la cara y la fisionomía del conde de Chagny era conocida por todos.

La noticia aparecida por la mañana en L'Époque debía haber surtido su pequeño efecto, ya que todas las miradas se dirigían hacia el palo en el que el conde Philippe, con aspecto de absoluta indiferencia y aire despreocupado, se encontraba completamente solo. El elemento femenino de aquella esplendorosa asamblea parecía especialmente Intrigado y la ausencia del vizconde daba pie a cientos de cuchicheos detrás de los abanicos. Christine Daaé fue acogida con bastante frialdad. Aquel público distinguido no le perdonaba que mirara tan alto.

La diva notó la mala disposición de una parte de la sala y se sintió turbada.

Los asiduos, que pretendían estar al corriente de los amores del vizconde, no pudieron evitar sonreír en ciertos pasajes del papel de Margarita. Por eso se volvieron ostensiblemente hacia el palco de Philippe de Chagny cuando Christine cantó la frase: «Querría saber quién era aquel joven, si es un gran señor y cómo se llama».

Con el mentón apoyado en la mano, el conde no parecía preocuparse de aquellas manifestaciones. Fijaba los ojos en el escenario. Pero, ¿lo miraba? Parecía muy ausente...

Christine iba mostrándose cada vez más insegura. Temblaba. Se encaminaba hacia él desastre... Carolus Fonta se preguntó si se encontraba mal, si podría mantenerse en escena hasta el final del acto que era el del jardín. En la sala, la gente recordaba la desgracia ocurrida a la Carlotta el final de este acto, y el «cuac» histórico que por el momento había suspendido su carrera en París.

Precisamente entonces, la Carlotta hizo su entrada en un palco lateral, entrada sensacional. La pobre Christine levantó los ojos hacia aquel nuevo motivo de turbación. Reconoció a su rival. Le pareció verla sonreír irónicamente. Esto la salvó. Lo olvidó todo para triunfar una vez más.

A partir de este momento, cantó con toda su alma. Intentó superar todo lo que había hecho hasta entonces, y lo consiguió. En el último acto, cuando comenzó a invocar a los ángeles y a ascender del suelo, arrastró en un nuevo vuelo a toda la sala estremecida y todos creyeron tener alas.

Ante aquella llamada sobrehumana, un hombre se había levantado en el centro del anfiteatro y se mantenía de pie, de cara a la artista, como si con el mismo movimiento dejara también la tierra... Era Raoul:

¡Ángeles puros! ¡Ángeles radiantes! ¡Ángeles puros! ¡Ángeles radiantes!

Y Christine, con los brazos tendidos, la garganta inflamada, envuelta en la gloria de su cabellera desatada sobre sus hombros desnudos, lanzaba el clamor divino:

¡Llevad mi alma al seno de los cielos!

Fue entonces cuando una repentina oscuridad se hizo en el teatro. Todo fue tan rápido que los espectadores no tuvieron siquiera tiempo de lanzar un grito de estupor, ya que la luz volvió de nuevo a iluminar el escenario.

... ¡Pero Christine Daaé había desaparecido! ¿Qué había sido de ella?... ¿Qué milagro era aquél?... Todos se miraron sin entender y una gran emoción se apoderó de todos. El desasosiego no era menor en el escenario que en la sala. Desde los bastidores la gente se precipitaba hacia el lugar en el que, hacía un instante, Christine cantaba. El espectáculo se interrumpía en medio del mayor desorden.

¿Adónde, adónde había ido Christine? ¿Qué sortilegio la había arrebatado a millares de espectadores entusiasmados y los mismos brazos de Carolus Fonta? En realidad, podían preguntarse si, en virtud de su ruego inflamado, los ángeles no la habían llevado realmente «al seno de los cielos» en cuerpo y alma...

Raoul, siempre de pie en el anfiteatro, había lanzado un grito. El conde Philippe se había incorporado en su palco. Todos miraban el escenario, miraban al conde, miraban a Raoul, y se preguntaba si el curioso suceso no tenía nada que ver con la nota aparecida aquella misma mañana en el periódico. Pero Raoul abandonó a toda prisa su sitio, el conde desapareció de su palco y, mientras bajaba el telón, los abonados se precipitaron hacia la entrada de artistas. En medio de una indescriptible confusión y algarabía, el público esperaba un anuncio. Todos hablaban a la vez. Cada cual pretendía explicar cómo habían ocurrido las cosas. Unos decían: «Ha caído en una trampa». Otros: «Ha sido elevada en las bambalinas. La pobre ha sido quizá víctima de un nuevo truco estrenado por la nueva dirección». Y otros aún: «Es una emboscada. La coincidencia de la oscuridad y la desaparición lo prueban sobradamente».

Por fin, se levantó el telón, y Carolus Fonta, avanzando hasta el estrado del director de orquesta, anunció con una voz grave y triste:

—¡Señoras y señores, algo inaudito, que nos sume en una profunda

inquietud, acaba de producirse! ¡Nuestra compañera Christine Daaé ha desaparecido ante nuestros ojos sin que podamos saber cómo!

CAPÍTULO XV

SINGULAR ACTITUD DE UN IMPERDIBLE

En el escenario reina un desorden jamás visto. Artistas, tramoyistas, bailarinas, comparsas, figurantes, coristas, abonados, todos preguntan, gritan, se empujan. «¿Dónde está?». «¡La han hecho desaparecer!». «¡Es el vizconde de Chagny el que la ha raptado!». «¡No, es el conde!». «¡Ah, y la Carlotta! ¡La Carlotta es la quien ha dado el golpe!». «¡No, es el fantasma!».

Algunos se ríen, sobre todo después de que un atento examen de las trampillas y del suelo ha alejado cualquier sospecha de accidente.

En medio de esta masa excitada, tres personajes se hablan en voz baja y con gestos desesperados. Son Gabriel, el maestro de canto; Mercier, el administrador; y el secretario Rémy. Se han retirado a un rincón del tambor que comunica el escenario con el amplio pasillo del foyer de la danza. Allí, detrás de unos enormes accesorios, comentan:

—¡He llamado! ¡No me han contestado! Puede que no estén en su despacho. En todo caso es imposible saberlo, porque se han llevado las llaves.

Así se expresa el secretario Rémy y no cabe duda de que con estas palabras se refiere a los señores directores. Éstos han dado la orden, en el último entreacto, de no molestarlos bajo ningún pretexto. «No están para nadie».

—Sin embargo, ¡no se rapta a una cantante en el escenario todos los días!
—exclama Gabriel.

—¿Les ha gritado usted eso? —pregunta Mercier.

—Ahora mismo vuelvo —dice Rémy y desaparece corriendo. En aquel momento aparece el regidor.

—Y bien, señor Mercier, ¿viene usted? ¿Qué hacen aquí ustedes dos? Lo necesitamos, señor administrador.

—No quiero hacer nada ni saber nada antes de que llegue el comisario —declara Mercier—. He mandado buscar a Mifroid. ¡Cuando llegue, ya veremos!

—Y yo le digo que hay que bajar inmediatamente al registro.

—No antes de que llegue el comisario...

—Yo ya he bajado al registro.

—¡Ah! ¿Y qué ha visto?

—¡Pues bien, no he visto a nadie! ¿Me entiende bien? ¡A nadie!

—¿Y qué quiere usted que haga yo allí?

—¡Evidentemente! —contesta el regidor, que se pasa frenéticamente las manos por un mechón rebelde—. ¡Evidentemente! Pero quizá si hubiera alguien en el registro, podría explicarnos cómo se han apagado tan de pronto las luces en el escenario. Y, Mauclair no está en ninguna parte, ¿entiende?

Mauclair era el jefe de iluminación, o sea el responsable del día y la noche en el escenario de la ópera.

—Mauclair no está por ningún lado —repite Mercier excitado—. Pero bueno, ¿y sus ayudantes?

—¡Ni Mauclair ni sus ayudantes! ¡Nadie en el cuarto de iluminación les digo! Como bien pueden imaginar —brama el regidor—, la Daaé no se habrá raptado a sí misma. ¡El golpe estaba preparado, y lo que hay que descubrir...! ¿Y los directores que no aparecen?... ¡He prohibido disminuir las luces y he puesto un bombero delante del nicho del registro! ¿Acaso no he hecho bien?

—Sí, sí, ha hecho usted bien... Y ahora esperemos que llegue el comisario.

El regidor se aleja, encogiéndose de hombros, rabioso, mascullando insultos a esos imbéciles que se quedan tranquilamente acurrucados en un rincón mientras todo el teatro está «patas arriba». Tranquilos, lo que se dice tranquilos, Gabriel y Mercier no lo estaban. Habían recibido una orden que les paralizaba. No podían molestar a los directores por ningún motivo. Rémy había infringido esa orden y no había pasado nada.

Precisamente en aquel instante vuelve de su nueva expedición.

Viene con una expresión más bien azorada.

—¿Y bien, ha hablado con ellos? —pregunta Mercier.

—Moncharmin ha acabado por abrirme la puerta —contesta Rémy—. Los ojos se le salían de las órbitas. Creí que iba a pegarme. No he podido decir una sola palabra, ¿saben lo que me ha dicho a gritos?

»—¿Tiene usted un imperdible?

»—No.

»—¡Entonces déjeme en paz!...

»Intento explicarle que en el teatro están ocurriendo cosas extrañas... y él me contesta:

»—¿Un imperdible? ¡Deme inmediatamente un imperdible!

»Un ordenanza que le había oído —gritaba como un sordo— llega con un imperdible, se lo da inmediatamente y Moncharmin me cierra la puerta en las narices. ¡Eso es todo!».

—¿Y no ha podido usted decirle que Christine Daaé...?

—¡Habría querido verlo en mi lugar!... ¡Echaba espuma por la boca!... No pensaba más que en su imperdible... Creo que, si no se lo hubieran traído en el acto, le hubiera dado un ataque. ¡Realmente, todo esto no es normal y nuestros directores se están volviendo locos!...

El señor secretario Rémy no está contento. Lo hace notar.

—¡Esto no puede seguir así! ¡No estoy acostumbrado a que me traten de esta forma!

De repente, Gabriel exclama:

—Es otro golpe del F. de la Ó.

Rémy se ríe sarcásticamente. Mercier suspira, parece dispuesto a soltar una confidencia... Pero, al mirar a Gabriel que le hace señas para que se calle, no dice nada.

Sin embargo, Mercier, que siente aumentar el peso de su responsabilidad a medida que transcurren los minutos sin que los directores aparezcan, no aguanta más.

—¡Bueno! Iré yo mismo a buscarlos —decide.

Gabriel, de repente muy sombrío y grave, le detiene.

—Piense en lo que hace, Mercier. ¡Si se quedan en su despacho quizá sea porque es necesario! ¡El F. de la Ó. tiene más de un truco en su haber!

Pero Mercier mueve la cabeza.

—¡Es igual! ¡Voy allá! Si me hubieran escuchado, hace ya mucho tiempo lo hubieran contado todo a la policía. Y se va.

—¿Qué es todo? —pregunta inmediatamente Rémy—. ¿Qué le habría que haber contado a la policía? ¿Por qué se calla, Gabriel?... ¡También está usted enterado del asunto! ¡Pues bien, más le vale informarme si quiere que no vaya por ahí diciendo que todos ustedes se están volviendo locos!... ¡Sí, locos, locos de remate!

Gabriel le mira con ojos estúpidos y simula no entender nada de aquella salida intempestiva del señor secretario.

—¿Qué asunto? —murmura—. No sé a qué se refiere. Rémy se exaspera.

—Esta noche, Richard y Moncharmin, aquí mismo, en los entreactos, parecían dos alienados.

—No lo he notado —gruñe Gabriel, muy incómodo.

—¿Será usted el único!... ¿Acaso cree que no les he visto?... ¿Y el señor Parabise, director del Crédit Central, tampoco se ha dado cuenta de nada?... ¿Cree que el señor embajador de la Borderie lleva los ojos en el bolsillo?... ¡Pero, señor maestro de canto, si todos los abonados señalaban con el dedo a nuestros directores!

—¿Qué hacían nuestros directores? —pregunta Gabriel con aire ingenuo.

—¿Qué hacían? ¡Pero si sabe usted mejor que nadie lo que hacían!... ¡Estaba usted allí!... ¡Y les observaban, usted y Mercier!... Y eran ustedes los únicos en no reírse...

—¡No le entiendo!

Muy frío, muy ensimismado, Gabriel extiende los brazos y los deja caer, gesto que significa evidentemente que se desentiende de la cuestión... Rémy continúa:

—¿Qué significa esta nueva manía?... ¿Es que ahora ya no quieren que nadie se acerque a ellos?

—¿Cómo? ¿Que no quieren que nadie se acerque a ellos?

—¿Por qué no quieren que nadie los toque?

—¿En verdad ha notado usted que no quieren que nadie los toque? ¡Esto sí que es extraño!

—¡Ah, con que lo reconoce! ¡Ya era hora! ¡Y caminan para atrás!

—¿Para atrás? ¿Ha notado usted que nuestros directores caminan para atrás? Creía que sólo los cangrejos caminaban para atrás.

—¡No ría usted, Gabriel! ¡No se ría!

—No me río —protesta Gabriel que está más serio que un papa.

—Por favor, Gabriel ¿podría explicarme, usted que es amigo íntimo de la dirección, por qué en el entreacto del «jardín», en el foyer, cuando yo avanzaba con la mano tendida hacia el señor Richard, oí al señor Moncharmin decirme precipitadamente en voz baja: «¡Aléjese! ¡Aléjese! ¡Y sobre todo no toque al señor director!...»? ¿Es que soy un apestado?

—¡Increíble!

—Y unos instantes más tarde, cuando el embajador de la Borderie se dirigió a su vez hacia el señor Richard, ¿no vio usted al señor Moncharmin

interponerse y exclamar: «Señor embajador, se lo suplico, no toque al señor director»?

—¡Desconcertante!... ¿Y qué hacía Richard mientras tanto?

—¿Qué hacía? Lo ha visto perfectamente, daba media vuelta, saludaba hacia adelante sin que hubiera nadie delante de él y se retiraba caminando hacia atrás.

—¿Hacia atrás?

—Y Moncharmin, detrás de Richard, también había dado media vuelta, es decir que había efectuado un rápido semicírculo detrás de Richard, y se retiraba también caminando hacia atrás... Así llegaron hasta la escalera de la administración, caminando hacia atrás... ¡Hacia atrás!... En fin, si no están locos, ¡ya me explicará usted qué quiere decir esto!

—Quizá ensayaban un paso de ballet —indica Gabriel sin convicción.

El secretario Rémy se siente ultrajado por una broma tan ordinaria en un momento tan dramático. Frunce el ceño, se muerde los labios y se inclina hacia el oído de Gabriel.

—¡No se haga usted el gracioso, Gabriel! Aquí ocurren cosas cuya responsabilidad podría recaer sobre usted y Mercier.

—¿Qué cosas? —pregunta Gabriel.

—Christine Daaé no ha sido la única en desaparecer de repente esta noche.

—¡Ah, bah!

—Nada de «¡ah, bah!». ¿Puede usted decirme por qué, cuando mamá Giry bajó hace un momento al salón, Mercier la cogió por la mano y se la llevó con él a toda prisa?

—¡Vaya! —exclama Gabriel—, no me había dado cuenta.

—Se ha dado usted tanta cuenta que ha seguido a Mercier y a mamá Giry hasta el despacho de Mercier. A partir de entonces les han visto a usted y a Mercier, pero ya no se ha vuelto a ver a mamá Giry...

—¿Cree usted que nos la hemos comido?

—¡No! Pero la han encerrado bajo llave en el despacho y, cuando se pasa por delante de la puerta del despacho, ¿sabe lo que se oye? Se oyen estas palabras: «¡Ay, bandidos! ¡Ay, bandidos!».

En este punto de la singular conversación, llega Mercier muy acalorado.

—Bueno —dice con voz apagada—. ¡Es increíble!... Les he gritado:

»—Es muy grave. ¡Abrid!

»He oído pasos. La puerta se ha abierto y ha aparecido Moncharmin. Estaba muy pálido. Me ha preguntado:

»—¿Qué quiere?

»—Han raptado a Christine Daaé —le he contestado.

»¿Saben ustedes qué me ha contestado?

»—¡Mejor para ella!

»Y ha vuelto a cerrar la puerta, dejándome esto en la mano».

Mercier abre la mano; Rémy y Gabriel miran.

—¡El imperdible! —exclama Rémy.

—¡Qué extraño! ¡Qué extraño! susurra Gabriel, que no puede evitar un estremecimiento.

De repente, una voz los hace volverse a los tres.

—Perdón señores. ¿Pueden decirme dónde está Christine Daaé? A pesar de la gravedad de las circunstancias, una pregunta semejante sin duda les hubiera hecho estallar en carcajadas de no encontrarse ante un rostro tan abatido que de inmediato les inspiró piedad. Era el vizconde Raoul de Chagny.

CAPÍTULO XVI

«¡CHRISTINE, CHRISTINE!»

El primer pensamiento de Raoul, después de la fantástica desaparición de Christine Daaé, fue acusar a Erik. No dudaba del poder casi sobrenatural del Ángel de la música en todo el ámbito de la Opera, donde éste había establecido su imperio.

Y Raoul se había abalanzado como un loco al escenario, sumido en la desesperación, llamándola como ella debía llamarlo a él desde aquel oscuro abismo donde el monstruo la había llevado como una presa, aún estremecida por su exaltación divina, enteramente vestida con la blanca mortaja con el que ya se ofrecía a los ángeles del paraíso.

—¡Christine, Christine! —repetía Raoul..., y le parecía oír los gritos de la joven a través de aquellas frágiles tablas que le separaban de ella.

Se inclinaba, escuchaba... Erraba por el mismo escenario como un demente. ¡Ah, bajar, bajar a aquellos pozos de tinieblas cuyas entradas están

cerradas para él!

¡Aquel frágil obstáculo que normalmente se desliza con tanta facilidad sobre sí mismo para dejar ver el abismo hacia la que tiende todo su deseo..., estas tablas a las que sus pasos hacen crujir y que dejan oír bajo su peso el misterioso vacío de las «profundidades»!... Esta noche, las tablas son algo más que inmóviles..., adquieren un aspecto de solidez que rechaza la idea de que hayan podido moverse jamás... ¡Además, las escaleras que permiten descender por debajo del escenario han sido prohibidas a todo el mundo!...

—¡Christine, Christine!...

Lo apartan entre carcajadas... Se burlan de él... Creen que el pobre prometido tiene trastornado el cerebro...

¿En qué furiosa carrera a través de los corredores de noche y misterio, sólo conocidos por él, Erik habrá arrastrado a aquella joven tan pura hasta llegar a su horrible morada de la habitación estilo Luis Felipe, cuya puerta se abre sobre aquel lago de Infierno...?

—¡Christine, Christine! ¡No respondes! ¿Estás viva todavía, Christine? ¿No has exhalado tu último suspiro en un minuto de horror sobrehumano, bajo el aliento abrasador del monstruo?

Horribles pensamientos atraviesan como rayos fulgurantes el cerebro congestionado de Raoul.

Sin duda Erik ha debido descubrir su secreto, saber que era traicionado por Christine. ¡Qué terrible venganza preparaba!

¿Qué podría frenar al Ángel de la música, llevado por su insuperable orgullo? ¡Christine, en las manos todopoderosas del monstruo, está perdida!

Raoul vuelve a pensar en las estrellas de oro que la última noche vinieron a su balcón y a las que no fulminó con su arma impotente.

Algunos hombres tienen sin duda ojos extraordinarios. Ojos que se dilatan en las tinieblas y que brillan como estrellas, o como ojos de gato. Algunos hombres albinos, que parecen tener ojos de conejo durante el día, tienen ojos de gato por la noche. Todo el mundo lo sabe.

¡Sí, sí, era realmente a Erik al que Raoul había disparado! ¿Cómo no lo había matado? El monstruo habría huido por el canalón como los gatos o los presidiarios que, como también todos saben, serían capaces de escalar el cielo sólo con la ayuda de una tubería.

Sin duda Erik meditaba algo decisivo contra el joven, pero había sido herido y había huido para volverse contra la pobre Christine.

Eso iba pensando hoscamente el pobre Raoul, mientras corría hacía el

camerino de la cantante...

—¡Christine, Christine!...

Lágrimas amargas queman las mejillas del joven, que ve esparcida por los muebles las ropas destinadas a vestir a su bella prometida en el momento de la huida... ¿Por qué no habrá querido irse antes? ¿Por qué habrá tardado tanto? ... ¿Por qué habrá querido jugar con el peligro que les amenazaba?... ¿con el corazón del monstruo?... ¿Por qué habrá querido dejar, como último recuerdo en el alma de aquel demonio, aquel canto celestial?

¡Ángeles puros! ¡Ángeles radiantes! Llevad mi alma al seno de los cielos...

Raoul, que no podía hablar por los sollozos, las frases inconexas y los insultos que llenaban su garganta, palpa con sus manos torpes el gran espejo que un día se abrió ante él para dejar que Christine bajara a la tenebrosa morada. Empuja, presiona, tantea... Pero, al parecer, el espejo sólo obedece a Erik... Quizá los gestos son inútiles con un espejo como éste..., quizá sea suficiente con pronunciar ciertas frases... Cuando era niño, le contaban que ciertos objetos obedecían a veces a las palabras.

De repente, Raoul recuerda... «una verja que da a la calle Scribe... Un subterráneo que sube directamente del lago a la calle Scribe...» ¡Sí, Christine le había hablado de ello!... Tras comprobar que la pesada llave ya no está en su cofre, se precipita hacia la calle Scribe.

Ya se encuentra fuera. Pasea sus manos temblorosas por las piedras ciclópeas, busca salidas... Encuentra barrotes... ¿Serán éstos?... ¿O aquéllos? ... ¿O ese respiradero?... Lanza miradas impotentes entre los barrotes... ¡Qué profunda noche reinaba allí dentro!... Escucha... ¡Qué silencio!... Gira alrededor del monumento... ¡Ah, que barrotes tan grandes, qué verjas tan poderosas!... ¡Es la puerta del patio de la administración!

Raoul corre hacia la portera.

—Perdón, señora, ¿no podría indicarme una puerta de verja? Sí, una puerta hecha de barrotes, de barrotes... de hierro..., que da a la calle Scribe... y que conduce al lago. ¿Conoce usted el lago? ¡Sí, claro, el lago! ¡El lago que hay bajo tierra... bajo la ópera!

—Señor, sé muy bien que hay un lago bajo la ópera, pero no sé qué puerta conduce hasta él... No he ido nunca...

—¿Y la calle Scribe, señora? ¡La calle Scribe! ¿Ha ido usted alguna vez a la calle Scribe?

La portera se ríe. Estalla en carcajadas. Raoul huye rugiendo, salta, sube unas escaleras, baja otras, atraviesa toda la administración, y vuelve a

encontrarse en la luz del escenario.

Se detiene. El corazón le late como si fuera a estallar dentro de su pecho jadeante... ¿Y si hubieran encontrado a Christine Daaé? Se acerca un grupo de gente. Pregunta:

—Perdón señores, ¿no han visto a Christine Daaé?

Y se ríen de él.

En el mismo momento, el escenario se llena de nuevos rumores y, en medio de una multitud de fracs que le rodean con movimientos de brazo explicativos, aparece un hombre de rostro sereno y que se muestra amable, muy sonrosado y mofletudo, de cabellos rizados, iluminado por dos ojos azules de una maravillosa tranquilidad. El administrador Mercier señala el recién llegado al vizconde Chagny, diciéndole:

—Ese es el hombre, señor, al que debe formular su pregunta. Le presento al comisario de policía Mifroid.

—¡Ah, señor vizconde de Chagny! Encantado de verlo —dice el comisario—. Si es tan amable de seguirme... Y ahora, ¿dónde están los directores? ¿Dónde están los directores?...

En vista de que el administrador permanece silencioso, el secretario Rémy se encarga de informar al comisario de que los directores están encerrados en su despacho y que no saben aún nada de lo ocurrido.

—¡No es posible!... ¡Vamos a su despacho!

El señor Mifroid, seguido de un cortejo que va engrosándose poco a poco, se dirige a la administración. Mercier aprovecha el desorden para deslizar una llave en la mano de Gabriel:

—Esto se está poniendo feo —murmura—. Ve a soltar a mamá Giry.

Y Gabriel se aleja.

Pronto llegan ante la puerta de la dirección. En vano Mercier les conmina a que abran. La puerta no se abre.

—¡Abran en nombre de la ley! —ordena la voz clara y un tanto inquieta del señor Mifroid.

Por fin la puerta se abre. Se precipitan en el despacho detrás del comisario.

Raoul es el último en entrar. Cuando se dispone a seguir al grupo, una mano se posa en su hombro y oye estas palabras pronunciadas en su oído:

—¡Los secretos de Erik no le incumben a nadie!

Se vuelve ahogando un grito. La mano que se había posado en su hombro

está ahora sobre los labios de un personaje color ébano y ojos de jade, cubierto con un gorro de astracán... ¡El Persa!

El desconocido prolonga el gesto que recomienda discreción y, en el momento en que el vizconde, estupefacto, va a pedirle la razón de su misteriosa intervención, el otro saluda y desaparece.

CAPÍTULO XVII

SORPRENDENTES REVELACIONES DE LA SEÑORA GIRY RELATIVAS A SUS RELACIONES PERSONALES CON EL FANTASMA DE LA ÓPERA

Antes de seguir al comisario Mifroid en su visita a los directores, el lector me permitirá informarle de ciertos hechos extraordinarios que acababan de ocurrir en el despacho donde el secretario Rémy y el administrador Mercier habían intentado penetrar en vano, y donde los señores Richard y Moncharmin se habían encerrado tan herméticamente, con un propósito que el lector ignora todavía, pero que tengo el deber histórico —quiero decir mi deber de historiador— de no ocultar por más tiempo.

He tenido ocasión de decir hasta qué punto el carácter de los directores se habían vuelto desagradable desde hacía algún tiempo, y he dicho que esta transformación no se debía sólo a la caída de la lámpara en las condiciones que ya sabemos.

Hagamos saber al lector —pese al deseo de los directores de que este hecho permaneciera oculto para siempre— que el fantasma había conseguido cobrar tranquilamente sus primeros veinte mil francos. Por supuesto, ¡hubo ruegos y crujir de dientes! Sin embargo la cosa se había producido de la forma más sencilla del mundo.

Cierta mañana, los directores habían encontrado un sobre preparado encima de la mesa de su despacho. Este sobre llevaba escrito: Al señor F. de la Ó. (personal). Y venía acompañado de una pequeña nota del mismo F. de la Ó.: «Ha llegado el momento de llevar a cabo las cláusulas del pliego de condiciones. Introducirán veinte billetes de mil en este sobre, al que sellarán con su pro pio sello y entregarán a la señora Giry, que se encargará de hacer lo necesario».

Los señores directores no se lo hicieron repetir dos veces. Sin detenerse a pensar cómo aquellas diabólicas notas podían penetrar en un despacho al que siempre cerraban cuidadosamente con llave, encontraban la oportunidad de atrapar al misterioso maestro de canto. Tras explicarlo todo, bajo promesa del

mayor secreto, a Gabriel y a Mercier, pusieron los veinte mil francos en el sobre y lo confiaron sin pedir explicaciones a la señora Giry, que había sido reintegrada a sus funciones. La acomodadora no mostró la menor sorpresa. No es preciso señalar hasta qué extremo se la vigiló. En resumen, se dirigió de inmediato al palco del fantasma y depositó el precioso sobre en la barra del pasamanos. Los dos directores, al igual que Gabriel y Mercier, estaban escondidos de manera que no lo perdieran ni un segundo de vista durante el transcurso de la representación, e incluso después, ya que, como el sobre no se había movido, los que lo vigilaban tampoco lo hicieron. El teatro se vació y la señora Giry se fue, mientras los señores directores, Gabriel y Mercier, seguían sin moverse. Por fin, se cansaron y abrieron el sobre tras comprobar que los sellos seguían intactos.

A primera vista, Richard y Moncharmin creyeron que los billetes seguían allí, pero a la segunda ojeada se dieron cuenta de que no eran los mismos. Los veinte billetes auténticos habían desaparecido y sido reemplazados por veinte billetes falsos. Primero, fue sólo rabia, pero después también terror.

—¡Es más impresionante que los trucos de Robert-Houdin! —exclamó Gabriel.

—Sí —contestó Richard—, y cuesta más caro. Moncharmin quería que se corriera a avisar al comisario. Richard se opuso. Sin duda tenía su plan.

—¡No seamos ridículos! Todo París se reirá de nosotros. F de la O ha ganado la primera partida, nosotros ganaremos la segunda —pensaba, evidentemente, en la próxima mensualidad.

De todas formas, habían sido tan perfectamente burlados que no pudieron, durante las semanas superar cierto abatimiento. Y, hay que reconocerlo, era comprensible. Si no se llamó al comisario entonces fue, y no hay que olvidarlo, porque los directores albergaban en lo más profundo de su ser el pensamiento de que una odiosa broma montada por sus predecesores, que no convenía revelar antes de tener la «clave», podía ser la causa de la extraña aventura. Por otra parte, este pensamiento se mezclaba a veces en Moncharmin con la vaga sospecha de que el propio Richard podía ser capaz de este tipo de ocurrencias. Así pues, preparados a toda eventualidad, esperaron los acontecimientos, mientras vigilaban y hacían vigilar a mamá Giry, a la que Richard no quería que se le hablara de nada.

—Si es cómplice —decía—, hace ya tiempo que los billetes están lejos. Pero, para mí, se trata tan sólo de una imbécil.

—¡Hay muchos imbéciles metidos en este asunto! —había contestado, pensativo, Moncharmin.

—¿Acaso podía alguien sospechar? —gimió Richard—. Pero no tengas

miedo... La próxima vez tomaré todas las precauciones...

Así llegó la próxima vez... Coincidió con el día de la desaparición de Christine Daaé.

Por la mañana, recibieron una nota del fantasma que les recordaba el vencimiento del plazo: «Hagan como la última vez —aconsejaba amablemente el F. de la Ó.—. Salió muy bien. Entreguen el sobre, en el que habrán colocado veinte mil francos, a la excelente señora Giry».

Y la nota venía acompañada del sobre habitual. No hacía falta más que llenarlo.

La operación debía cumplirse aquella misma noche, media hora antes del espectáculo. Penetramos, pues, en el despacho de los directores media hora antes de que el telón se levante ante aquella ya famosa representación de Fausto.

Richard muestra el sobre a Moncharmin, luego cuenta los veinte mil francos y los introduce en el sobre, pero sin cerrarlo.

—Y ahora que llamen a mamá Giry.

Van a buscar a la vieja, que entró haciendo una solemne reverencia. Seguía llevando su vestido de tafetán negro, color que tendía a óxido y a lila, y su sombrero de plumas color hollín: Parecía de buen humor. Dijo nada más entrar:

¡Buenos días, señores! ¿Se trata otra vez del sobre?

—Sí, señora Giry —dijo Richard con gran amabilidad—. Se trata del sobre... y también de otra cosa.

—A su disposición, señor director, a su disposición. Por favor, ¿cuál es esa otra cosa?

—Primero, señora Giry, tendría que hacerle una pequeña pregunta.

—Hágala, señor director. Mamá Giry está aquí para contestarle.

—¿Sigue estando en buenas relaciones con el fantasma?

—Inmejorables, señor director, inmejorables.

—Ah, nos complace saberlo... De hecho, señora Giry —pronunció Richard adoptando el tono de una importante confidencia—, entre nosotros, podemos decírselo... No es usted nada tonta.

—Pero señor director... —exclamó la acomodadora deteniendo el amable balanceo de las dos plumas negras de su sombrero color hollín—, le aseguro que nadie ha tenido dudas con respecto a eso.

—Estamos de acuerdo, y vamos a entendemos. La historia del fantasma es una buena broma, ¿verdad?... Pues bien, y que quede entre nosotros, ya ha* durado demasiado.

Mamá Giry miró a los directores como si le hubieran hablado en chino. Se acercó a la mesa de Richard y dijo, bastante inquieta:

—¿Qué quiere decir usted?... ¡No le entiendo!

—Usted me entiende muy bien. En todo caso, es preciso que nos entienda... Para empezar, va usted a decirnos cómo se llama.

—¿Quién?

—¡Su cómplice, señora Giry!

—¿Que soy cómplice del fantasma? ¿Yo?... ¿Cómplice de qué?

—Usted hace todo lo que él quiere.

—¡Oh!... No es demasiado molesto, ¿sabe usted?

—¡Y siempre le da propinas!

—No me quejo.

—¿Cuánto le da por llevarle este sobre?

—Diez francos.

—¡Caramba! No es mucho.

—¿Por qué?

—Le diré todo esto más tarde, señora Giry. En este momento querríamos saber por qué razón... extraordinaria..., se ha entregado en cuerpo y alma a este fantasma en lugar de a otro... ¡No serán diez francos los que conseguirán la amistad y la fidelidad de mamá Giry!

—¡Eso es cierto!... La razón puedo decírsela, señor director. No hay ningún deshonor en ello..., al contrario.

—No lo dudamos, señora Giry.

—Pues bien... Al fantasma no le gusta mucho que cuente sus historias.

—¡Ajá! —sonrió Richard.

—Pero ésta, ¡ésta sólo me concierne a mí!... —continuó la vieja—. Se lo cuento, fue en el palco n° 5. Una noche encontré una carta para mí, una especie de nota escrita en tinta roja... Esa nota, señor director, no necesito leérsela. Me la sé de memoria... Y no la olvidaré jamás..., aunque viva cien años...

La señora Giry, puesta en pie, recita la carta con sorprendente elocuencia:

—Señora: «1825, la señorita Ménétrier, corifeo, se convirtió en marquesa de Cussy. 1832, la señorita Marie Taglioni, bailarina, se convirtió en condesa Gilbert des Voisins. 1846, la Sota, bailarina, se casa con un hermano del rey de España. 1847, Lola Montes, bailarina, se casa morganáticamente con el rey Luis de Baviera y recibe el título de condesa de Landsfeld. 1848, la señorita María, bailarina, se convierte en baronesa de Hermeville. 1870, Thérèse Hessler, bailarina, se casa con don Fernando, hermano del rey de Portugal...».

Richard y Moncharmin escuchan a la vieja que, a medida que avanza en la curiosa enumeración de esos gloriosos himeneos, se anima, se endereza, se vuelve audaz y, finalmente, inspirada como una sibila sobre su trípode, lanza con una tronante voz de orgullo la última frase de la carta profética:

—¡1885, Meg Giry, emperatriz!

Agotada por este esfuerzo supremo, la acomodadora se deja caer en la silla diciendo:

—Señores, todo esto estaba firmado: «El Fantasma de la Ópera». Ya había oído hablar del fantasma, pero no creía más que a medias. Desde el día en que anunció que la pequeña Meg, la carne de mi carne, el fruto de mis entrañas, sería emperatriz, creí en él por completo.

En verdad, en verdad no era preciso observar con detención la exaltada fisonomía de mamá Giry para comprender lo que se había podido obtener de aquella cabecita con aquellas dos palabras: «fantasma y emperatriz».

¿Pero quién manejaba los hilos de aquel extravagante maniquí?... ¿Quién?

—No lo ha visto alguna vez, habla con usted, y aun así, ¿cree en todo lo que le dice? —preguntó Moncharmin.

—Sí. En primer lugar, porque le debo el que mi pequeña Meg se haya convertido en corifeo. Le había dicho al fantasma:

»—Para que sea emperatriz en 1885, no debe perder el tiempo, debe convertirse de inmediato en corifeo.

»—Desde luego —me contestó.

»Y le bastó con decirle unas palabras al señor Poligny para que así fuese...».

¡Entonces, el señor Poligny lo ha visto!

—No más que yo, ¡pero lo ha oído! El fantasma le dijo una; palabra al oído, ya sabe usted, la noche en que salió tan pálido del t palco n° 5.

Moncharmin deja escapar un suspiro.

—¡Qué historia! —gime.

¡Ah! —responde mamá Girý—. Siempre he creído que había secretos entre el fantasma y el señor Poligny. Todo lo que el fantasma pedía al señor Poligny, éste se lo acordaba... Poligny no rehusaba nada al fantasma.

—Oyes bien, Richard. Poligny no rehusaba nada al fantasma.

—Sí, sí. Oigo perfectamente —declaró Richard—. El señor Poligny es amigo del fantasma y, como la señora Girý es amiga de Poligny, ¡estamos listos! —añadió en tono muy duro—. Pero Poligny no me preocupa... La única persona por cuya suerte me interesa, no lo disimulo, es la de la señora Girý... Señora Girý, ¿sabe usted lo que hay en este sobre?

—¡Por Dios, no! —dijo ésta.

—Pues bien, ¡mire usted!

La señora Girý desliza en el sobre una miraba turbada, pero que de nuevo recobra su brillo.

—¡Billetes de mil francos! —exclama.

—Sí, señora Girý. Billetes de mil... ¡Y lo sabía usted muy bien!

—¿Yo?, señor director, ¡le juro que...!

—No jure, señora Girý. Y ahora voy a decirle la otra cosa por la que le he hecho venir... Señora Girý, voy a hacer que la detengan.

Las dos plumas negras del sombrero color hollín, que tomaban habitualmente la forma de dos puntos de interrogación, se transformaron en puntos de exclamación. En cuanto al sombrero, osciló amenazante sobre su moño en desorden. La sorpresa, la indignación, la protesta y el espanto volvieron a reflejarse en el rostro de la madre de la pequeña Meg mediante una especie de pirueta extravagante causada por la virtud ofendida, que de un salto la condujo hasta la nariz del director, quien no pudo evitar retroceder hasta su sillón.

—¿Hacerme detener?

La boca que decía esto parecía a punto de escupir a la cara del señor Richard los tres dientes que le quedaban.

Richard se comportó como un héroe. No retrocedió. Con su índice amenazador ya señalaba a los magistrados ausentes a la acomodadora del palco n° 5.

—¡Señora Girý, voy a hacerla detener por ladrona!

—¡Repita eso!

Y la señora Giry abofeteó con todas sus fuerzas al señor Richard, antes de que Moncharmin tuviera tiempo de intervenir. ¡Vengativa respuesta! Pero no fue la mano de la encolerizada vieja la que se abatió sobre la mejilla del director, sino el mismo sobre causante de todo el escándalo, el sobre mágico que se entreabrió de repente para dejar escapar los billetes que volaron en un remolino fantástico de mariposas gigantes.

Los dos directores lanzaron un grito y un mismo pensamiento los hizo arrodillarse, recogerlos febrilmente y comprobar apresuradamente los preciosos papeles.

—¿Siguen siendo auténticos?, Moncharmin. —¿Siguen siendo auténticos?, Richard.

—¡Son auténticos!

Por encima de sus cabezas, los tres dientes de la señora Giry castañetean entre horribles insultos. Pero, lo único que se distingue con claridad es un leitmotiv:

—¿Yo, una ladrona?... ¿Una ladrona yo? Se ahoga.

—¡Estoy destrozada! —exclama:

Y, de repente, vuelve a saltar ante las narices de Richard.

—¡En todo caso —chilla—, usted, señor director, usted debe saber mejor que yo dónde han ido a parar esos veinte mil francos!

—¿Yo? —pregunta Richard estupefacto—. ¿Y cómo podría saberlo?

Inmediatamente, Moncharmin, severo e inquieto, procura que la buena mujer se explique.

—¿Qué significa esto? —pregunta—. ¿Por qué, señora Giry, pretende usted que Richard sepa mejor que usted adónde han ido a parar los veinte mil francos?

Entonces Richard, que se sonroja bajo la mirada de Moncharmin, toma la mano de la señora Giry y la sacude con violencia. Su voz imita al trueno. Ruge, retumba..., fulmina...

—¿Por qué he de saber mejor que usted adónde han ido a parar los veinte mil francos? ¿Por qué?

—Porque han ido a parar a su bolsillo... —dice la vieja, mirándolo ahora como si viera al diablo.

Ahora le toca al señor Richard sentirse fulminado; primero, por esta respuesta inesperada, después por la mirada cada vez más desconfiada de Moncharmin. En un segundo pierde toda la fuerza necesaria, en un difícil

momento para rechazar una acusación tan despreciable.

Así, los más inocentes, sorprendidos en la paz de sus corazones, aparecen de repente, debido a que el golpe que les sorprende los hace palidecer, o ruborizarse, o tartamudear, o levantarse, o hundirse, o protestar, o callar cuando habría que hablar, o hablar cuando habría que callar, o permanecer fríos cuando convendría acalorarse, o acalorarse cuando habría que permanecer fríos, aparecen de repente —como decía— como culpables.

Moncharmin detiene el impulso vengador con el que Richard, que era inocente, iba a precipitarse sobre la señora Giry y se apresura, tranquilizador, a interrogarla con más dulzura.

—¿Cómo ha podido sospechar usted que mi colaborador, Richard, se ha metido los veinte mil francos en el bolsillo?

—¡Yo no he dicho eso nunca! —declara mamá Giry—. Pero yo misma puse los veinte mil francos en el bolsillo del señor Richard —y añadió a media voz—: ¡Da igual! ¡Así fue! ¡Que el fantasma me perdone!

Y como Richard empieza a aullar de nuevo, Moncharmin, con autoridad, le ordena callarse.

—¡Perdón! ¡Perdón! ¡Perdón! Deja que esta mujer se explique. Déjame interrogarla yo —y añade—: Es realmente extraño que te lo tomes así... Parece que todo este misterio va a aclararse. ¡Estás furioso!... Te equivocas... A mí, en cambio, me divierte mucho.

Mamá Giry, mártir, levanta la cabeza, en la que brilla la fe en su propia inocencia.

—Me dicen ustedes que había veinte mil francos en el sobre que metí en el bolsillo del señor Richard, pero yo repito que no sabía nada... ¡Ni tampoco el señor Richard!

—¡Ajá! —exclama Richard afectando un aire de repentina valentía que desagradó a Moncharmin—. ¡Conque yo tampoco sabía nada! Ponía usted veinte mil francos en mi bolsillo y yo no me entero. ¡Esta sí que es buena, señora Giry!

—Sí —asintió la terrible señora—. Es verdad... No sabíamos nada ni el uno ni el otro... Pero usted ha tenido que terminar por darse cuenta.

Sin ningún tipo de duda, Richard hubiera devorado a la señora Giry si Moncharmin no hubiese estado presente. Pero Moncharmin la protege y acelera el interrogatorio.

—¿Qué clase de sobre introdujo usted en el bolsillo del señor Richard? No fue el que nosotros le dimos, el que usted, delante nuestro, llevó hasta el palco

nº 5. Sin embargo, era sólo ése el que contenía los veinte mil francos.

—¡Perdón! Fue el que me dio el señor director el que yo metí en el bolsillo del señor director —explica mamá Girya—. El que deposité en el palco del fantasma era un sobre exactamente igual que yo llevaba preparado en mi manga, y que me había dado el fantasma.

Al decir esto, mamá Girya saca de su manga un sobre preparado e idéntico al que contiene los veinte mil francos. Los directores lo cogen casi al vuelo. Lo examinan. Comprueban que los lacres sellados con su propio sello están intactos. Lo abren... Contiene veinte billetes falsos iguales a los que les dejaron perplejos hacía un mes.

—¡Qué sencillo! —dice Richard.

—¡Qué sencillo! —repite, más solemne que nunca, Moncharmin.

—Los trucos más brillantes han sido siempre los más sencillos —responde Richard—. Basta con tener un cómplice...

—O una cómplice —añade en voz átona Moncharmin. Y continua con los ojos clavados en la señora Girya, como si quisiera hipnotizarla—: ¿Era el fantasma quien le hacía llegar este sobre, y era él quien le decía que lo sustituyera por el que nosotros le dábamos? ¿Era él quien le decía que introdujera este último en el bolsillo del señor Richard?

—Sí, ¡claro que era él!

—Entonces, señora, ¿puede usted darnos una prueba de sus habilidades?... Aquí está el sobre. Haga usted como si nosotros no supiéramos nada.

—Lo que ustedes manden, señores.

Mamá Girya vuelve a coger el sobre con los veinte billetes y se dirige hacia la puerta. Se dispone a salir.

Los dos directores se precipitan hacia ella.

—¡Ah, no, no! No nos la volverá a jugar. Ya tenemos bastante. No vamos a empezar de nuevo.

—Perdón, señores, perdón —se excusa la vieja—. Me han pedido que actúe como si ustedes no supieran nada... Pues bien, si no saben nada, me marcho con el sobre.

—Entonces, ¿cómo lo meterá usted en mi bolsillo? —argumenta Richard, al que Moncharmin aún no deja de vigilar con el ojo izquierdo, mientras con el derecho no abandona a la señora Girya. Dificil postura para la mirada, pero Moncharmin está decidido a todo para descubrir la verdad.

—Lo pondré en su bolsillo en el momento en que menos lo espere, señor

director. Como bien sabe, durante la sesión, vengo a dar una vueltecita entre bastidores y a menudo acompaño, como es mi derecho de madre, a mi hija hasta el foyer de la danza. Le llevo sus zapatillas en el momento de descanso, e incluso su rociador... En una palabra, voy y vengo con plena libertad... Los señores abonados van también al foyer... Usted también, señor director... Hay mucha gente... Paso por detrás de usted y pongo el sobre en el bolsillo de atrás de su traje... ¡No es ninguna brujería!

—¡No, no es ninguna brujería! —ruge Richard haciendo girar unos ojos de Júpiter tronante—. ¡Esto no es una brujería, pero acabo de cogerla en flagrante delito de mentira, vieja bruja!

El insulto duele menos a la honorable señora que el golpe que se quiere propinar a su buena fe. Se incorpora furiosa con los tres dientes a la vista.

—¿Por qué?

—Porque aquella noche pasé a su lado en la sala vigilando tanto el palco n.º 5 como el falso sobre que había usted colocado allí. No bajé al foyer de la danza ni por un momento.

—Por eso, señor director, no fue aquella noche cuando le coloqué el sobre... Fue a la siguiente representación... Mire, era la noche en la que el señor secretario de Bellas Artes...

Al oír estas palabras, el señor Richard hace callar bruscamente a la señora Giry...

—¡Es cierto! —dice pensativo—. Me acuerdo... ahora me, acuerdo. El subsecretario de Estado salió a pasear entre bastidores. Preguntó por mí. Bajé un momento al foyer de la danza. Me encontraba en las escaleras del foyer... El subsecretario de Estado y el jefe de su despacho estaban en el foyer mismo... De repente, me volví... Era usted que pasaba por detrás de mí, señora Giry... Tuve la impresión de que me había rozado... No había nadie más que usted detrás de mí... ¡Oh, aún la veo! ¡Aún la veo!

—¡Pues bien, sí, eso fue, señor director! ¡Eso fue! Acababa de dejarle mi asunto en su bolsillo. Ese bolsillo es muy fácil, señor director.

Y la señora Giry añade una vez más el gesto a la palabra: se coloca detrás de Richard y, con tal presteza que el mismo Moncharmin que mira con los dos ojos bien abiertos queda impresionado, deposita el sobre en el bolsillo de uno de los faldones de la levita del director.

—¡Hay que reconocerlo! —exclama Richard un poco pálido—. Lo ha pensado muy bien el fantasma de la ópera. El problema que se le planteaba era suprimir todo intermediario peligroso entre el que da los veinte mil francos y el que se los queda. Lo mejor que podía hacer era venir a cogerlos de mi

bolsillo sin que yo me diera cuenta, porque yo ni siquiera sabía que estaban allí... Admirable, ¿no?

—¡Oh, admirable sin duda! —repitió Moncharmin—. Sólo olvidas, Richard, que yo di diez mil francos de aquellos veinte mil, y que a mí no me pusieron nada en el bolsillo.

CAPÍTULO XVIII

CONTINUACIÓN DE LA SINGULAR ACTITUD DE UN IMPERDIBLE

La última frase de Moncharmin expresaba de forma evidente las sospechas que tenía de su colaborador, de tal modo que fue preciso una explicación inmediata y tormentosa por parte de Richard, quien decidió por fin aceptar la propuesta de Moncharmin con el fin de ayudarle a descubrir al miserable que se burlaba de ellos.

Así llegamos al «entreacto del jardín» durante el cual el señor secretario Rémy, al que no se le escapaba nada, observó con tanta curiosidad la extraña conducta de sus directores. A partir de aquí, nada nos resultará más fácil que encontrar una explicación a actitudes tan excepcionalmente barrocas y sobre todo tan poco acordes con la imagen de dignidad que deben dar unos directores.

La conducta de Richard y Moncharmin venía enteramente determinada por la revelación que les había sido hecha: 1º) Richard debía repetir exactamente aquella tarde los gestos que había realizado en el momento de la desaparición de los primeros veinte mil francos; 2º) Moncharmin no debía perder de vista ni por un segundo el bolsillo de atrás de Richard, en el cual la señora Giry habría depositado los segundos veinte mil francos.

En el lugar exacto en que había saludado al secretario de Bellas Artes, se situó Richard, llevando a sus espaldas, a algunos pasos de distancia, a Moncharmin.

La señora Giry pasa, roza a Richard, se libera de los veinte mil en el bolsillo de la levita de su director y desaparece...

O mejor dicho, la hacen desaparecer. Obedeciendo a las órdenes que Moncharmin le ha dado algunos instantes antes, antes de la reconstrucción de la escena, Mercier encierra a la buena señora en el despacho de la administración. Así le será imposible a la vieja comunicarse con su fantasma. Ella no opuso resistencia alguna, ya que mamá Giry no es más que una pobre

figura desplumada, perdida, espantada, que abre unos ojos de ave despavorida bajo una cresta en desorden, que oye ya en el corredor sonoro, el ruido de los pasos del comisario con el que la han amenazado y que exhala suspiros que harían fundirse las columnas de la escalinata principal.

Mientras tanto, Richard se inclina, hace reverencias, saluda, camina hacia atrás como si ante él estuviera el subsecretario de Estado para las Bellas Artes.

Sin embargo, aunque semejantes muestras de educación no hubieran causado el menor asombro en el caso de que delante del director se encontrara el señor subsecretario de Estado, sí causaron a los espectadores de esta escena tan poco habitual un asombro muy comprensible, dado que delante del director no había nadie.

El señor Richard saludaba al vacío..., se inclinaba ante la nada..., y retrocedía —caminaba hacia atrás— delante de nada...

... Además, a algunos pasos de él, Moncharmin se dedicaba a hacer lo mismo.

E incluso, alejando al señor Rémy, suplicaba al señor embajador de la Borderie y al señor director del Crédit Central «que no tocaran al señor director».

Moncharmin, que ya tenía una idea formada, no creía en lo más mínimo en lo que Richard le había dicho anteriormente, una vez desaparecidos los veinte mil francos: «Quizá haya sido el embajador o el director del Crédit Central, o acaso el señor secretario Rémy».

Y más aún, después de la primera escena de la confesión del mismo Richard, éste no había encontrado a nadie en aquella parte del teatro después de que la señora Giry le rozara... ¿Porque, pues, si debían repetir exactamente los mismos gestos, debía encontrar a alguien hoy?

Tras caminar hacia atrás para saludar, Richard continuó caminando de la misma forma por prudencia..., hasta el pasillo de la administración... Era vigilado por detrás por Moncharmin y él mismo vigilaba «a la gente que se le acercaba» por delante.

Una vez más, esta forma absolutamente nueva de pasearse por los corredores, que los señores directores de la Academia Nacional de Música habían adoptado, no iba a pasar desapercibida.

Y no pasó desapercibida.

Afortunadamente para los señores Richard y Moncharmin, en aquel momento las «ratitas» se encontraban casi todas en los desvanes.

Los directores habrían tenido mucho éxito entre las jóvenes.

Pero no pensaban más que en sus veinte mil francos.

Una vez llegado al corredor semioscuro de la administración, Richard dijo en voz baja a Moncharmin:

—Estoy seguro de que nadie me ha tocado...; ahora te pondrás lejos de mí y me vigilarás en la sombra hasta la puerta de mi despacho... No hay que poner en guardia a nadie y ya veremos qué ocurre.

Pero Moncharmin replica:

—¡No, Richard, no!... Camina hacia delante... Yo iré inmediatamente detrás. ¡No me alejaré ni un solo paso!

—¡Pero así no nunca podrán robarnos los veinte mil francos! —exclama Richard.

—Eso espero —declara Moncharmin.

—Entonces, lo que estamos haciendo es absurdo.

—Hacemos exactamente lo que hicimos la última vez... La última vez me reuní contigo a la salida del escenario, al final de este pasillo... y te seguí por la espalda.

—¡A pesar de todo, es cierto! —suspira Richard meneando la cabeza y obedeciendo pasivamente a Moncharmin.

Dos minutos más tarde los dos directores se encerraban en el despacho de la dirección.

Fue el mismo Moncharmin quien guardó la llave en el bolsillo.

—La última vez permanecimos los dos encerrados así hasta que dejaste la ópera para ir a tu casa —dice.

—¡Es cierto! ¿Y no vino nadie a molestarnos?

—Nadie.

—Entonces —reflexionó Richard, que se esforzaba por ordenar sus recuerdos—, entonces seguramente me robaron en el trayecto de la ópera a mi domicilio.

—¡No!... —profirió Moncharmin con el tono más seco—. No, eso no es posible... Yo te llevé a tu casa en mi coche. Los veinte mil francos desaparecieron en tu casa, de eso no me cabe la menor duda.

Esa era la idea que ahora tenía Moncharmin.

—Eso es increíble —protestó Richard—. Tengo plena confianza en mis criados..., y si alguno de ellos hubiera dado el golpe, habría desaparecido

poco después.

Moncharmin se encogió de hombros, como dando a entender que él no entraba en ese tipo de detalles.

Ahora, Richard empieza a creer que Moncharmin le trata con un tono completamente insoportable.

—¡Moncharmin, ya no aguanto más!

—¡Richard, yo tampoco!

—¿Te atreves a sospechar de mí?

—¡Sí, de una broma deplorable!

—¡No se bromea con veinte mil francos!

—¡Esa es mi opinión! —declara Moncharmin desplegando un periódico en cuya lectura se sumerge con ostentación.

—¿Qué piensas hacer? —pregunta Richard—. ¿Vas a ponerte a leer el periódico ahora?

—Sí, Richard, hasta el momento de llevarte a casa.

—¿Cómo la última vez?

—Cómo la última vez.

Richard arranca el periódico de las manos de Moncharmin, Moncharmin se levanta más irritado que nunca. Se encuentra delante a un Richard exasperado que le dice, mientras cruza los brazos sobre el pecho gesto de insolente desafío desde que el mundo existe.

—Mira —dice Richard—, esto es lo que pienso. Pienso en lo que yo podría pensar, sí, como la última vez, después de haber pasado la velada contigo, me volvieras a llevar a casa, en el momento de despedirnos, me diera cuenta que de que los veinte mil francos han desaparecido del bolsillo de mi levita..., igual que la última vez.

—¿Y qué podrías pensar? —exclamó Moncharmin adquiriendo un color carmesí.

—Podría pensar que, dado que no te has separado de mí ni un palmo, y que, según deseo tuyo, has sido el único en acercarse a mí, como la última vez, podría pensar que, si los veinte mil francos no están en mi bolsillo, tienen muchas posibilidades de estar en el tuyo.

Moncharmin dio un brinco al oír esta hipótesis.

—¡Oh! —exclamó—. ¡Un imperdible!

—¿Qué quieres hacer con un imperdible?

—¡Atarte!... ¡Un imperdible!... ¡Un imperdible!

—¿Quieres atarme con un imperdible?

—¡Sí, atarte a los veinte mil francos!... Así, tanto aquí como en el trayecto a tu domicilio, o una vez en él, podrás notar a la mano que entre en tu bolsillo... Y así verás si es la mía, Richard... ¡Ah, ahora eres tú el que sospechas de mí!... ¡Un imperdible!

Y fue entonces cuando Moncharmin abrió la puerta que daba al pasillo, gritando:

—¡Un imperdible! ¿Quién me trae un imperdible?

Y sabemos también, cómo en aquel mismo instante el secretario Rémy, que no tenía ningún imperdible, fue recibido por el director Moncharmin mientras un ordenanza le traía el tan deseado imperdible.

Y eso es lo que sucedió:

Moncharmin, tras cerrar la puerta, se arrodilló a espaldas de Richard.

—Espero —dijo— que los veinte mil francos sigan estando aquí.

—También yo.

—¿Los verdaderos? —preguntó Moncharmin que esta vez estaba decidido a no dejarse «timar».

—¡Míralos! Yo no quiero ni tocarlos —declaró Richard. Moncharmin sacó el sobre del bolsillo de Richard y retiró los billetes temblando, ya que esta vez, para poder comprobar con frecuencia la presencia de los billetes, no habían sellado el sobre y ni siquiera lo habían pegado. Se tranquilizó al comprobar que seguían allí, y eran los auténticos. Los colocó en el bolsillo del faldón y los prendió cuidadosamente con el imperdible.

Después de lo cual se sentó detrás de la levita, a la que no perdió de vista, mientras Richard, sentado a su mesa, no hacía el menor movimiento.

—Un poco de paciencia, Richard —ordenó Moncharmin—. Ya faltan sólo unos pocos minutos... El reloj dará en seguida las doce campanadas de medianoche. A las doce nos marchamos como la última vez.

—Tendré toda la paciencia que sea necesaria.

El tiempo pasaba, lento, pesado, misterioso, asfixiante. Richard intentó reír.

—Terminaré por creer —dijo— en la omnipotencia del fantasma. ¿No crees que precisamente en este momento hay en la atmósfera de esta

habitación un no sé qué que inquieta, que indispone, que asusta?

—Es cierto —aprobó Moncharmin que estaba realmente impresionado.

—¡El fantasma! —volvió a decir Richard en voz baja, como si temiera ser oído por oídos invisibles—. ¡El fantasma! Si fuera realmente un fantasma el que dio esos tres golpes secos sobre la mesa que oímos perfectamente..., el que deja aquí los sobres mágicos..., el que habla en el palco n° 5..., el que asesina a Joseph Buquet..., el que hace caer la araña..., y el que nos roba. ¡Ya que, en definitiva, aquí sólo estamos tú y yo!... Si los billetes desaparecen sin que ni tú ni yo intervengamos..., nos veremos obligados a creer en el fantasma..., en el fantasma...

En aquel momento, el reloj que se encontraba encima de la chimenea dejó oír la primera campanada de la medianoche.

Ambos directores se estremecieron. Les atenazaba una angustia cuya causa no habrían podido expresar y a la que intentaban combatir en vano. El sudor inundaba sus frentes. Y la, última campanada sonó con más fuerza en sus oídos.

Cuando el péndulo hubo callado, lanzaron un suspiro y se levantaron.

—Creo que podemos irnos —dijo Moncharmin.

—También yo —obedeció Richard.

—Antes de salir, ¿permities que mire en tu bolsillo?

—¡Cómo no, Moncharmin! ¡Debes hacerlo! ¿Y bien? —preguntó Richard a Moncharmin que palpaba.

—El imperdible sigue ahí.

—Evidentemente, puesto que, como muy bien decías, no pueden robarnos sin que yo me dé cuenta.

Pero Moncharmin, cuyas manos seguían buscando en el bolsillo, aulló:

—¡Siento el imperdible, pero no los billetes!

—¡No! ¡No bromees, Moncharmin!... ¡No es el momento!

—Toca tú mismo.

Con un gesto brusco, Richard se quita la levita. Los dos directores arrancan el bolsillo... ¡El bolsillo estaba vacío!

Lo más curioso es que el imperdible seguía clavado en el mismo sitio.

Richard y Moncharmin palidecieron. Ya no podía dudarse del sortilegio.

—El fantasma —murmuró Moncharmin.

Pero, repentinamente, Richard salta sobre su colega.

—¡Sólo tú has tocado mi bolsillo!... ¡Devuélveme mis veinte mil francos!
... ¡Devuélveme mis veinte mil francos!...

—Te juro por mi alma que no los tengo... —suspira Moncharmin que parece a punto de desfallecer.

Y, como llamaban otra vez a la puerta, fue a abrirla con paso casi automático, pareciendo no reconocer al administrador Mercier e intercambiando con él algunas frases sin importancia, sin comprender nada de lo que el otro le decía, dejando por fin con gesto inconsciente en la mano de aquel fiel servidor asombrado, el imperdible que ya no podía servirle para nada...

CAPÍTULO XIX

EL COMISARIO DE POLICÍA, EL VIZCONDE Y EL PERSA

La primera frase del comisario de policía al entrar en el despacho de la dirección fue para pedir noticias de la cantante.

—¿No está aquí Christine Daaé?

Venía seguido, como ya dije anteriormente, por una compacta multitud.

—¿Christine Daaé? No —responde Richard—. ¿Por qué?

Moncharmin, por su parte no tiene fuerzas ni para pronunciar una palabra... Su estado de ánimo es mucho peor que el de Richard, ya que Richard puede aún sospechar de Moncharmin, pero Moncharmin se encuentra ante un gran misterio..., el que hace estremecer a la humanidad desde su nacimiento: lo Desconocido.

Richard vuelve a hablar, ya que la pequeña multitud que rodea a los directores y el comisario se mantienen en un silencio impresionante:

—¿Por qué me pregunta usted, señor comisario, si Christine Daaé no está aquí?

—Porque hay que encontrarla, señores directores de la Academia Nacional de Música —declara solemnemente el comisario de policía.

—¿Cómo que hay que encontrarla? ¿Es que ha desaparecido? —¡En plena representación!

—¿En plena representación? ¡Es extraordinario!

—¿No es cierto? Y lo que es tan sorprendente como la desaparición es que sea yo quien deba informarles de ella.

—¡En efecto!... —asiente Richard que se coge la cabeza entre las manos y murmura—: ¿Qué es esta nueva historia? ¡Realmente hay motivos suficientes para dimitir!...

Y se arranca algunos pelos del bigote sin siquiera darse cuenta.

—¿Así que ha desaparecido en plena representación? —repite—, como en un Sueño...

—Si, ha sido raptada en el acto de la cárcel, en el momento en que invocaba la ayuda de los cielos. Pero dudo de que haya sido raptada por los ángeles.

—¡En cambio, yo estoy seguro de ello!

Todo el mundo se vuelve. Un joven pálido y que tiembla de emoción, repite:

—¡Estoy seguro!

—¿De qué está usted seguro? —pregunta Mifroid.

—De que Christine Daaé ha sido raptada por un ángel, señor comisario, y podría decirle su nombre...

—¡Ajá!, señor vizconde de Chagny, ¿pretende usted que la señorita Daaé ha sido raptada por un ángel?... ¿Por un ángel de la ópera, sin duda?

Raoul mira a su alrededor. Evidentemente busca a alguien. En aquel momento en que le parece tan urgente acudir a la policía en ayuda de su prometida, habría deseado encontrar a aquel desconocido que hace poco le recomendaba discreción. Pero no lo encuentra en ninguna parte. ¡Pues bien, hablará!... Sin embargo, no sería capaz de explicarse ante tanta gente, que se lo come con los ojos, llena de una curiosidad indiscreta.

—Sí, señor, por un ángel de la ópera —contestó al señor Mifroid—. Y le diré dónde vive cuando estemos a solas...

—Tiene razón, señor.

El comisario de policía invita a Raoul a sentarse a su lado y despacha a todo el mundo, con excepción naturalmente de los directores que, no obstante, no habrían protestado ya que parecían dispuestos a aceptar cualquier tipo de contingencias.

Entonces Raoul cobra fuerzas, y empieza:

—Señor comisario, ese ángel se llama Erik, vive en la ópera y es el Ángel

de la música.

—¡El Ángel de la música! ¡Eso sí tiene gracia!... ¡El Ángel de la música!

Volviéndose hacia los directores, el señor comisario de policía pregunta:

—Señores, ¿vive con ustedes ese ángel?

Los señores Richard y Moncharmin negaron con la cabeza sin sonreír siquiera.

—¡Oh! —exclamó Raoul—, estos señores han oído' hablar del fantasma de la ópera. Pues bien, puedo afirmarles que el fantasma de la Ópera y el Ángel de la música son la misma cosa. Y su verdadero nombre es Erik.

El señor Mifroid se había levantado y miraba atentamente a Raoul.

—Perdón, señor, ¿acaso tiene usted intención de burlarse de la justicia?

—¿Yo? —protestó Raoul, que pensó con dolor: «Otro que no quiere escucharme».

—Entonces, ¿a qué viene este cuento del fantasma de la ópera?

—Le aseguro que estos señores han oído hablar de él.

—Señores, al parecer conocen ustedes al fantasma de la ópera. Richard se levantó, llevando en sus manos los últimos pelos de su bigote.

—¡No, señor comisario! No, no lo conocemos, pero tendríamos un gran interés en conocerlo, ya que esta misma noche nos ha robado veinte mil francos...

Y Richard volvió hacia Moncharmin una mirada terrible que parecía decir: «Devuélveme los veinte mil francos o lo cuento todo». Moncharmin la comprendió tan bien que hizo un gesto desesperado: «¡Ah, dilo todo! ¡Dilo todo!».

Mifroid miraba alternativamente a los dos directores y a Raoul, y se preguntaba si no se había caído en un asilo de locos. Se pasó una mano por el pelo.

—Un fantasma que, en una misma noche, rapta a una cantante y roba veinte mil francos es un fantasma muy ocupado —dijo—. Si ustedes me lo permiten, vamos a ordenar el asunto. La cantante primero, los veinte mil francos después. Veamos, señor de Chagny, intentemos hablar seriamente. Usted cree que la señorita Daaé ha sido raptada por un individuo llamado Erik. ¿Conoce a ese individuo? ¿Lo ha visto?

—Sí, señor comisario.

—¿Dónde?

—En un cementerio.

El señor Mifroid se sobresaltó, volvió a mirar a Raoul y dijo:

—¡Por supuesto!... Allí es donde suelen encontrarse a los fantasmas. ¿Y qué hacía usted en el cementerio?

—Señor —dijo Raoul—, me doy perfecta cuenta de lo extraño de mis respuestas y del efecto que producen en usted. Pero le suplico que me crea en mi sano juicio. De ello depende la salvación de la persona a quien, junto con mi hermano Philippe, más quiero en el mundo. Quisiera convencerle en unas pocas palabras, ya que el tiempo apremia y los minutos son preciosos. Por desgracia, si no le explico desde el principio esta historia, la más extraña que usted pueda imaginar, no me creerá. Voy a decirle, señor comisario, todo lo que sé acerca del fantasma de la Ópera. ¡Por desgracia, señor comisario, no sé gran cosa!

—¡Diga lo que sabe, diga todo lo que sabe! —exclamaron Richard y Moncharmin, de pronto muy interesados. Pero a la esperanza que habían concebido por un instante de conocer algún detalle capaz de ponerles sobre la pista del mistificador, pronto se vieron obligados a rendirse a la triste evidencia de que el señor Raoul de Chagny había perdido por completo el juicio. Toda la historia de Perros-Guirec, las calaveras y el violín encantado no podía haber nacido más que en el cerebro trastornado de un enamorado.

Además, era evidente que el comisario Mifroid compartía este punto de vista, y seguramente habría puesto fin a aquellas frases desordenadas, de las que hemos dado una visión en la primera parte de este relato, si las mismas circunstancias no se hubieran encargado de interrumpirlos.

La puerta acababa de abrirse dejando paso a un individuo extravagante vestido con una amplia levita negra y provisto de un alto sombrero a la vez raído y reluciente, calado hasta las orejas. Corrió hacia el comisario y le habló en voz baja. Se trataba sin duda de algún agente que venía a dar cuenta de una misión urgente.

Durante este coloquio, el señor Mifroid no perdía de vista a Raoul.

Por fin dijo dirigiéndose a él:

—Señor, ya hemos hablado bastante del fantasma. Vamos a hablar ahora de usted, si no tiene inconveniente. ¿Debía raptar usted esta noche a la señorita Daaé?

—Sí, señor comisario.

—¿A la salida del teatro?

—Sí, señor comisario.

—El coche que le ha traído debía después llevarlos a ambos. El cochero estaba ya avisado... y el itinerario estaba ya trazado... Más aún, debía encontrar, en cada etapa, caballos de refresco...

—Es cierto, señor comisario.

—Y, sin embargo, el coche sigue allí, esperando sus órdenes, al lado de la Rotonda, ¿no es cierto?

—Sí, señor comisario.

—¿Sabía usted que, al lado del suyo, había tres coches más?

—No les he prestado la menor atención...

—Eran el de la señorita Sorelli, que no había encontrado sitio en el patio de la administración; el de la Carlotta, y el de su señor hermano, el conde de Chagny...

—Es posible...

—Lo que sí es cierto, en cambio..., es que si su carruaje, el de la Sorelli y el de la Carlotta siguen estando en su sitio a lo largo de la acera de la Rotonda..., el del señor conde de Chagny ya no se encuentra allí...

—Esto no tiene nada que ver, señor comisario...

—¡Perdón! ¿Acaso el señor conde no se oponía a su matrimonio con Christine Daaé?

—Este asunto no incumbe más que a la familia.

—Ya me ha contestado..., se oponía..., y por eso usted raptaba a Christine Daaé, se la llevaba lejos de su hermano... Pues bien, señor de Chagny, permítame informarle que su hermano ha sido más rápido que usted... ¡Él es quien ha raptado a Christine Daaé!

—¡Oh! —gimió Raoul llevándose una mano al corazón—. No es posible... ¿Está usted seguro?

—Inmediatamente después de la desaparición de la artista, que ha sido organizada mediante complicidades que aún debemos establecer, subió en su coche, que inició una carrera enloquecida a través de París.

—¿A través de París? —susurró el pobre Raoul—. ¿Qué entiende usted por a través de París?

—Y fuera de París...

—Fuera de París... ¿En qué dirección?

—La de Bruselas.

Un grito ronco se escapa de la garganta del desgraciado joven.

—¡Oh! —exclama—. ¡Juro que les alcanzaré!

Y en un par de saltos sale del despacho.

—Y tráiganosla de nuevo... —grita jovial el comisario—. ¡Esa es una información que vale tanto como la del Ángel de la música!

Dicho lo cual, el señor Mifroid se vuelve hacia su auditorio asombrado y le administra un discursillo de honrado policía, pero nada pueril:

—No tengo la menor idea de si ha sido realmente el señor conde de Chagny quien ha raptado a Christine Daaé..., pero tengo que saberlo, y no creo que en este momento haya alguien con más deseos de informarme que su hermano el vizconde... ¡Ahora debe estar corriendo, volando! ¡Es mi principal ayudante! Este es, señores, el arte, que parece tan complicado de la policía, y que resulta no obstante de una asombrosa simplicidad cuando se descubre que lo mejor es hacer desempeñar el papel de policía a personas que no lo son.

Pero quizás el comisario Mifroid no habría estado tan orgulloso de sí mismo si hubiera sabido que la carrera de su rápido mensajero había sido frenada al entrar éste en el primer corredor, libre ya de la masa de los curiosos a los que se había dispersado. El corredor parecía desierto.

Sin embargo, una gran sombra se interpuso en el camino de Raoul.

—¿Adónde va tan aprisa, señor de Chagny? —había preguntado la sombra.

Raoul, impaciente, había levantado la cabeza y reconocido el gorro de astracán de antes. Se detuvo.

—¡Otra vez usted! —gritó con voz febril—. ¡Usted que conoce los secretos de Erik y que no quiere que yo hable de ellos! ¿Quién es usted?

—Lo sabe muy bien... ¡Soy el Persa! —dijo la sombra.

CAPÍTULO XX

EL VIZCONDE Y EL PERSA

Raoul recordó entonces que su hermano le había señalado una noche a aquel vago personaje del que se ignoraba todo, una vez en que se había comentado de que era un persa y que vivía en un viejo y pequeño apartamento de la calle de Rivoli.

El hombre de tez de ébano, ojos de jade y gorro de astracán se inclinó

hacia Raoul.

—Confío, señor de Chagny, en que no haya traicionado el secreto de Erik.

—¿Y por qué no debería traicionar a semejante monstruo, señor? —replicó Raoul en tono altivo, intentando liberarse del inoportuno—. ¿Acaso es amigo suyo?

—Espero que no haya dicho nada de Erik, señor, porque el secreto de Erik es el de Christine Daaé. Y hablar de uno es hablar del otro.

—¡Oh, señor! —exclamó Raoul cada vez más impaciente—. Parece usted al corriente de muchas cosas que me interesan, pero ahora no tengo tiempo de escucharle.

—Por última vez, señor de Chagny, ¿adónde va tan aprisa?

—¿No lo adivina? A socorrer a Christine Daaé...

—Entonces, señor, quédese aquí, ya que Christine Daaé se encuentra aquí.

—¿Con Erik?

—¡Con Erik!

—¿Cómo lo sabe?

—Asistí a la representación y no hay más que un Erik en el mundo capaz de maquinar semejante rapto... ¡Oh! —exclamó lanzando un hondo suspiro—. ¡He reconocido la mano del monstruo!...

—¿Lo conoce usted?

El Persa no contestó, pero Raoul oyó otro suspiro.

—¡Señor! —dijo Raoul—. Ignoro sus intenciones, pero, ¿puede usted hacer algo por mí?... ¿Quiero decir, por Christine Daaé?

—Creo que sí, señor de Chagny, y éste es el motivo por el que lo he abordado.

—¿Qué puede hacer?

—¡Intentar llevarlo hasta ella... y hasta él!

—¡Señor! Es una empresa que yo he intentado vanamente esta noche... pero, si me hace este favor, mi vida le pertenece... Señor, una palabra más: el comisario de policía acaba de informarme de que Christine Daaé ha sido raptada por mi hermano, el conde Philippe...

—¡Oh!, señor de Chagny, no lo creo en absoluto...

—Eso no es posible, ¿no es cierto?

—No sé si eso es posible, pero hay modos y formas de raptar a alguien y el conde Philippe, que yo sepa, nunca ha estado metido en la magia.

—Sus argumentos son convincentes, señor, y yo no soy más que un pobre loco... ¡Señor, corramos, corramos! Me pongo enteramente a su disposición. ¿Cómo podría no creerle cuando nadie más que usted me cree? ¿Cuándo es el único en no reírse al oír el nombre de Erik?

El joven, cuyas manos ardían de fiebre, cogió en un gesto espontáneo las manos del Persa. Estaban heladas.

—¡Silencio! —dijo el Persa deteniéndose y escuchando los lejanos ruidos del teatro y los más insignificantes chasquidos que se producían en las paredes y los corredores vecinos—. No pronunciamos ese nombre. Digamos, Él. Tendremos menos posibilidades de llamar su atención...

—¿Cree, pues, que está cerca de nosotros?

—Todo es posible, señor..., si es que no se encuentra en este momento con su víctima en la mansión del Lago.

—¿Usted también conoce esa mansión?

Si no está allí puede estar en esta pared, en el suelo, en este techo... ¡Qué sé yo!... Puede tener el ojo pegado a esta cerradura..., el oído en esta viga...

Y el Persa, rogándole apagar el ruido de sus pasos, arrastró a Raoul a través de corredores que el joven no había visto jamás, ni siquiera en los tiempos en que Christine le paseaba por aquel laberinto.

—Esperemos —dijo el Persa—, esperemos que Darius haya llegado.

—¿Quién es Darius? —preguntó el joven siempre corriendo.

—Darius es mi criado.

Se encontraban en aquel momento en el centro de una auténtica plaza desierta, una sala inmensa mal iluminada por un pábilo de vela. El Persa detuvo a Raoul, y en voz muy baja, tan baja que Raoul tuvo dificultad en oírlo, le preguntó:

—¿Qué le ha dicho usted al comisario?

—Le he dicho que el verdadero raptor de Christine Daaé era el Ángel de la música, llamado el fantasma de la Opera, y que su verdadero nombre era...

—¡Chiss!... ¿Y el comisario le ha creído?

—No.

—¿No ha dado ninguna importancia a lo que usted le decía?

—¡Ninguna!

—¿Lo ha tomado por un loco?

—Sí.

—¡Tanto mejor! —suspiró el Persa.

Y la carrera continuó.

Tras subir y bajar varias escaleras desconocidas para Raoul, los dos hombres se encontraron frente a una puerta que el Persa abrió con una pequeña ganzúa que sacó de un bolsillo de su chaleco. Al igual que Raoul, el Persa llevaba naturalmente un frac. La única diferencia es que él llevaba un gorro de astracán y Raoul una chistera. Era un insulto al código de elegancia que regía en los bastidores, donde se exige la chistera, pero se da por supuesto que en Francia se permite todo a los extranjeros: la gorra de viaje a los ingleses, el gorro de astracán a los persas.

—Señor —dijo el Persa—, su chistera le estorbará para la expedición que vamos a emprender... Mejor sería dejarla en el camerino.

—¿En qué camerino?

—En el de Christine Daaé.

Y el Persa, tras dejar paso a Raoul por la puerta que acababa de abrir, le indicó, frente a él, el camerino de la actriz.

Raoul ignoraba que se pudiera llegarse al camerino de Christine por otro camino que el que seguía de costumbre. Se encontraba al extremo del pasillo que solía recorrer antes de llamar a la puerta del camerino.

—¡Veo que conoce muy bien la ópera!

—¡No tan bien como él! —dijo el Persa con modestia. Y empujó al joven al camerino de Christine.

Estaba igual que lo había dejado Raoul momentos antes.

El Persa, después de cerrar la puerta, se dirigió hacia el delgado panel que separaba el camerino de un amplio cuarto trastero. Escuchó. Luego tosió con fuerza.

Inmediatamente se oyó un movimiento en el cuarto trastero y, pocos segundos más tarde, llamaban a la puerta del camerino.

—¡Entra! —dijo el Persa.

Entró un hombre que también llevaba un gorro de astracán y vestía con una larga hopalanda.

Saludó y sacó de su abrigo una caja ricamente cincelada. La depositó encima de la mesa, volvió a saludar y se dirigió hacia la puerta.

—¿Nadie te ha visto entrar, Darius?

—No, amo.

—Que nadie te vea salir.

El criado se arriesgó a lanzar una ojeada por los pasillos y desapareció con presteza.

—Señor —dijo Raoul—, estoy pensando en una cosa, y es que aquí nos pueden sorprender, y eso sería muy embarazoso. El comisario no tardará mucho en venir a investigar a este camerino.

—¡Bah! No es al comisario al que debemos temer.

El Persa había abierto la caja. Dentro había un par de largas pistolas de maravilloso dibujo y ornamento.

—Inmediatamente después del rapto de Christine Daaé, he ordenado a mi criado que me preparase estas armas. Hace tiempo que las conozco, y no las hay más seguras.

—¿Quiere acaso batirse en duelo? —preguntó el joven, sorprendido por la llegada de aquel arsenal.

—En efecto, nos dirigimos a un duelo —contestó el otro, mientras examinaba la carga de sus pistolas—. ¡Y qué duelo!

Dicho esto, tendió una pistola a Raoul y continuó diciendo:

—En este duelo seremos dos contra uno, pero esté preparado para todo, señor, ya que no le oculto que tenemos que vérnoslas con el adversario más temible que pueda imaginarse. Pero usted ama a Christine Daaé, ¿no es cierto?

—¡Sí, la amo! Pero usted, que no la ama, explíqueme por qué está dispuesto a arriesgar su vida por ella... ¡Odia a Erik!

—No, señor, no lo odió —dijo tristemente el Persa—. Si lo odiase hace tiempo ya que habría dejado de hacer daño.

—¿Le ha hecho daño a usted?

—El daño que me hizo ya se lo he perdonado.

—¡Resulta extraordinario oírle hablar de ese hombre! —continuó el joven—. Lo trata de monstruo, habla de sus crímenes, él le ha hecho daño y encuentro en usted esa piedad inusitada que me desesperaba en Christine...

El Persa no contestó. Había ido a coger un taburete y lo había colocado

apoyado contra la pared opuesta al gran espejo que ocupaba todo el panel de enfrente. Después, se había subido al taburete y, con la nariz pegada al papel con el que estaba tapizada la pared, parecía buscar algo.

—Bien, señor —dijo Raoul que ardía de impaciencia—, le estoy esperando. ¡Vamos!

—¿Vamos, adónde? —preguntó el otro sin volver la cabeza.

—¡A buscar al monstruo! Bajemos. ¿No me ha dicho que sabía cómo hacerlo?

—Lo estoy buscando.

Y la nariz del Persa siguió paseándose a lo largo de la pared.

—¡Ah! —exclamó de repente el hombre del gorro—. ¡Es aquí!

Y su dedo apretó, por encima de su cabeza, un ángulo del dibujo del papel. Después se volvió y bajó del taburete.

—Dentro de medio minuto —dijo—, nos encontraremos sobre sus huellas.

Y, atravesando todo el camerino, fue a palpar el gran espejo.

—No, aún no cede... —murmuró.

—¡Así que saldremos por el espejo!... —dijo Raoul—. ¡Igual que Christine!...

—¿Sabía entonces que Christine Daaé había salido por este espejo?

—¡Y en mis mismas narices, señor!... Estaba oculto allí, tras la cortina del vestidor y la vi desaparecer, no por el espejo, sino en el espejo.

—¿Y qué hizo usted?

—Creí señor, que se trataba de una aberración de mis sentidos, de una locura, de un sueño.

—O de una nueva fantasía del fantasma —continuó el Persa—. ¡Ay, señor de Chagny! —continuó mientras seguía palpando con la mano el espejo—. ¡Ojalá tuviéramos que vérnoslas con un fantasma! ¡Podríamos dejar entonces en la caja nuestro par de pistolas!... ¡Sáquese el sombrero, se lo ruego!... Póngalo allí... Y ahora, abróchese su chaqueta sobre el plastrón todo lo que pueda..., igual que yo... bájese las vueltas..., levántese el cuello... Debemos hacernos lo más invisibles que podamos —y añadió aún, tras un corto silencio, mientras se apoyaba en el espejo—: El disparo del contrapeso, cuando se actúa sobre el resorte desde el interior del camerino, es un poco lento en sus efectos. No ocurre igual cuando se está detrás de la pared y se puede actuar directamente sobre el contrapeso. Entonces, el espejo gira instantáneamente y

se mueve con una velocidad increíble...

—¿Qué contrapeso? —preguntó Raoul.

—Pues el que hace que se levante todo este lienzo de la pared sobre su eje. No pensará que se desplaza solo por arte de magia.

Y el Persa, acercando a Raoul con una mano, seguía apoyando la otra (con la que aguantaba la pistola) en el espejo.

—Pronto, verá, si presta atención, cómo el espejo se levanta algunos milímetros y cómo se desplaza luego otros pocos más de izquierda a derecha. Encajará entonces en un pivote, y girará. ¡Nunca se sabrá a ciencia cierta lo que puede hacerse con un contrapeso! Un niño puede hacer girar una casa con su dedito... cuando un lienzo de pared, por muy pesado que sea, impulsado por un contrapeso sobre su pivote, bien equilibrado, no pesa más que una peonza sobre su punta.

—¡Esto no gira! —exclamó Raoul impaciente.

—¡Vamos, espere! Tendrá todo el tiempo que quiera para impacientarse, señor. El mecanismo, evidentemente, está herrumbrado o el resorte ya no funciona.

La frente del Persa se frunció.

—También puede suceder otra cosa.

—¿Qué, señor?

—Puede que él simplemente haya cortado la cuerda del contrapeso y con ello inmovilizado todo el sistema.

—¿Por qué? Ignora que vamos a bajar por aquí.

—Puede sospecharlo, ya que no ignora que yo conozco el sistema.

—¿Fue él quien se lo enseñó?

—No. Hice mis investigaciones yendo en pos de él y, tras sus misteriosas desapariciones, lo encontré. ¡Oh, es el sistema más sencillo de puerta secreta! Es un mecanismo tan viejo como los palacios sagrados de Tebas, la de las cien puertas; como el de la sala del trono de Ecbatana, como la sala del trípode de Delfos...

—¡Esto no gira!... ¿Y Christine, señor? ¡Christine!...

El Persa dijo fríamente:

—Haremos todo lo que humanamente pueda hacerse... Pero él puede detenemos desde el principio.

—¿Acaso es el amo de estas paredes?

—Manda a las paredes, a las puertas, a las trampillas. Entre nosotros le llamamos con un nombre que significa algo así como el maestro en trampillas.

—¡Así me ha hablado Christine de él..., con el mismo misterio y acordándole el mismo temible poder! Pero todo esto me parece extraordinario... ¿Por qué estas paredes le obedecen sólo a él? ¿Fue él quien las construyó?

—Sí, señor.

Y, como Raoul le miraba con expectación, el Persa le hizo señal de callarse, después, con un gesto le señaló el espejo... Fue como un reflejo tembloroso. Su doble imagen se turbó, como en una onda estremecida, y después todo volvió a inmovilizarse.

—Ya ve, señor, esto no gira. ¡Tomemos otro camino!

—Esta noche, no hay otro camino... —declaró el Persa, con una voz extraordinariamente lúgubre—. ¡Y ahora, cuidado! ¡Y prepárese a disparar!

Él mismo apuntó su pistola hacia el centro del espejo. Raoul lo imitó. El Persa atrajo hacia sí al joven, con el brazo que le quedaba libre, y el espejo giró de repente, deslumbrándolos, entre un centellear cegador de luces; giró, igual que una de esas puertas giratorias que ahora se abren a las salas públicas..., giró llevándose a Raoul y al Persa en su movimiento irresistible y arrojándolos bruscamente de la plena luz a la más profunda oscuridad.

CAPÍTULO XXI

EN LOS SÓTANOS DE LA ÓPERA

—Mantenga la mano en alto, dispuesta a disparar —repitió apresuradamente el compañero de Raoul.

Tras ellos, la pared, dando una vuelta completa sobre sí misma, había vuelto a cerrarse.

Los dos hombres permanecieron inmóviles unos segundos, conteniendo la respiración.

En aquellas tinieblas reinaba un silencio que nada turbaba.

Finalmente, el Persa se decidió a hacer un movimiento y Raoul lo oyó deslizarse de rodillas, buscando algo en la oscuridad con sus manos que tanteaban.

De repente, ante el joven, las tinieblas se aclararon prudentemente a la luz de una pequeña lámpara sorda, y Raoul retrocedió instintivamente como para escapar a la investigación de un enemigo secreto. Pero en seguida comprendió que aquella luz pertenecía al Persa, cuyos gestos seguía. El pequeño disco rojo se paseaba con meticulosidad a lo largo de las paredes, arriba, abajo y alrededor de ellos. Aquellas paredes estaban formadas, a la derecha, por un muro y, a la izquierda, por un tabique de tablas, por encima y por debajo de sótanos. Raoul se decía que Christine debió haber seguido aquel camino el día que iba en pos de la voz del Ángel de la Música. Ese debía ser el camino habitual de Erik cuando venía a sorprender la buena fe y la inocencia de Christine. Raoul, que recordaba las frases del Persa, pensó que aquel camino había sido misteriosamente construido por el fantasma mismo. Sin embargo, más tarde sabría que Erik había encontrado, como preparado para él, ese pasillo secreto de cuya existencia durante mucho tiempo había sido el único conocedor. Aquel corredor había sido construido durante la Comuna de París para permitir a los carceleros conducir a los prisioneros hasta los calabozos que habían construido en las bodegas, ya que los federados habían ocupado el edificio inmediatamente después del 18 de marzo y lo habían convertido —en la parte alta— en el punto de partida de las montgolfieras encargadas de llevar a los departamentos sus proclamas incendiarias, y la parte baja en una prisión de Estado.

El Persa se había arrodillado y dejado su linterna en el suelo.

Parecía buscar algo y, de pronto, veló su luz.

Entonces Raoul oyó un ligero crujir y vio en el suelo del corredor un cuadrado luminoso muy pálido. Parecía como si una ventana acabara de abrirse en los bajos aún iluminados de la ópera. Raoul ya no veía al Persa, pero le sintió a su lado y notó su aliento.

—Sígame y haga exactamente lo mismo que yo.

Raoul fue conducido hacia el tragaluz luminoso. Vio entonces que el Persa volvía a arrodillarse y, colgándose del tragaluz con las dos manos, se dejaba deslizar hacia abajo. El Persa sujetaba la pistola con los dientes.

Cosa extraña, el vizconde tenía plena confianza en el Persa. A pesar de que ignoraba todo acerca de él y que la mayoría de sus frases sólo habían servido para aumentar la oscuridad en toda esta aventura, no dudaba en pensar, que en este decisivo momento, el Persa estaba de su lado contra Erik. Su emoción le había parecido sincera cuando le había hablado del «monstruo». El interés que había demostrado no le parecía sospechoso. Por último, si el Persa tuviera preparado algo en contra de Raoul, no le hubiera dado un arma. Además, en resumidas cuentas, ¿no se trataba, costara lo que costara, de llegar hasta Christine? Raoul no podía elegir los medios. Si hubiera vacilado, incluso sin

estar convencido de las intenciones del Persa, el joven se hubiera considerado como el último de los cobardes.

A su vez, Raoul se arrodilló y se colgó con las dos manos de la trampa.

—¡Suéltese del todo! —oyó, y cayó en brazos del Persa, que le ordenó inmediatamente echarse al suelo, volvió a cerrar la trampa sobre sus cabezas, sin que Raoul pudiera saber cómo, y fue a tumbarse al lado del vizconde.

Éste quiso hacerle una pregunta, pero la mano del Persa se apoyó en su boca e inmediatamente oyó una voz a la que reconoció como la del comisario de policía que hacía un momento le había interrogado.

Ambos se encontraban entonces detrás de un tabique que los ocultaba perfectamente. Cerca de allí, una estrecha escalera subía a una pequeña habitación por la cual debía de pasarse el comisario haciendo preguntas, ya que se oía el ruido de sus pasos al tiempo que el de su voz.

La luz que rodeaba los objetos era muy débil, pero, al salir de aquella espesa oscuridad que reinaba en el corredor secreto de arriba, Raoul no tenía dificultad en distinguirlos.

No pudo contener una sorda exclamación al ver de pronto tres cadáveres.

El primero estaba tendido sobre el estrecho rellano de la escalerilla que subía hacia la puerta tras la cual se oía al comisario; los otros dos se encontraban debajo de la escalera, con los brazos en cruz. Pasando los dedos a través del tabique que los ocultaba, Raoul hubiera podido tocar la mano de alguno de aquellos desgraciados.

—¡Silencio! —susurró de nuevo el Persa.

También él había visto los cuerpos y con una sola palabra lo explicó todo:

—¡¡Él!!

Ahora se oía la voz del comisario con mayor intensidad. Pedía explicaciones acerca del sistema de iluminación, que el regidor le daba. El comisario debía estar en el «registro», o en sus dependencias. Contrariamente a lo que podría creerse, cuando se trataba de un teatro de ópera, el «registro» no estaba destinado a ejecutar música.

Por aquella época, la electricidad se empleaba sólo para ciertos efectos escénicos muy restringidos y para los timbres. El inmenso edificio y el mismo escenario aún se iluminaban con gas, y se regulaba y modificaba siempre la iluminación del decorado con gas hidrógeno; y eso se hacía mediante un aparato especial al que la multiplicidad de sus tubos hizo que fuera bautizado como «registro de órgano».

Al lado de la concha del apuntador, había reservado un nicho para el jefe de iluminación, que desde allí daba las órdenes a sus empleados, mientras vigilaba su ejecución. En este nicho era el lugar donde Mauclair se encontraba durante todas las representaciones.

Sin embargo, Mauclair no estaba en su nicho, y tampoco sus empleados ocupaban sus puestos.

—¡Mauclair, Mauclair!

La voz del regidor resonaba ahora en los bajos como en un tambor. Pero Mauclair no contestaba.

Ya hemos dicho que había una puerta que daba a una escalerilla que subía del segundo sótano. El comisario la empujó, pero la puerta resistió.

—¡Vaya, vaya! —dijo—. Vea usted, señor regidor... No puedo abrir esa puerta... ¿Siempre es tan difícil?

El regidor, empujó la puerta con un vigoroso golpe. Se dio cuenta de que, al mismo tiempo, empujaba a un cuerpo humano y no pudo contener una exclamación. Reconoció inmediatamente a aquel cuerpo:

—¡Mauclair!

Todas las personas que habían seguido al comisario en aquella visita al registro avanzaron inquietos.

—¡Qué desgracia, está muerto! —gimió el regidor.

Pero el comisario Mifroid, a quien nada sorprende, está ya inclinado sobre aquel enorme cuerpo.

—¡No —dijo—, lo que ocurre es que lleva una borrachera de cuidado! —dijo—. No es lo mismo.

—Sería la primera vez —declaró el regidor.

—Entonces le han dado un narcótico... ¡Es muy posible! Mifroid se incorporó, bajó algunos peldaños más y exclamó:

—¡Miren!

A la luz de un farolillo rojo, al pie de la escalera había tendidos dos cuerpos más. El encargado reconoció a los ayudantes de Mauclair, Mifroid bajó y los auscultó.

—Duermen profundamente —dijo—. ¡Extraño! No podemos dudar de la intervención de un desconocido en el servicio de iluminación..., ¡y ese desconocido trabajaba sin duda para el raptor!... ¡Pero qué curiosa idea la de raptar a una artista en escena!... ¡Son ganas de crearse dificultades, de eso

estoy seguro! ¡Que busquen al médico del teatro! —y Mifroid repitió—: ¡Extraño caso, muy extraño!

Después, volvió a entrar en el pequeño cuarto, dirigiéndose a dos personas a las que, desde el lugar en que se encontraban, Raoul ni el Persa podían ver.

—¿Qué dicen ustedes de todo esto, señores? —preguntó—. Son ustedes los únicos que no han dado su opinión. Sin embargo, deben tener una ligera idea...

Entonces, por encima del rellano, Raoul y el Persa vieron avanzar a las caras anonadadas de los dos directores —no se veía más que sus siluetas sobre el rellano— y oyeron la voz conmovida de Moncharmin:

—Hoy están ocurriendo aquí una serie de cosas, señor comisario, a las que no podemos dar explicación alguna.

Y las dos siluetas desaparecieron.

—Gracias por la información, señores —dijo Mifroid en tono socarrón.

Pero el regidor, cuya barbilla descansaba ahora en el hueco de su mano derecha, lo que significa un acto de reflexión profunda, dijo:

—No es la primera vez que Mauclair se duerme en el teatro. Recuerdo haberle encontrado una noche roncando en su nicho, junto a su tabaquera.

—¿Hace mucho de eso? —preguntó el señor Mifroid, mientras limpiaba meticulosamente los cristales de su binóculo, ya que el comisario era miope como les suele ocurrir a los mejores ojos del mundo.

—¡Dios mío! No hace mucho... —dijo el regidor—. ¡Mire!... Era la noche..., sí, seguro..., la noche en que la Carlotta, ya lo sabe señor comisario, lanzó su famoso ¡cuac!

—¿La noche en que la Carlotta lanzó su famoso ¡cuac!?

Y el señor Mifroid, tras volver a colocarse en la nariz el binóculo de cristales transparentes, miró fijamente al encargado como si quisiera adivinar su pensamiento.

—¿Así que Mauclair toma rapé? —preguntó en tono despreocupado.

—Claro que sí, señor comisario... Mire, precisamente allí, en esa tablilla está su tabaquera... ¡Oh, toma mucho!

—¡También yo! —dijo el señor Mifroid, y metió la tabaquera en su bolsillo.

Raoul y el Persa asistieron, sin que nadie sospechara su presencia, al traslado de los tres cuerpos que los tramoyistas vinieron a llevarse. El

comisario los siguió y todo el mundo volvió a subir tras él. Por algunos instantes se oyeron sus pasos que resonaban sobre el escenario.

Cuando estuvieron solos, el Persa indicó a Raoul que se levantara. Éste obedeció; pero, como no había vuelto a alzar la mano a la altura de los ojos, dispuesta a disparar, igual que el Persa; éste le recomendó volver a ponerse en aquella posición y no abandonarla pasara lo que pasase.

—Pero esto cansa inútilmente la mano —murmuró Raoul—, y si disparo no lo haré con seguridad.

—Cambie el arma de mano, entonces —concedió el Persa.

—¡No sé disparar con la mano izquierda!

A lo cual replicó el Persa con esta declaración extraña, que desde luego no era la más indicada para aclarar las cosas en el cerebro trastornado del joven:

—No se trata de disparar con la mano izquierda o con la mano derecha; se trata de tener una de las manos puesta como si fuera a apretar el gatillo de una pistola, teniendo el brazo medio doblado; en cuanto a la pistola en sí, después de todo, puede guardarla en el bolsillo.

Y añadió:

—¡Que esto quede bien claro, o no respondo de nada! ¡Es una cuestión de vida o muerte! Ahora, ¡silencio y sígame!

Se hallaban entonces en el segundo sótano. Raoul podía entrever tan sólo, a la luz de algunas velas inmóviles, dispersas en sus cárceles de cristal, una ínfima parte de ese abismo extravagante, sublime e infantil, divertido como un teatro de polichinelas, espantoso como un abismo, que constituye los sótanos de la Ópera.

Son formidables y son cinco. Reproducen todos los planos del escenario, sus trampas y trampillas. Los escotillones están allí reemplazados por raíles. Enormes vigas transversales soportan trampas y trampillas. Vigas, que se apoyan en bloques de fundición o de piedra, soleras o «chisteras» que forman una serie de soportes que permiten dejar paso libre a las «glorias» y a otras combinaciones o trucos. Se da cierta estabilidad a estos aparatos uniéndolos por medio de ganchos de hierro y según las necesidades del momento. Los tornos de mano, los tambores y los contrapesos están generosamente distribuidos en los sótanos. Sirven para maniobrar los grandes decorados, para realizar los cambios a la vista, para provocar la desaparición súbita de los personajes de los magos. Es en los sótanos, han dicho los señores X, Y, Z, que han dedicado a la obra de Garnier un estudio muy interesante, donde se transforma a los cacoquimios en hermosos caballeros, a las horribles brujas en hadas radiantes de juventud. Tan pronto sale Satán de los sótanos como se

sumerge en ellos. Las luces del infierno escapan de allí y el coro de los demonios los ocupan.

... Y los fantasmas se pasean como por su casa...

Raoul seguía al Persa, obedeciendo al pie de la letra sus recomendaciones sin intentar entender los gestos que le ordenaba..., diciéndose que no le quedaba más esperanza que él.

¿Qué hubiera hecho sin su compañero en aquel espantoso dédalo?

¿Acaso no se habría visto detenido continuamente por la maraña de vigas y cuerdas? ¿No se vería atrapado en aquella gigantesca tela de araña?

Y, de haber podido pasar a través de aquella red de alambres y de contrapesos que sin cesar aparecían ante él, corría el riesgo de caer en uno de los agujeros que se abrían por momentos bajo sus pies y cuyo fondo de tinieblas no podía alcanzar su mirada.

Bajaban, seguían bajando...

Ahora se encontraban en el tercer sótano.

Seguían guiándose en la oscuridad, gracias a alguna lamparilla lejana...

Cuanto más bajaban, más precauciones parecía tomar el Persa... No cesaba de volverse hacia Raoul y de recomendarle que siguiera sus instrucciones señalándole el nodo de poner la mano, desarmada ahora, pero siempre dispuesta a disparar como si empuñara una pistola.

De repente una voz atronadora les dejó clavados. Alguien gritaba encima de ellos:

—¡Al escenario todos los «cerradores de puertas»! El comisario de policía les reclama.

... Se oyeron pasos y unas sombras se deslizaron en la sombra. El Persa había llevado a Raoul detrás de un bastidor... Vieron pasar muy cerca y por encima de sus cabezas a viejos encorvados por los años y el peso de los decorados de la ópera. Algunos casi no podían sostenerse de pie..., otros, por costumbre, con la espalda doblada y las manos tendidas hacia delante, buscaban puertas que cerrar.

Así eran los cerradores de puertas..., antiguos tramoyistas agotados, de los que unos directores caritativos se habían apiadado. Les había hecho encargados de las puertas en los sótanos y en los tejados. Iban y venían sin cesar, de arriba a abajo del escenario, para cerrar las puertas, y se les llamaba también por aquella época, ya que me parece que ahora están todos muertos, «los cazadores de corrientes de aire».

Las corrientes de aire, vengan de donde vengan, son muy malas para la VOZ.

El Persa y Raoul se felicitaron de aquel incidente que les libraba de testigos molestos, ya que alguno de los cerradores de puertas, al no tener nada que hacer ni incluso tampoco un domicilio, se quedaba por pereza o por necesidad en la ópera y pasaba la noche en ella. Podían tropezar con ellos, despertarlos y tener que dar explicaciones. El interrogatorio del señor Mifroid salvaba a nuestros dos compañeros de aquellos encuentros desafortunados.

Pero no pudieron disfrutar por mucho tiempo de la soledad... Otras sombras bajaban ahora por el mismo camino por el que los «cerradores de puertas» habían subido. Cada una de estas sombras llevaba una pequeña linterna... que agitaban moviéndola arriba y abajo, examinándolo todo a su alrededor y con todo el aspecto de buscar algo o a alguien.

—¡Vaya! —murmuró el Persa...

—No sé qué estarán buscando, pero podrían encontrarnos... ¡huyamos!... ¡de prisa!... ¡La mano en guardia, señor, siempre dispuesta para disparar! Pliegue más el brazo, así... la mano a la altura del ojo, como si se batiera en duelo y esperara la orden de «fuego». Meta su pistola en el bolsillo. ¡Deprisa, bajemos! (arrastraba a Raoul hacia el cuarto sótano...). A la altura del ojo, es cuestión de vida o muerte... ¡Por aquí, por esta escalera! (llegaban al quinto sótano). ¡Ah, qué duelo, señor, qué duelo!

El Persa suspiró aliviado al llegar al quinto sótano... Parecía disfrutar de algo más de seguridad de la que había mostrado antes, cuando se habían detenido ambos en el tercer sótano, sin embargo no abandonaba la posición de la mano...

Raoul tuvo tiempo de extrañarse, una vez más, por lo demás sin hacer ninguna nueva observación. Ninguna, ya que en verdad no era el momento de extrañarse de aquella extraordinaria concepción de la defensa personal que consistía en guardar la pistola en el bolsillo mientras que la mano seguía dispuesta a servirse de ella, como si la pistola estuviera aún en la mano, a la altura del ojo, posición de espera de la orden de «fuego» en los duelos de aquella época.

Con respecto a esto, Raoul creía recordar perfectamente que le había dicho: «Son pistolas de las que estoy seguro».

De lo que le parecía lógico deducir lo siguiente: «¿Qué le importaba estar seguro de unas pistolas a las que no va a utilizar?».

Pero el Persa le detuvo en sus vagos intentos reflexivos. Haciéndole señal de detenerse, volvió a subir unos peldaños de la escalera que acababan de

dejar. Después volvió rápidamente al lado de Raoul.

—¡Qué tontos somos! —le susurró—. Pronto nos veremos libres de esas sombras de las linternas... Son los bomberos que hacen su ronda.

Los dos hombres permanecieron entonces a la defensiva durante cinco largos minutos por lo menos; después, el Persa arrastró a Raoul hacia la escalera que acababan de bajar; pero, de repente, con un gesto volvió a ordenarle inmovilidad.

Ante ellos, la oscuridad se movía.

—¡Cuerpo a tierra! —exclamó el Persa con un susurró. Los dos hombres se tiraron al suelo.

Justo a tiempo.

... Una sombra que, esta vez, no llevaba ninguna linterna..., tan sólo una sombra en la sombra pasaba.

Pasó tan cerca de ellos que podía tocarlos.

Sintieron sobre sus rostros el soplo cálido de su capa...

Ya que pudieron distinguirlo lo suficiente como para ver que la sombra llevaba una capa que la envolvía de la cabeza a los pies. En la cabeza, un sombrero blando de fieltro.

... Se alejó, rozando las paredes con el pie y dando a veces, en las esquinas, patadas a las paredes.

—¡Uff!... —exclamó el Persa—, de buena nos hemos librado... Esa sombra me conoce y ya me ha llevado dos veces al despacho del director.

—¿Será alguien de la policía del teatro? —preguntó Raoul.

—¡Alguien mucho peor! —contestó sin dar más explicaciones el Persa.

—¿No será él?

—¿Él?... Si no llega por detrás, veremos antes sus ojos de oro... Esa es nuestra pequeña fuerza en la oscuridad. Pero puede llegar por detrás, con pasos de lobo... y somos hombres muertos si no llevamos siempre las manos como si fueran a disparar, a la altura del ojo, hacia adelante.

El Persa no había terminado aún de formular sus consejos, cuando una figura fantástica apareció ante los dos hombres.

... Un cuerpo entero... una cara; no solamente dos ojos de oro.

... Sino un rostro luminoso... una figura en llamas...

Sí, una figura en llamas que avanzaba a la altura de un hombre. ¡Pero sin

cuerpo!

Aquella figura desprendía fuego.

En la oscuridad parecía una llama con forma de cuerpo humano.

—¡Vaya! —exclamó el Persa entre dientes—, ¡es la primera vez que la veo!... El teniente de bomberos no estaba loco, él también la había visto... ¿Qué serán esas llamas? No es él, pero bien puede ser él quien nos la envía... ¡Cuidado!... ¡Cuidado!... Ponga la mano a la altura del ojo, ¡por lo que más quiera!... a la altura del ojo.

La figura de fuego, que tenía un aspecto infernal de demonio en llamas, seguía avanzando a la altura de un hombre, sin cuerpo, delante de los dos hombres aterrorizados...

—Quizá él nos envíe a esta cosa por delante para mejor sorprendernos por detrás..., o por los lados... ¡Nunca se sabe con él!... Conozco muchos de sus trucos..., ¡pero éste..., éste no lo conocía aún!... ¡Huyamos! ..., por prudencia... sólo... ¡por prudencia!... la mano a la altura del ojo.

Y huyeron los dos juntos a lo largo del corredor subterráneo que se habría ante ellos.

Tras unos segundos de carrera, que parecieron larguísima minutos, se detuvieron.

—Es curioso —dijo el Persa—, rara vez viene él por aquí. ¡Este lado no le interesa!... ¡No conduce ni al Lago ni a la mansión del Lago!... Pero quizá sepa que estamos sobre sus pasos... a pesar de que yo le haya prometido dejarlo tranquilo y no volver a meterme en sus asuntos.

Al decir esto, volvió la cabeza, y Raoul también.

Vieron de pronto la cabeza de fuego detrás de las suyas. Los había seguido... Debía haber corrido también, y quizás aún más aprisa que ellos, porque les pareció que se había acercado.

Empezaron a distinguir a la vez un ruido cuyo origen les resultaba imposible adivinar. Sólo cayeron en la cuenta de que este ruido parecía desplazarse y acercarse junto con la llama-figura-de-hombre. Eran chirridos o más bien crujidos, como si miles de uñas rascaran una pizarra, produciendo un ruido absolutamente insoportable similar al que a veces se produce por culpa de una piedrecita engastada en una barra de tiza que chirría en la pizarra.

Siguieron retrocediendo, pero la figura-llama avanzaba, seguía avanzando ganándoles terreno. Ahora ya se distinguían muy bien sus rasgos. Los ojos eran completamente redondos y fijos, la nariz un poco torcida y la boca grande, con un labio inferior que colgaba en forma de semicírculo; recordaban

los ojos, la nariz y el labio de la luna cuando la luna está totalmente roja, color sangre.

¿Cómo podía deslizarse aquella luna roja en las tinieblas, a la altura de un hombre, sin ningún apoyo, sin cuerpo para sostenerla, al menos aparentemente? ¿Cómo caminaba tan de prisa, en línea recta, con los ojos fijos, tan fijos? ¿De dónde venía todo ese crujir, chirriar, golpear que arrastraba tras de sí?

Por fin, el Persa y Raoul no pudieron retroceder más y se aplastaron contra la pared, sin saber qué iba a pasarles, quedando a merced de aquella figura incomprensible de fuego y, sobre todo ahora, del ruido más intenso, más vivo, muy «numeroso», ya que sin duda aquel ruido era producido por cientos de pequeños ruidos que se agitaban en las tinieblas, bajo la cabeza-llama.

La cabeza-llama, sigue avanzando... ¡Ya está aquí!... Con su ruido... ¡Ya está junto a ellos!...

Los dos compañeros, pegados a la pared, sienten que los cabellos se les erizan de horror, porque ahora ya saben de dónde proceden los miles de ruidos. Avanzan en tropel, rodando por las sombras en innumerables olas pequeñas y apretadas, más rápidas que las que trotan en la arena con la marca alta, pequeñas olas nocturnas que corretean bajo la luna, bajo la luna-cabeza-de-llama.

Las pequeñas olas se deslizan entre sus piernas, suben por ellas, irresistiblemente. Entonces, Raoul y el Persa no pueden retener sus gritos de horror, espanto y dolor.

Tampoco pueden continuar manteniendo las manos a la altura del ojo, postura de duelo en aquella época, antes de la orden de «fuego». Sus manos bajan a las piernas para alejar las pequeñas olas luminosas que arrastran cositas agudas, olas llenas de patas, uñas, garras y dientes.

Sí, sí, Raoul y el Persa están a punto de desmayarse como el teniente de bomberos Papin. Pero la cabeza-fuego se ha vuelto hacia ellos al oír sus aullidos. Y les habla:

—¡No os mováis! ¡No os mováis!... Sobre todo, ¡no me sigáis!... ¡Soy el matador de ratas!... ¡Dejadme pasar con mis ratas!...

Bruscamente desaparece la cabeza-fuego y se esfuma en las tinieblas mientras, ante ella, el corredor se ilumina a lo lejos, gracias al movimiento que el matador de ratas ha hecho con su linterna sorda. Antes, para no espantar las ratas, había vuelto la linterna hacia él, iluminando su propia cabeza; ahora, para apresurar su huida, alumbra el espacio negro ante él... Y entonces da un brinco, arrastrando consigo las olas de ratas, trepadoras, crujientes, los miles

de ruidos...

El Persa y Raoul, liberados, respiran, si bien aún temblorosos.

—Debería haber recordado que Erik me habló del matador de ratas —dijo el Persa— Pero no me había dicho que tenía este aspecto... Es extraño que no lo haya encontrado jamás.

»¡Creía que se trataba de una de las jugadas del monstruo!... —suspiró—. Pero no, nunca viene a estos parajes».

—¿Estamos muy lejos del lago? —preguntó Raoul—. ¿Cuándo llegaremos?... ¡Vamos al lago! ¡Vamos al lago!... Cuando llegemos al lago llamaremos, golpearemos las paredes, gritaremos...

¡Christine nos oirá!... ¡Y también él nos oirá!... Y si usted le conoce, le hablaremos.

—¡No sea infantil! —exclamó el Persa—. Nunca entraremos en la mansión del Lago por el lago.

—¿Por qué no?

—Porque allí es donde ha acumulado toda su defensa... Ni siquiera yo he podido llegar a la otra orilla... a la orilla de la casa... Primero hay que atravesar el lago..., ¡y le aseguro que está bien protegido!... Me temo que más de uno de estos antiguos tramoyistas, viejos cerradores de puertas que han desaparecido misteriosamente, intentaron simplemente atravesar el lago... Es terrible... Yo también estuve a punto de quedarme allí... ¡Si el monstruo no me hubiera reconocido a tiempo!... Un consejo, amigo. No se acerque jamás al lago... Y, sobre todo, tápese los oídos si oye cantar a la Voz bajo el agua, la voz de la Sirena.

—Pero entonces —replicó Raoul en un transporte de fiebre, de impaciencia y de rabia—, ¿qué hacemos aquí?... Si no puede hacer nada por Christine, déjeme al menos morir buscándola.

El Persa intentó calmar al joven.

—Sólo disponemos de un medio para salvar a Christine Daaé, créame, y es penetrando en esa mansión sin que el monstruo se dé cuenta.

—¿Y cree que podremos hacerlo?

—¡Si no tuviera esa esperanza no habría venido en su busca! —¿Por dónde entraremos en la mansión del Lago sin pasar por el lago?

—Por el tercer sótano, del que tan inoportunamente hemos sido expulsados, señor, y al cual volveremos ahora mismo... Le diré, señor —exclamó el Persa con la voz súbitamente alterada—, le diré el lugar exacto...

Se encuentra entre unos bastidores y un decorado abandonado de El rey de Lahore, exactamente en el lugar en que encontró la muerte Joseph Buquet...

—¡Ah! ¿aquel jefe de los tramoyistas al que se encontró ahorcado?

—Sí, señor —añadió en tono singular el Persa—, y cuya cuerda no pudo ser hallada... ¡Vamos! ¡Ánimo!... en marcha..., y vuelva a poner la mano en guardia, señor... Pero, ¿dónde estamos?

El Persa se vio obligado a encender de nuevo la linterna. Dirigió el haz luminoso hacia dos amplios corredores que se cruzaban en ángulo recto y cuyas bóvedas se perdían en el infinito.

—Debemos estar —dijo— en la parte reservada al servicio de aguas... No veo ningún fuego proveniente de las calderas.

Precedió a Raoul, buscando el camino, deteniéndose bruscamente al paso de algún hidráulico. Después, tuvieron que ocultarse ante el resplandor de una especie de fragua subterránea que acababan de apagar y ante la cual Raoul reconoció a los demonios entrevistados por Christine en su primer viaje el día de su primer rapto.

Volvían poco a poco al prodigioso sótano que se hallaba debajo del escenario.

Debían encontrarse entonces en el fondo de la cuba, a una gran profundidad, si pensamos que habían excavado la tierra quince metros por debajo de las capas de agua que había en toda aquella parte de la capital, y que hubo que drenar toda el agua... Se sacó tanta agua que, para hacerse una idea de la cantidad expulsada por las bombas, habría que imaginar una superficie como el patio del Louvre con una altura de una vez y media la de las torres de Notre-Dame. De todos modos, tuvieron que conservar un lago.

En aquel momento el Persa tocó una pared y dijo:

—Si no me equivoco, éste podría ser uno de los muros de la mansión del Lago.

Golpeó entonces contra una pared de la cuba. Quizá no sea del todo inútil informar al lector de cómo habían construido el fondo y las paredes de la cuba.

Con el fin de evitar que las aguas que rodean la construcción quedasen en contacto inmediato con las paredes que aguantaban todo el armazón de la maquinaria teatral, cuyo conjunto de estructuras, de carpintería, cerrajería y pinturas debe quedar aislado de la humedad, el arquitecto se vio obligado a construir en todas partes una doble envoltura.

El trabajo para construir esta doble envoltura llevó un año entero. El Persa golpeaba la pared de la primera envoltura mientras hablaba a Raoul de la

mansión del Lago. Para alguien que conociera la arquitectura del monumento, el gesto del Persa parecía indicar que la misteriosa casa de Erik había sido construida en la doble envoltura formada por un grueso muro hecho en estacada, una enorme capa de cemento y otro muro de varios metros de espesor.

Detrás del Persa, Raoul se había aplastado contra pared y había escuchado con avidez.

... Pero no oyó nada... nada más que pasos lejanos que sonaban en el suelo, en la parte alta del teatro.

El Persa había vuelto a apagar su linterna.

—¡Cuidado! —dijo—. ¡Cuidado con la mano! Y ahora mucho silencio, porque intentaremos entrar en su casa. Y lo arrastró hasta la escalerilla que habían bajado antes... Volvieron a subirla, deteniéndose en cada escalón, espiando las sombras y el silencio...

Pronto se encontraron en el tercer sótano...

Entonces el Persa hizo una señal a Raoul de ponerse de rodillas y así, arrastrándose de rodillas y sobre una mano —la otra mano seguía en la posición indicada— llegaron hasta la pared del fondo. Apoyada en aquella pared había un gran lienzo abandonado del decorado de El rey de Lahore.

Y justo al lado de aquel decorado, un portante...

Entre el decorado y el portante no había más espacio que para un cuerpo.

... Un cuerpo como el que un día se había encontrado colgado... el cuerpo de Joseph Buquet.

Siempre de rodillas, el Persa se había detenido. Escuchaba. Por un momento pareció dudar y miró a Raoul; después, sus ojos se clavaron arriba, en el segundo sótano, que les enviaba el débil resplandor de una linterna filtrándose entre dos tablas. Evidentemente aquel resplandor molestaba al Persa. Por fin, agachó la cabeza y se decidió.

Se deslizó entre el portante y el decorado de El rey de Lahore. Raoul le siguió de cerca.

La mano libre del Persa tanteaba la pared. Raoul la vio un instante apoyarse con fuerza, como lo había hecho en la pared del camerino de Christine...

Y una piedra basculó...

Ahora, había un agujero en la pared...

Esta vez el Persa sacó la pistola del bolsillo e indicó a Raoul que hiciera lo

mismo. Montó la pistola.

Con decisión, y siempre de rodillas, se introdujo en el agujero que la piedra, al bascular, había dejado en la pared.

Raoul, que habría querido pasar el primero, tuvo que contentarse con seguirlo.

El agujero era muy estrecho. El Persa se detuvo casi en seguida. Raoul le oía tantear la piedra a su alrededor. Después, volvió a sacar su linterna y se inclinó hacia adelante. Examinó algo debajo suyo e inmediatamente apagó la linterna. Raoul oyó que le decía en un suspiro.

—Tendremos que dejamos caer algunos metros, sin hacer ruido; sáquese los botines.

Por su parte, el Persa procedía ya a esta operación. Pasó sus zapatos a Raoul.

—Déjelos junto a la pared —dijo—. Los recogeremos al salir.

El Persa avanzó un poco. Después, se volvió del todo, siempre de rodillas, y se encontró así frente a Raoul. Le dijo:

—Voy a colgarme con las manos del extremo de la piedra y a dejarme caer en su casa. Después usted hará exactamente lo mismo. No tema: lo recibiré en mis brazos.

El Persa hizo lo que había dicho, y Raoul oyó en seguida un ruido sordo que evidentemente había sido producido por la caída del Persa. El joven se estremeció, temiendo que aquel ruido revelase su presencia.

Sin embargo, más que aquel ruido, era la ausencia de ruidos lo que a Raoul le llenaba de angustia. ¿Por qué, si según el Persa acababan de entrar en la mansión del Lago, no oían a Christine?... ¡Ni un solo grito!... ¡Ni una llamada!... ¡Ni un gemido!... ¡Grandes dioses! ¿Habrían llegado demasiado tarde?...

Arañando con las rodillas la pared, agarrándose a la piedra con sus dedos nerviosos, Raoul se dejó caer a su vez.

Inmediatamente sintió que le abrazaban.

—¡Soy yo —dijo el Persa—, silencio!

Y permanecieron inmóviles, escuchando...

Nunca a su alrededor la noche había sido más opaca... Nunca el silencio tan pesado ni tan terrible...

Raoul se hundía las uñas en los labios para no gritar: «¡Christine! ¡Soy yo!

... ¡Contéstame si no estás muerta, Christine!».

Por fin, volvió a empezar el juego de la linterna. El Persa dirigió los rayos de luz por encima de sus cabezas, hacia la pared, buscando el agujero por el que habían venido sin encontrarlo...

—¡Oh! —exclamó—. ¡La piedra se ha vuelto a cerrar sobre sí misma!

Y el haz de luz de la linterna bajó a lo largo del muro hasta llegar al suelo.

El Persa se agachó y recogió una cosa, una especie de hilo que examinó unos segundos y que luego arrojó con horror.

—¡El lazo del Pendjab! —murmuró.

—¿Qué es? —preguntó Raoul.

—Podría ser la soga del ahorcado que tanto han buscado —respondió el Persa, estremeciéndose.

De pronto, presa de una nueva ansiedad, paseó el pequeño disco rojo de su linterna por las paredes... Iluminó, extraño hecho, un tronco de árbol que parecía aún vivo con sus hojas y todo... Las ramas de aquel árbol subían a lo largo de la pared y se perdían en el techo.

Debido a la pequeñez del disco luminoso, al principio resultaba difícil darse cuenta de las cosas... Había un montón de ramas, y luego una hoja..., y otra más..., y al lado no se veía nada de nada... solamente el haz de luz que parecía reflejarse a sí mismo... Raoul deslizó la mano sobre aquello, sobre aquel reflejo...

—¡Mire... —dijo—, la pared es un espejo!

—¡Sí, un espejo! —dijo el Persa con profunda emoción. Y añadió, pasándose la mano que sujetaba la pistola por la frente sudorosa:

—¡Hemos ido a caer en la cámara de los suplicios!

CAPÍTULO XXII

INTERESANTES E INSTRUCTIVAS TRIBULACIONES DE UN PERSA EN LOS SÓTANOS DE LA ÓPERA

Relato del Persa

El propio Persa contó cómo había intentado en vano hasta esa noche penetrar en la mansión del Lago por el lago; cómo había descubierto la entrada del tercer sótano, y cómo, finalmente, el vizconde de Chagny y él se

encontraron apresados por la imaginación infernal del fantasma, en la cámara de los suplicios. He aquí el relato que nos ha dejado (en condiciones que precisaremos más tarde) y al que no he cambiado ni una sola palabra. Lo transcribo tal como está, porque no creo que deba silenciar las aventuras personales del daroga alrededor de la mansión del Lago antes de volver en compañía de Raoul. Si, por algunos instantes este principio, por interesante que sea, parece alejarnos un poco de la cámara de los suplicios es sólo para mejor devolvernos a ella, después, tras habernos explicado cosas de máxima importancia y ciertas actitudes y modos de hacer del Persa que hasta ahora han podido parecer un poco extraordinarios.

Era la primera vez que entraba en la mansión del Lago —escribe el Persa—. En vano había rogado al maestro en trampillas así llamábamos en mi país, en Persia, a Erik— que me abriera las misteriosas puertas. Siempre se había negado. Yo, que me jactaba de conocer muchos de sus secretos y trucos, había intentado en vano forzar la consigna. Desde que volví a encontrar a Erik en la ópera, a la que parecía haber elegido como domicilio, le había espiado con frecuencia tanto en los corredores de los sótanos como en los superiores, así como en la misma orilla del Lago. Cuando se creía solo, subía en su barca y atracaba directamente la pared de enfrente. Pero la curiosidad que le rodeaba era demasiado espesa para que pudiera ver en qué lugar exacto de la pared hacía funcionar el mecanismo de la puerta. La curiosidad y también una idea temible que se me había ocurrido al meditar sobre algunas frases que el monstruo me había dirigido, me impulsaron un día, en el que a mi vez me creía solo, a subir a la barca y a dirigirla hacia aquella parte de la pared por la que había visto desaparecer a Erik. Fue entonces cuando tuve que vérmelas con la Sirena que guarda el acceso a aquellos parajes y cuyo encanto estuvo a punto de serme fatal, en las condiciones precisas que paso a exponer. Aún no había abandonado la orilla cuando el silencio en el que navegaba se vio turbado por una especie de suspiro cantante que me envolvió. Era a la vez una respiración y una música; ascendía suavemente de las aguas del lago y me envolvía sin poder adivinar por qué artificio se conseguía. Me acompañaba, se desplazaba conmigo y era tan suave que no me daba miedo. Por el contrario, deseoso de acercarme a la fuente de aquella suave y cautivadora armonía, me inclinaba por encima de la barca hacia las aguas, ya que no tenía la menor duda de que la música provenía de ellas. Me encontraba ya en el centro del lago y no había nadie más que yo en la barca. La voz —ya que ahora era claramente una voz— estaba a mi lado, por encima de las aguas. Me incliné... Me incliné cada vez más... El lago estaba en perfecta calma y el rayo de luna que, traspasando el tragaluz de la calle Scribe, venía a iluminarlo, no reflejaba absolutamente nada en aquella superficie lisa y negra como la tinta. Me restregué las orejas con intención de librarme de un posible zumbido, pero tuve que rendirme ante la evidencia de que no hay zumbido tan armonioso

como el suspiro cantante que me seguía y que ahora me atraía.

Si yo hubiera tenido un espíritu supersticioso o me hubieran influido más las leyendas, no hubiera dejado de pensar que me enfrentaba a una sirena encargada de turbar al viajero que se atreviera a viajar por las aguas de la mansión del Lago, pero, a Dios gracias, soy de un país que gusta demasiado lo fantástico como para conocer su fondo, y yo mismo lo había estudiado bastante en otros tiempos. Con los trucos más simples, alguien que conozca su oficio puede desatar a la pobre imaginación humana.

No dudé, pues, que tenía que vérmelas con una nueva invención de Erik, pero, una vez más, aquella invención era tan perfecta que, inclinándome por encima de la barca, me sentía menos impulsado por el deseo de descubrir el truco que por el de disfrutar de su encanto.

Y me incliné... seguí inclinándome... hasta casi zozobrar.

De pronto dos brazos monstruosos surgieron del seno de las aguas y me agarraron por el cuello, arrastrándome al abismo con una fuerza irresistible. Y, desde luego, habría estado perdido irremisiblemente de no ser porque tuve tiempo de lanzar un grito por el que Erik me reconoció.

Porque era él, que en lugar de ahogarme como seguramente había sido su intención, nadó y me dejó suavemente en la orilla del lago.

—Eres un imprudente —me dijo alzándose ante mí, chorreante de aquel agua infernal—. ¿Por qué intentas entrar en mi mansión? No te he invitado. ¡No quiero saber nada de ti ni de nadie en el mundo! ¿Acaso me salvaste la vida sólo para hacérmela insoportable? Por grande que haya sido tu servicio, Erik terminará por olvidarlo y tú sabes que nada en el mundo puede contener a Erik, ni siquiera el mismo Erik.

Él hablaba, pero ahora yo no tenía otro deseo que el de conocer lo que llamaba ya el truco de la sirena. En seguida se prestó a satisfacer mi curiosidad, ya que Erik, que es un verdadero monstruo —yo lo considero así, habiendo tenido ocasión de verlo en acción en Persia—, sigue siendo en algunas cosas un auténtico niño presuntuoso y vanidoso, y no hay nada que le guste más que, después de haber dejado asombrada a la gente, demostrar todo el ingenio, milagroso en verdad, de su espíritu.

Se echó a reír y me enseñó un largo junco.

—¡Es la cosa más simple del mundo! —me dijo—, es muy cómodo para respirar y cantar bajo el agua. Es un truco que aprendí de los piratas del Tonquín, que de este modo pueden permanecer escondidos horas enteras en el fondo de los ríos. Le hablé con severidad.

—Es un truco que ha estado a punto de matarme... —le dije—, y puede

que haya resultado fatal para otros.

No me contestó, pero se levantó con ese aire de amenaza infantil que le conozco tan bien.

No le permití que me intimidara. Le dije claramente:

—Sabes lo que me prometiste, Erik. ¡No más crímenes!

—¿Es que he cometido más crímenes? —preguntó, adoptando un tono amable.

—¡Desgraciado! —exclamé—. ¿Has olvidado pues las horas rosas de Mazenderan?

—Sí, preferiría haberlas olvidado —contestó él repentinamente triste—, pero reconoce que hice reír a la pequeña sultana.

—Todo eso es cosa pasada... —declaré—, pero ahora es el presente y, si yo lo hubiera querido, éste no existiría para ti... Acuérdate de esto, Erik: ¡yo te salvé la vida!

Aproveché el giro que había tomado la conversación para hablarle de una cosa que desde hacía tiempo acudía a menudo a mi mente.

—Erik..., Erik, júrame...

—¿Qué? Sabes perfectamente que no cumplo mis juramentos. Los juramentos están hechos para atrapar a los estúpidos —dijo.

—Dime... puedes decírmelo a mí, ¿no?

—¿Qué?

—¿Qué? ¡La araña!... ¡La araña, Erik!...

—¿Qué pasa con la araña?

—Sabes perfectamente lo que quiero decir.

—¡Ah!... la araña... Claro que puedo decírtelo... La araña no ha sido cosa mía... Aquella araña estaba demasiado gastada... —y rio sarcásticamente.

Cuando reía, Erik era aún más espantoso. Saltó a la barca riéndose de una forma tan siniestra que no pude evitar estremecerme.

—¡Muy gastada, querido daroga! Muy gastada la araña... se cayó sola... Hizo ¡boom! Y ahora, un consejo, daroga. Ve a secarte si no quieres coger un constipado... y no vuelvas a subir nunca a mi barca... Y, sobre todo, no intentes entrar en mi casa... No siempre estoy allí... daroga. ¡Y lamentaría tener que dedicarte mi misa de difuntos!

Se reía, siempre de pie en la parte trasera de la barca, y se movía con un

balanceo de mono. Tenía todo el aspecto de la roca fatal con, por si fuera poco, sus ojos de oro. Luego no vi más que sus ojos y, finalmente, desapareció en la noche del lago.

A partir de este día renuncié a entrar en su mansión por el lago. Evidentemente aquella entrada estaba demasiado bien vigilada, sobre todo desde que él sabía que yo la conocía. Pero pensaba que debía haber otra, ya que más de una vez, mientras le vigilaba, había visto desaparecer a Erik en el tercer sótano, sin poder saber cómo. No es preciso que repita que, desde que había vuelto a encontrar a Erik instalado en la Ópera, vivía bajo el perpetuo terror de sus horribles fantasías, no en lo que pudiera afectarme, pero temía todo para los demás. Cuando ocurría algún accidente, algún hecho fatal, no podía evitar decirme: «Quizá sea Erik» ..., igual que otros decían a mi alrededor: «Es el fantasma» ... ¡Cuántas veces habré oído pronunciar esa frase por gentes que sonreían! ¡Desgraciados! De saber que aquel fantasma era de carne y hueso y más terrible aún que la sombra vana que evocaban, habrían seguramente dejado de burlarse... si hubieran sabido simplemente de lo que Erik es capaz, sobre todo en un campo de maniobras como la Ópera... ¡Y si hubieran conocido a fondo mi terrible presentimiento!...

En cuanto a mí, no vivía... A pesar de que Erik me hubiera anunciado con solemnidad que había cambiado y que se había convertido en el más virtuoso de los hombres, desde que era amado por lo que era, frase que, de momento, me dejó horriblemente perplejo, no podía dejar de estremecerme al pensar en el monstruo. Su horrible, única y repulsiva fealdad le alejaba de la humanidad y era evidente para mí que él no creía tener a su vez ningún deber para con la raza humana. La forma en la que me había hablado de sus amores no había hecho más que aumentar mi temor, ya que preveía en aquel nuevo acontecimiento, al que había hecho alusión con el tono de jactancia que ya le conocía, la causa de nuevos dramas más horribles que los anteriores. Conocía hasta qué extremo de sublime y desastrosa angustia podía llegar el dolor de Erik, y las palabras que me había dicho —vagamente anunciadoras de la catástrofe más espantosa— no cesaban de acudir a mi temible pensamiento.

Por otra parte, había descubierto el extraño comercio moral que se había establecido entre el monstruo y Christine Daaé. Oculto en el trastero al lado del camerino de la joven diva, había asistido a sesiones admirables de música que sumían evidentemente a Christine en un éxtasis maravilloso, pero, de todas formas, nunca habría podido imaginar que la voz de Erik, fuerte como el trueno o suave como la de los ángeles, pudiera hacer olvidar su fealdad. Comprendí todo cuando descubrí que Christine aún no lo había visto. Tuve ocasión de penetrar en el camerino y, recordando las lecciones que él me habían dado en otro tiempo, no me costó nada encontrar el resorte que hacía girar la pared que aguantaba el espejo, y vi mediante qué trucaje de ladrillos

ahuecados y ladrillos portavoces se dejaba oír a Christine como si hubiera estado a su lado. También descubrí por el camino que conduce a la fuente y la prisión —a la prisión de los comuneros—, y también la trampilla que permitía a Erik introducirse directamente en los sótanos del escenario.

Pocos días más tarde, cuál no sería mi sorpresa al enterarme con mis propios ojos y mis propios oídos, que Erik y Christine Daaé se veían, y al sorprender al monstruo, inclinado sobre la fuentecilla que llora, en el camino de los comuneros (final de todo, bajo tierra), ocupado en refrescar la frente de Christine Daaé desvanecida. Un caballo, blanco, el caballo blanco de El Profeta, que había desaparecido de las cuadras de los sótanos de la Opera, estaba tranquilamente a su lado. Me personé. Fue terrible. Vi salir chispas de los ojos de oro, fui golpeado en plena frente antes de que pudiera decir una sola palabra y quedé aturdido. Cuando recuperé el conocimiento, Erik, Christine y el caballo blanco habían desaparecido. No dudé de que la desgraciada joven se encontraba prisionera en la mansión del Lago. Sin detenerme a pensar, decidí volver a la orilla, pese al riesgo de semejante empresa. Durante veinticuatro horas espíe, escondido cerca de la orilla oscura, la aparición del monstruo, ya que estaba convencido de que tendría que salir en busca de provisiones. Con respecto a esto, debo decir que, cuando salía por París o que se atrevía a mostrarse en público, se ponía, en lugar del horrible agujero de su nariz, una nariz de cartón piedra provista de un bigote, que no le quitaba del todo su aire macabro, ya que cuando pasaba decían a sus espaldas: «¡Mira, ahí va ese trompe-la-mort!», pero que le hacía más o menos —digo más o menos— soportable a la vista.

Estaba pues aguardándolo en la orilla del lago —del lago Averno como él lo había llamado varias veces delante mío, riendo sarcásticamente— y, cansado de mi larga espera, me decía: «Ha pasado por la otra puerta, por la del “tercer sótano”», cuando oí un pequeño chapoteo en la oscuridad, vi brillar como fanales a los ojos de oro y poco después llegaba la barca. Erik saltaba a la orilla y venía hacia mí.

—Hace ya veinticuatro horas que estás ahí —dijo—; me estás cansando. ¡Te advierto que todo esto acabará muy mal! Y tú lo habrás querido, ya que mi paciencia contigo es enorme... Crees seguirme, grandísimo necio —(textual) — y soy yo el que te sigo y sé todo lo que sabes de mí. Te perdoné ayer en mi camino de los comuneros, pero te digo, ahora en serio, que no quiero volver a verte. Todo esto es muy imprudente y me pregunto aun si sabes lo que espera si insistes en hablar.

Estaba tan encolerizado que me guardé bien de interrumpirlo. Tras resoplar como una foca, me expuso lo que pensaba que correspondía a lo que yo me temía.

—¡Sí, debes saber ya —de una vez por todas— qué te significaría hablar! Te digo que, por culpa de tus imprudencias —puesto que te has hecho detener dos veces ya por la sombra del sombrero de fieltro, quien no sabía qué hacías en los sótanos y te condujo ante los directores, quienes te tomaron por un persa fantasioso aficionado a los trucos mágicos y a las candilejas del teatro (yo estaba allí..., sí, estaba en el despacho; sabes bien que estoy en todas partes)—, te digo que por culpa de tus imprudencias acabarán por preguntarse qué es lo que buscas aquí... y querrán, como tú, buscar a Erik... y descubrirán la mansión del Lago... ¡En ese caso, peor para ti, amigo mío!... ¡Peor para ti! ¡No respondo de nada! —y volvió a resoplar como una foca—. ¡De nada!... Si los secretos de Erik no siguen siendo secretos de Erik; ¡peor para muchos seres humanos! Es todo lo que tenía que decirte y, a menos que no seas un grandísimo necio —(textual)— debería ser suficiente, a no ser que no sepas lo que quiere decir hablar...

Estaba sentado en la parte trasera de su barca y golpeaba la madera de la pequeña embarcación con los talones, esperando una respuesta mía. Le dije simplemente:

—No es a Erik a quien vengo a buscar aquí...

—¿A quién, pues?

—Lo sabes muy bien, ¡a Christine Daaé!

—Tengo derecho a citarla en mi casa —me contestó—. Me ama por lo que soy.

—¡No es cierto! —respondí—. La has raptado y secuestrado.

—Óyeme —me dijo—, ¿me prometes no volver a meterte en mis asuntos si te pruebo que me ama tal como soy?

—Sí, te lo prometo —respondí sin vacilar, pues pensaba que para semejante monstruo esta demostración era imposible.

—¡Pues bien, es sencillísimo!... Christine Daaé saldrá de aquí cuando quiera, y volverá... Sí, volverá porque querrá volver... ¡Volverá por sí misma, porque me quiere por mí mismo!

—¡Oh!, dudo que vuelva, pero tu obligación es dejarla marchar, no molestarla.

—Mi obligación, grandísimo necio —(textual)—, es mi voluntad..., mi deseo es dejarla marchar, y ella volverá..., porque me ama... Todo esto, te aseguro, acabará en una boda..., una boda en la Madeleine, grandísimo necio —(textual)—. ¿Por fin me crees? Te digo que la misa de la boda ya está escrita... Verás qué Kyrie...

Volvió a golpear la madera de la barca con los talones, produciendo una especie de ritmo que acompañaba cantando a media voz: ¡Kyrie!... ¡Kyríe!... ¡Kyrie Eleison!... ¡Verás, verás qué misa!

—Escucha —concluí yo—, te creeré si veo a Christine Daaé salir de la casa del Lago y volver libremente a ella.

—¿Y no volverás a meter la nariz en mis asuntos? ¡Pues bien, lo verás esta noche!... Ven al baile de máscaras. Christine y yo iremos a dar una vuelta... Tú irás después a esconderte en el trastero y verás cómo Christine, que habrá vuelto a su camerino, querrá tan sólo volver a emprender el camino de los comuneros.

—¡De acuerdo!

Si en efecto veía eso, no me quedaría más remedio que aceptarlo, ya que una mujer hermosa tiene siempre el derecho de amar al más horrible de los monstruos, sobre todo en el caso de que, como en éste, tenga la seducción de la música y que esta mujer sea precisamente una cantante muy apreciable.

—¡Y ahora vete, debo salir de compras!

Me fui, pues, siempre inquieto por Christine Daaé, pero rumiando sobre todo en el fondo de mí mismo un temible pensamiento que él había despertado a causa de mis imprudencias.

Me decía: «¿Cómo acabará esto?». A pesar de mi carácter algo fatalista, no podía deshacerme de una indefinible angustia debido a la increíble responsabilidad que había tomado un día al dejar vivir al monstruo que hoy amenazaba a muchos seres humanos.

Ante mi gran sorpresa, las cosas sucedieron como él me lo había anunciado. Christine Daaé salió de la casa del Lago y volvió varias veces sin que aparentemente nadie la forzara. Quise entonces olvidar este amoroso misterio, pero era muy difícil para mí, sobre todo a causa de aquel temible presentimiento, dejar de pensar en Erik. De todos modos, resignado a una extrema prudencia, no cometí el error de volver a la orilla del Lago o de emprender de nuevo el camino de los comuneros. Pero, como me perseguía la obsesión de la puerta secreta del tercer sótano, varias veces fui a aquel lugar que sabía desierto durante la mayor parte del día. Me pasaba allí interminables ratos retorciéndome los dedos, escondido detrás de un decorado de El rey de Lahore, que habían dejado allí no sé por qué, ya que esta obra no se representaba con frecuencia. Tanta paciencia habría de ser recompensada. Un día vi acercarse a mí, de rodillas, al monstruo. Estaba seguro de que no me veía. Pasó entre el decorado que se encontraba allí y un portante, fue derecho hasta la pared y presionó, en un lugar que identifiqué de lejos, un resorte que hizo bascular la piedra que dejaba libre el paso. Desapareció por este pasaje y

la piedra volvió a cerrarse tras él. Ahora sabía el secreto del monstruo, secreto que podía llevarme, en su momento, a la mansión del Lago.

Para asegurarme esperé al menos una media hora y luego hice girar a mi vez el resorte. Todo funcionó como había funcionado con Erik. Pero no me atreví a entrar en el agujero sabiendo que éste se encontraba en la casa. Por otra parte, la idea de que podía ser sorprendido aquí por Erik me recordó de repente la muerte de Joseph Buquet y, como no quería comprometer semejante descubrimiento, que podía ser útil a mucha gente, a muchos seres humanos, abandoné los sótanos del teatro tras haber vuelto a colocar cuidadosamente la piedra en su sitio, siguiendo un sistema que no había variado desde los persas.

Como ustedes comprenderán, continuaba muy interesado en la intriga de Erik y Christine Daaé, no porque obedeciera a una curiosidad malsana, sino debido, como ya he dicho, a aquel temible presentimiento que no me abandonaba: «Si Erik descubre que no lo ama por lo que vale —pensaba—, podemos esperar lo peor». Y, deambulando sin cesar, pero con prudencia por la ópera, pronto supe la verdad sobre los tristes amores del monstruo. Se había apoderado del espíritu de Christine por el terror, pero el corazón de la dulce niña pertenecía enteramente al vizconde Raoul de Chagny. Mientras éstos jugaban inocentemente, como dos inocentes prometidos, en la parte alta de la ópera —huyendo del monstruo—, no sospechaban que alguien les vigilaba. Yo, estaba decidido a todo: a matar al monstruo si era preciso y a dar después explicaciones a la justicia. Pero Erik no se dejó ver, y esto no me tranquilizó en lo más mismo.

Debo aclarar cuál era mi plan. Creía que el monstruo, expulsado de su morada por los celos, me permitiría de este modo penetrar sin peligro en la casa del Lago por el pasaje del tercer sótano. Tenía el mayor interés, por el bien de todos, en saber qué podía haber allí. Un día, cansado de esperar la ocasión, hice girar la piedra e inmediatamente oí una música maravillosa. El monstruo trabajaba, con todas las puertas de la casa abiertas, en su Don Juan Triunfante. Yo sabía que ésta era la obra de su vida. Me guardé de moverme y permanecí prudentemente en mi oscuro agujero. Se detuvo un momento y se puso a caminar como un loco por su morada. Dijo de pronto en alto, con voz atronadora: «¡Debo acabar esto antes! Y bien acabado». Esta palabra no era la más indicada para tranquilizarme y, como la música volvía a empezar, cerré la piedra con precaución. Pero, a pesar de la piedra cerrada, oía aún un vago canto lejano que subía del fondo de la tierra, al igual que había oído el canto de la sirena subir del fondo de las aguas. Recordaba las palabras de algunos tramoyistas, de los que se habían reído en el momento de la muerte de Joseph Buquet: «Había alrededor del cuerpo del ahorcado algo así como un ruido que parecía un canto de difuntos».

El día del rapto de Christine Daaé no llegué al teatro hasta bastante

avanzada la velada, temblando ante la idea de oír malas noticias. Había pasado un día horrible, ya que no había cesado, tras leer en un periódico de la mañana la noticia de la boda de Christine y del vizconde de Chagny, de preguntarme si, a pesar de todo, no haría mejor denunciando al monstruo. Pero recobré el juicio y me persuadí de que con esta actitud sólo podía contribuir a precipitar la posible catástrofe.

Cuando mi carruaje me dejó ante la ópera, miré el monumento como si en verdad estuviera extrañado de encontrarlo todavía en pie.

Pero, como todo buen oriental, soy un poco fatalista y entré, esperándomelo todo.

El rapto de Christine Daaé en el acto de la prisión, que sorprendió a todo el mundo, me cogió ya advertido. Estaba seguro de que Erik la había escamoteado, como rey de los prestidigitadores que en verdad era. Y creí que esta vez había llegado el fin para Christine y quizá para todo el mundo.

Hasta tal punto que por un momento me pregunté si no iba a aconsejar a todos los que seguían en el teatro que se pusieran a salvo. Pero de nuevo me contuve, pues estaba seguro de que me tomarían por un loco. Por último, no olvidaba que, si por ejemplo gritaba: «¡Fuego!» para hacer salir a aquella gente, podía provocar una catástrofe —asfixias en la huida, pisoteos, luchas salvajes— peor aún que la misma catástrofe.

De todas formas, me decidí a intervenir personalmente sin pérdida de tiempo. Por lo demás, el momento me parecía propicio. Tenía muchas probabilidades de que Erik no se ocupara más que de su prisionera. Había que aprovechar para penetrar en su morada por el tercer sótano y pensé unir para aquella empresa al pobre vizconde desesperado, quien, en el acto aceptó mi propuesta con una confianza que me conmovió profundamente. Había enviado a mi criado a buscar mis pistolas. Darius nos alcanzó con la caja en el camerino de Christine Daaé. Di una pistola al vizconde y le aconsejé que estuviera siempre dispuesto a disparar, como yo, ya que, a pesar de todo, Erik podía esperarnos detrás de la pared. Debíamos pasar por el camino de los comuneros y por la trampilla.

El joven vizconde me había preguntado, al ver las pistolas, si íbamos a batirnos en duelo. Y yo le dije: ¡y qué duelo! Pero desde luego no tuve tiempo de explicarle nada. El joven vizconde es valiente, pero ignoraba casi todo sobre su adversario. ¡Mucho mejor!

¿Qué es un duelo con el más temible de los espadachines comparado con un combate con el más genial de los prestidigitadores? Yo mismo me hacía difícilmente a la idea de que iba a luchar con un hombre que sólo es visible cuando lo desea y que además ve todo a su alrededor cuando todo sigue

oscuro... Con un hombre cuya rara ciencia, sutilidad, imaginación y destreza le permiten disponer de todas las fuerzas naturales combinadas para crear en nuestros ojos u oídos la ilusión que nos pierde... Y todo esto en los sótanos de la ópera, es decir en el mismo país de la fantasmagoría. ¿Acaso puede imaginarse esto sin estremecerse? ¿Acaso podemos hacernos una idea de lo que le hubiera ocurrido a un habitante de la Opera si hubiera encerrado en ella —en sus cinco sótanos y veinticinco pisos— a un Robert-Houdin feroz y sarcástico, que tan pronto se ríe como odia, tan pronto vacía los bolsillos como asesina?... Piensen en esto: «¿Combatir contra un maestro en trampillas?». ¡Dios mío! Ha construido tantas en nuestro país, en todos los palacios, trampillas pivotantes que son las mejores del mundo. ¡Combatir al maestro en trampillas en el reino de las trampillas!

Si mi esperanza consistía en que aún no había dejado a Christine Daaé en aquella mansión del Lago, a la que había debido llevar desvanecida una vez más, mi terror en cambio estribaba en que se encontrara ya en alguna parte de nuestro alrededor preparando el lazo del Pendjab.

Nadie sabe lanzar mejor que él el lazo del Pendjab: es el príncipe de los estranguladores al igual que es el rey de los prestidigitadores. Cuando hubo acabado de hacer reír a la pequeña sultana, en tiempos de las lloras rosas de Mazenderan, ella misma le pidió que él se divirtiera haciéndola temblar. Y no encontró nada mejor que el juego del lazo del Pendjab. Erik, que había vivido un tiempo en la India, había vuelto con una increíble destreza para estrangular. Se hacía encerrar en un patio al que conducían a un guerrero —habitualmente un condenado a muerte—, arriado con una larga pica y una ancha espada. Erik no tenía más que su lazo y, siempre en el momento en que el guerrero creía abatir a Erik de un golpe poderoso, se oía silbar el lazo. Con un movimiento de muñeca, Erik apretaba el delgado lazo en el cuello de su enemigo y lo arrastraba inmediatamente ante la pequeña sultana y sus criadas, que miraban desde una ventana y aplaudían. La pequeña sultana aprendió también a lanzar el lazo del Pendjab, y mató así a varias de sus criadas, e incluso a algunas de sus amigas que habían venido a visitarla. Pero prefiero abandonar el tema horrible de las horas rosas de Mazenderan. Si he hablado es, porque tuve, al llegar con el vizconde de Chagny a los sótanos de la ópera, que poner en guardia a mi compañero contra esta posibilidad, siempre amenazante a nuestro alrededor, de estrangulamiento. En verdad, una vez en los sótanos, mis pistolas ya no podían servirnos de nada, ya que estaba convencido de que, a partir del momento en que no se había opuesto desde el principio a nuestra entrada en el camino de los comuneros, Erik no merodeaba por allí. Pero siempre podía estrangularnos. No tuve tiempo de explicar todo esto al vizconde, y no sé si, disponiendo de ese tiempo, lo habría empleado en contarle que había en alguna parte, en la sombra, un lazo de Pendjab dispuesto a silbar. Era absolutamente inútil complicar la situación y me limitaba a aconsejar al señor

de Chagny que mantuviera siempre la mano a la altura del ojo, en posición de disparar. En esta postura resulta imposible, incluso para el estrangulador más hábil, lanzar con éxito el lazo de Pendjab. Al mismo tiempo que el cuello, coge el brazo o la mano, y así el lazo, al que puede desatarse fácilmente, se vuelve inofensivo.

Después de esquivar al comisario de policía y a algunos cerradores de puertas, a los bomberos, encontrar por primera vez al matador de ratas y pasar desapercibidos ante el hombre del sombrero de fieltro, el vizconde y yo conseguimos llegar sin obstáculos al tercer sótano, entre el bastidor y el decorado de El rey de Lahore. Puse en acción el resorte de la piedra y saltamos a la morada que Erik se había construido en la doble envoltura de las paredes de los cimientos de la ópera (y con la mayor sencillez del mundo, porque Erik fue uno de los primeros maestros de obras de Philippe Garnier, el arquitecto de la Opera, y continuó trabajando misteriosamente solo, cuando los trabajos habían sido suspendidos oficialmente durante la guerra, el sitio de París y la Comuna).

Conocía lo suficiente a Erik para tener la presunción de llegar a descubrir todos los trucos que habría podido pergeñar durante todo este tiempo. Tampoco estaba nada tranquilo al saltar dentro de su casa. Sabía lo que había hecho de cierto palacio de Mazenderan. Convirtió el edificio más noble del mundo en la casa del diablo, donde no podía pronunciarse una palabra sin que fuera espiada o devuelta por el eco. ¡Cuántos dramas familiares, cuántas tragedias sangrientas arrastraba tras de sí el monstruo con sus trampillas! Esto sin tener en cuenta que, en los palacios que él había «trucado», no podía saberse exactamente dónde se encontraba uno. Tenía invenciones sorprendentes. Sin duda, la más curiosa, la más horrible y la más peligrosa de todas era la cámara de los suplicios, con excepción de casos excepcionales en los que la pequeña sultana se divertía haciendo sufrir a algún plebeyo, no dejaban entrar más que a los condenados a muerte. A mi modo de ver era la invención más atroz de las horas rosas de Mazenderan. Además, cuando el visitante que había entrado en la cámara de los suplicios ya no podía aguantar más, le estaba permitido siempre acabar con un lazo del Pendjab, que dejaban a su disposición al pie del árbol de hierro.

Así, cuál no sería mi sorpresa, poco después de entrar en la morada del monstruo, al caer en la cuenta de que la habitación a la que acabábamos de saltar el vizconde de Chagny y yo era precisamente la reconstrucción exacta de la cámara de los suplicios de las horas rosas de Mazenderan.

Encontré a nuestros pies el lazo del Pendjab que había temido tanto durante toda la noche. Estaba convencido de que aquel lazo había servido ya para Joseph Buquet. El jefe de tramoyistas debía haber sorprendido a Erik, igual que, yo, en el momento en que ponía en juego la piedra del tercer sótano.

Luego, por curiosidad, había intentado pasar a su vez antes de que la piedra volviera a cerrarse, y había ido a caer a la cámara de los suplicios, de la que no había vuelto a salir más que ahorcado. Me imaginaba muy bien a Erik arrastrando el cuerpo, del que quería librarse, hasta el decorado de El rey de Lahore y colgándolo allí para dar ejemplo o para aumentar el terror supersticioso que debía ayudarle a vigilar los accesos de la caverna.

Pero, tras reflexionar, Erik había vuelto a buscar el lazo del Pendjab, que está hecho curiosamente de tripas de gato y que hubiera podido excitar la curiosidad de un juez de instrucción. Así se explicaba la desaparición de la cuerda del ahorcado.

Y he aquí que descubría el lazo a nuestros pies en la cámara de los suplicios... No soy nada pusilánime, pero un sudor frío me inundó el rostro.

La linterna, cuyo pequeño disco rojo paseaba por las paredes de la famosísima cámara, temblaba en mi mano.

El señor de Chagny se dio cuenta y me dijo:

—¿Qué pasa, señor?

Le hice una violenta señal de que se callara, ya que aún abrigaba la suprema esperanza de que nos encontráramos en la cámara de los suplicios sin que el monstruo lo supiera.

Pero ni aquella esperanza era la salvación, ya que aún podía imaginar muy bien que, por el lado del sótano, la cámara de los suplicios protegía la mansión del Lago, quizás incluso automáticamente.

Sí, los suplicios iban a comenzar quizás automáticamente.

¿Quién hubiera sido capaz de decir qué gestos nuestros los desencadenarían?

Recomendé a mi compañero la inmovilidad más absoluta. Un silencio aplastante se cernía sobre nosotros.

Y mi linterna roja seguía dando la vuelta a la cámara de los suplicios... la reconocía, sí... la reconocía...

CAPÍTULO XXIII

EN LA CÁMARA DE LOS SUPLICIOS

Sigue el relato del Persa

Nos encontrábamos en medio de una pequeña sala de forma perfectamente hexagonal..., cuyas seis caras estaban forradas interiormente de espejos..., de arriba a abajo... En los ángulos se distinguía muy bien las juntas de los espejos, los pequeños sectores destinados a girar sobre sus goznes..., sí, sí, los reconocí..., y reconocí el árbol de hierro en un rincón, al final de uno de estos pequeños sectores..., el árbol de hierro con su rama de hierro..., para los ahorcados.

Había cogido el brazo de mi compañero. El vizconde de Chagny temblaba, dispuesto a gritar a su prometida para decirle que había venido en su ayuda... Yo temía que no pudiera contenerse.

De repente, oímos un ruido a nuestra izquierda.

Al principio, fue como una puerta que se abriera y se cerrara en la habitación de al lado, después hubo un gemido sordo. Retuve con más fuerza aún el brazo del señor de Chagny. Luego oímos claramente estas palabras:

—¡Tómalo o déjalo! ¡La misa de bodas o la misa de difuntos!

Reconocí la voz del monstruo.

Volvió a oírse un gemido.

Después, un largo silencio.

Estaba persuadido entonces de que el monstruo ignoraba nuestra presencia en su morada, ya que de lo contrario se las habría arreglado para que no le oyéramos. Le hubiera bastado con cerrar herméticamente la ventanita invisible por la que los que gustan de los suplicios miran dentro de la cámara.

Además, estaba seguro de que, si él estuviera enterado de nuestra presencia, los suplicios ya habrían empezado.

Teníamos pues una buena ventaja sobre Erik: nos encontrábamos a su lado y él no sabía nada.

Lo importante era no hacérselo saber y lo que más temía era la impulsividad del vizconde de Chagny, que quería lanzarse a través de las paredes para alcanzar a Christine Daaé, cuyos gemidos creíamos oír por momentos.

—¡La misa de difuntos no es muy alegre! —continuó diciendo Erik—, mientras que la misa de bodas, esa sí, es magnífica. Hay que tomar una decisión y saber lo que se quiere. A mí me es imposible seguir viviendo así, en el fondo de la tierra, en un agujero, como un topo. Don Juan Triunfante está terminado, ahora quiero vivir como todo el mundo. Quiero tener una mujer como todo el mundo, ir a pasear el domingo. He inventado una máscara con la que parezco la persona más normal del mundo. No llamará la atención de

nadie. Serás la más feliz de las mujeres. Y cantaremos solo para nosotros, hasta morir. ¡Lloras! ¡Tienes miedo de mí! Sin embargo, en el fondo no soy malo. ¡Ámame y lo verás! ¡Sólo me ha faltado que me amaran para ser bueno! Si tú me amaras sería manso como un cordero y harías de mí lo que quisieras.

El gemido que acompañaba a esta especie de letanía de amor fue en aumento. Jamás he oído algo más desesperado, y el señor de Chagny y yo reconocimos que Erik era el que emitía aquella espantosa lamentación. En cuanto a Christine, quizá detrás de la pared que teníamos delante nuestro, debía estar muda de horror, sin fuerzas para gritar, con el monstruo a sus pies.

Este lamento era sonoro, atronador y estentóreo como la queja del océano. Por tres veces Erik arrojó aquel lamento de la roca de su garganta.

—¡Tú no me amas! ¡Tú no me amas! ¡Tú no me amas! —Después, se calmó—: ¿Por qué lloras? Sabes muy bien que me haces daño.

Se hizo el silencio.

Cada silencio suponía para nosotros una esperanza. Nos decíamos: «Quizás detrás de la pared, él se ha ido y dejado a Christine Daaé sola».

Sólo pensábamos en indicar a Christine Daaé nuestra presencia sin que el monstruo se diera cuenta.

Ahora, la única forma de salir de la cámara de los suplicios era que Christine nos abriera la puerta; de no ser así, no podríamos socorrerla, ya que ignorábamos incluso dónde se encontraba la puerta.

De repente, el silencio de al lado fue turbado por el ruido de un timbre eléctrico.

Al otro lado de la pared se oyó un salto y la voz de trueno de Erik:

—¡Llaman! Que entre —una lúgubre carcajada sarcástica—. ¿Quién viene a molestarnos? Espérame aquí un momento..., voy a decirle a la sirena que abra.

Unos pasos se alejaron, una puerta se cerró. No tuve tiempo de pensar en el nuevo horror que se preparaba; olvidé que quizás el monstruo salía para cometer un nuevo crimen. No pensé más que en una cosa: ¡Christine se encontraba sola al otro lado de la pared! El vizconde de Chagny ya la llamaba.

—¡Christine, Christine!

Si oíamos lo que decían en la habitación de al lado, no había motivo para creer que mi compañero no fuera oído a su vez. Sin embargo, el vizconde tuvo que repetir varias veces su llamada. Por fin, una voz débil llegó hasta nosotros.

—¿Estaré soñando?

—¡Christine, Christine! ¡Soy yo, Raoul! —Silencio—. Contéstame Christine... ¡Si está sola, contésteme, por lo que usted más quiera!

Entonces, la voz de Christine murmuró el nombre de Raoul.

—¡Sí, sí, soy yo! ¡No es un sueño!... Christine, tenga confianza... Estamos aquí para salvarla... ¡Ni una imprudencia...! Cuando oiga al monstruo, avísenos.

—¡Raoul, Raoul!

Se hizo repetir varias que no soñaba y que Raoul de Chagny había podido llegar hasta ella, conducido por un fiel compañero que conocía el secreto de la mansión de Erik.

Pero en seguida, a la rápida alegría que le traía nuestra presencia, siguió un temor aún mayor. Quería que Raoul se marchara en el acto. Temblaba de miedo a que Erik descubriera su escondite, ya que en ese caso no hubiera dudado en matar al joven. Nos hizo saber en pocas palabras que Erik se había vuelto absolutamente loco de amor y que estaba decidido a matar a todo el mundo y a él mismo con el mundo, si ella no consentía en convertirse en su mujer ante el alcalde y el párroco, el párroco de la Madeleine. La había dejado hasta el día siguiente a las once para meditar. Era el último plazo. Entonces, tendría que elegir, como decía él, entre la misa de bodas o la de difuntos.

Y Erik había pronunciado esta frase que Christine no había comprendido enteramente: «¡Sí o no; si es no, todo el mundo puede darse por muerto y enterrado!».

Pero yo comprendí aquella frase perfectamente, porque respondía de forma amenazante a mi temible pensamiento.

—¿Podría decirnos dónde está Erik? —le pregunté.

Ella contestó que debía haber salido de la mansión.

—¿Podría asegurarse de ello?

—¡No!... Estoy atada..., no puedo hacer ni un solo gesto. Al saberlo, el señor de Chagny y yo no pudimos contener un grito de rabia. La salvación de los tres dependía de la libertad de movimientos de la joven.

—¡Oh! ¡Liberarla, llegar hasta ella!

—Pero, ¿dónde están? —volvió a preguntar Christine—. Hay sólo dos puertas en mi habitación, la habitación estilo Luis Felipe de la que le he hablado, Raoul..., una puerta por la que entra y sale Erik, y otra que no ha abierto jamás delante de mí y por la que me ha prohibido pasar por ser, según dice, la más peligrosa de las puertas..., ¡la puerta de los suplicios!

—¡Christine, estamos detrás de esa puerta!...

—¿Están en la cámara de los suplicios?

—Sí, pero no vemos la puerta.

—¡Ay!... Si al menos pudiera arrastrarme hasta allí... Golpearía contra la puerta y así sabrían dónde está.

—¿Es una puerta con cerradura? —pregunté.

—Sí, con cerradura.

Pensé: se abre del otro lado con una llave, como todas las puertas, pero por nuestro lado se abre con el resorte y el contrapeso, y no va a ser fácil descubrirlo.

—¡Señorita! —dije—. ¡Es absolutamente necesario que nos abra esa puerta!

—Pero, ¿cómo? —respondió la voz desolada de Christine. Oímos un cuerpo que se movía, que intentaba librarse de las ligaduras que la aprisionaban...

—Sólo nos salvaremos con astucia —dije—. ¡Necesitamos la llave de esa puerta!

—Sé dónde está —contestó Christine que parecía agotada por el esfuerzo que acababa de hacer—, pero estoy bien atada... ¡Miserable!...

Se oyó un sollozo.

—¿Dónde está la llave? —pregunté, ordenando al señor de Chagny que se callara y me dejara llevar el asunto porque no podíamos perder ni un instante.

—En la habitación, junto al órgano, con otra llavecita de bronce que igualmente me ha prohibido tocar. Están en una bolsita de cuero a la que él llama La bolsita de la vida y de la muerte... ¡Raoul! ¡Raoul!... Huya... Aquí todo es misterioso y terrible... Erik se va a volver completamente loco... ¡Y ustedes en la cámara los suplicios!... ¡Salgan por donde han venido! ¡Esa cámara debe tener motivos para llamarse así!

—¡Christine, saldremos de aquí juntos o moriremos juntos! —dijo el joven.

—Tenemos que salir de aquí sanos y salvos —susurré—, pero debemos conservar la sangre fría. ¿Por qué la ha atado, señorita? No puede huir de aquí, y él lo sabe.

—¡Quise matarme! El monstruo, esta noche, después, haberme traído aquí desvanecida, medio cloroformizada, se había ausentado. Había ido, parece ser

—es él quien me lo ha dicho—, a visitar a su banquero... Cuando ha vuelto, me ha encontrado con el rostro ensangrentado... ¡yo había querido matarme! ¡Me había golpeado la frente contra las paredes!

—¡Christine! —gimió Raoul, y empezó a sollozar.

—Entonces, me ató... No tengo derecho a morir hasta mañana a las once...

Toda esta conversación a través de la pared fue mucho más «entrecortada» y mucho más cautelosa de lo que podría dar idea transcribiéndola aquí. A menudo nos deteníamos en medio de una frase, porque nos había parecido oír un crujido, un paso, un murmullo insólito... Ella nos decía:

—¡No, no es él!... Ha salido... ¡Estoy segura de que ha salido! He reconocido el ruido que hace al cerrarse la pared del lago.

—Señorita —declaré—, el monstruo mismo la ha atado... También será él quien la desate... No tiene más que simular una comedia... ¡No olvide usted que la ama!

—¡Desgraciada de mí! —oírnos—. ¿Cómo podría olvidarlo?

—Recuérdelo para sonreírle... suplíquele, dígame que esas ataduras le hacen daño.

Pero Christine Daaé nos dijo:

—¡Chisss!... Oigo algo en la pared del lago... ¡Es él!... ¡Váyanse! ¡Váyanse!... ¡Váyanse!...

—No nos iríamos aunque pudiéramos —dije para impresionar a la joven—. ¡No podemos irnos! ¡Además, estamos en la cámara de los suplicios!

—¡Silencio! —volvió a susurrar Christine. Los tres nos callamos.

Pasos sordos se arrastraban lentamente detrás de la pared y volvían a hacer crujir el suelo.

Luego, hubo un enorme suspiro seguido de un grito de horror de Christine, y oímos la voz de Erik.

—¡Te pido perdón por enseñarte un rostro como éste! ¡Mira en qué estado me encuentro! ¡Es culpa del otro! ¿Por qué habrá llamado? ¿Acaso pregunto a los que pasan qué hora es? No volveré a preguntar la hora a nadie. Es culpa de la sirena...

De nuevo un suspiro más profundo, más amplio, salido de lo más hondo del abismo de un alma.

—¿Por qué has gritado, Christine?

—Porque sufro, Erik.

—Creí que te había asustado...

—Erik, aflójeme estas ataduras... ¿no soy acaso tu prisionera?

—Volverás a desear la muerte...

—Me ha dado usted tiempo hasta mañana por la noche, a las once, Erik...

Los pasos seguían arrastrándose por el suelo.

—Después de todo, ya que debemos morir juntos..., y que tengo tanta prisa como tú..., sí, yo también estoy cansado de esta vida, ¿entiendes?... ¡Espera, no te muevas; voy a desatarte!... No tienes más que decir una palabra: ¡no!, y todo se habrá acabado, para todo el mundo... ¡Tienes razón..., tienes toda la razón! ¿Para qué esperar hasta mañana por la noche a las once? ... ¡Ah, sí, porque habría sido mucho más bonito!... He tenido siempre la enfermedad del decorado... de lo grandioso... ¡qué infantil!... No hay que pensar más que en uno mismo, en la vida..., en la propia muerte..., el resto es superfluo... ¿Ves lo mojado que estoy?... ¡Ah, querida, es que hice mal en salir!... Hace un tiempo de perros... Además, Christine, creo que tengo alucinaciones... Sabes, el que llamaba hace un rato donde la sirena, vete saber si suena en el fondo del lago, pues bien, se parecía... Así, vuélvete... ¿Estás contenta? ¡Ya estás libre!... ¡Dios mío, tus muñecas, Christine! ¿Les he hecho daño? Dime... Esto sólo merece la muerte... A propósito de muerte, ¡debo cantarle su misa!

Al oír aquellas frases terribles, no pude evitar un horrible presentimiento... También yo había llamado una vez a la puerta del monstruo... ¡y sin saberlo! ... había debido poner en marcha algún timbre de alarma... Y me acordaba de los dos brazos que salieron de las aguas negras como la tinta... ¿Quién habría sido ahora el pobre desgraciado perdido en aquellas orillas?

El recuerdo de aquel desgraciado casi me impedía regocijarme por la comedia que representaba Christine y, sin embargo, el vizconde de Chagny murmuraba a mi oído esta palabra maravillosa: ¡libre!... ¿Quién, pues? ¿Quién era el otro? ¿Aquel por el que oíamos ahora la misa difuntos?

¡Qué canto más sublime y arrebatado! Toda la mansión del Lago retumbaba... Todas las entrañas de la tierra se estremecían... Habíamos pegado la oreja contra la pared de espejo para oír mejor la comedia de Christine Daaé, a que se entregaba para salvamos, pero sólo oíamos la misa de difuntos... ¡Era más bien una misa de condenados!... Allí, en el fondo de la tierra, parecía una ronda de malditos.

Recuerdo que el Dies Irae que él cantó nos envolvió como una tormenta. Sí, a nuestro alrededor había rayos y centellas... Sí, le había oído cantar otras

muchas veces... Conseguía incluso hacer cantar a las fauces de piedra de mis toros androcéfalos en los muros del palacio de Mazenderan... Pero cantar de esta forma, ¡jamás, jamás! Cantaba como el dios del trueno...

De repente, la voz y el órgano se detuvieron tan bruscamente que el señor de Chagny y yo retrocedimos detrás de la pared, asustados... Y la voz de pronto cambiada, transformada, pronunció claramente estas sílabas metálicas, rechinando los dientes:

—¿Qué estás haciendo con mi bolsa?

CAPÍTULO XXIV

EMPIEZAN LOS SUPPLICIOS

Sigue el relato del Persa

La voz repitió con furor:

—¿Qué estás haciendo con mi bolsa?

Christine Daaé no debía temblar menos que nosotros.

—¿Conque era para coger la bolsa por lo que querías que te desatara, di?...

Se oyeron pasos precipitados, la carrera de Christine que volvía a la habitación estilo Luis Felipe, como para buscar refugio junto a nuestra pared.

—¿Por qué huyes? —decía la enfurecida voz, que la había seguido—. ¡Quieres devolverme mi bolsa! ¿No sabes acaso que es la bolsita de la vida y de la muerte?

—Escúcheme, Erik... —suspiró la joven—. Si a partir de ahora debemos vivir juntos... ¿qué puede importarle?... ¡Todo lo que es suyo me pertenece!
...

Lo había dicho de una forma tan temblorosa que inspiraba compasión. La desgraciada debía emplear toda la energía que le quedaba para superar su terror... Pero no sería con este tipo de supercherías infantiles, dichas con los dientes castañeteantes, como podía sorprenderse al monstruo.

—Sabes bien que la bolsa no contiene más que dos llaves... ¿Qué querías hacer? —preguntó Erik.

—Quisiera —dijo ella— visitar esa habitación que no conozco y que siempre me ha ocultado... ¡Es una curiosidad de mujer! —añadió ella en un tono que pretendía ser alegre y que por su falsedad sólo sirvió para aumentar

la desconfianza del monstruo.

—¡No me gustan las mujeres curiosas! —replicó Erik—. Deberías desconfiar de esas cosas desde la historia de Barba Azul... ¡Vamos!... ¡Devuélveme mi bolsa..., devuélveme mi bolsa!... ¡Quieres dejar esa llave... pequeña curiosa!

Y rio sarcásticamente, mientras Christine lanzaba un grito de dolor... Erik acababa de quitarle la bolsa.

Fue en aquel momento cuando el vizconde, sin poder contenerse por más tiempo, lanzó un grito de rabia y de impotencia, que logré ahogar con mucha dificultad...

—¡Ah! —exclamó el monstruo—. ¿Qué es eso? ¿No has oído, Christine?

—¡No..., no! No he oído nada —contestó la desgraciada.

—Me ha parecido oír un grito.

—¿Un grito?... ¿Acaso está usted enloqueciendo, Erik?... ¿Quién quiere que grite en el fondo de esta mansión?... Yo he gritado porque me hacía daño... No he oído nada...

—¡Qué manera de decirme esto!... ¡Tiemblas...! ¡Estás muy alterada!... ¡Mientes!... ¡Han gritado, han gritado!... Hay alguien en la cámara de los suplicios... ¡Ah, ahora comprendo!...

—¡No hay nadie, Erik!...

—¡Ya entiendo!...

—¡Nadie!...

—¡Quizá... tu prometido!...

—¡Yo no tengo prometido! ¡Lo sabe usted muy bien!... Una nueva risa malévola.

—Por otra parte, ¡es tan fácil saberlo!... Mi pequeña Christine, amor mío..., no es necesario abrir la puerta para saber qué ocurre en la cámara de los suplicios... ¿Quieres verlo? ¿Quieres verlo?... ¡Mira!... Si hay alguien..., si realmente hay alguien, verás cómo se iluminará allá arriba, al lado del techo, la ventana invisible... Basta con correr la cortina negra y apagar aquí... ¡Ya está!... ¡Apaguemos! No debes temer la oscuridad, en compañía de tu maridito...

Entonces se oyó la voz agonizante de Christine.

—¡No!... Tengo miedo... ¡Ya le he dicho que tengo miedo a la oscuridad! ... ¡Esa cámara no me interesa en lo más mínimo!...

¡Es usted quien me da miedo, como a una niña, con esa cámara de los suplicios!... Antes he sido curiosa, es cierto... Pero, ahora, no me interesa nada de nada... ¡nada!

Y lo que yo más temía se disparó automáticamente... ¡De repente nos vimos inundados de luz!... Sí, detrás de nuestra pared se produjo como un incendio. El vizconde de Chagny, que no se lo esperaba, quedó tan sorprendido que se tambaleó. Y la voz encolerizada estalló al otro lado.

—¡Ya te decía que había alguien!... ¿Ves ahora la ventana?... ¡La ventana luminosa!... ¡Allá arriba! El que se encuentra detrás de esa pared no puede verla... Pero tú subirás a la doble escalerilla, ¡está aquí para eso! A menudo me has preguntado para qué servía... Pues bien, ¡ya lo sabes!... ¡Sirve para mirar lo que sucede en la cámara de los suplicios..., pequeña curiosa!

—¿Qué suplicios?... ¿Qué suplicios hay allí dentro? ¡Erik, Erik, dígame que tan sólo quiere atemorizarme! ¡dígamelo si me ama, Erik!... No hay suplicios, ¿no es cierto? ¡Son cuentos para niños!...

—Ve a mirar, querida mía, por la ventanita...

No sé si el vizconde, a mi lado, oía ahora la voz desfallecida de la joven, hasta tal punto estaba absorto en el espectáculo inaudito que acababa de surgir ante su mirada desorbitada... En cuanto a mí, que ya había visto muy a menudo aquel espectáculo a través de la ventanita de las horas rosas de Mazenderan, sólo me quedaba oír lo que decían al lado, buscando un motivo de acción, una resolución a tomar.

—¡Ve a ver, ve a mirar por la ventanita!... ¡Dime, cuéntame después cómo tiene la nariz!

Oírnos rodar la escalera, que apoyaban contra la pared...

—¡Sube, pues!... ¡No!... ¡No!... ¡Subiré yo, querida!

—¡Bueno, sí!... Iré a mirar... ¡Déjeme!...

—¡Ay, querida!... ¡Querida mía!... ¡Qué gentil eres!... ¡Es muy amable de tu parte ahorrarme este trabajo a mi edad!... ¡Me dirás cómo tiene la nariz!... Si la gente se diera cuenta de la felicidad que representa tener una nariz, una nariz propia... no vendría jamás a pasearse por la cámara de los suplicios...

En aquel momento oímos claramente, por encima de nuestras cabezas, estas palabras.

—Amigo mío, aquí no hay nadie...

—¿Nadie? ¿Estás segura de que no hay nadie?...

—Absolutamente... No hay nadie...

—¡Tanto mejor, pues!... ¿Qué te ocurre Christine?... ¡Vamos!... No irás a encontrarte mal... ¡Si no hay nadie!... ¡Baja, baja!... ¡Tranquilízate, puesto que no hay nadie!... Pero ¿qué te ha parecido el panorama?

—¡Oh, sorprendente!

—Bueno, te encuentras mejor... ¿no es cierto?... Te encuentras mucho mejor... Nada de emociones... ¡Qué casa más curiosa ésta, ¿no?, en la que pueden encontrarse semejantes panoramas!...

—¡Sí, es como estar en el Museo Grevin!... Pero, Erik, no hay suplicios allí dentro... ¿Sabe que me ha hecho pasar un miedo terrible?...

—¿Por qué, si no hay nadie?

—¿Fue usted quien construyó esa cámara, Erik?... ¿Sabe que es magnífica? ¡Decididamente, es usted un gran artista, Erik...!

—Sí, un gran artista «en mi género».

—Pero, dígame Erik, ¿por qué ha llamado a esta habitación la cámara de los suplicios?

—¡Oh, es muy sencillo! Pero, primero, ¿qué has visto?

—¡He visto un bosque!...

—¿Y qué había en el bosque?

—¡Árboles!...

—¿Y qué hay en los árboles?

—Pájaros...

—Has visto pájaros...

—No, no he visto pájaros.

—Entonces, ¿qué has visto? ¡Piénsalo!... ¡Has visto ramas! ¿Y qué hay en una rama? —dijo la terrible voz—. ¡Hay una horca! ¡Por eso llamo a mi bosque la cámara de los suplicios!... Y ya lo ves, no es más que una forma de hablar... ¡Todo esto no es más que una broma!... ¡Yo nunca me expreso como los demás!... ¡No hago nada como los demás!... Pero, estoy muy cansado... muy cansado. Ya no puedo soportar, ¿sabes?, tener un bosque en mi casa, y una cámara de suplicios..., estar instalado como un charlatán en el fondo de una caja de doble fondo... ¡No puedo más! ¡No puedo más!... Quiero tener un piso tranquilo, con puertas y ventanas corrientes y una mujer honrada como todo el mundo... Deberías entenderlo, Christine, y no tendría que repetírtelo a cada momento... ¡Una mujer como todo el mundo!... Una mujer a la que querría, a la que llevaría a pasear el domingo y a la que haría reír toda la

semana... ¡Ah, no te aburrirías conmigo! Tengo más de un truco en la manga, sin contar los de cartas... Mira, ¿quieres que te haga juegos de manos con las cartas? Así mataremos el tiempo, mientras esperamos que sean las once de la noche de mañana... ¡Mi pequeña Christine!... ¡Mi pequeña Christine!... ¿Me escuchas? ¡Ya no me rechazas!... ¿Dime, me amas?... ¡No, no me amas!... ¡Pero no importa!... ¡Me amarás! Antes no podías mirar mi máscara porque sabías lo que había detrás... ¡Ahora, ya no te importa mirarla, te olvidas de lo que hay detrás y ya no quieres rechazarme!... Uno se acostumbra a todo cuando se quiere... cuando se tiene buena voluntad... ¡Cuántos jóvenes que no se querían antes de la boda luego se adoraron! ¡Ah, i ya no sé lo que digo! ... Pero te divertirás mucho conmigo... ¡No hay nadie como yo, por ejemplo, puedo asegurarte que no hay otro ventrílocuo mejor que yo! ¡Soy el primer ventrílocuo del mundo!... ¡Te ríes!... ¡Quizá no me creas!... ¡Escucha!

El miserable (que realmente era el mejor ventrílocuo del mundo) aturdía a la pequeña (me daba perfecta cuenta) para alejar su atención de la cámara de los suplicios... ¡Estúpida maniobra!... ¡Christine no pensaba más que en nosotros!... Repitió en varias ocasiones, en el tono más suave de que fue capaz, mirándolo con ojos de ardiente súplica:

—¡Apague la ventanita!... ¡Erik!... ¡Apague la ventanita!...

Estaba convencida de que aquella luz, que se había encendido repentinamente en la ventanita y de la que el monstruo había hablado de forma tan amenazadora, tenía una razón de ser... Una sola cosa debía tranquilizarla momentáneamente, y era que nos había visto a los dos, detrás de la pared, en medio del magnífico incendio, de pie y en perfecto estado... Pero se habría tranquilizado más, sin duda alguna, si se hubiera apagado la luz...

El otro había empezado ya un número de ventrílocuo. Decía:

—Mira, levanto un poco mi máscara. Sólo un poco... ¿Ves mis labios? ¿O lo que tengo por labios? ¡No se mueven!... Mi boca o esa especie de boca que tengo... está cerrada. Sin embargo, oyes mi voz... Hablo con el vientre..., es muy natural... ¡A esto se llama ser un ventrílocuo! Es sabido: escucha mi voz, ¿adónde quieres que me ponga? ¿En tu oído izquierdo... o el derecho?... ¿En la mesa?... ¿En los cofrecillos de ébano de la chimenea?... ¡Ah! ¿te sorprende?... ¡Mi voz está en los cofrecillos de la chimenea! ¿La quieres lejana... o próxima?... ¿Retumbante?... ¿Aguda?... ¿Nasal?... Mi voz se pasea por todas partes... por todas partes... Escucha, mi querida..., en el cofrecillo a la derecha de la chimenea, escucha lo que dice: ¿Habrás que girar al escorpión?... Y ahora, ¡crac! ..., escucha lo que dice ahora el cofrecillo de la izquierda: ¿Habrás que girar al saltamontes? Y ahora, ¡crac!... Mírala en la garganta de la Carlotta, en el fondo de la garganta dorada, de la garganta de cristal de la Carlotta. ¿Qué dice? Dice: «Soy yo, señor gallo. Soy yo la que

canta: Escucho a esta voz solitaria... ¡cuac!... ¡que canta en mi cuac! ...». Y ahora, ¡crac!, ha llegado a una silla del palco del fantasma... y ha dicho: «La señora Carlotta canta esta noche como para hacer caer la araña...». Y ahora, ¡crac!... ¡Ja!... ¡Ja!... ¡Ja!... ¿Dónde está la voz de Erik?... Escucha Christine, querida mía... ¡Escucha!... Está detrás de la puerta de la cámara de los suplicios... ¡Escúchame!... Soy yo el que estoy en la cámara de los suplicios... ¿Y qué digo? Digo: «¡Pobres de aquellos que tienen la dicha de tener una nariz, una verdadera nariz propiamente suya y que vienen a pasearse por la cámara de los suplicios!... ¡ja, ja, ja!».

¡Maldita voz del formidable ventrílocuo! ¡Estaba en todas partes, en todas partes!... Se colaba a través de la ventanita invisible..., a través de las paredes..., corría alrededor de nosotros... ¡Erik estaba allí! ¡Nos hablaba!... Hicimos un gesto como para arrojarnos sobre él..., pero, más rápido, más inasible que la sonora voz del eco, la voz de Erik había vuelto al otro lado de la pared...

De pronto, dejamos de oír su voz y he aquí lo que ocurrió:

La voz de Christine:

—¡Erik, Erik!... ¡Me cansa usted con su voz!... ¡Calle, Erik!... ¿No le parece que hace calor aquí?...

—¡Sí, sí! El calor se hace insoportable... —contesta la voz de Erik.

Y de nuevo la voz, ahogada por la angustia, de Christine:

—¿Qué es esto?... La pared está muy caliente... la pared está ardiendo...

—Voy a explicártelo, Christine, amor mío, es por culpa de «la selva de al lado» ...

—¿Qué quiere decir?... ¿La selva?

—¿No ha visto que era una selva del Congo?

Y la risa del monstruo se elevó tanto que ya no distinguimos los clamores suplicantes de Christine... El vizconde de Chagny gritaba y golpeaba contra las paredes como un loco... Yo no podía contenerlo... Pero no se oía más que la risa del monstruo..., y el monstruo mismo no debió oír más que su risa... Después, hubo el ruido de una lucha rápida, de un cuerpo que cae al suelo y que es arrastrado... y el estrépito de una puerta cerrada con furia... y nada más, nada alrededor nuestro más que el silencio abrasador del mediodía..., ¡en el corazón de una selva africana!...

CAPÍTULO XXV

¡TONELES! ¡TONELES! ¿TIENE USTED TONELES PARA VENDER?

Sigue el relato del Persa

He dicho ya que aquella cámara en la que nos encontrábamos el señor de Chagny y yo era regularmente hexagonal y estaba forrada por completo de espejos. Desde entonces, especialmente en ciertas exposiciones, se han hecho cámaras exactamente iguales que ésta, llamadas «casas de los milagros» o «palacios de las ilusiones». Pero el primero en inventarlas fue Erik, que construyó ante mis ojos la primera sala de este tipo, en tiempos de las horas rosas de Mazenderan. Bastaba con disponer algún motivo decorativo en los rincones, una columna por ejemplo, para obtener instantáneamente un palacio de mil columnas, ya que, por efecto de los espejos, la sala real se aumentaba en hasta seis salas hexagonales, de las que cada una se multiplicaba hasta el infinito. Antaño, para divertir a «la pequeña sultana», había dispuesto de este modo un decorado que se convertía en el «templo innumerable»; pero la pequeña sultana se cansó en seguida de una ilusión tan infantil, y entonces Erik transformó su invento en cámara de los suplicios. En lugar del motivo arquitectónico colocado en los rincones, puso en primer plano un árbol de hierro. ¿Por qué aquel árbol, perfecta imitación de la realidad con sus hojas pintadas, era de hierro? Porque debía ser lo suficientemente sólido como para resistir todos los ataques del «paciente» al que se encerraba en la cámara de los suplicios. Veremos de qué manera el decorado así obtenido se transformaba por dos veces, instantáneamente, en otros dos decorados sucesivos, gracias a la rotación automática de los tambores que se encontraban en las esquinas y que habían sido divididos en tres, uniendo los ángulos de los espejos y sosteniendo cada uno un motivo decorativo que iba turnándose alternativamente. Las paredes de esta extraña sala no ofrecían ningún asidero al paciente, ya que, con excepción del motivo decorativo de una solidez a prueba de todo, estaban forradas tan sólo de espejos, y espejos lo suficientemente sólidos como para aguantar los arrebatos de rabia del miserable al que arrojaban allí, para colmo con manos y pies desnudos.

Ni un mueble. El techo era luminoso. Un ingenioso sistema de calefacción eléctrica, que ha sido imitado después, permitía aumentar la temperatura de las paredes a voluntad y dar de este modo a la sala la temperatura deseada...

Me dedico en enumerar todos los detalles precisos de un invento absolutamente natural, que creaba esta ilusión de algo sobrenatural mediante ramas pintadas, de una selva ecuatorial abrasada por el sol del mediodía, para que nadie pueda poner en duda la serenidad de mi espíritu, para que nadie pueda decir: «¡Este hombre se ha vuelto loco!», o bien: «Este hombre miente», o: «Este hombre nos toma por imbéciles».

Si me hubiera limitado a contar las cosas así: «Al bajar del sótano, nos encontramos con una selva ecuatorial abrasada por el sol del mediodía», habría logrado causar un efecto de estúpida sorpresa, pero no busco ningún efecto, ya que mi intención es explicar qué nos sucedió realmente al vizconde de Chagny y a mí en el curso de una terrible aventura que, por un tiempo, mantuvo en vilo a la justicia de este país.

Vuelvo ahora a los hechos en el punto en que los he dejado.

Cuando se hizo la luz en el techo y a nuestro alrededor se iluminó la selva, el estupor del vizconde superó todo lo que pueda imaginarse. La aparición de aquella selva impenetrable cuyos innumerables troncos y ramas nos enlazaban hasta el infinito, lo sumió en una consternación espantosa. Se pasó las manos por la frente como para rechazar una visión de sueño y sus ojos parpadearon como los de alguien a quien, al despertar, le cuesta recobrar el conocimiento de la realidad de las cosas. ¡Por un instante, se olvidó de escuchar!

He dicho que la aparición de la selva no me sorprendió, por eso pude escuchar qué ocurría en la habitación de al lado. Además, me llamaba menos la atención el decorado, del que se desentendía mi pensamiento, que del mismo espejo que lo producía. Aquel espejo se había roto en algunos puntos.

En efecto, tenía grietas. Habían logrado «estrellarlo» a pesar de su solidez y esto me demostraba que, sin duda alguna, la cámara de los suplicios en la que nos encontrábamos, ya había servido.

Una víctima que llevaría los pies y las manos más protegidos que los de los condenados de las horas rosas de Mazenderan, había caído en aquella «ilusión moral» y, loco de rabia, había golpeado aquellos espejos que, a pesar de sus ligeras grietas, habían reflejado su agonía. Y la rama del árbol en la que había concluido su suplicio estaba dispuesta de tal modo que, antes de morir, había podido ver mecerse a la vez —supremo consuelo— a miles de ahorcados...

¡Sí, sí, Joseph Buquet había pasado por allí!... ¿íbamos a morir como él?

Yo no lo creía, ya que sabía que teníamos aún algunas horas de tiempo y que podría emplearlas en algo más útil de lo que Joseph Buquet había sido capaz de hacer.

¿Acaso no tenía un profundo conocimiento de la mayoría de los «trucos» de Erik? Esta era la oportunidad definitiva de llevarlo a la práctica.

Para empezar, no pensaba en lo más mínimo en volver al corredor que nos había conducido hasta la cámara maldita, ni me preocupé por la posibilidad de volver a poner en juego la piedra interior que cerraba el paso. El motivo era muy simple: ¡no disponía de los medios!... Habíamos saltado de una altura bastante considerable a la cámara de los suplicios y ningún mueble nos

permitía ahora alcanzar el pasaje, ni siquiera la rama del árbol de hierro, ni los hombros de uno de nosotros a modo de escalerillas.

No había más que una salida posible, la que daba a la habitación estilo Luis Felipe en la que se encontraban Erik y Christine Daaé. Pero si aquella salida, por el lado de Christine era una puerta normal y corriente, por el nuestro era absolutamente invisible... Teníamos pues que intentar abrirla sin saber siquiera en qué lugar se encontraba, lo cual no era un trabajo muy fácil.

Cuando me convencí de que no podíamos esperar nada de Christine Daaé, cuando oí al monstruo llevar, o mejor dicho, arrastrar consigo a la desgraciada muchacha fuera de la habitación estilo Luis Felipe para que no molestara nuestro suplicio, decidí ponerme inmediatamente a trabajar, es decir, a buscar el resorte de la puerta.

Pero, primero, tuve que calmar al señor de Chagny que ya se paseaba por el claro como un alucinado, lanzando clamores incoherentes. Los retazos de conversación que había podido oír, pese a su emoción, entre Christine y el monstruo, habían contribuido a ponerle fuera de sí; si añadimos a esto el efecto de la selva mágica y el ardiente calor que empezaba a hacer correr el sudor por sus sienes, no costará mucho entender que el señor de Chagny comenzara a experimentar cierto tormento. A pesar de mis recomendaciones, mi compañero no tomaba ya ningún tipo de precaución.

Iba y venía sin ningún rumbo, precipitándose hacia un espacio inexistente, creyendo entrar en una avenida que le conducía hacia el horizonte y golpeándose la frente, pocos pasos después, con el mismo reflejo de su ilusión de selva.

Entretanto, iba gritando: ¡Christine!... ¡Christine! ..., y agitaba la pistola llamando aún con todas sus fuerzas al monstruo, desafiando a un duelo a muerte al Ángel de la música, maldiciendo la selva ilusoria. El suplicio surtía efecto en aquella mente poco preparada. Intentaba combatirlo razonando con el pobre vizconde de la manera más serena del mundo, le hacía tocar con el dedo los espejos y el árbol de hierro, las ramas pintadas en los paneles, y le explicaba, según las leyes de la óptica, toda la utilería luminosa en la que estábamos envueltos y de la que no podíamos, como dos vulgares ignorantes, ser víctimas.

—Estamos en una cámara, en una cámara pequeña, esto es lo que debemos repetirnos constantemente... Y saldremos de esta cámara cuando encontremos la puerta. ¡Pues bien, busquemosla!

Le prometí que, si me dejaba actuar sin aturdirme con sus gritos y sus paseos de loco, encontraría el resorte de la puerta antes de una hora.

Entonces, se tumbó en el parqué, como se hace en los bosques, y declaró

que esperaba a que yo encontrara la puerta de la selva ya que no tenía nada mejor que hacer. Y creyó su deber añadir que, desde donde se encontraba, «la vista era espléndida» (A pesar de todo lo que yo había podido decirle, el suplicio surtía efecto).

En cuanto a mí, olvidando la selva, elegí un panel de espejos y me puse a tantear sobre él en todos los sentidos buscando el punto débil sobre el que había que apretar para hacer girar las puertas, según el sistema de puertas y trampillas giratorias de Erik. A veces ese punto débil podía ser una simple mancha en el espejo, del tamaño de un guisante, bajo la cual se encontraba el resorte que había que disparar. ¡Busqué y busqué! Tanteaba todo lo alto que mis manos podían alcanzar. Erik era más o menos de mi altura y pensaba que no habría colocado el resorte más arriba de lo que alcanzaba su talla; era sólo una hipótesis, pero mi única esperanza. Había decidido, pues, incansable y minuciosamente, dar la vuelta a los seis paneles de espejos y después examinar también detenidamente el parqué.

Al mismo tiempo que tanteaba los paneles con sumo cuidado, me esforzaba por no perder un solo minuto, ya que el calor me invadía siempre más y nos asábamos literalmente en aquella selva inflamada.

Trabajaba desde hacía una media hora y había terminado ya con tres paneles, cuando nuestra mala fortuna quiso que me volviese ante una sorda exclamación lanzada por el vizconde.

—¡Me ahogo! —decía—. Todos estos espejos irradian un calor infernal... ¿Va a encontrar pronto su resorte? ¡Si no lo consigue pronto, nos vamos a asar aquí!

No me disgustó nada oírle hablar así. No había dicho una sola palabra con respecto a la selva y confiaba en que la razón de mi compañero podría luchar aún más contra el suplicio. Pero añadió:

—Lo que me consuela es que el monstruo le ha dado tiempo a Christine hasta mañana a las once de la noche; si no podemos salir de aquí y salvarla, ¡al menos moriremos antes que ella! ¡La misa de Erik podrá servir para todo el mundo!

Y aspiró una bocanada de aire caliente que casi lo hizo desfallecer...

Como no tenía los mismos motivos que el vizconde para aceptar la muerte, me volví, después de algunas palabras de aliento, hacia mi panel, pero había cometido la tontería de dar algunos pasos mientras hablaba, de tal modo que, en la confusión de la selva ilusoria, no sabía con seguridad cuál era mi panel. Me veía obligado a volver a empezar, al azar... Tampoco pude evitar manifestar mi contrariedad y el vizconde comprendió que tenía que rehacerlo todo. Esto le dio una nueva oportunidad.

—¡Jamás saldremos de esta selva! —gimió.

Su desesperación no hizo más que aumentar. Y, al aumentar, le hacía olvidar siempre más que aquellos no eran más que espejos y no una verdadera selva.

Yo había vuelto a buscar..., a tantear... La fiebre empezaba también a invadirme..., ya que no encontraba nada..., absolutamente nada... En la habitación de al lado seguía el mismo silencio. Nos encontrábamos de verdad perdidos en la selva..., sin salida..., sin brújula..., sin guía..., sin nada. ¡Oh! Sabía lo que nos esperaba si nadie acudía en nuestra ayuda o si no encontraba el resorte. Pero, ¡ya podía buscar el resorte! No encontraba más que ramas... ramas de una belleza admirable que se alzaban rectas ante mí o se curvaban ondeantes por encima de mi cabeza... ¡Pero no daban ninguna sombra! No era de extrañar, ya que estábamos en una selva ecuatorial, con el sol justo sobre nuestras cabezas..., una selva del Congo...

En varias ocasiones, el señor de Chagny y yo nos habíamos quitado y vuelto a poner el traje, encontrando a veces que nos daba más calor y a veces que, por el contrario, nos protegía del calor.

Yo aún resistía moralmente, pero el señor de Chagny me pareció completamente «ido». Pretendía que hacía tres días y tres noches que caminaba sin parar por aquella selva en busca de Christine Daaé. De tanto en tanto, creía verla tras el tronco de un árbol, o deslizándose a través de las ramas, y la llamaba con palabras suplicantes que llenaban mis ojos de lágrimas: «¡Christine, Christine!... ¿Por qué huyes de mí? ¿Acaso no me quieres?... ¿No estamos prometidos?... ¡Christine, detente! ¡Mira, estoy agotado!... ¡Christine, ten piedad!... ¡Voy a morir en la selva..., lejos de ti!».

—¡Oh, tengo sed! —dijo finalmente en tono delirante.

También yo tenía sed... Tenía la garganta hecha fuego...

Sin embargo, agachado ahora en el suelo, no dejaba de buscar..., buscar..., buscar el resorte de la puerta invisible..., ya que la estancia en la selva se hacía peligrosa con la cercanía de la noche... Ya la sombra de la noche empezaba a envolvernos..., había llegado muy deprisa, como cae la noche en los países ecuatoriales..., de repente, sin apenas crepúsculo...

Pero la noche en las selvas ecuatoriales es siempre peligrosa, sobre todo cuando, como en nuestro caso, no se tiene con qué hacer fuego para alejar a las fieras. Había intentado, dejando por un instante la búsqueda del resorte, romper algunas ramas, a las que habría encendido con la llama de mi linterna, pero también yo me había estrellado contra los famosos espejos y eso me había hecho recordar a tiempo que teníamos en frente tan sólo imágenes de ramas...

Con la noche, el calor no había desaparecido, al contrario... Ahora hacía más calor bajo el resplandor azul de la luna. Recomendé al vizconde que tuviera las armas dispuestas para disparar y que no se apartara del lugar de nuestro campamento mientras yo seguía buscando el resorte.

De repente, oímos el rugido de un león a pocos pasos. Nos desgarró los oídos.

—¡Oh! —exclamó el vizconde en voz baja—, ¡no está lejos!... ¿No lo ve? Allí... a través de los árboles..., en aquellas espesuras... Si vuelve a rugir, ¡disparo!

Y el rugido volvió a sonar aún más fuerte. El vizconde disparó, pero no creo que alcanzara al león; tan sólo rompió un espejo; lo comprobé a la mañana siguiente, al alba. Durante la noche debimos hacer un largo camino, ya que nos encontramos repentinamente al borde de un desierto, de un inmenso desierto de arena, de piedras y de rocas. Realmente no valía la pena salir de la selva para caer en el desierto. Vencido, me había tumbado al lado del vizconde, cansado de buscar resortes que no encontraba.

Estaba realmente extrañado (y se lo dije al vizconde) de que no hubiéramos tenido otros malos encuentros durante la noche. Habitualmente, después del león había un leopardo y, a veces, el revoloteo de moscas tsé-tsé. Eran todos efectos sonoros muy fáciles de producir y expliqué al señor de Chagny, mientras descansábamos para atravesar el desierto, que Erik reproducía el rugido del león con un largo tamboril rematado en piel de asno en uno solo de sus extremos. Encima de la piel se tensa una cuerda de tripa atada por el centro a otra cuerda del mismo género que atraviesa el tambor de lado a lado. Erik no tiene más que frotar esta cuerda con un guante untado de colofonia. Por la manera de frotar, imita, hasta el extremo de no poder distinguirla, la voz del león o del leopardo, o incluso el revoloteo de las moscas tsé-tsé.

La idea de que Erik pudiera estar en la habitación de al lado con sus trucos, me incitó a tomar la decisión de conferenciar con él, ya que evidentemente había que renunciar a la idea de sorprenderlo. Ahora ya debía saber a qué atenerse con respecto a los habitantes de la cámara de los suplicios... Lo llamé: ¡Erik, Erik!... Grité lo más fuerte que pude a través del desierto, pero nadie contestó a mi voz... Por todas partes, a nuestro alrededor, el silencio y la inmensidad de aquel desierto pétreo... ¿Qué iba a ser de nosotros en medio de aquella horrible soledad?

Empezábamos literalmente a morir de calor, de hambre, de sed..., sobre todo de sed... Finalmente vi al señor de Chagny incorporarse sobre un codo y enseñarme un punto en el horizonte... ¡Acababa de descubrir el oasis!

Sí, allá, muy lejos, en pleno desierto, un oasis... un oasis con agua... agua limpia como el cristal... agua que reflejaba al árbol de hierro... ¡Ah! Aquello era sin duda un efecto del espejismo... lo reconocí en seguida..., el más terrible... Nadie había podido resistirlo, nadie... Me esforcé por conservar toda mi razón... y por no desear el agua... porque sabía que si deseaba el agua que reflejaba el árbol de hierro y, si tras desear el agua, tropezaba con el espejo, sólo habría una cosa que hacer: colgarme del árbol de hierro...

Por eso grité al señor de Chagny:

—¡Es un espejismo!... ¡Es un espejismo!... ¡No crea en el agua!... ¡Es otro truco del espejo!...

Entonces, me envió —como se dice— a paseo con mi truco del espejo, mis resortes, mis puertas giratorias y mi palacio de espejismos... Afirmó airado que yo era loco o ciego para imaginar que toda aquella agua que corría allá lejos, entre tantos árboles hermosos no era agua de verdad... ¡El desierto era verdad! ¡Y la selva también!... A él no se le engañaba fácilmente... Había viajado demasiado..., y por todos los países.

Se arrastró diciendo:

—¡Agua! ¡Agua!

Llevaba la boca abierta como si bebiera...

También yo tenía la boca abierta como si bebiera...

No sólo la veíamos, sino que ¡la oíamos!... La oíamos correr..., gotear... ¿Comprenden ustedes la palabra gotear? ¡Es una palabra que se oye con la lengua!... La lengua se sale de la boca para escucharla mejor.

Por último, fue intolerable ya para nosotros oír la lluvia, y no llovía. ¡Aquello era una invención demoníaca!... Pensar que sabía cómo lo hacía Erik: llenaba de piedrecitas una caja muy estrecha y muy larga, cortada a intervalos por divisiones de madera y de metal. Las piedrecitas, al caer, topaban contra las divisiones y rebotaban unas en otras, produciendo ruidos entrecortados que parecían el repiqueteo de una lluvia de tormenta.

Había que ver cómo el señor de Chagny y yo estirábamos la lengua, arrastrándonos hacia la orilla..., nuestros ojos y nuestros oídos estaban llenos de agua, pero nuestra lengua tan seca como suela de zapato...

Al llegar al espejo, el señor Chagny lo lamió... yo también lamí el espejo...

¡Estaba ardiendo!

Entonces, nos dejamos rodar por el suelo, presa de una cruel desesperación. El señor de Chagny acercó a su sien la última pistola que

quedaba cargada, y yo busqué a mis pies el lazo del Pendjab.

Sabía por qué había vuelto a aparecer en aquel tercer decorado el árbol de hierro...

¡El árbol de hierro me esperaba!

Pero, al mirar el lazo de Pendjab, vi algo que me hizo estremecer de forma tan violenta que el señor de Chagny se detuvo en su movimiento de suicidio. Murmuraba ya un «Adiós Christine».

Le había cogido del brazo. Después le quité la pistola..., y me arrastré de rodillas hacia lo que había visto.

Acababa de descubrir, junto al lazo de Pendjab, en la ranura del parqué, un clavo de cabeza negra cuya finalidad no ignoraba...

¡Por fin había encontrado el resorte! ¡El resorte que iba a poner en juego la puerta!... ¡Que iba a darnos la libertad!... ¡Que iba a entregarnos a Erik!

Palpé el clavo... Miré al señor de Chagny con una expresión radiante... El clavo de cabeza negra cedía a mi presión...

Y entonces...

No se abrió una puerta en la pared, sino una trampilla en el suelo.

Inmediatamente entró aire fresco desde aquel agujero negro. Nos inclinamos sobre el recuadro de sombra como sobre una fuente límpida. Con el mentón en la sombra fresca, la bebimos.

Nos inclinábamos cada vez más por encima de la trampilla. ¿Qué podía haber en aquel agujero, en aquella fosa que acababa de abrir misteriosamente su puerta?

¿Quién sabe si no había agua allí?...

Agua para beber...

Alargué los brazos en las tinieblas y encontré una piedra, y otra..., una escalera... una escalera negra que bajaba a la cueva.

¡El vizconde se disponía ya a tirarse por el agujero!

Allí, aunque no encontráramos agua, podríamos escapar a los deslumbrantes efectos de aquellos horribles espejos.

Pero detuve al vizconde, pues temía una nueva treta del monstruo, y con mi linterna sorda encendida bajé el primero...

La escalera de caracol se sumergía en espesas tinieblas y giraba sobre sí misma. ¡Qué bien se estaba en la escalera y en las tinieblas!

Aquella frescura provenía menos del sistema de ventilación instalado por Erik que de la misma frescura de la tierra, que debía de estar saturada de agua al nivel en el que nos encontrábamos... ¡Además, el Lago no podía estar muy lejos!...

Pronto nos encontramos al final de la escalera... nuestros ojos empezaban a hacerse a las tinieblas y a distinguir a nuestro alrededor formas..., formas redondas..., sobre las cuales dirigía el haz luminoso de mi linterna.

¡Toneles!...

¡Estábamos en la bodega de Erik!

Allí debía guardar el vino y quizás el agua potable...

Yo sabía que Erik era amante de los buenos vinos... ¡Ah, sí, allí había mucho para beber!...

El señor de Chagny acariciaba las formas redondas y repetía incansablemente:

—¡Toneles! ¡Toneles! ¡Cuántos toneles!

De hecho, había bastantes de ellos alineados simétricamente en dos filas, entre las que nos encontrábamos...

Se trataba de pequeños toneles y me imaginé que Erik los había escogido de aquel tamaño dada su facilidad de transporte hacia la mansión del Lago.

Examinamos uno tras otro, buscando alguno con una espita que diera señales de haber sido utilizado alguna vez.

Pero todos los toneles estaban herméticamente cerrados.

Entonces, tras levantar uno para comprobar si estaba lleno, nos pusimos de rodillas y con la hoja de un cuchillito que llevaba conmigo intenté hacer saltar el tapón.

En aquel momento me pareció oír, como si viniera de muy lejos, una especie de canto monótono cuyo ritmo me era conocido, ya que lo había oído con frecuencia en las calles de París:

—¡Toneles! ¡Toneles! ¿Tiene usted toneles para vender?

Mi mano quedó inmóvil sobre el tapón... El señor de Chagny también había oído. Me dijo:

—Es curioso. Es como si el tonel cantara...

El canto volvió a empezar, más lejano...

—¡Toneles! ¡Toneles! ¿Tiene usted toneles para vender?

—¡Oh! —exclamó el vizconde—, le aseguro que el canto se pierde en el tonel.

Nos levantamos y miramos detrás del tonel...

—¡Es dentro! —exclamaba el señor de Chagny—. ¡Es dentro!

Pero ya no oíamos nada... Y nos vimos obligados a atribuir aquello a nuestro mal estado y a la alteración de nuestros sentidos. Volvimos al tapón del tonel. El señor de Chagny puso las dos manos juntas encima y, en un último esfuerzo, hizo saltar el tapón.

—¿Qué es esto? ¡No es agua! —exclamó inmediatamente el vizconde.

El vizconde había acercado sus dos manos llenas a mi linterna... Me incliné sobre las manos del vizconde..., e inmediatamente lancé la linterna tan lejos de nosotros que se rompió y se apagó..., y se perdió para siempre.

Lo que acababa de ver en las manos del señor de Chagny... ¡era pólvora!

CAPÍTULO XXVI

¿HABRÁ QUE GIRAR AL ESCORPIÓN? ¿HABRÁ QUE GIRAR AL SALTAMONTES?

Fin del relato del Persa

Así, al bajar al fondo de la fosa, había llegado al fin de mi temible pensamiento. ¡El miserable no me había engañado con sus vagas amenazas a muchos seres humanos! Al margen de la humanidad, se había construido una guarida de fiera subterránea, totalmente decidido a volarlo todo con él y provocando una gran catástrofe, si los que vivían a la luz del día venían a molestarle en el antro en el que había refugiado su monstruosa fealdad.

El descubrimiento que acabábamos de hacer nos sumió en una angustia que nos hizo olvidar todas las penas pasadas, todos nuestros sufrimientos presentes... Nuestra presente situación nos parecía excepcional al recordar que hacía tan solo unos instantes habíamos estado al borde del suicidio, pero de pronto nos quedamos horrorizados de lo que podía ocurrir. Comprendíamos ahora todo lo que había querido decir y todo lo que había dicho el monstruo a Christine Daaé, así como lo que significaba aquella abominable frase: «¡Sí o no; si es no, todo el mundo puede darse por muerto y enterrado!». ¡Sí, enterrado entre los escombros de lo que había sido la gran ópera de París!... ¿Podía imaginarse un crimen más espantoso para arrastrar al mundo en una apoteosis de horror? Preparada para la seguridad de su refugio, la catástrofe

iba a servir para vengar los amores del más horrible monstruo que haya pasado sobre la faz de la tierra... «¡Mañana por la noche, a las once, último plazo!» ... ¡Ah, había sabido elegir la hora!... ¡Habría mucha gente en la fiesta! ..., ¡muchos seres humanos..., allá arriba..., en los luminosos pisos del palacio de la música!... ¿Acaso podía soñar un cortejo, más hermoso para su muerte?... Iba a bajar a la tumba junto con los cuerpos más bellos del mundo, adornados de toda suerte de joyas... ¡Mañana por la noche, a las once!... Volaríamos por los aires en plena representación si Christine Daaé decía: ¡No!... ¡Mañana por la noche a las once!... ¿y cómo no iba Christine Daaé a decir que ¡No!?! ¿No preferiría acaso casarse con la misma muerte antes que con aquel cadáver viviente? ¿Ignoraba o no que de su respuesta dependía la suerte de muchos seres humanos?... ¡Mañana por la noche, a las once!...

Arrastrándonos en las tinieblas, huyendo de la pólvora, intentando volver a encontrar los peldaños de piedra dado que allá arriba, por encima de nuestras cabezas..., la trampilla que conduce a la habitación de los espejos se ha apagado a su vez..., nos repetimos: «¡Mañana por la noche, a las once!».

... Por fin encuentro la escalera..., pero, de repente, me incorporo de golpe en el primer peldaño, porque un pensamiento terrible acaba de acudir a mi mente:

«¿Qué hora es?».

¿Qué hora es?... ¿Qué hora?... ¡Mañana por la noche a las once puede ser hoy, puede ser ahora mismo!... ¿Quién podría decirnos qué hora es?... Me parece que estamos encerrados en este infierno desde hace días y días..., desde hace años..., desde el comienzo del mundo... ¡Puede que todo esto vuele dentro de un momento!... ¡Un ruido!... ¡Un crujido!... ¿Lo ha oído usted?... ¡Allí! ¡Allí, en aquel rincón!... ¡Grandes dioses!... es como un ruido mecánico... ¡Otra vez!... ¡Ah! ¡Luz!... ¿Quizá sea el mecanismo que lo haga volar todo?... ¡se lo aseguro, es un crujido! ..., ¿está usted sordo?

El señor de Chagny y yo nos ponemos a gritar como locos... El miedo nos avasalla..., subimos la escalera, rodando sobre los peldaños... ¡Puede que la trampilla esté cerrada! ¡Puede que sea esta puerta cerrada la que produce tanta oscuridad!... ¡Quién pudiera salir de la oscuridad!... ¡Salir de la oscuridad!... ¡Volver a encontrar la claridad fatal de la habitación de los espejos!...

Pero ya estamos en lo alto de la escalera..., no, la trampilla no está cerrada, pero ahora reina la misma oscuridad en la cámara de los espejos que en la bodega que hemos abandonado... Dejamos la bodega... y nos arrastramos por el suelo de la cámara de los suplicios..., el suelo que nos separa del polvorín... ¿Qué hora es?... ¡Gritamos! ¡Llamamos!... El señor de Chagny clama con todas sus fuerzas renacientes: «¡Christine! ¡Christine!». Y yo llamo a Erik..., le recuerdo que le he salvado la vida... ¡Pero nada nos responde!...

Tan sólo nuestra propia desesperación..., nuestra propia locura... ¿Qué hora es?... «Mañana por la noche, a las once» ... Discutimos..., nos esforzamos por calcular el tiempo que hemos pasado, aquí..., pero somos incapaces de razonar... Si por lo menos pudiéramos ver el cuadrante de un reloj, con agujas que se moviesen. Mi reloj está parado desde hace tiempo..., pero el del señor de Chagny funciona aún... Me dice que lo puso en hora mientras se preparaba por la noche antes de venir a la Ópera... Intentamos llegar a la conclusión de que el momento fatal aún no ha llegado...

... El ruido más insignificante que llega hasta nosotros desde la trampilla, a la que he intentado cerrar en vano, nos vuelve a sumergir en la angustia más atroz... ¿Qué hora es?... Ya no llevamos encima más que una cerilla... Sin embargo, deberíamos saber... El señor de Chagny sugiere romper el cristal de su reloj y palpar las agujas... Se produce un silencio durante el cual palpa e interroga a las agujas con la punta de los dedos. La anilla del reloj le sirve de punto de referencia... Calcula por la separación de las agujas que pueden ser las once en punto.

Pero las once que nos hacen temblar, tal vez hayan pasado ya, ¿no es cierto?... Puede que sean las once y diez... y tendríamos por lo menos doce horas por delante.

De repente, grito:

—¡Silencio!

Me ha parecido oír pasos en la habitación de al lado.

¡No me he equivocado! Oigo ruido de puertas, seguido pasos precipitados. Golpean contra la pared. La voz de Christine Daaé:

—¡Raoul! ¡Raoul!

¡Ah!, exclamamos todos a la vez, a un lado y al otro de la pared. Christine solloza. ¡No sabía si iba a encontrar vivo al señor de Chagny!... Al parecer el monstruo había sido terrible... No había hecho más que delirar mientras esperaba que ella se decidiera a pronunciar el «sí» que le negaba... No obstante, ella le había prometido el «sí» si consentía en llevarla a la cámara de los suplicios... Pero él se había opuesto obstinadamente con terribles amenazas contra la humanidad... Por fin, tras muchas horas de este infierno, acababa de salir en aquel momento... dejándola sola para meditar por última vez...

... ¡Muchas horas!...

—¿Qué hora es? ¿Qué hora es, Christine?...

—¡Son las once!... ¡Las once menos cinco!...

—¿Pero las once de qué?

—¡Las once que decidirán la vida o la muerte!... Acaba de repetírmelo al salir —vuelve a decir la voz trémula de Christine—. Es espantoso... ¡Delira y se ha arrancado la máscara y sus ojos de oro lanzan llamas! ¡Y no hace más que reír!... Me ha dicho, riendo como un demonio borracho: «¡Cinco minutos! Te dejo sola debido a tu conocido pudor. No quiero que te sonrojes ante mí cuando me digas sí, como las novias tímidas... ¡Qué diablos!». Ya les he dicho que estaba como un demonio borracho... «Toma (y ha buscado la bolsita de la vida y de la muerte), toma —me ha dicho—, aquí está la llavecita de bronce que abre los cofres de ébano que están encima de la chimenea de la habitación estilo Luis Felipe... En uno de esos cofres encontrarás un escorpión y en el otro un saltamontes, unos animalitos muy bien reproducidos en bronce del Japón. ¡Son animales que dicen sí y no! Es decir que no tendrás más que girar el escorpión sobre su eje hasta colocarlo en la posición opuesta a la que lo has encontrado... Esto significará para mí, cuando entre en la habitación, en la habitación de nuestra noche de bodas: ¡Sí!... Si giras al saltamontes, querrá decir: ¡No! De ser así, cuando entre en la habitación, entraré en la habitación de la muerte...». Y reía como un demonio borracho. Le pedí de rodillas la llave de la cámara de los suplicios, prometiéndole ser para siempre su esposa si me la concedía... Pero me ha dicho que ya no necesitaría aquella llave y que iba a arrojarla al lago... Después, siempre riendo como un demonio borracho, me ha dejado diciendo que no volvería hasta dentro de cinco minutos, porque sabía todo lo que se debe, cuando se es un caballero, al pudor de las mujeres... ¡Ah!, también me ha gritado: «¡El saltamontes!... ¡Ten cuidado con el saltamontes!... ¡Un saltamontes no gira tan sólo, salta, salta!... ¡Salta maravillosamente bien! ...».

Intento aquí reproducir mediante frases, palabras entrecortadas, exclamaciones, el sentido de las palabras delirantes de Christine... Ella también, durante aquellas veinticuatro horas, debió alcanzar el límite del dolor humano... y quizá había padecido aún más que nosotros... A cada momento, Christine se interrumpía y nos interrumpía para exclamar: «¿Raoul, te encuentras bien...?», y tocaba las paredes que ahora estaban frías y se preguntaba por qué razón habían estado tan calientes... Transcurrieron los cinco minutos y el escorpión y el saltamontes arañaban con todas sus patas mi pobre cerebro...

Sin embargo había conservado suficiente lucidez para comprender que, si se giraba el saltamontes, el saltamontes saltaría..., y con él muchos seres humanos... ¡No había duda de que el saltamontes ponía en juego alguna corriente eléctrica destinada a volar el polvorín!... El señor de Chagny que parecía, desde que había; vuelto a oír la voz de Christine, haber recobrado toda su fuerza moral, explicaba a toda prisa a la joven la terrible situación en la que

nos encontrábamos, nosotros y la Opera entera... Era necesario girar el escorpión, inmediatamente...

Este escorpión, que contestaba el sí tan deseado por Erik, quizás impediría que se produjera la catástrofe...

—¡Ve!... ¡Ánimo, Christine, mi adorada Christine!... —ordenó Raoul.

Hubo un silencio.

—¡Christine! —exclamé—. ¿Dónde está usted?

—Junto al escorpión.

—¡No lo toque!

Acababa de ocurrírseme —ya que conocía a Erik— que el monstruo había vuelto a engañar a la joven. Quizás era el escorpión el que iba a volarlo todo. ¿Por qué no había vuelto aún, si los cinco minutos habían ya transcurrido?... ¡No había vuelto!... Sin duda había ido a ponerse a cubierto... Quizás esperaba la formidable explosión... ¡Tan sólo esperaba eso!... En verdad, no podía esperar jamás que Christine consintiera en ser su presa voluntaria... ¿Por qué no había vuelto?... ¡No toque el escorpión!...

—¡Él! ¡Le oigo!... ¡Ya está aquí!... —exclamó Christine.

Llegaba, en efecto. Oímos sus pasos que se acercaban a la habitación estilo Luis Felipe. Se había reunido con Christine. No había pronunciado una sola palabra.

Entonces, alcé la voz:

—¡Erik! ¡Soy yo! ¿Me reconoces?

A mi llamada respondió inmediatamente en un tono extraordinariamente sereno.

—¿Cómo, no habéis muerto ya ahí dentro?... Pues bien, procurad portaros bien.

Quise interrumpirle, pero me dijo con tanta frialdad que quedé helado detrás de la pared:

—¡Una palabra más, daroga, y lo hago volar todo! —y añadió en seguida —: ¡Le concedo el honor a la señorita!... La señorita no ha tocado el escorpión (¡qué tranquilo hablaba!), la señorita no ha tocado el saltamontes (¡con qué sangre fría!), pero aún no es demasiado tarde para hacerlo. Mire, abro sin llave porque soy el maestro en trampillas y porque abro y cierro todo lo que quiero y como quiero... Abro los cofrecillos de ébano. Mire, señorita, en los cofrecillos de ébano..., esos hermosos animalitos..., están bastante bien reproducidos..., qué inofensivos parecen... ¡Pero el hábito no hace al monje!

(todo lo decía con una voz neutra, uniforme). Si se gira el saltamontes, volaremos todos, señorita... Hay suficiente pólvora bajo nuestros pies para hacer saltar un barrio entero de París... Si se gira el escorpión, ¡toda esta pólvora queda anegada!... Señorita, con motivo de nuestras bodas, hará usted un precioso regalo a algunos centenares de parisinos que aplauden en este momento una mediocre obra de Meyerbeer... Les regalaré la vida... puesto que, con sus hermosas manos (¡qué voz más apagada!), va a girar el escorpión ¡Y luego, felices, nos casaremos!

Un silencio, y después:

—Si dentro de dos minutos, señorita, no ha girado el escorpión... tengo un reloj... —añadió la voz de Erik—, un reloj que funciona maravillosamente bien, giraré el saltamontes..., y el saltamontes salta maravillosamente bien...

Se hizo un silencio más espantoso que todos los demás silencios. Yo sabía que cuando Erik adoptaba aquella voz pacífica, serena y cansada, es que está dispuesto a todo, capaz del más titánico crimen o de la más esclavizada devoción, y que una sílaba desagradable a sus oídos podía desencadenar un huracán. El señor de Chagny había comprendido que lo único que podía hacer era rezar y, arrodillado, rezaba... En cuanto a mí, la sangre me golpeaba con tanta fuerza que tuve que llevarme una mano al corazón por miedo a que explotara... Presentíamos lo que ocurría en aquellos últimos momentos en el pensamiento enloquecido de Christine Daaé... Comprendíamos su duda en girar el escorpión... ¿Sería el escorpión el que lo haría volar todo? ¿Habría decidido Erik destruirnos a todos con él?

Por fin se dejó oír la voz de Erik, suave y de una dulzura angelical...

—Los dos minutos han transcurrido..., ¡adiós, señorita! ..., ¡salta, saltamontes!...

¡Erik! —exclamó Christine que debía haberse precipitado sobre la mano del monstruo—, me juras, monstruo me juras por tu infernal amor que es el escorpión el que hay que girar...

—Sí, para volar en el día de nuestra boda...

—Pues, entonces, saltemos.

—¡A nuestra boda, inocente criatura!... El escorpión abre el baile... Pero, ¡basta ya!... ¿No quieres el escorpión?... Entonces, ¡el saltamontes!

—¡Erik!...

—¡Basta!...

Había juntado mis gritos a los de Christine. El señor de Chagny, siempre de rodillas, seguía rezando...

—Erik! ¡He girado el escorpión!...

¡Ah! ¡Qué momento vivimos!

¡Esperando!

Esperando a ser tan sólo despojos en medio del trueno y de las ruinas...

A sentir crujir bajo nuestros pies, en el abismo abierto... cosas..., cosas que podían ser el principio de la apoteosis de horror..., ya que, de la trampilla abierta en las tinieblas, boca negra en la noche negra, subía un silbido inquietante, como el primer ruido de un cohete...

... Al principio fue muy tenue..., después más consistente..., más fuerte...

¡Pero, escuchad! ¡Escuchad! Y sujetad con ambas manos vuestro corazón dispuesto a volar junto con muchos seres humanos. No era aquel el silbido del fuego. ¿Acaso no parece una manga de agua?... ¡A la trampilla! ¡A la trampilla! ¡Escuchad! ¡Escuchad!

Ahora empieza a hacer glugú... glugú...

¡A la trampilla! ¡A la trampilla! ¡A la trampilla!... ¡Qué frescura!

¡A ella! ¡A ella! Toda la sed que había desaparecido con el miedo vuelve ahora más fuerte aún con el ruido del agua.

¡El agua! ¡El agua! ¡El agua que sube!...

Que sube en la bodega, por encima de los toneles, todos los toneles de pólvora (¡toneles! ¡toneles!... ¿Tiene usted toneles para vender?), ¡el agua!... ¡el agua hacia la que nos precipitamos con las gargantas abrasadas!... ¡El agua que sube hasta nuestras barbillas, hasta nuestras bocas!...

Y bebemos... En el fondo de la bodega, bebemos, hasta la misma bodega...

Y volvemos a subir, sumidos en la negra noche, la escalera, peldaño a peldaño, la escalera que habíamos bajado al encuentro del agua y que volvemos a subir con el agua.

Lo cierto es que había allí una cantidad apreciable de pólvora perdida y anegada... ¡Agua en abundancia!... ¡No se escatima el agua en la mansión del Lago! Si esto sigue así, el lago entero entrará en la bodega...

En realidad, ahora nadie sabe dónde se detendrá... Estamos fuera de la bodega y el agua sigue subiendo...

Y el agua sale también de la bodega, se extiende por el suelo... Si esto continúa toda la mansión del Lago va a quedar inundada. El propio suelo de la habitación de los espejos es un pequeño lago en el que nuestros pies

chapotean. ¡Ya es suficiente agua! Erik debería cerrar el grifo: ¡Erik! ¡Erik!...
¡Ya hay suficiente agua para la pólvora! ¡Cierra el grifo! ¡Cierra el escorpión!

Pero Erik no contesta... No se oye más que el agua que sube..., ahora nos llega hasta la mitad de las piernas...

—¡Christine, Christine! ¡El agua nos llega a las rodillas! —grita el señor de Chagny.

Pero Christine no responde... Tan sólo se oye el agua que sube.

¡Nada! Nada en la habitación de al lado... ¡Ya no hay nadie! ¡Nadie para girar el grifo! ¡Nadie para cerrar el escorpión!

Estamos completamente solos en la oscuridad, con el agua negra que nos envuelve, que sube, que nos hiela. ¡Erik! ¡Erik! ¡Christine! ¡Christine!

Ahora hemos perdido pie y giramos en el agua, llevados por un movimiento de rotación irresistible, ya que el agua gira junto con nosotros y chocamos contra los espejos negros que nos rechazan... y nuestras gargantas, que emergen por encima del torbellino, aúllan...

¿Acaso vamos a morir aquí? ¿Ahogados en la cámara de los suplicios?... ¡jamás había visto esto! ¡Erik, en la época de las horas rosas de Mazenderan, nunca me había enseñado algo semejante por la ventanita invisible!... ¡Erik! ¡Erik! ¡Te he salvado la vida! ¡Acuérdate!... ¡Estabas condenado!... ¡Ibas a morir!... ¡Te he abierto las puertas de la vida!... ¡Erik!...

¡Girábamos en el agua como si fuésemos los restos de un naufragio!...

Pero, de repente, he agarrado con mis manos desesperadas el tronco del árbol de hierro..., y llamo al señor de Chagny... Nos colgamos los dos de la rama del árbol de hierro...

¡El agua sigue subiendo!

¡Ah! ¿Recordáis el espacio hay entre la rama del árbol de hierro y el techo en cúpula de la habitación de los espejos?... ¡Intentad recordarlo!... Después de todo, quizás el agua se detenga... Seguramente encontrará su nivel... ¡Mirad! ¡Parece que se detiene!... ¡No, no! ¡Horror!... ¡A nado! ¡A nado!... Nuestros brazos que nadan se entrelazan: ¡nos ahogamos! ..., nos debatimos en el agua negra..., nos cuesta ya respirar el aire negro encima del agua negra..., el aire que huye, que oímos huir por encima de nuestras cabezas mediante no sé qué sistema de ventilación... ¡Giremos, giremos, giramos hasta que encontremos la entrada de aire!... Pegaremos entonces nuestra boca a la boca de aire... Pero las fuerzas me abandonan, intento agarrarme a las paredes... ¡Qué escurridizas son para mis dedos que buscan, las paredes de espejos!... ¡Seguimos girando!... ¡Nos hundimos!... ¡Un último esfuerzo!... ¡Un último grito!... ¡Erik!... ¡Christine!... ¡Glu, glu, glu! ..., en los oídos.

¡Glu, glu, glu! ..., en el fondo del agua negra nuestros oídos hacen glugú. Y me parece aún, antes de perder el conocimiento, oír entre dos glugú... «¡Toneles!... ¡Toneles!... ¿Tiene usted toneles para vender?».

CAPÍTULO XXVII

FIN DE LOS AMORES DEL FANTASMA

Aquí termina la narración escrita que me dejó el Persa.

Pese al horror de una situación que parecía conducirles definitivamente a la muerte, el señor de Chagny y su compañero se salvaron gracias a la sublime abnegación de Christine Daaé. El resto de la aventura me lo explicó el daroga mismo.

Cuando fui a verlo, seguía viviendo en su pequeño apartamento de la calle de Rivoli, frente a las Tullerías. Se encontraba muy enfermo y fue preciso todo mi ardor de reportero-historiador al servicio de la verdad para decidirle a revivir conmigo el increíble drama. Era siempre su viejo y fiel criado Darius quien le servía y me condujo a su lado. El daroga me recibió junto a la ventana abierta al jardín, sentado en un gran sillón donde intentaba levantar un torso que, en sus tiempos, no debió carecer de belleza. El Persa tenía aún sus magníficos ojos, pero su pobre rostro estaba muy cansado. Se había hecho rasurar totalmente la cabeza, a la que solía cubrir con un gorro de astracán. Iba vestido con una amplia hopalanda muy sencilla, en cuyas mangas se entretenía inconscientemente retorciéndose los dedos, pero su espíritu seguía siendo muy lúcido.

No podía recordar las angustias pasadas sin dejarse embargar por cierto desasosiego y, casi a migajas, le arranqué el sorprendente final de esta extraña historia. A veces se hacía rogar para contestar a mis preguntas; en cambio otras, exaltado por sus recuerdos, evocaba espontáneamente ante mí, con una viveza estremecedora, la imagen espantosa de Erik y las terribles horas que el señor de Chagny y él habían vivido en la mansión del Lago.

Tendrían, que haberlo visto estremecerse cuando me describía su despertar en la penumbra inquietante de la habitación estilo Luis Felipe..., tras el drama del agua... He aquí, pues, el final de esta terrible historia, tal como me la contó para que completase el relato escrito que me había confiado:

Al abrir los ojos, el daroga se vio tumbado en una cama... El señor de Chagny estaba echado sobre un canapé, junto al armario de luna. Un ángel y un demonio velaban sobre ellos al lado del armario...

Después de los espejismos y de las ilusiones de la cámara de los suplicios, la precisión de los detalles burgueses de aquella pequeña habitación tranquila parecía también haber sido inventada para desorientar aún más al individuo lo bastante temerario como para internarse en aquellos parajes de pesadilla viviente. Aquella cama-barco, aquellas sillas de caoba encerada, aquella cómoda y aquellos cofres, el cuidado con el que los mantelitos de puntilla estaban colocados en los respaldos de los sillones, el reloj de péndulo y, a cada lado de la chimenea, los cofrecillos de apariencia tan inofensiva..., en fin, aquella estantería adornada de conchas, de acericos rojos para los alfileres, de barcos de nácar y de un enorme huevo de avestruz..., todo ello discretamente iluminado por una lámpara con tulipa puesta sobre un velador... todo este mobiliario, que era de una conmovedora cursilería hogareña, tan apacible, tan razonable, en el fondo de los sótanos de la Ópera, tal decoración desconcertaba a la imaginación más que todas las fantasmagorías pasadas.

Y la sombra del hombre de la máscara, en aquel marco anticuado, preciso y limpio, sorprendía aún más. Se inclinó y dijo en voz baja al Persa:

—¿Estás mejor, daroga?... ¿Contemplas mí mobiliario?... Es todo lo que me queda de mi pobre y miserable madre...

Le dijo aún más cosas, de las que ya no se acordaba; pero —y esto le parecía muy extraño— el Persa conservaba el recuerdo preciso de que, en el transcurso de esta visión trasnochada de la habitación estilo Luis Felipe, sólo hablaba Erik. Christine Daaé no decía una sola palabra; se desplazaba sin ruido, como una hermanita de la caridad que hubiera hecho el voto de silencio... Traía en una taza un cordial..., o un té humeante... El hombre de la máscara se la quitaba de las manos y la tendía al Persa.

En cuanto al señor de Chagny, dormía.

Erik, mientras echaba un poco de ron en la taza del daroga, señalándole al vizconde tendido, dijo:

—Ha vuelto en sí mucho antes de que supiéramos si tú estabas vivo, daroga. Se encuentra muy bien... Duerme... No hay que despertarle...

Por un momento Erik abandonó la habitación y el Persa, apoyándose en el codo, miró a su alrededor... Vio, sentada en un rincón de la chimenea, la silueta blanca de Christine Daaé. Le dirigió la palabra..., la llamó..., pero se encontraba aún demasiado débil y volvió a dejarse caer sobre la almohada... Christine vino hasta él, le puso una mano en la frente, luego se alejó... El Persa se acordó de que entonces, al alejarse, no tuvo ni una sola mirada para el señor de Chagny quien, a su lado, bien es verdad, dormía tranquilamente... Y volvió a sentarse en su sillón, en el rincón de la chimenea, silenciosa como una hermanita de la caridad que hubiera hecho voto de silencio...

Erik regresó con unos frasquitos que dejó encima de la chimenea. En voz baja, para no despertar al señor de Chagny, dijo al Persa, después de sentarse a su cabecera y de tomarle el pulso:

—Ahora ya estáis ambos fuera de peligro. Pronto os conduciré a la superficie de la tierra, para complacer a mi mujer.

Dicho lo cual se levantó y, sin dar explicaciones, volvió a desaparecer.

El Persa miraba ahora el perfil tranquilo de Christine bajo la lámpara. Leía un libro diminuto de lomo dorado como los libros religiosos. La Imitación tiene ediciones de este tipo. En los oídos del Persa repercutía aún el tono natural con el que el otro había dicho: «Para complacer a mi mujer» ...

Muy suavemente, el daroga volvió a llamar, pero Christine debía estar muy lejos, porque no lo oyó...

Erik entró de nuevo..., hizo beber al daroga una poción, tras recomendarle que no dirigiera ni una sola palabra a «su mujer» ni a nadie, porque eso podía perjudicar el bienestar de todo el mundo.

A partir de aquel momento, el Persa se acuerda aún de la sombra negra de Erik y de la silueta blanca de Christine, que se deslizaban en silencio a través de la habitación y se inclinaban sobre el señor de Chagny. El Persa estaba aún muy débil, y el menor ruido de la puerta del armario de luna, que al abrirse chirriaba, por ejemplo, le daba dolor de cabeza..., y luego se durmió como el señor de Chagny.

Esta vez se despertó en su casa, cuidado por su fiel Darius, quien le informó de que le habían encontrado, la noche anterior, contra la puerta de su apartamento, al que debió ser transportado por un desconocido que se preocupó de llamar antes de alejarse.

Inmediatamente después de que el daroga hubo recobrado sus fuerzas y su responsabilidad, envió en busca de noticias del vizconde al domicilio del conde Philippe.

Le contestaron que el joven aún no había aparecido y que el conde Philippe había muerto. Habían encontrado su cadáver en la verja del lago de la ópera, del lado de la calle Scribe. El Persa recordó la misa fúnebre a la que había asistido tras la pared de la habitación de los espejos y no dudó del crimen ni del criminal. Sin dificultad, conociendo a Erik, reconstruyó el drama, ¡ay!, sin esfuerzo. Después de creer que su hermano había raptado a Christine Daaé, Philippe se había lanzado en su persecución por la carretera de Bruselas en la que, a su conocimiento, se había preparado la huida. Al no encontrar a los jóvenes, había vuelto a la Opera, había recordado las extrañas confidencias de Raoul acerca de un fantástico rival, se enteró de que el vizconde lo había

intentado todo para penetrar en los sótanos del teatro y que, finalmente, había desaparecido dejando su sombrero en la habitación de la diva, al lado de una caja de pistolas. El conde, que ya no dudaba de la locura de su hermano, se había lanzado a su vez a aquel infernal laberinto subterráneo. ¿Era preciso algo más, a los ojos del Persa, para explicar la presencia del cadáver del conde en la verja del lago, en el que vigilaba el canto de la sirena, la sirena de Erik, aquella portera del lago de los Muertos?

El Persa no dudó más. Aterrado por esta nueva fechoría, sin poder permanecer en la incertidumbre en la que se encontraba respecto a la suerte definitiva del vizconde y de Christine Daaé, se decidió a contarle todo a la justicia.

La instrucción del caso había sido confiada al juez Faure y no vaciló en hacerle una visita. Podemos imaginar fácilmente de qué modo un espíritu escéptico, atado a las cosas de la tierra, superficial (lo digo como lo pienso) y nada preparado para semejante confidencia, recibió el testimonio del daroga. El juez lo trató como si fuera un loco.

El Persa, desesperando de que alguien le hiciese caso, se puso entonces a escribir. Ya que la justicia no quería su testimonio, quizás a la prensa le interesara. Así que una tarde en que acababa de redactar la última línea del relato que he transcrito fielmente aquí, su criado Darius le anunció a un extranjero que no había dado su nombre, cuyo rostro le había sido imposible ver y que se empeñaba en quedarse allí hasta que el daroga lo recibiera.

El Persa, presintiendo inmediatamente la identidad de aquel curioso visitante, ordenó que lo hiciera pasar.

El daroga no se había equivocado.

¡Era el fantasma! ¡Era Erik!

Parecía padecer muy débil y se apoyaba en la pared como si temiera caerse... Al quitarse el sombrero, mostró una frente pálida como la cera. El resto de la cara estaba tapado por la máscara.

El Persa se había erguido ante él.

—Asesino del conde Philippe, ¿qué has hecho de su hermano y de Christine Daaé?

Ante esta horrible acusación, Erik vaciló y por un momento guardó silencio; luego, se arrastró hasta un sillón, en el que se dejó caer lanzando un profundo suspiro. Y allí dijo entre frases sueltas y palabras entrecortadas:

—Daroga, no me hables del conde Philippe... Estaba muerto..., ya..., cuando..., la sirena cantó..., fue un accidente..., un triste..., un lamentable accidente... ¡Se había caído torpe, simple y naturalmente al lago!...

—¡Mientes! —exclamó el Persa.

Entonces Erik inclinó la cabeza y dijo:

—No vengo aquí... para hablarte del conde Philippe..., sino para decirte que... voy a morir...

—¿Dónde están Raoul de Chagny y Christine Daaé?

—Voy a morir...

—¿Raoul de Chagny y Christine Daaé?

—... de amor..., daroga..., voy a morir de amor..., así es..., ¡la amaba tanto!... Y la amo aún, daroga, puesto que muero por ella. Si supieras qué hermosa estaba cuando me permitió besarla viva, por su salvación eterna... Era la primera vez, daroga, la primera vez, ¿me oyes?, que besaba a una mujer... ¡Sí, viva, la besé estando viva y estaba hermosa como una muerta!

El Persa se había levantado, se había atrevido a tocar a Erik. Le sacudió por el brazo.

—¿Me dirás al fin si está viva o muerta?

—¿Por qué me zarandeas así? —contestó Erik con esfuerzo—. Te he dicho que soy yo el que va a morir... sí, la besé estando viva...

—¿Y ahora está muerta?

—Te digo que la besé así en la frente..., y ella no apartó su frente de mi boca... ¡Ah, es una joven honesta! En cuanto a si está muerta, no lo creo, aunque ya no es asunto mío... ¡No, no, no está muerta! Y no me gustaría saber que alguien haya tocado un solo pelo de su cabeza. Es una joven valiente y honrada que, además, te salvó la vida, daroga, en un momento en el que no hubiera dado dos sous por tu piel de persa. En realidad, nadie se ocupaba de ti. ¿Por qué estabas allí con aquel jovencito? Además, ibas a morir. Me suplicaba por la vida de su jovencito, pero yo le había contestado que, dado que había girado el escorpión, me había convertido por este mismo hecho y por su propia voluntad en su prometido y que no necesitaba a dos prometidos, lo cual era bastante justo. En cuanto a ti, tú no existías, ya no existías, te lo repito, ibas a morir junto con el otro prometido.

»Pero, escúchame bien, daroga, cuando gritabais como condenados por culpa del agua, Christine se me acercó con sus hermosos ojos azules muy abiertos y me juró, por la salvación de su alma, que consentía en ser mi mujer viva. Hasta entonces, daroga, en el fondo de sus ojos había visto siempre a mi mujer muerta. Era la primera vez que veía en ellos a mi mujer viva. Era sincera al jurar por la salvación de su alma. No se mataría. Asunto concluido. Media hora más tarde, todas las aguas habían vuelto al lago y yo estiraba tu

lengua, daroga, ya que estaba seguro, palabra, que te quedabas allí mismo... ¡En fin, eso es todo!... Estaba acordado que debíais recobrar el conocimiento bajo tierra y que luego os llevaría a la superficie. Finalmente, cuando me dejasteis libre el suelo la habitación estilo Luis Felipe, volví a ella completamente solo».

—¿Qué habías hecho del vizconde de Chagny? —lo interrumpió el Persa.

—¡Ah!... ¡Entiéndeme!... A ése, daroga, no iba a llevarlo enseguida así como así, al exterior... Era un rehén... Pero tampoco podía conservarlo en la mansión del Lago por Christine. Entonces lo encerré muy confortablemente y lo até (el perfume de Mazenderan lo había vuelto dócil como un trapo) en la bodega de los comuneros, que está en la parte más desierta del sótano más lejano de la Ópera, más abajo aún que el quinto sótano, allí a donde no va nadie y donde es imposible hacerse oír de nadie. Me encontraba muy tranquilo y volví al lado de Christine. Ella me aguardaba...

En este punto del relato, parece ser que el fantasma se levantó con tanta solemnidad que el Persa, que había vuelto a ocupar su sitio en el sillón, tuvo que levantarse también como obedeciendo al mismo movimiento y sintiendo que le era imposible permanecer sentado en un momento tan solemne, e incluso (me confesó el mismo Persa) se quitó, a pesar de tener la cabeza rapada, su gorro de astracán.

—Sí, ella me aguardaba —continuó Erik, que se puso a temblar como una hoja, a temblar estremecido por una emoción solemne—. Me esperaba de pie, viva, como una verdadera novia viviente, por la salvación de su alma... Y cuando me acerqué, más tímido que un niño pequeño, no escapó..., no, no... permaneció allí..., me esperó... ¡Incluso creo, daroga, que un poco! ..., ¡oh, no mucho! ..., pero un poco como una novia viva..., que adelantó la frente un poco... Y..., y..., yo la... besé... ¡Yo! ..., ¡yo! ..., ¡yo!... ¡Y ella no murió!... Permaneció tranquilamente a mi lado, después de que la besé..., en la frente... ¡Ah, qué maravilloso es, daroga, besar a alguien!... Tú no puedes saberlo..., pero yo... ¡yo!... Mi madre, daroga, la pobre desgraciada de mi madre no quiso jamás que la besara... ¡Huía..., arrojándome mi máscara..., ninguna otra mujer! ..., ¡jamás! ..., ¡jamás!... ¡Ay, ay, ay! Entonces..., de pura felicidad, lloré. Y caí llorando a sus piecitos... Y besé llorando sus pies, sus piecitos, llorando... Tú también lloras, daroga; y también ella lloraba..., el ángel lloró...

Mientras contaba esto, Erik sollozaba y el Persa, en efecto, no podía contener sus lágrimas ante aquel hombre enmascarado que, con escalofríos, las manos sobre el pecho, lloraba tanto de dolor como de ternura.

—¡Sentí correr sus lágrimas por mi frente, oh Daroga! Eran cálidas..., eran dulces..., recorrían por debajo de mi máscara e iban a juntarse con las mías en

mis ojos... resbalaban hasta mi boca... ¡Ah, sus lágrimas... por mí! Oye, daroga, oye lo que hice... Me arranqué la máscara para no perder ni una sola de sus lágrimas... ¡Y ella no huyó!... ¡Ni murió!... Continuó viva, llorando... sobre mí..., conmigo... ¡Lloramos juntos!... ¡Señor del cielo, me has concedido toda la felicidad del mundo!...

Y Erik se había hundido, sollozando, en el sillón.

—¡Ah, no voy a morir aún... en seguida..., pero déjame llorar! —le había dicho al Persa.

Al cabo de un instante el hombre de la máscara continuó:

—Óyeme, daroga, oye bien esto... Mientras me encontraba a sus pies... oí que decía: «Pobre desventurado de Erik», ¡y cogió mi mano!... Entonces no fui nada más, ¿lo comprendes?, que un pobre perro dispuesto a morir por ella... ¡tal como te lo digo, daroga!

»Imagínate que yo llevaba en la mano un anillo, un anillo de oro que le había dado... que ella había perdido... y que yo había encontrado..., una alianza... Lo puse en su manita y le dije: «¡Toma, coge esto! ..., coge esto para ti y para él... Será mi regalo de bodas... ¡el regalo del pobre desventurado de Erik!... Sé que amas a ese joven..., ¡no llores más! ...». Ella me preguntó con voz muy dulce qué quería decir; entonces le hice entender, y ella comprendió en seguida que yo no era para ella más que un pobre perro dispuesto a morir..., que ella podría casarse con el joven cuando quisiera, porque había llorado conmigo... Ya puedes imaginarte, ay, daroga, que al decirle esto era como si partiera con toda tranquilidad mi corazón en cuatro, pero ella había llorado conmigo... y había dicho: «¡Pobre desventurado de Erik!».

La emoción de Erik era tal que debió advertir al Persa que no lo mirara, ya que se ahogaba y tenía que quitarse la máscara. El daroga me contó que había ido a la ventana y la había abierto lleno de compasión, pero teniendo mucho cuidado de fijar la vista en la copa de los árboles de las Tullerías para no encontrarse con el rostro del monstruo.

—Fui entonces a liberar al joven —continuó Erik— y le dije que me siguiera al lado de Christine Se abrazaron delante mío, en la habitación estilo Luis Felipe... Christine llevaba su anillo... Hice jurar a Christine que, cuando estuviera muerto, vendría una noche, pasando por el lago de la calle Scribe, a enterrarme en absoluto secreto con el anillo de oro que llevaría hasta ese momento..., le dije cómo encontraría mi cuerpo y lo que había que hacer... Entonces Christine me besó por primera vez, aquí, en la frente... en mi frente: (¡no mires, Daroga!), y se marcharon los dos... Christine ya no lloraba... Sólo yo lloraba, daroga, daroga... ¡Si Christine cumple su juramento, pronto

volverá!...

Erik se había callado. El Persa no le hizo más preguntas. Estaba tranquilo respecto a la suerte de Raoul de Chagny y de Christine Daaé, y ningún ser humano había podido, después de haberle oído aquella noche, poner en duda la palabra de Erik, que lloraba.

El monstruo había vuelto a ponerse la máscara y reunido sus fuerzas para despedirse del daroga. Le había anunciado que, cuando sintiera muy próximo su fin, le enviaría, en agradecimiento por el bien que le había hecho antaño, lo más valioso que tenía en el mundo: todos los papeles que Christine Daaé había escrito en el transcurso de esta aventura para Raoul y que ella había entregado a Erik, así como algunos objetos que provenían de ella, dos pañuelos, un par de guantes y un lazo de zapato. A una pregunta del Persa, Erik le informó que los dos jóvenes, tan pronto se vieron libres, habían decidido ir a buscar a un sacerdote en alguna aldea solitaria en la que ocultarían su felicidad, y que, con esta intención, habían elegido «a la estación, del Norte del Mundo». Por último, Erik contaba con el Persa para que, en cuanto recibiera las reliquias y los papeles prometidos, anunciara su muerte a los dos jóvenes. Para ello debía pagar una línea en los anuncios necrológicos del periódico L'Époque.

Aquello fue todo.

El Persa había acompañado a Erik hasta la puerta de su apartamento, y Darius le había acompañado hasta la acera, sosteniéndolo. Un simón aguardaba. Erik subió. El Persa, que había vuelto a la ventana, le oyó decir al cochero: «A la explanada de la Opera». El simón se hundió en la noche. El Persa había visto por última vez al pobre desventurado de Erik.

Tres semanas después, el periódico publicaba la siguiente nota necrológica:
«ERIK HA MUERTO».

EPILOGO

Esta es la verdadera historia del fantasma de la ópera. Como lo anuncié al principio de esta obra, no puede ahora dudarse de que Erik vivió realmente. Hay demasiadas pruebas de esta existencia hoy en día a disposición de todos, para que no puedan seguirse razonablemente los hechos y las gestas de Erik a través del drama de los Chagny.

No es preciso señalar aquí hasta qué punto este asunto apasionó a la capital. ¡Aquella artista raptada, el conde de Chagny muerto en condiciones tan excepcionales, su hermano desaparecido y el triple sueño de los

encargados de la iluminación de la Ópera!... ¡Qué dramas! ¡Qué pasiones! ¡Qué crímenes se habían desarrollado en torno al idilio de Raoul y de la dulce y encantadora Christine!... ¿Qué había sido de la sublime y misteriosa cantante de la que la tierra no debía volver a oír hablar jamás?... La imaginaron la víctima de la rivalidad entre los dos hermanos, y nadie imaginó lo que había pasado, nadie comprendió que, puesto que Raoul y Christine habían desaparecido juntos, los dos prometidos se habían retirado lejos del mundo para disfrutar de una felicidad que no hubieran querido hacer pública después de la extraña muerte sufrida por el conde Philippe... Un día habían " tomado un tren en la estación del Norte del Mundo... También yo, quizás un día, tomaré el tren en esa estación e iré a buscar alrededor de tus lagos, ¡oh Noruega!, ¡oh silenciosa Escandinavia!, ¡las huellas puede que frescas aún de Raoul y de Christine, y también las de la señora Valérius, que desapareció igualmente por aquella misma época!... Puede que un día oiga con mis propios oídos al Eco solitario del Norte del Mundo repetir el canto de aquella que conoció al Ángel de la música.

Mucho después de que el caso, gracias a los servicios poco inteligentes del juez de instrucción, señor Faure, se dio por concluido, la prensa, de tanto en tanto, intentaba aún averiguar el misterio..., y continuaba preguntándose dónde estaba la mano monstruosa que había preparado y llevado a cabo tantas catástrofes inauditas. (Crimen y desaparición).

Una publicación de la Ópera, que estaba al corriente de todos los chismorreos de entre bastidores, fue la única en escribir:

«Esto ha sido obra del Fantasma de la ópera».

Y aún así lo hacía, naturalmente, de un modo irónico.

Sólo el Persa, al que no habían querido escuchar y que no volvió a intentar, después de la visita de Erik, una nueva tentativa de declaración a la justicia, poseía toda la verdad.

Y tenía las pruebas principales que le habían llegado junto las piadosas reliquias anunciadas por el fantasma...

A mí me correspondía completar esas pruebas con la ayuda del daroga. Día a día, le ponía al corriente de mis hallazgos y él los guiaba. Hacía años que no había vuelto a la Ópera, pero conservaba del monumento un recuerdo muy preciso, y no existía mejor guía para de abirme los rincones más ocultos. Era él también quien me indicaba las fuentes que debía investigar, los personajes a los que tenía que interrogar. Es él quien me impulsó a llamar a la puerta del señor Poligny, en el momento en que el pobre hombre estaba casi agonizante. No sabía que se encontrara tan mal y no olvidaré jamás el efecto que produjeron mis preguntas relativas al fantasma. Me miró como si viera al

diablo y tan sólo me contestó con algunas frases entrecortadas, pero que atestiguaban (eso era lo esencial) hasta qué punto el F. de la Ó. había perturbado, en su tiempo, aquella vida ya demasiado agitada de por sí (el señor Poligny era lo que se ha convenido en llamar un vividor).

Cuando comuniqué al Persa el pobre resultado de mi visita a Poligny, el daroga sonrió vagamente y me dijo:

—Poligny nunca supo hasta qué punto ese grandísimo crápula de Erik (el Persa hablaba de Erik tanto como de un dios como de un vil canalla) le movió a su antojo. Poligny era supersticioso y Erik lo sabía. Erik sabía también muchas cosas de los asuntos públicos y privados de la Opera.

Cuando el señor Poligny oyó que una voz misteriosa le contaba, en el palco ñ 5, el empleo que hacía de su tiempo y de la confianza de su socio, ya no quiso saber nada del resto. Fulminado al principio por una voz celestial, se creyó condenado, y después, dado que aquella voz le pedía dinero, tuvo que comprender finalmente que estaba en manos de un maestro cantor del que el mismo Debienne fue víctima. Los dos, ya cansados de su dirección por varias razones, se marcharon sin intentar conocer más a fondo la personalidad de aquel extraño F. de la Ó. que les había hecho llegar un pliego de condiciones tan especial. Legaron todo el misterio a la dirección siguiente, lanzando un profundo suspiro de satisfacción, sintiéndose liberados de un asunto que tanto les había intrigado sin hacerlos reír a ninguno de los dos.

De este modo se expresó el Persa acerca de los señores Debienne y Poligny. Le hablé de sus sucesores y me sorprendió que en Memorias de un Director, del señor Moncharmin, se hablara de forma tan extensa de los hechos y gestos del F. de la Ó., en la primera parte y no se dijera nada, o prácticamente nada en la segunda. Con respecto a esto, el Persa, que conocía esas Memorias como si las hubiera escrito, me hizo observar que encontraría la explicación reflexionando sobre las pocas líneas que, en la segunda parte de estas memorias, Moncharmin se molestó en dedicar al fantasma. Estas son las líneas que nos interesan, pues relata cómo terminó la famosa historia de los veinte mil francos:

«Con respecto al F. de la Ó. (es Moncharmin quien habla), de que he contado aquí mismo, al principio de mis Memorias, algunas de sus curiosas fantasías, no quiero añadir más que una cosa, y es que compensó, mediante una buena acción, todas las molestias que había ocasionado a mi querido colaborador y, debo confesarlo, a mí mismo. Sin duda juzgó que hay límites para toda broma, en especial cuando cuesta tan caro y hay un comisario de policía “tras sus pasos”. En el mismo momento en que habíamos dado cita en nuestro despacho al señor Mifroid para contarle toda la historia, algunos días después de la desaparición de Christine Daaé, encontramos encima de la mesa

de Richard, en un hermoso sobre en el que se leía escrito, en tinta roja: De parte del F. de la Ó., las sumas considerables que había conseguido sacar, como si de un juego se tratara, de la caja de la dirección. Richard sostuvo en seguida la opinión de que debíamos dejar las cosas así y no seguir con el asunto. Suscribí la opinión de Richard. Todo pues ha terminado bien. ¿No es cierto, querido F. de la Ó.?».

Evidentemente, Moncharmin, y más aún después de esta restitución, seguía creyendo que por un momento había sido el juguete de la imaginación burlesca de Richard, al igual que por su parte Richard no dejó de creer que Moncharmin se había divertido inventando todo el asunto del F. de la Ó., para vengarse de algunas bromas.

Este era el momento de pedir al Persa que me explicara mediante qué artificio el fantasma hacía desaparecer veinte mil francos en el bolsillo de Richard, a pesar del imperdible. Me contestó que no había profundizado en aquel detalle, pero que si yo mismo quería «trabajar» en el lugar de los hechos, debía encontrar la clave del enigma en el mismo despacho de los directores, recordándome que a Erik no se le había llamado porque sí el maestro en trampillas. Prometí al Persa que me entregaría, cuando dispusiera de tiempo, a útiles investigaciones acerca de este particular. Diré inmediatamente al lector que los resultados de estas investigaciones fueron perfectamente satisfactorios. No creía, en verdad, descubrir tantas pruebas innegables de la autenticidad de los fenómenos atribuidos al fantasma.

Es interesante saber que los papeles del Persa, los de Christine Daaé, las declaraciones que me fueron hechas por antiguos colaboradores de los señores Richard y Moncharmin, por la pequeña Meg (la espléndida señora Girya, por desgracia había fallecido) y por la Sorelli, que ahora se encuentra retirada en Louveciennes, es interesante, pues, saber que todo esto, que constituye las pruebas documentales de la existencia del fantasma, pruebas que depositaré en los archivos de la ópera, está controlado por varios descubrimientos importantes de los que puedo sentir, con justicia, cierto orgullo.

Si bien no he podido encontrar la mansión del Lago, dado que Erik condenó definitivamente todas sus entradas secretas (y, con todo, estoy seguro de que sería fácil penetrar si se procediera al desecamiento del lago, como ya he pedido varias veces a la administración de Bellas Artes), encontré, eso sí, el corredor secreto de los comuneros, cuya pared de tablas está en ruinas en algunos puntos. He dado también con la trampilla por la que el Persa y Raoul bajaron a los sótanos del teatro. He descifrado, en el calabozo de los comuneros, muchas iniciales trazadas en las paredes por los desgraciados que estuvieron encerrados allí, y, entre esas iniciales, una R y una C. ¿R C? ¿Esto no es significativo? Raoul de Chagny. Aún hoy las letras son muy visibles. Evidentemente, no me detuve allí. En el primer y tercer sótanos hice funcionar

dos trampillas de sistema giratorio, absolutamente desconocidas de los tramoyistas, que no usan más que trampillas de deslizamiento horizontal.

Por último, puedo decir, con pleno conocimiento del caso, al lector: «Visite un día la Opera, pida permiso para pasear en paz, sin estúpidos cicerones, entre en el palco n° 5 y golpee contra la enorme columna que separa a este palco de la platea. Golpee con su bastón o con el puño, y escuche... a la altura de su cabeza: ¡la columna suena a hueco! Después de esto, no se extrañe de que la columna pueda estar habitada por la voz del fantasma. Hay, en esa columna, espacio para dos hombres. Si se extrañan de que después de los fenómenos del palco n° 5 nadie pensara en aquella columna, no olviden que ofrece un aspecto de mármol macizo, y que la voz que estaba encerrada parecía venir más bien del lado opuesto (ya que la voz del fantasma ventrílocuo venía de donde quería). La columna fue labrada, esculpida, vaciada y vuelta a vaciar por el cincel del artista. No desespere de descubrir un día el trozo de escultura que debía bajarse y levantarse a voluntad, para dejar un libre y misterioso pasaje a la correspondencia del fantasma con la señora Giry, y a sus propinas. En realidad, todo esto, que vi, sentí, y palpé, no es nada comparado a lo que un ser grande y extraordinario como Erik debió crear en el misterio de un monumento como el de la ópera, pero cambiaría todos estos descubrimientos por el que pude realizar, ante el mismo administrador, en el despacho del director, a pocos centímetros del sillón: una trampilla, de la longitud de una baldosa, de la longitud de un antebrazo, no más... Una trampilla que se abate como la tapadera de un cofre, una trampilla por la que veo aparecer a una mano, que trabaja con destreza en el faldón de un frac... ¡Por allí desaparecieron los cuarenta mil francos!... También por allí, y gracias a algún truco, habían vuelto...».

Cuando le hablé de eso, con emoción bien comprensible, al Persa, le dije:

—Entonces, Erik se limitaba a divertirse —ya que los cuarenta mil francos fueron devueltos— haciendo bromitas con su pliego de condiciones...

Él me contestó:

—¡No lo crea usted!... Erik tenía necesidad de dinero. Creyéndose fuera de la humanidad, no se veía coaccionado por escrúpulos y se servía de sus extraordinarias dotes de destreza e imaginación, que había recibido de la naturaleza en compensación de su horrible fealdad, para explotar a los humanos y algunas veces de la forma más artística del mundo, ya que el truco valía a menudo su peso en oro. Si devolvió los cuarenta mil francos, por su propia voluntad, a los señores Richard y Moncharmin, es porque en el momento de la restitución no los necesitaba. Había renunciado a su boda con Christine Daaé. Había renunciado a todas las cosas existentes en la superficie de la tierra.

Según el Persa, Erik era originario de una pequeña ciudad de los alrededores de Ruán. Era el hijo de un maestro de obras. Había huido muy pronto del domicilio paterno, donde su fealdad era motivo de horror y de espanto para sus padres. Por algún tiempo, se había exhibido en las ferias, donde su empresario le presentaba como el «muerto viviente». Debe haber atravesado Europa entera, de feria en feria, y completado su extraña educación de artista y de mago en la misma fuente del arte de la magia, entre los zingaros. Toda una época de la existencia de Erik permanecía bastante oscura. Volvemos a encontrarlo en la feria de Nizhny Novgorod, donde actuaba en toda su espantosa gloria. Cantaba ya como nadie en el mundo ha cantado jamás. Hacía el ventrílocuo y se entregaba a números extraordinarios, de los que las caravanas, a su regreso a Asia, hablaban aún durante todo el camino. De este modo su reputación atravesó los muros del palacio de Mazenderan, donde la pequeña sultana, favorita del sha-in-sha, se aburría. Un mercader de pieles, que iba a Samarkanda y que volvía de Nizhny Novgorod, explicó los milagros que había visto bajo la tienda de Erik. El mercader fue llamado al palacio y el daroga de Mazenderan tuvo que interrogarlo. Después, el daroga fue encargado de buscar a Erik. Lo condujo a Persia, donde durante unos meses, como se dice en Europa, hizo y deshizo. Cometió pues una cantidad de horrores, ya que parecía no conocer el bien ni el mal, y cooperó en algunos hermosos asesinatos políticos con la misma tranquilidad con la que combatió mediante invenciones diabólicas, con el emir de Afganistán, que estaba en guerra con el Imperio. El sha-in-sha le cobró afecto. Fue cuando aparecieron las horas rosas de Mazenderan, de las que el relato del daroga nos ha dado una idea. Como Erik tenía de arquitectura ideas absolutamente personales y concebía un palacio al igual que un prestidigitador concibe una caja de sorpresas, el sha-in-sha le encargó un edificio de este tipo, que él proyectó y realizó y que era, al parecer, tan ingenioso que su majestad podía pasearse por todas partes sin que le vieran y desaparecer sin que nadie pudiera decir por qué artificio. Cuando el sha-in-sha se vio dueño de semejante joya, ordenó, como ya lo había hecho cierto zar con el genial arquitecto de una iglesia de la plaza Roja, en Moscú, que le sacaran los ojos a Erik. Pero luego pensó que, incluso ciego, Erik podía construir para otro soberano una mansión tan bella y misteriosa como la suya, y que, a fin de cuentas, mientras viviera Erik alguien conocería siempre el secreto del maravilloso palacio. Decidió, pues, dar muerte a Erik, así como a todos los obreros que habían trabajado a sus órdenes. El daroga de Mazenderan fue encargado de la ejecución de esa orden abominable. Erik le había prestado algunos servicios y lo había hecho reír mucho en varias ocasiones. Así que el daroga lo salvó, facilitándole la huida. Pero estuvo a punto de pagar con su cabeza aquella debilidad generosa. Afortunadamente para el daroga, fue encontrado en la orilla del mar Caspio un cadáver medio comido por las aves marinas que se hizo pasar por el de Erik,

ayudado por unos amigos suyos que vistieron el cadáver con ropa que había pertenecido al propio Erik. El daroga se vio castigado tan sólo con la pérdida de su cargo, de sus bienes y con la condena al exilio. Sin embargo, como el daroga era de sangre real el Tesoro persa siguió pasándole una pequeña renta de algunos centenares de francos al mes. Fue cuando vino a refugiarse a París.

En cuanto a Erik, había pasado a Asia Menor hacia Constantinopla, donde había entrado al servicio del sultán. Comprenderéis qué tipo de servicios prestó a un soberano que vivía acosado por constantes terrores, sabiendo que Erik fue quien construyó todas las famosas trampillas y cámaras secretas y cajas fuertes misteriosas que se encontraron en Yildiz-Kiosk, tras la última revolución turca. También fue él quien tuvo la idea de fabricar unos autómatas idénticos al príncipe y tan parecidos que lo hacían dudar hasta al propio príncipe, autómatas que hacían creer a los creyentes que su jefe se encontraba en un sitio, despierto, cuando en realidad descansaba en otro sitio.

Naturalmente, tuvo que dejar el servicio del sultán por los mismos motivos que había tenido que huir de Persia. Sabía demasiadas cosas. Entonces, muy cansado de su aventurera, extraordinaria y monstruosa vida, deseó ser como los demás. Y se hizo maestro de obras como otro cualquiera que construye casas para todo el mundo, con ladrillos normales y corrientes. Realizó ciertos trabajos de cimentación en la ópera. Cuando se vio en los sótanos de un teatro tan grande, su naturaleza artística, fantasiosa y mágica se impuso. Además, ¿no seguía siendo igual de feo? Soñó con hacerse una mansión desconocida para el resto del mundo y que le ocultaría para siempre de las miradas de los hombres.

Ya se sabe y se adivina lo demás. Transcurre a lo largo de esta increíble y, sin embargo, verídica aventura. ¡Pobre desventurado de Erik! ¿Hay que compadecerlo? ¿Hay que maldecirlo? No pedía ser más que alguien como los demás. ¡Pero era demasiado feo! Tuvo que ocultar su genio, o jugar con él, cuando, de tener un rostro normal, hubiera sido uno de los hombres más nobles de la raza humana. Tenía un corazón en el que habría cabido un imperio; pero tuvo que contenerse con una cueva. ¡En realidad, hay que compadecer al fantasma de la ópera!

He rezado, pese a sus crímenes, sobre sus restos, ¡y que Dios se haya apiadado de él! ¿Por qué hizo Dios un hombre tan feo?

Estoy seguro, muy seguro, de haber rezado sobre su cadáver cuando el otro día lo sacaron de la tierra, en el lugar exacto donde enterraban a las voces vivas; era su esqueleto. No fue por la fealdad de su cabeza por la que lo reconocí, ya que, cuando ha pasado tanto tiempo todos los muertos son feos, sino por el anillo de oro que llevaba y que Christine Daaé había venido sin duda a colocarle en el dedo antes de sepultarle, como le había prometido.

El esqueleto se encontraba muy cerca de la fuentecita, en el lugar en que por primera vez, cuando la arrastró a los sótanos del teatro, el Ángel de la Música había sostenido en sus brazos temblorosos a Christine Daaé desmayada.

¿Y ahora qué harán de ese esqueleto? ¿Lo arrojarán a la fosa común?... Yo afirmo: que el lugar del esqueleto del fantasma de la Ópera está en los archivos de la Academia Nacional de Música; no es un esqueleto vulgar y corriente.